

An illustration of two men walking away from the viewer on a sandy path. The man on the left wears a dark blue t-shirt, light blue jeans, and a dark cap. The man on the right wears a light blue t-shirt, dark blue jeans, and a dark cap. They are walking towards a city skyline under a large, bright sun. The foreground is a desert landscape with low-lying vegetation and rocky terrain. The city skyline in the background features several tall buildings and palm trees.

DOS MIGRANTES

Mario López Espinosa

Encre de mer

He intentado de narrar algunas correrías, andanzas, logros y desafíos de dos migrantes mexicanos, que se hicieron muy buenos amigos y excelentes cómplices. Desde que tuvieron que dejar para siempre su tierra querida hasta la conquista de una nación, hostil, pragmática y generosa, que les brindó las oportunidades que les negaron las élites de su propio país. La historia de amor de una hermosa chica norteamericana, valiente y sensible, que se envolvió en el embrujo de México, y decidió convertirse en mexicana, y la descripción de cómo, en paralelo, los tres impulsaron una metodología innovadora que permitió a jóvenes binacionales descubrir una alternativa de ejercicio profesional y de alianza estratégica con jóvenes universitarios de México, para participar con miles de mujeres artistas mexicanas, de comunidades y muy bajos ingresos, en la formación de complejos productivos binacionales, a través de los cuales lograron, con el respaldo de las organizaciones de mexicanos en el exterior, participar en la economía formal de ambos países, con sustento en su competitividad, productiva y su talento creativo.



Mi pasión por la literatura me ha aconsejado compartir mis experiencias, vivencias y reflexiones a través de la novela. Los invito a acompañarme en esta aventura, para mí desafiante y fascinante

*Para Mario López Roldán,
mi hijo y mi mejor maestro*

México

Mario López Espinosa ©
525516337094

Lideramos el mundo porque, únicos entre las naciones, nuestra gente —nuestra fuerza— proviene de todos los países y de todos los rincones del mundo. Y al hacerlo, renovamos y enriquecemos continuamente nuestra nación

Presidente Ronald Reagan

Los migrantes y refugiados no son peones en el tablero de ajedrez de la humanidad. Son niños, mujeres y hombres que abandonan o se ven obligados a abandonar sus hogares por diversas razones, que comparten un deseo legítimo de saber y tener, pero sobre todo de ser más.

Papa Francisco

Los refugiados son madres, padres, hermanas, hermanos, niños, con las mismas esperanzas y ambiciones que nosotros; excepto que un giro del destino ha unido sus vidas a una crisis global de refugiados en una escala sin precedentes.

Khaled Hosseini

El exiliado mira hacia el pasado, lamiéndose las heridas, el inmigrante mira hacia el futuro, dispuesto a aprovechar las oportunidades a su alcance

Isabel Allende

“Si fuera la patria como una madre cariñosa que da abrigo y sustento a sus hijos, si se les diera tierras y herramientas para sembrar, nadie abandonaría su patria para ir a mendigar el pan a otros países en donde se les desprecia y se les humilla.

Librado Rivera

“Los inmigrantes no pueden escapar de su historia más de lo que uno puede escapar de su sombra.”

Zadie Smith

Nada los va a parar en la búsqueda de sus sueños. Se merecen todos y cada uno de sus éxitos

Michelle Obama

Capítulo 1.- <i>Las confidencias</i>	6
Capítulo 2.- <i>El trabajo</i>	20
Capítulo 3.- <i>La seducción</i>	22
Capítulo 4.- <i>La primera entrega romántica</i>	37
Capítulo 5.- <i>Los amoríos</i>	41
Capítulo 6.- <i>Una nueva iniciativa emprendedora</i>	56
Capítulo 7.- <i>La instrumentación del plan</i>	60
Capítulo 8.- <i>Fundación Tonatzin</i>	67
Capítulo 9.- <i>El reencuentro</i>	70
Capítulo 10.- <i>Cena con los Crawford</i>	74
Capítulo 11.- <i>El inicio de un nuevo ciclo</i>	87
Capítulo 12.- <i>El encuentro con las federaciones</i>	92
Capítulo 13.- <i>El inicio del embrujo</i>	103
Capítulo 14.- <i>La reunión de trabajo con mster Crawford</i>	110
Capítulo 15.- <i>La ópera y el adios para siempre</i>	114
Capítulo 16.- <i>Norma de Bellini y el adios para siempre</i>	117
Capítulo 17.- <i>La comida con Lorenzo</i>	122
Capítulo 18.- <i>Los padres de Jennifer</i>	126
Capítulo 19.- <i>El primer encuentro con México</i>	130
Capítulo 20.- <i>El respaldo solidario del sector empresarial</i>	139
Capítulo 21.- <i>Un refugio excepcional y una noche de ensueño</i>	149
Capítulo 22.- <i>San Lorenzo y la madre de Emiliano</i>	158
Capítulo 23.- <i>Las vivencias de Guanajuato</i>	163
Capítulo 24.- <i>Las Ánimas de Aquismón</i>	174
Capítulo 25.- <i>Un regreso a casa lamentable</i>	184
Capítulo 26.- <i>El baile de los rebozos</i>	188
Capítulo 27.- <i>Una coincidencia perversa</i>	194
Capítulo 28.- <i>El mensaje y la parranda</i>	205
Capítulo 29.- <i>La serenata</i>	219
Capítulo 30.- <i>La expresión de violencia</i>	224
Capítulo 31.- <i>La grabadora portatil</i>	237
Capítulo 32.- <i>El chasco del esbirro</i>	243
Capítulo 33.- <i>Los avances de IDEQ</i>	250
Capítulo 34.- <i>La revancha de un amigo</i>	258

Capítulo 1

Las confidencias

Ahora sí, compadre, comience a contarme toditita su vida, que yo dispongo de todo el tiempo del mundo para escucharlo. Nomás digamos antes "salud" para que se le alboroten los recuerdos y se le quite lo mustio —propuso Lorenzo a su gran amigo Emiliano.

Chocaron las copas y se las bebieron de un golpe de aquel mezcal añejo tan especial que nunca pudo encontrar en California y que le trajo su hermana Martina la última vez que vino a visitarlo, recomendándole: “Pos si de todas maneras vas a emborracharte, Emiliano, pos siquiera hazlo con el bueno, el del patrón”.

Con frecuencia creciente, la hermana Martina recurría a la ironía como expresión sutil de su ingenio mordaz. Ella temía que su hermano hubiese heredado de su padre el hábito de beber; él nunca pudo convencerla de que no era así. Él no era en realidad un bebedor, y mucho menos un borrachín —como ella a veces le decía—, si bien era muy cierto que se deleitaba cada vez más con un buen tequila o un mezcal muy fino, sobre todo si era de Zacatecas, que consideraba el mejor, contradiciendo con ello a sus amigos oaxaqueños. Pero también es verdad que disfrutaba del mejor champagne, del coñac muy caro y del whisky escocés, si era de malta. Lo cierto es que nunca sintió dependencia alguna; podían transcurrir semanas e incluso meses sin que probara una gota de alcohol, pero cuando lo hacía, siempre optaba por alguna de estas cinco bebidas.

El compadre Lorenzo era un hombre alto y fornido, de complexión vigorosa y cabello negro abundante, de tez morena y dientes muy blancos, condescendiente, cordial y muy simpático, incluso ocu-

rrente y, en ocasiones, pícaro. Había venido poco a poco convirtiéndose en su mejor amigo, y eso que se conocieron contendiendo, como suele suceder, por una mujer coqueta.

Habían acordado reunirse los dos solos en la nueva casa de Emiliano. El pretexto fue que se la quería enseñar, pero ya le había advertido: “Vente preparado para regresar tarde porque ahora sí me entraron las ganas de contarte cómo fue que ha sucedido todo”.

Se encontraban en verdad a gusto en aquel pequeño salón que denominaba Emiliano y sus amigos “El Gran Escondite del Dominó”, decorado, como toda su casa, con muebles rústicos artesanales de Michoacán, algunos de ellos pintados a mano con imágenes que lo hacían a uno trasladarse hacia otros lares y otros tiempos. Aunque más bien, aquel rincón se fue convirtiendo en una biblioteca cada vez más respetable.

Ese fue uno de sus grandes caprichos: que al entrar a su casa uno respirara cultura nuestra, se olvidara por completo de que estaba en Estados Unidos y pudiera imaginarse en algún rincón de México. En su casa estaba casi prohibido escuchar música norteamericana o programas de televisión en inglés. Las películas que se aceptaban con mayor gusto eran las que provenían de su México querido. Todos los cuadros eran de artistas nacionales y la mayoría de los objetos de decoración eran de procedencia indígena.

—Mi hogar es una embajada, —solía presumir Emiliano—, es territorio purépecha.

Se sirvieron el segundo trago en aquellas copas de color azul que tanto le agradaban y que formaban parte de una extensa colección que comenzó a formar cuando leyó aquella aseveración de Pablo Neruda de que las copas de colores mejoraban sensiblemente el sabor de las bebidas, afirmación con la que él estaba más que de acuerdo.

Emiliano empezó su relato diciendo:

—Pues todo comenzó con que fui el cuarto en nacer, allá en mi querido San Lorenzo, en el municipio de Uruapan, Michoacán. Lo que hice en un momento poco afortunado, pues mi padre, don Fulgencio Márquez, hombre recio e intransigente, estaba bien borracho y decía que yo estaba loco por nacer en ese día. Estaba en la cantina, jugando al cubilete y al dominó, y perdiendo como siempre, cuando llegó Lucas, mi hermano mayor, para pedirle que regresara a casa porque yo ya estaba por llegar y mi madre se sentía fatal.

Mi padre se bebió la copa de tequila y exclamó: “Ve y dile a tu madre que no me esté chingando, que estoy ocupado, y de paso dile a tu nuevo hermano que está loco; ¿cómo se le ocurre nacer cuando me están ahorcando la mula de seises? Tiene que esperarse si no quiere comenzar esta vida recibiendo sus primeros cueros.”

—Después de aquel día, mi padre pensó siempre que yo en todo era un loco e inoportuno. Ahí fui creciendo. De los primeros cinco años solo recuerdo imágenes. Eso sí, desde muy pequeño yo desdeñaba las faenas del campo y si lo llegaba a hacer era porque ya no resistía los castigos severos de mi padre, que nunca pudo vencerme, ni por las buenas ni por las malas. Éramos siete hermanos y el dinero nunca alcanzaba, a veces ni para comer. Para lo que siempre alcanzaba era para lo que se bebía mi padre, que le entraba a todo, hasta al pulque.

“Aquí todos tienen que trabajar”, nos gritaba siempre, y quien osara no cumplir con esa regla siempre lo lamentaba. Afortunadamente, mis tres hermanos mayores eran hombres, si bien las dos menores fueron niñas, que la mera verdad, ellas trabajaron siempre mucho más que nosotros cuatro.

—Y así transcurrió mi vida entre los seis y once, columpiándome entre las sonrisas y caricias de mi madre, con sus recomendaciones de que me fuera a jugar, y los gritos y golpes de mi padre exigiéndome que me pusiera a trabajar o hiciera cualquier cosa con tal

de traerle dinero. Es cierto que eran mis hermanos los que trabajaban la tierra, pero fue un cura inglés, que llegó al pueblo dizque de misionero, el que me salvó de enclaustrarme en la tierra y me cambió el destino. Se trataba de un hombre bonachón en edad madura, de complexión robusta, de barba muy blanca, ojos claros y mirada dulce; con actitud siempre indulgente y tolerante. Desde un principio le caí bien. Yo comencé a enseñarle a hablar bien el español y él me hizo aprender bien su lengua, lo que, junto con algunos de sus muchos consejos, me ha servido en la vida más que todo lo que me enseñaron mis padres, mis hermanos y todos mis maestros de escuela.

—Johan, que así se llamaba el cura, si bien yo insistía en llamarlo don Juancho, lo que él simulaba reprocharme, pero en el fondo le gustaba, habló con mi padre y lo convenció de que me necesitaba como su ayudante. El sueldo no era poco, así que no le costó mucho trabajo persuadirlo, ya que el supuesto trabajo todito era para mí, y el dinero que entraba toditito era para él. Al cura y a mi madre les debo que, en mi infancia, mis salones de juego fueran la pradera y la llanura, y mi código de conducta, la libertad. Eso sí, el cura me obligó a leer sus libros en inglés. Al principio ya me andaba yo arrepintiéndome, pero poco después, yo era el que se los pedía. Desde entonces me encanta leer. No solo las obras de sus autores ingleses favoritos, sino también de algunos norteamericanos.

—Por supuesto, en mi trayecto de vida me fui convirtiendo en un fanático también de escritores mexicanos, españoles y algunos latinoamericanos. De vez en cuando me entra el insomnio y me quedo leyendo toda la noche. También me enseñó don Juancho a entender ese peculiar sentido del humor que solo es característico de los ingleses. “*Pinche cura*”, cómo lo quise, no sé cómo se le ocurrió morirse, pero era muy necio.

En aquella biblioteca, que Emiliano fue formando a lo largo de

varios años, con los libros que fue leyendo, se podían encontrar las principales obras de escritores ingleses como Shakespeare, Oscar Wilde, Jane Austen, Virginia Woolf, Charles Dickens, Agatha Christie. También había obras de autores nacidos en Estados Unidos, como Ernest Hemingway, Truman Capote, Scott Fitzgerald, Mark Twain y Edgar Allan Poe.

Por supuesto, en un lugar especial se encontraban las genialidades de Juan Rulfo, Carlos Fuentes, Octavio Paz, Alfonso Reyes, Jaime Sabines, Agustín Yáñez, Rosario Castellanos, Gabriel García Márquez, Pablo Neruda, Jorge Luis Borges, Isabel Allende, Cervantes, Federico García Lorca, Antonio Machado, Alberti y Carlos Ruiz Zafón. La biblioteca incluía una sección especial con publicaciones relacionadas con el fenómeno migratorio y el desarrollo, temas en los que Emiliano se había convertido casi en un especialista.

Emiliano había estudiado con particular interés y detenimiento las publicaciones y numerosos trabajos de investigación de especialistas en migración de las universidades de Zacatecas, Guadalajara y la UNAM, además del Colegio de México. Había asistido a una gran cantidad de cursos, seminarios, conferencias y diplomados en la Universidad de California, en Los Ángeles, y en el Colegio de la Frontera Norte, en Tijuana. También se había adentrado en el análisis de los procesos migratorios y su vínculo con el desarrollo de países como Italia, España, Corea del Sur, Vietnam e India.

Además, estudió los efectos de la globalización y de la innovación tecnológica en las migraciones internacionales.

—Fue él, el cura, quien me llamó y me presentó a Nicoletta una tarde ardiente de verano —continuó Emiliano—, una mujer italiana de una sensualidad incitante y muy guapa que, según yo, andaba por los finales de los treinta, aunque poco después escuché al cura decir que más bien andaba por mediados de los cuarenta. Llegó al pueblo para quedarse solo unos cuantos días a conocer la región,

pero terminó quedándose varios años, casi toda su vida. Hace poco que supe que regresó a su patria nada más para morir, por allá por donde había nacido, en Livorno, un pequeño pueblo de pescadores a orilla del Mediterráneo, al norte de Florencia.

El cura Juancho le aseguró a Nicoletta que le ayudaría a instalarse en el pueblo y que le pagaría una buena suma para que me enseñara su idioma y pudiera yo llegar a leer a Dante en italiano... y vaya que me enseñó su lengua.

—Yo, que todavía no despertaba bien a esas cosas del amor y del sexo, después de una tarde en que la sentí aburrida, me convertí de pronto en su amante por los siguientes ocho años, hasta que me fui del pueblo y vine por acá, de “espalda mojada”. Me enseñó el italiano muy bien, como quería don Juancho y, de paso, todos los vericuetos del amor, incluidos los secretos de la seducción y los trucos para hacer estallar a una mujer de placer. “Te voy a enseñar cómo enloquecer a las mujeres”, me sentenció al terminar la tercera lección de italiano. A través de ella conocí todas las comisuras y recovecos del cuerpo de una mujer. Cada vez que recuerdo aquel suceso, me emociono. La verdad es que muy pronto comencé yo a disfrutar de aquella relación, aunque nunca tanto como ella.

—Se ponía como que volaba. “¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo! ¡Di piu! ¡di piu!” me gritaba en los meros momentos cruciales en que emprendía el vuelo hacia quién sabe dónde; yo fui aprendiendo rápido qué es lo que más le gustaba que le hiciera. No se cansaba nunca; era apasionada, ardiente e insaciable. Mi muy adorada e inolvidable Nicoletta. También aprendí que definitivamente las mujeres disfrutan más de la entrega sexual que los hombres. Eso es incuestionable. Cosas de la naturaleza.

—Ay, cabrón —le dijo el compadre Lorenzo—. Ahora entiendo por qué no querías ir a trabajar la tierra, y también comprendo por qué las pinches gringas no dejan de llamarte y siguen aferradas co-

mo si estuvieran hechizadas. Soltó una sonora carcajada y levantó su copa para brindar por eso.

—La verdad es que sí, Nicoletta era una verdadera experta en esos menesteres —aclaró Emiliano—. Me enseñó practicando todos los escondrijos de una mujer y me explicó cómo y por qué les gusta que las traten de ciertas maneras. Fueron ocho años, compadre. Algo se me tenía que quedar.

—¿Quieres que les prepare algo de cenar? —los interrumpió Atzimba, la chica tarasca que Emiliano adoptó cuando los Migrant Hunters asesinaron a sus padres cinco años atrás y que, ahora con dieciséis, le ayudaba en la cocina y era su única familia en ese país.

—Gracias, Atzimba —respondió Emiliano—, *pueque* unas enchiladitas morelianas no estarían mal. ¿No te parece, Lorenzo?

—Pues claro que sí —le contestó con una gran sonrisa, pues Lorenzo era un verdadero tragón.

Atzimba se fue con premura a la cocina, ostensiblemente contenta, porque ese platillo era una de sus especialidades y nada le agradaba más que complacer a Emiliano, sobre todo cuando bebía con sus amigos.

—Qué linda se está poniendo esta niña —exclamó Lorenzo.

—Es cierto —advirtió Emiliano—, pero todavía es eso: una niña. Ya les dije a los amigos del dominó: “*El que la toque, se muere*”.

—¿También lo dices por mí? —preguntó Lorenzo sorprendido.

—Especialmente por ti, cabrón —respondió Emiliano, y ambos soltaron una buena carcajada. Era muy cierto que Atzimba era hermosa como el pecado.

—La verdad es que en el pueblo —continuó Emiliano—, como en todo el país, trabajar la tierra era sinónimo de dejarse explotar por los grandes agricultores, patrones, intermediarios o acaparadores. Dedicarse a otra cosa no era mucho mejor. Los pocos empleos que

había en el gobierno local, el comercio, las empacadoras de aguacate y las haciendas, eran todos también muy ingratos y mal pagados.

—“Es lo que hay, cabrón”, nos decían los de arriba, “y si no te gusta, pues te largas, porque lo que sobra por aquí son pobres que están dispuestos a ganar menos de lo que tú ganas”.

Conforme fui creciendo, me convencí de que los pocos eran tan ricos porque los muchos eran tan pobres. Esa ha sido nuestra realidad por casi un siglo, y eso que no hace mucho armamos una revolución dizque social, donde murieron muchos, para que todo cambiara, y todo siguió igual o peor.

—Había que largarse, Lorenzo, no había más, aunque nos doliera dejar nuestra tierra, nuestra gente y nuestras costumbres. Fueron ellos, los de arriba, los que nos expulsaron. Los que nos obligaron a romper con el arraigo. Los mismos que ahora se benefician más con el dinero que enviamos desde acá.

Vaya práctica perversa que nos dejaron los españoles: hay que joder a los de abajo para salir adelante. Puro Robin Hood, al revés, joderse a los pobres para favorecer a los ricos. Y así se han ido construyendo las fortunas en nuestro país, Lorenzo. ¡Qué triste!

—No es solo jodiéndose a trabajadores y productores que los ricos en México han construido sus inmensas fortunas —aclaró Lorenzo—, también con cochupos y arreglos turbios por debajo de la mesa con los políticos corruptos, que son una plaga en nuestro país; además de la evasión de impuestos en complicidad con los funcionarios. Leí que los ricos mexicanos están entre los que menos impuestos pagan en el mundo, y bueno, yo creo que los ricos y los no tan ricos. La verdad es que tienes razón, para los jodidos de siempre no hay oportunidades en nuestro país, pese a lo que digan los políticos, que también son de los peores del planeta.

—No había de otra, era cierto, había que emigrar... ¿Por qué

preferiste venir directo para acá, Emiliano, y no emigrar antes a una de las ciudades grandes de México, como Monterrey, Guadalajara, o la Ciudad de México, incluso Morelia?

—Fueron varias las razones —respondió Emiliano, pensativo—. Primero, porque los salarios, si bien algo mejores, siguen siendo bajos. Los ricos mexicanos te explotan en todas las regiones del país y en todo tipo de actividades, y las autoridades en todas partes son un auténtico desastre. Guadalajara, o la Ciudad de México, incluso Morelia?

—Pues la verdad es que fueron varias las razones —respondió Emiliano, reflexionando—. Primero, porque los salarios, si bien son un poco mejores, de todas maneras, son muy bajos. Los ricos mexicanos te explotan en todas las regiones del país y en todo tipo de actividades, y las autoridades en todas partes son un auténtico desastre.

«La segunda razón es que yo había construido un rechazo y un resentimiento creciente con esas ciudades grandes, o mejor dicho con las familias ricas de esas ciudades, pues en el pueblo, las muchachas, que se habían ido por allá a trabajar de sirvientas, o de “criadas”, como ellos les llamaban, regresaban casi siempre, explotadas, corridas y con un güerito en las entrañas, producto del ultraje de los “*juniors*” consentidos de las casas ricas en que habían trabajado. Esa es una gran deuda que tienen las grandes ciudades con las comunidades pobres. Les han violado sistemáticamente a sus niñas, durante siglos.

La tercera razón, que quizá fue la más determinante, es la inercia y la costumbre. Prácticamente, todas las familias en el pueblo tenían al menos uno de sus seres queridos viviendo en Estados Unidos; la mayoría entraron sin papeles y buena parte ha venido logrando la residencia. En nuestro propio caso, mis dos hermanos mayores, Lucas y Atanasio, habían emigrado; solo mi hermano Melquí-

des se quedó a trabajar la tierra con mi padre. Tampoco lo dejó el viejo porque le podría significar en algunos momentos abandonar la tierra y, como consecuencia, dejar el trago, y a eso sí no estaba dispuesto. Yo era todavía un chamaco cuando ellos se fueron, pero eso sí, casi cada año volvían a las fiestas del pueblo, sobre todo si todavía permanecían solteros.

Llegaban con sus troques grandes, con su ropa fina, cargados de regalos, sobre todo de aparatos novedosos que en el pueblo no había, y de fotos de sus nuevos lugares de residencia. Nosotros los escuchábamos embelesados contar sus experiencias, mucho más cercanas a lo que les hubiera gustado que a lo que realmente fue, lo supe más tarde. En ese entonces, nosotros, los muy jóvenes, los admirábamos mucho, y solo pensábamos en el momento en que nosotros también habríamos de emigrar hacia aquellos lugares tan hermosos. En particular cuando ellos nos pasaban videos de las ciudades en que vivían, aunque, por supuesto, nunca de los lugares donde realmente habitaban.

Antes de que se regresaran y cuando estaban más contentos, le sacábamos el compromiso al tío o al primo o al hermano de que nos jalara para allá tan pronto cumpliéramos los diecisiete.

—“Los dieciocho”, decían las mamás, “los dieciséis” decíamos nosotros, y casi siempre quedábamos en los diecisiete. Después de eso, a ninguno de nosotros le importaba seguir estudiando, ni le interesaba trabajar en México, solo soñábamos en espera de que llegara ese cumpleaños anhelado en que nos convertiríamos en hombres y exigiríamos que se nos cumpliera la promesa.

Cuando venían, todos hacían lo mismo, contrataban a la banda y se iban a dar vueltas en la plaza, invitando cervezas por aquí y por allá y mirando a las muchachas solteras como si anduvieran escogiendo con quién casarse y a quién llevarse. Es cierto que ellas siempre estaban más que dispuestas. Mi hermano Melquíades, el

segundo, sí encontró a su media naranja de esa manera. Ellos nunca contaban qué tan difícil había sido todo, qué tanta pobreza y malos tratos tuvieron que soportar al principio, ni cuántas veces los agarró la migra, y qué tan solos se sentían por acá; no querían preocupar a sus padres. Solo platicaban la verdad entre ellos mismos cuando estaban ya bien borrachos y creían que ninguno de nosotros los escuchaba. Contaban algunas cosas terribles que nosotros no queríamos creer y se lo atribuíamos a la borrachera. La verdad es que no creíamos en nada que nos pudiera desanimar.

Todos estábamos seguros de que, en todo caso, con nosotros sería diferente. Para muchos de los que no disponían todavía de parientes del otro lado, no les alcanzaba con los escasos ahorros para apoyar con los gastos del que llegó a la edad de partir, así que la familia tenía que endeudarse, entregando en garantía la palabra de honor de la familia.

—Con esa pesada carga tenía que partir a su expedición el que hasta hacía unos cuantos días era todavía un niño. Ahora sí tenía que triunfar o triunfar; no había de otra. Las remesas de los que apenas se fueron comenzaban a llegar muy pronto para desendeudar a la familia, para que recuperara en el pueblo la credibilidad, el prestigio y la confianza. Era una cuestión de honor. Solo los que cumplían el compromiso y reafirmaban la palabra familiar podían regresar a dar vueltas en la plaza principal, con la frente muy alta. Eran las reglas del pueblo, no escritas en ninguna parte. Y así el país ha venido perdiendo a buena parte de su mejor gente, la más trabajadora, la más atrevida, la más emprendedora y la más cumplidora, si bien es cierto que los que se quedaron han tenido que continuar navegando en aguas inciertas y tormentosas.

—Salud, compadre —sugirió Lorenzo, con la mirada extrañada en sus propias penumbras.

—Así que, siete días antes de cumplir los diecisiete, le envié

un mensaje a mi hermano, el mayor —continuó Emiliano—, diciéndole: “Ahora sí, Lucas, el próximo jueves 23 cumpla los diecisiete y me tienes que cumplir lo que me prometiste, solo que yo no quisiera ir a trabajar en el campo, sino en alguna ciudad.”

—Pues entonces tendrás que irte con el tío Ponciano a San Diego, —me respondió, —déjame hablar con él y te confirmo.

—Además de lo que me dieron mis padres, yo había ahorrado algo de dinero, pero no me alcanzaba para pagarle al pollero, que me había ofrecido ayudar. Lucas me mandó el resto y, a los dos meses, abandoné mi pueblo, bien resuelto a vivir las experiencias de lo imprevisto, y me largué para acá. Fue toda una expedición.

—Mi ropa estaba siempre empapada de cansancio y tres veces me devolvió la migra; afortunadamente, no sé cómo le hice, pero no me registraron como deportado, lo que me sirvió más adelante, junto con que mi hermano Lucas ya tenía papeles gracias a que se casó con una hija de jaliscienses que, por haber nacido por acá, era ciudadana norteamericana. Él respondió por mí a la hora buena, y eso me ayudó para que me dieran un permiso de trabajo temporal, que luego se fue extendiendo. La verdad es que el que me resolvió todo fue mi padrino ya te contaré más adelante. El hecho es que comencé a trabajar en San Diego como jardinero.

—¿Y cómo fue que aprendiste lo de la jardinería? —interrogó Lorenzo— Eso no es fácil. Seguro que fue obra del padre Juancho.

—Pues la verdad no fue él directamente —respondió Emiliano—, aunque sí ayudó. Fue más bien uno de sus feligreses que, a su vez, había aprendido de unos japoneses con los que trabajó en Arizona unos años atrás. Ya después se regresó a Uruapan. Nos visitaba una o dos veces al mes y nos fue enseñando poco a poco, y nos apoyó, al padre y a mí, en la construcción de un “*jardín biológico*” que localizamos en la parte trasera de la iglesia. Era un jardín exótico que quedó precioso y hasta venían de otras ciudades a co-

nocerlo. En total armonía con la naturaleza y con la prohibición de utilizar herbicidas, pesticidas y esas sustancias químicas del diablo que todo destruyen. Aprendimos a lograr la mejor combinación entre flores y plantas. “*El equilibrio perfecto*”, le llamaba don Emeterio, que así se llamaba aquel gran jardinero.

—Aquello era un remanso de paz, luz y color. Un paraíso macerado de palmeras, buganvillas, dalias y otras flores más, todas hermosas.

Pero tú, Lorenzo, tú sí has trabajado la tierra; cuéntame de ti. ¿Cómo fue que te viniste y cómo ha sido tu vida de trabajo?

—Pues verás, mi querido amigo. Mi experiencia en relación con la tierra no ha sido precisamente la de sembrar y cuidar flores hermosas y plantas exóticas...

La conversación fue de pronto interrumpida por la llegada de Atzimba.

—Disculpa, Emiliano, pero es la tercera vez que llama la señora Crawford. Yo le he dicho que estás muy ocupado, pero esta vez está muy enojada y me exigió que te enterara de que más te valía responder a su llamada si no querías que se te complicara la vida.

Emiliano juntó las manos, las puso sobre su boca y se quedó pensando; finalmente concluyó:

—Gracias, Atzimba, tomaré la llamada. —Se incorporó y tomó el teléfono diciendo—: ¿Vanessa?

—*You are fucking liar* —decía el grito que llegó hasta los oídos de Lorenzo, que se limitó a levantar las cejas—. Tengo seis semanas llamándote y tú continúas escondido. Quiero que vengas esta misma noche a mi casa; mi marido está fuera de la ciudad. Y si no lo haces, pues ya no vengas nunca porque voy a tomar acciones que te van a destruir la vida y te vas a arrepentir de haberme conocido. —Sin decir más, colgó el teléfono.

Emiliano volteó a ver a su amigo con una sonrisa burlona y le

anunció:

—Me temo, querido Lorenzo, que vamos a tener que dejar para otra ocasión el relato de tu experiencia.

Lorenzo se levantó soltando una carcajada, mientras se ponía el sombrero y le decía:

—¡Tú y tus ladies! Emiliano. Mañana me voy para México y regreso en tres semanas. ¿Qué te parece el próximo sábado 24, en mi casa?

—Estupendo —respondió Emiliano—. Comenzaremos desde la comida porque yo tengo un gran interés en conocer a fondo tu historia.

Se dieron un cálido abrazo y se despidieron.

Capítulo 2

El trabajo

Al llegar a San Diego, Emiliano estaba dispuesto a trabajar como albañil, aunque tuviera que aprender todo desde cero, pues de construcción no tenía la menor idea. Lo de jardinero surgió por pura casualidad, cuando estaba en la oficina de su tío Ponciano mientras conversaba por teléfono con un arquitecto sobre una encomienda de trabajo. En un momento dado, lo escuchó decir:

—No, Arki, de jardinería sí no sabemos nada; de construcción lo que usted quiera, pero de flores y plantas ni idea.

Emiliano le hizo varios movimientos bruscos con las manos, señalándose a sí mismo. Entonces el tío Ponciano le ofreció a su interlocutor:

—Bueno, pues déjame ver si consigo a alguien, pero no le prometo nada; ya le avisaré.

Emiliano le contó a su tío cómo es que había aprendido lo de jardinería con el maestro Emeterio, a su vez aprendiz de un jardinero japonés que sí era un verdadero experto.

—¿Estás seguro, Emiliano? —preguntó el tío escéptico—. Aquí no se puede fallar; podrías acabar con el prestigio del negocio. Nosotros jamás le entramos a algo que desconocemos.

—Créame, tío, yo no se lo hubiera ofrecido si no estuviera absolutamente seguro. Si hubiera visto el gran jardín orgánico que construimos en la parte trasera de la iglesia, allá en el pueblo; gente

venía de muchas partes solo para conocerlo. Era un verdadero paraíso, como decía el cura Juancho. Para eso soy muy bueno; deme chance de demostrárselo.

—Ay... Emiliano, Emiliano, a ver si no me arrepiento. ¿Me das tu palabra de que lo vas a hacer bien?

—Tiene usted mi palabra de honor, tío.

La experiencia fue excelente; el Arquitecto quedó muy satisfecho y, sobre todo, los dueños de las tres casas que se construyeron.

—El problema —anticipó el tío— es que este tipo de trabajo se solicita esporádicamente. Te pondré en contacto con otros amigos, también latinos, que se dedican a lo mismo que yo, pero te las tendrás que arreglar por tu cuenta; tal vez entre todos podamos ayudarte para que tu trabajo sea estable.

Así, Emiliano se convirtió en el dueño de su propio negocio, autónomo e independiente, como quería. Las cosas comenzaron a ir mucho mejor de lo que habían esperado y la demanda rebasó su capacidad individual, por lo que tuvo que contratar a algunos colaboradores, también de origen mexicano, a los que fue enseñando el arte de la jardinería, en particular de la jardinería biológica. Los vientos empezaron a soplar muy favorablemente, sobre todo después de que el tío Ponciano consiguió una encomienda para apoyar en la construcción de un conjunto de veinticuatro casas grandes en una zona de ricos en San Diego, en las que se requería para todas ellas de trabajo de alta jardinería.

Capítulo 3

La seducción

Vanessa Crawford fue la primera mujer norteamericana con la que Emiliano entabló una relación amorosa. Una mujer madura, pero aún bastante hermosa, de pelo rubio platinado y de ojos azul intenso, con una sexualidad explosiva y un temperamento fascinante. Caprichosa en extremo, acostumbrada a imponer su voluntad, no solo sobre su marido, míster George Crawford, un empresario extraordinariamente rico, propietario de uno de los principales bancos del condado y varias sociedades de inversión, sino también sobre todos los seres humanos que se atrevían a cruzarse en su camino.

La relación empezó entre ellos cuando ella contrató los servicios de Emiliano para transformar el gran jardín de su residencia principal en North City, probablemente el barrio más exclusivo de San Diego.

Emiliano Márquez Vargas era un hombre moreno, alto, de complexión atlética y ojos negro azabache —herencia de su madre—, cejas marcadas y sonrisa franca. Podría decirse que era particularmente atractivo para muchas mujeres, sobre todo para las anglosajonas rubias y muy blancas. A Vanessa le fue resultando cada vez más agradable conocerlo y tratarlo. La primera impresión que la sorprendió gratamente fue al percatarse de que su inglés era casi perfecto, con un acento oxfordiano, seleccionando siempre los términos precisos y dándole la entonación habitual de los ingleses

cultos, como lo era el padre Johan, o Juancho, como él le llamaba.

Paso a paso, aquella fuerte personalidad latina fue cautivando a Vanessa, muy a pesar de que ella formaba parte del grupo activo de los WASP (Blanco, Anglosajón, Protestante) orgullosos de ser racistas, además de clasistas, al grado que se jactaban de ello. Los latinos para ellos, y en particular los mexicanos, eran considerados seres inferiores que solo podían aspirar a convertirse en sus sirvientes o sus trabajadores.

Gradualmente, Vanessa Crawford se fue mostrando cada vez más amable y complaciente con Emiliano. Su sentimiento de rechazo automático se fue transformando con el correr del trato.

— *Siempre tiene un comentario inteligente y divertido*— se decía Vanessa.

A los dos meses sucedió algo que precipitó el acercamiento. Tras una primera visita a Italia, Vanessa se aficionó a la cocina italiana; le dio por investigar los que eran considerados como mejores restaurantes italianos de San Diego y, después de conversar con algunos que se jactaban de conocedores, llegó a la conclusión de que era recomendable conocer el Ristorante Brandolino. Decidió hacer una reservación para festejar allí con su esposo su aniversario de bodas. Para la ocasión especial adquirió una vestimenta también especial. Llamó a la secretaria de su marido por la tarde para pedirle que le insistiera a míster Crawford en que fuera puntual y llegara al restaurante a las 8:00 en punto, y se llevó una sorpresa nada agradable. La secretaria se mostró sorprendida con tal encomienda y, no sin cierta ironía, le expresó:

— ¿Esta noche? Qué extraño, pensé que estaría usted enterada de que esta noche Mr. Crawford viaja a la Bahía de Half Moon con el senador Jackson para inaugurar un complejo hotelero mañana temprano. Va en jet privado, en compañía, por cierto, de su nueva asistente.

El comentario último lo pronunció con una buena dosis de mordacidad, como una revancha ante el desplazamiento que venía sufriendo por parte de aquella nueva intrusa en las tareas más importantes e interesantes de la dirección.

— ¿Su nueva asistente? —cuestionó Vanessa.

—Sí, Olivia, ahora lo acompaña a todas las reuniones importantes. ¿No se lo había dicho? —se lo recalcó con un dejo de supuesta sorpresa que ella claramente disfrutaba y que intencionalmente provocaba la ira de Vanessa.

El dardo de Joanna, la secretaria de toda la vida de su marido, dio en el blanco certeramente. Vanessa no hizo mayor comentario y se limitó a colgar el teléfono. Enfurecida e indignada intentó llamarle a su celular y descubrió un mensaje de texto en el que le decía: “Ya no pude llamarte para cancelar nuestra cena, pues tuve que acompañar al senador Jackson a inaugurar un complejo turístico en la costa norte de California. Salimos en su avión en veinte minutos. Estaré de regreso el lunes. Love you.”

Leer aquel mensaje la puso aún más furiosa, y su indignación aumentó todavía más cuando escuchó, al insistir en marcar el número del celular de su marido, la grabación acostumbrada que invitaba a dejarle un recado o a llamar más tarde. Respondió al mensaje escribiendo: “*Y si puedes no volver nunca, no te preocupes, tal vez sea lo mejor*”

— Gggrrrrrrrrrrrrrrrrrrrr —gritó enardecida, después de vaciar de un golpe la copa grande de tequila que se había servido. Y fueron seguramente las dos adiciones que ingirió entre maldiciones las que le dieron una idea.

— ¿Sí, alo? —contestó Emiliano al recibir la llamada de Vanessa.

— ¿Tienes un saco decente? —preguntó ella. Sorprendido

— ¿Es usted madame Crawford?

—Te pregunté si tienes un saco decente —insistió ella.

—Pues creo que sí, aunque tengo también otro que quizás no podría recibir ese calificativo —señaló Emiliano, conteniendo un poco la risa.

—Pues pónitelo y te vienes a mi casa a las 7:50 p.m. Tengo algo importante que pedirte. —y colgó.

A la hora indicada, en punto, Emiliano, con un saco blazer más que “decente”, tocó el timbre. Sonó el “ding dong” de la puerta principal. Vanessa abrió y le dio la bienvenida con una sonrisa seductora, pero indiferente. Estaba realmente despampanante. Se había arreglado mucho mejor de lo que habría hecho para impresionar a su marido.

—No, ni siquiera entres —instruyó mientras cerraba la puerta—. Quiero que me acompañes a cenar a un restaurante italiano muy exclusivo, que deseo conocer; espero que sepas comportarte.

Se había acercado el chofer preguntando:

—¿Va a requerir del auto, señora Crawford?

Ella volvió a ver a Emiliano y le preguntó:

—¿Sabes conducir?

—Desde un burro hasta un Ferrari —respondió él con una sonrisa dulce.

—Lo del burro no tengo duda... —y dirigiéndose al chofer le ordenó

—Tráiganos el Porsche, Charlie, y váyase a descansar; esta noche no voy a requerir de sus servicios.

Llegó el auto y Emiliano abrió la puerta para que subiera Vanessa. Ella subió y se acomodó mirando al frente, sin voltear a verlo ni darle las gracias.

Vanessa indicó la dirección del Ristorante Brandolino y abrió el móvil en busca de un mensaje de su marido, enfureciéndose nuevamente al no encontrar ninguna señal. Se escuchó un ligero mur-

mullo en que Emiliano pudo identificar la palabra “sanababich”.

Antes de iniciar el trayecto, exclamó Emiliano:

—Debo aclararle a madame que yo jamás trabajo fuera de las horas previstas, así que si usted me permite, seré yo quien la invite a cenar esta noche.

—Eso es ridículo —vociferó ella.

—Es la única opción —señaló Emiliano, mientras sonaba ligeramente el claxon dos veces y hacía al chofer la señal de esperarse.

—¿Eso implica que tú también pagarás la cuenta?

—En efecto.

—Mira que es un sitio bastante caro —aclaró ella.

Emiliano la miró fijamente a los ojos, mientras le decía con tono caballeroso:

—No hay en el mundo un restaurante suficientemente caro como para que no sea un placer invitarla a cenar.

Despidió con la mano a Charlie y arrancó.

Vanessa se sintió complacida con el comentario de Emiliano, el cual fue, sin duda, muy agradable y, sobre todo, muy oportuno. Lo sintió como un piropo especial que en ese momento le cayó de perlas.

—Decidí invitarte a cenar porque estaba furiosa —comentó Vanessa—, aunque creo que más bien debería decir para que me invitaras a cenar. —Y soltó una carcajada.

—Pues debo celebrar su sentido del humor, doña Vanessa —destacó Emiliano utilizando el español para mencionar su nombre— Me encanta la idea de que reaccione usted así a un contratiempo.

Ella sonrió y repitió:

—Doña Vanessa... suena como el nombre de un tequila muy fino.

—O a la dueña de una hacienda muy grande —agregó él. Ambos se rieron.

—Lo que quería decir —aclaró Vanessa— es que mi esposo me canceló la cena en este restaurante italiano de una manera muy grosera y se fue con su nueva asistente a un hotel de lujo en la playa, así de simple.

—Y estallaron los celos —apuntó Emiliano.

—Pues en realidad no; en ese sentido, la verdad es que me importa un comino si anda con otra mujer o con un hombre. Es mi orgullo el que se sintió lastimado. Después de hacer una reservación cuasi secreta y haber adquirido nueva indumentaria, me sentí absolutamente ridícula... y pasada de moda...

No continuaron la conversación por ese sendero porque arribaron al restaurante exclusivo y pretencioso, pero, sin lugar a dudas, elegante y hasta con un cierto tinte de distinción. Era evidente que se trataba de propietarios italianos y no norteamericanos, que siempre tienen una manera peculiar y pintoresca de ver y apreciar a Italia y todo lo italiano.

Emiliano se bajó rápidamente y casi corrió para abrirle la puerta a Vanessa, quien rechazó la atención del valet parking para esperar la llegada de quien parecía se podría convertir en un buen amigo, tal vez secreto, pero tal vez no.

Les asignaron quizás la mejor mesa del restaurante, con una vista excelente hacia la bahía. Emiliano retiró la silla de Vanessa para facilitar el sentarse, lo que le pareció a ella un nuevo detalle galante que sin duda le agradó. El mesero les ofreció un aperitivo y Emiliano, sin preguntarle, ordenó dos prosecco con Aperol, y volteó a verla, cerrándole un ojo en busca de su aprobación. Ella sonrió en señal de aceptación. Le agradó que él tomara la iniciativa con gran seguridad. No se explicaba por qué, pues era ella siempre la que tomaba todas las decisiones, en particular las que de alguna manera le afectaban.

La música de fondo del restaurante era norteamericana, así

que Emiliano llamó al maître y le preguntó:

— ¿Tienen ustedes Spotify, cierto?

— En efecto —respondió el maître.

— ¿Sabe? —agregó Emiliano—, he preparado una selección de música italiana especial para la señora; ¿sería posible escucharla?

— Por supuesto que sí —aclaró el maître.

Emiliano hizo una anotación en una tarjeta y se la entregó diciendo:

— Aquí están los datos de conexión. Le agradezco.

Unos minutos después, Vanessa comenzó a escuchar las canciones de los mejores cantautori y cantantes italianos de las últimas cinco décadas, selección que, por cierto, y en buena medida, había formado a partir de los CD y casetes legados por su amadísima Nicoletta. Comenzaron a escuchar la estupenda voz de Claudio Baglioni y después Pepino di Capri, cantando "*A modo mio*" y "*Champagne*", respectivamente.

Brindaron y Emiliano le comentó a Vanessa:

— Esta bebida, conocida como *Aperol spritz*, la ha puesto muy de moda desde 2003 en Italia los jóvenes de la ciudad de Verona.

Al preguntarles si querían ver las cartas, Emiliano le preguntó al mesero si sería posible hablar con el chef.

— Por supuesto —indicó el mesero—, ahora mismo lo llamo, aclarando que se trataba también del propietario del establecimiento.

Vanessa estaba una vez más sorprendida; es cierto que se sentía un poco vulnerable, pero, sin duda, muy a gusto. Decidió entregar a Emiliano por completo el control de esa noche.

Cantaba Peppino Gagliardi "*Sempre, Sempre*" cuando se presentó el chef con un impecable atuendo blanco de perfecto corte. Emiliano se puso de pie, extendió la mano y se dirigió a él en un excelente italiano:

—Ciao, yo soy Emiliano Márquez, nací en México y vivo aquí en San Diego. Me da gusto conocerte.

—Mi nombre es Sergio Cerianni, nací en Florencia y también vivo en San Diego. Es un placer. Si eres mexicano, no hay duda de que nos entenderemos, sobre todo culinariamente. Eso no es fácil con los norteamericanos; ellos, como buenos anglosajones, se comen hasta las piedras y no distinguen los guisantes de las aceitunas.

Se rieron ambos de buena gana.

—¿Cómo es que hablas tan bien el italiano? —preguntó Cerianni.

—Pues tuve una excelente profesora cuando era niño —respondió Emiliano y agregó en inglés—. Permíteme presentarte a Vanessa Crawford; ella ha decidido convertirse en una aficionada de la cocina italiana y está en una expedición tratando de localizar al mejor chef italiano en San Diego.

—Es un verdadero placer conocerla, signora Crawford —apuntó el chef Cerianni, inclinándose para besarle la mano.

—Molto piacere —dijo Vanessa y le obsequió una de sus mejores sonrisas.

—Quisiera pedirte que, en esta ocasión —explicó Emiliano.— decidas tú, Sergio, lo que vamos a degustar. Imagina por un momento que llega al restaurante de improviso Emanuela Postacchini y te dice: “*Sergio, me han hablado maravillas de ti. Sorpréndeme con tu arte culinario*”.

Sergio Cerianni lanzó una explosiva carcajada, cerró el puño levantando el dedo pulgar y le respondió:

—¡Bravo! Déjalo de mi parte. Los voy a sorprender, ya verás. Les dirigió una muy agradable sonrisa y se retiró.

—Tienes que traducirme con todo detalle lo que han conversado —exigió Vanessa.

Emiliano lo hizo, con excepción de lo de las piedras. Sonaba

a lo lejos la voz de Iva Zanicchi cantando "*Testarda io*". Ella no dejaba de sonreír.

Emiliano pidió la carta de vinos y eligió un vino tinto del Piemonte, un Barbaresco del 2018, suficientemente caro, pero que no excedía sus posibilidades. Después de veinte minutos se inició el espectáculo inolvidable. El chef Sergio Cerianni había recogido el guante y les ofrecía una degustación de sus principales especialidades. Cuatro meseros desfilaban con aquellas maravillas, siempre en muy pequeñas porciones. Al presentar cada platillo, los meseros pronunciaban con solemnidad el nombre del platillo.

Vanessa contemplaba aquellos provocadores platillos con una agradable expresión, mezcla de sorpresa y de glotonería.

—No tiene sentido alguno que te traduzca el nombre de estas delicias y mucho menos que trate de explicarte su contenido, así que mejor las pruebas y rechazas la que no te guste —precisó Emiliano.

—Me gustará todo, estoy segura. —Y seguramente estaba muy segura, porque, en efecto, devoró todo, absolutamente todo, deleitándose también con el vino piamontés que había elegido Emiliano.

Unos minutos después hizo su aparición Sergio Cerianni con una sonrisa de satisfacción manifiesta. Emiliano se puso de pie, juntó las manos en un saludo hindú, mientras le decía:

—¡Chapeau! Sergio, ¡eres un maestro! Todos eran bocatti di cardinale. Vanessa le regaló una espléndida sonrisa, diciendo:

—Sergio, creo que es lo más exquisito que he comido en toda mi vida. Solo que la próxima vez pediré una degustación doble.

Soltaron los tres una carcajada.

—Ahora viene el postre; espero que les guste. —Se acercó un mesero con dos platos y destacó—: *soufflé al guanaja, arachide salato, ananas al rum, aceto di cocco e sesamo tostato e cilindro di sfoglia alla mela, panna e salsa tartaten*.

Vanessa se comió los dos postres y, mientras se deleitaba, comentó:

—Con esto podrían envenenarme sin ninguna resistencia.

—Y como digestivo, ¿qué les envió? —preguntó Sergio—. Para la signora Amaretto di Saronno, con hielo, y para mí un Amaro Averna —respondió Emiliano.

—¡Magnífico, se los envió! —Le dio su tarjeta personal a Emiliano, diciendo—: Creo que tú y yo debemos vernos pronto.

—Me permitirás invitarte a un restaurante de cocina mexicana —replicó Emiliano sonriendo.

—¡Ahh! La cocina mexicana es una de mis pasiones y debilidades —recalcó Sergio, besó nuevamente la mano a Vanessa y se despidió diciendo únicamente—: ¡Piacere!

Disfrutaban sus digestivos al ritmo de Ornella Vanoni cantar "*Quale allegria*", cuando Emiliano la miró fijamente a los ojos y le preguntó:

—¿Cuál es su color predilecto?

—¿Mi color predilecto? —repitió ella. Él asintió con la cabeza.

—Déjeme pensar —susurró Vanessa y se quedó mirando el horizonte sin ver.

Se tardó, y Emiliano supuso que quizás se había olvidado de la pregunta, le aseguró:

—Está dudando entre el azul y el blanco, ¿no es cierto? Por enésima vez desconcertada, Vanessa reconoció que la deducción de Emiliano era absolutamente cierta.

—¿Cómo lo sabe? —masculló.

—Opte por el azul —instruyó Emiliano—, el blanco, en realidad, no es un color; de hecho, es justo la ausencia de color.

—De acuerdo, pero dime, ¿cómo sabías que era el azul?

Percatándose que le había dado del "tú", Emiliano respondió en la misma frecuencia:

—No lo sé, quizás porque tus bellísimos ojos azules te delatan.

Ella expresó con una sonrisa amable que la respuesta no solo le había encantado, sino que le había parecido una incitante manifestación de galantería. Le agradó sin duda que le haya devuelto el "tu"

Se quedaron mirando los dos por un momento mientras escuchaban a Fabio Concato cantar "*Non smetto di aspetarti*". Ella le pidió que le tradujera no solo el título, sino algunas estrofas que la emocionaron. Emiliano rompió el impasse para decirle:

—Imaginemos por un momento que, como seguramente te gusta hacer, caminas lentamente por la playa en el atardecer y de improviso te tropiezas con una botella muy antigua con un tapón muy extraño. Con gran dificultad logras abrirla y de ella surge súbitamente un genio, un genio que ha estado prisionero en la botella por más de dos milenios. Se trata de un genio con sentido del humor que te plantea que va a concederte algunos deseos, pero él pondrá las reglas y tú tendrás que ajustarte a tales normas.

Nuevamente, se escuchaba a lo lejos a la Zanicchi, cantando ahora "*Com'è triste Venezia*".

—Lo primero que te ofrece el genio es que va a organizarte tres cenas, tres cenas diferentes e independientes; en cada una de las cuales podrás invitar a cenar contigo a un personaje, hombre o mujer, vivo todavía, nacional o internacionalmente célebre; famoso, por cualquier razón, por cualquier motivo y en cualquier ámbito. Podrás invitarlo al país, a la ciudad y al restaurante que tú escojas, pero también a cualquier rincón que inventes. Huelga decir que la cena será un festival de exquisiteces, el vino de la mejor cosecha, los aperitivos y digestivos más deleitables y la música exquisita. Debo agregar que tus personajes invitados hablarán siempre con la verdad y no rehuirán ninguna pregunta. ¿a quién invitarías?

—¡*Guau, guau, guau...*! —gritó Vanessa— Qué pregunta genial. Creo que nunca me habían hecho un cuestionamiento tan inteligente e interesante. Tengo que pensar. No puedo perder la oportunidad. —Levantó la copa de vino muy en alto y proclamó:

— Brindo... por ti. —Y regresó a profundizar en sus cavilaciones, mientras Gino Paoli cantaba "*Vivere Ancora*".

Vanessa sonreía con cierta malicia, si bien se limitaba a reflexionar consigo misma muy dentro de sí. Levantó la vista y anunció muy segura:

—Ya... Creo que el primero sería Donald Trump.

Emiliano levantó las cejas y se limitó a preguntar:

—¿A dónde te lo llevarías a cenar?

Ella se sonrió y contestó:

—A su propia residencia de Mar-a-Lago o en la Casa Blanca si puedo esperarme un poco a que regrese.

Emiliano comentó con tono de ironía:

—Podría confesarte si en realidad ganó o perdió las segundas elecciones, tomando en cuenta que solo podrá decir la verdad.

Vanessa se sonrió de nuevo y prefirió continuar:

—El segundo sería George Clooney, es mi actor predilecto, y me lo traigo a cenar aquí, justo en esta mesa. El tercero sería Tom Brady, el mejor quarter-back de todos los tiempos; a ese me lo llevo a cenar en París. ¿Cómo ves?

—Creo que es oportuno mencionarte que el genio solo te arreglaría las cenas; lo demás correría por tu cuenta —aclaró Emiliano. Ahora sí, Vanessa soltó una carcajada que delató sus turbias intenciones y preguntó con especial interés:

—¿Qué sigue?

—Pues sigue —respondió Emiliano— que el genio es un poco caprichoso y determina que tendrás que cambiar a uno de tus invitados y que él te dará tres opciones de sustitución para que tú elijas.

—Bien —dijo ella—, pero primero dime las opciones y después te digo a quién elijo y a quién cancelo.

En ese momento, Peppino Gagliardi comenzaba a cantar "*Come un ragazzino*".

—Las opciones serían Barack Obama, Xi Jinping y Malala Yousafzai —informó Emiliano.

—¿Y quiénes son ese Jinping y la Malala quién sabe qué? Tú dijiste que debían ser famosos.

—Pues Xi Jinping es el presidente de China, y Malala Yousafzai es una prestigiada mujer paquistaní, líder de un gran movimiento mundial de defensa de los derechos de la mujer y de los niños, que ha recibido diversos galardones del mayor prestigio, entre ellos el Premio Nobel de la Paz en 2014.

Vanessa se quedó pensativa, quizás un poco apenada y probablemente reflexionando en que de alguna manera había hecho el ridículo. Al final contestó:

—Bien, me quedo con ella y cancelo al quarterback. ¿Qué más? No me digas que ya terminó. Me encantó este jueguito. —Fabrizio di André cantaba "*Inverno*" en ese momento.

—¿Quieres continuar? —preguntó él, mientras bebían el segundo digestivo.

—Te lo ruego —respondió ella, con una mueca de niña consentida, ante la que resultaba imposible negarse.

—Bueno, pues sucede que el genio te dice que, en virtud del resultado inteligente del primer deseo, ahora va a organizarte nuevamente tres cenas, pero en esta ocasión serán con tres personajes famosos ya muertos, desde que se inició la historia de la humanidad hasta nuestros días. También estarán obligados a hablar con la verdad y, además, tendrás que decidir si los traes a cenar a esta época, en cuyo caso, ellos sabrán lo que sucedió después de su muerte; o si eres tú la que se traslada a la de ellos, lo que te permitiría conocer

y disfrutar del entorno y el contexto en que se dieron sus vidas, y solo sabrán por ti de lo que sucedió después de sus muertes. La pregunta es la misma: ¿a qué personajes invitarías?, ¿y te los trasladarías para acá o te irías para allá?

—Qué bárbaro, eres terrible —manifestó Vanessa, que nunca pensó en el nivel y las complacencias de aquella conversación, y agregó —Todavía más interesante esta pregunta, pero también muchísimo más difícil.

Interpretaba Fabrizio di André la canción "*Inverno*" cuando se percataron de que su mesa era la única ocupada y que los meseros solo los esperaban a ellos para partir. Emiliano pidió la cuenta, que le trajeron de inmediato, junto con dos botellas de obsequio por parte de Sergio Cerianni, una de Amaretto di Saronno y otra de Amaro Averna. Se miraron en el fondo y ella sentenció:

—Esta noche no puede terminar, así que... seguiremos en mi casa, así tendré más tiempo para pensar en las respuestas a las preguntas del genio. Estaremos solos. Tenemos tu música maravillosa y toda la noche para terminar con tan deleitables digestivos. Levantó su copa de Amaretto y brindó.

—Salute, por todo lo que me has enseñado esta noche y por lo que seguramente me seguirás enseñando.

Partieron y en el auto prácticamente no conversaron; se limitaron a escuchar las canciones "*Meraviglioso*" por Fiorello, "*Lo so che finirà*" por Anna Tatangelo, "*Domestichezza d'amor*" por Gianmaria Testa, "*Cartello allà porta*" por Francesco De Gregori, "*Mala-femmena*" por Roberto Murolo y "*Lo specchio*" por Ornella Vanoni. Vanessa miraba a lo lejos mientras disfrutaba y meditaba sobre sus tres personajes de la historia. Solo interrumpió por un momento sus cavilaciones para llamar a su casa y decirle, o más bien ordenarle, a Guadalupe, su incondicional doncella —de origen mexicano, por cierto— que se fuera a dormir, mencionando, como si no tuviera

importancia, que no llegaba sola.

Ya en la sala, Vanessa instruyó a Emiliano:

—Tú qué sabes todo y todo lo haces bien, enciende la chimenea, activa la música y prepara los digestivos mientras me pongo cómoda.

Se retiró caminando muy suavemente, con un movimiento sensual y una provocadora sonrisa plena de picardía.

Capítulo 4

La primera entrega romántica

Emiliano activó el impresionante equipo de música al que conectó con su teléfono y activo una selección de música instrumental francesa. Sentado cómodamente cerca de la chimenea, donde el viento silbaba como un fantasma inquieto, y saboreando su Amaro Averna, se preguntaba si aquel sillón real sería el favorito de mister Crawford, cuando la imagen de Vanessa se presentó como una aparición celestial o como expresión de hechicería, con una bata larga y blanca de fino encaje bordado y transparente que dejaba imaginar todos los rincones secretos de su hermosa figura y resaltaba un cuerpo espléndido, ante la tenue luz que emanaba de la chimenea. Era una fantasía sazonada con destellos de una realidad confusa.

Únicamente esa bata elegante y delicada se interponía entre su cuerpo seductor y la mirada indagadora de Emiliano, sin prenda defensiva alguna. La sutil transparencia de la tela simplemente envolvía como bruma ligera su cuerpo desnudo.

Él se puso de pie de inmediato y la invitó a bailar; con su brazo firme en la espalda la aproximó a su cuerpo, entrelazando sus piernas al ritmo suave del saxofón. Bailaron suavemente, disfrutando. La recostó con cuidado exquisito en el gran sofá y su mano inquieta aca-ició con gentileza su nuca elegante, en tanto que la otra, más viajera y atrevida, pretendió incursionar suavemente entre sus piernas desnudas, deliciosamente desnudas. Y al avanzar con sutileza

su caricia entre aquellos muslos de seda, dos suspiros escaparon de Vanessa, su cuerpo vibró con excitación extrema y sus piernas bloquearon el sendero. El ritual daba comienzo, el sortilegio se manifestaba con fuerza incontenible en aquella gruta ardiente que se había convertido en un lecho de amor. El aroma de ella invadía el aire, esperando ser respirado por Emiliano.

La miró de frente. La separó por un momento solo para admirarla en toda su magnificencia. Ella deslizó muy despacio su atuendo y, como un acto de magia, apareció su cuerpo desnudo por completo, con todo el esplendor de sus encantos, de aquellos rasgos todavía perturbadores, reliquia de su belleza juvenil. Los destellos tenues de iluminación procedentes del fuego de la chimenea confirmaban la aparición de una de las diosas del Olimpo.

“¡*Acércate!*”, dictaminó su mirada, “¡*Hazme enloquecer de sensaciones!*”, ordenaron sus ojos con la sobriedad y el misticismo de una sacerdotisa.

Las notas melancólicas de aquella música discreta llenaban de mayor sensualidad y erotismo la majestuosidad de su figura encantadora. Su mirada lanzaba destellos de fuego que se confundían con las llamas de la chimenea. Sus senos desafiantes temblaban, gritando en silencio por caricias. Y las manos de Emiliano obedecieron con presteza su mandato, mientras ella desabotonaba con premura su camisa.

Sus labios reanudaron el encuentro una y mil veces y sus lenguas se fundieron con un frenesí irrefrenable, en tanto que las manos de Emiliano continuaban deslizándose por todos los rincones de aquel cuerpo delicioso, siguiendo al pie de la letra las indicaciones precisas que años atrás le diera su amada Nicoletta.

Era una delicia suprema. Él sintió muy en el fondo el influjo de sus encantos y los efectos de esa pócima que seguramente ella preparó para él y le transmitió en la copa de sus labios enardecidos. Va-

ya, una mujer irresistible.

Al rodear y oprimir su cintura con ambas manos, el cuerpo de Vanessa se cimbró con furia y sus uñas temblorosas se aferraron a la espalda de Emiliano. Mientras él besaba con excitación sus senos deliciosos, las manos y dedos de Emiliano incursionaron con destreza por los rincones más secretos de su cuerpo hasta que una sonrisa ardiente y un “sí” profundo se entremezclaron.

Vanessa no pudo impedir que se le escapara un alarido de gozo incontenible, de envolvente júbilo, acompañado de un gemido intenso y del crepitar del fuego. El espacio se llenó de una mezcla erótica de sabor a ella y del aroma de su perfume. Iniciaba, en esa larga noche, su primer viaje a las estrellas, hacia las que entonces volaba impulsada por las caricias continuas de las manos y la vorágine incesante de los besos de Emiliano.

La imagen era soberbia y voluptuosa. Sus labios rojos encendidos, su cabello alborotado, el sudor de su pecho y la humedad en su vientre. El éxtasis parecía interminable. Su cuerpo todo experimentaba una sensación suprema de creciente placer profundo, un estremecimiento deleitable, un clamor de entrega colosal. Y su mirada se debatía entre los ojos de Emiliano y el infinito. Él, invadido de un fuego interior, la condujo hasta lo más alto, hasta ese instante memorable en que se detuvo el tiempo y ella, después de lanzar un grito voluptuoso y prolongado, desfalleció, rendida como el gran final de una sinfonía inefable de mil expresiones de placer y de cuatrocientas sonrisas de deleite.

Y súbitamente se detuvo todo. Las llamas de la chimenea dejaron de temblar. Se dieron unos instantes lentos de embriaguez y complacencia, pero Vanessa no decayó. Sus miradas volvieron a encontrarse con dulzura, no fue necesaria una tregua; la placidez no fue invitada; por el contrario, el cuerpo de ella, ahora más sensible, se fue excitando cada vez más al sentir el roce sutil de las caricias y

los besos de Emiliano. Su expresión proclamaba claramente que estaba decidida a seguir volando hasta llegar una vez más al final del arcoíris.

Y Emiliano se lanzó a escudriñar con su propio cuerpo hasta penetrar en lo más profundo de la hoguera misma de la sensualidad de Vanessa. Y ella lo recibió anhelante, derritiéndose toda al sentirlo tan adentro de su esencia, y lo amó profundamente en ese instante insólito. Y sintió su silueta jadeante de abajo hacia arriba, y de arriba hacia abajo, y de allá para acá, y de aquí para allá, y de dentro hacia fuera, y de fuera hacia adentro, y el sol y la luna, y el mar y el fuego, y nada podía detenerlos en esa travesía sin freno. Y así continuó aquella vorágine de entrega y de placer durante toda la noche. Quizás como Vanessa lo había soñado siempre, pero con seguridad como que no lo había experimentado jamás; en que cada uno de sus explosivos orgasmos concluía con una cabalgata desbocada interminable en que Vanessa gritaba inesperadamente: “¡Viva México! ¡Viva México! ¡Viva México!”, y otras tantas expresiones más en un idioma que solo la luna despeinada y el corazón exaltado de Emiliano comprendían.

Cuando Emiliano se despertó, ya había amanecido. Se vistió muy despacio y llevó a la cocina los vestigios de aquella noche brava. Al salir él, entraba Guadalupe.

—Buen día, Comadre —le dijo y los dos se cerraron un ojo en señal de complicidad.

Cuando él partió, Vanessa continuaba durmiendo sobre el gran sofá junto a la chimenea, desvanecida por la pereza, con una sonrisa extraordinariamente placentera.

Capítulo 5

Los amoríos

Aquella noche, Vanessa descubrió finalmente los secretos profundos de la entrega plena y de la pasión desbordada. Fue una noche desenfrenada, atestada de sorpresas y de un sortilegio interminable, de caricias sublimes y de un placer prolongado que jamás imaginó que pudiera experimentarse. Tenía la sospecha de que se estaba enamorando y que su vida sensual tomaba un sendero impensable.

Seguramente con la intención oculta de multiplicar aquellos encuentros insuperables, Vanessa decidió contratar los servicios de Emiliano como profesor de italiano, pagándole, por iniciativa propia, el triple de lo que era el importe acordado en su actuar de jardinero. Él se resistió en un principio, pero terminó sucumbiendo, pues también disfrutaba de aquellas experiencias espléndidas, cada vez nuevas, si bien concluían invariablemente con aquellos gritos enardecidos de “¡Viva México!”, que, a él, tenía que confesarlo, le agradaban y divertían. Vanessa era insaciable y las lecciones se repetían cada vez que se daba una coincidencia, es decir, cuando el trabajo intenso de Emiliano y la agenda abrumada de míster George Crawford lo permitían.

Durante los meses siguientes, Vanessa disfrutó su sexualidad con una gran intensidad. Hicieron el amor en múltiples ocasiones en la casa de ella, en la de él y eventualmente en un pequeño hotel elegante pero discreto llamado Kasa East Village. En la residencia

de los Crawford, lo hicieron en la sala, el comedor, el escritorio de la biblioteca, la cocina, de pie apoyada en un muro, el césped, la piscina, el columpio del jardín, en la escalera, las cinco recámaras, la sala de TV, la alfombra de los closets y hasta en el Cadillac antiguo estacionado en el garaje, orgullo de míster Crawford. Se refugiaban en los escondrijos más invisibles de la casa.

Su cocinera y principal trabajadora doméstica, Guadalupe, por suerte de origen mexicano, era una excelente cómplice que dominaba los misterios de la brujería de su pueblo y, por lo tanto, sabía perfectamente en qué momentos precisos desvanecerse.

La llegada de Emiliano a la vida de Vanessa la hizo ser cada vez más complaciente y comprensiva. Desaparecieron por completo los habituales malos tratos. Ahora estaba casi siempre contenta. Durante una visita que hicieron al Kasa East Village, Vanessa le confesó a Emiliano que se sentía más feliz que nunca y le compartió una supuesta confidencia:

—De ahora en adelante, Emiliano, tendremos más tiempo para vernos. Este fin de semana último acompañé a mi marido a una reunión muy importante. Estuvimos en Mar-a-Lago nada menos que con Donald Trump. George recibió la bendición para postularse como candidato a alcalde de San Diego por el Partido Republicano en la próxima elección. Creo que finalmente llegará la recompensa por el dineral que ha invertido en las campañas del propio Trump. Está feliz, aunque me aclaró que estos meses estará menos tiempo en casa, pues planea viajar por todo el condado, y además tendrá que efectuar viajes frecuentes a Washington.

Vanessa, estaba cada vez más inquieta y preocupada de que su apasionante aventura fuera descubierta por su marido, que siempre se había sentido absolutamente seguro y confiado de su fidelidad. Lo que en verdad la aterraba era que sus amigas del club pudieran enterarse de que ella estaba enloquecida y feliz con

aquel amor desbordado y pleno de lujuria con un mexicano, a quien todas ellas consideraban como un ser inferior e indigno de siquiera mirarlas.

Pensó seriamente en reducir los riesgos y concluyó que era importante que sus propias amigas más allegadas cometieran un pecado similar; así, todas habrían de cubrirse entre sí. De alguna manera, serían todas cómplices de la misma aventura. Sabía bien, por otra parte, que ninguna de ellas, en términos de sexualidad, estaba contenta y plenamente satisfecha con su vida marital. Así que comenzó a promover encuentros con cada una de ellas para contarles la misma historia clandestina:

—Tengo un secreto que compartir contigo, pero debo aclararte que por ningún motivo te diré de quién se trata y tendrás que prometerme que no se lo contarás a nadie, mucho menos a tu marido.

—Te lo prometo —fue la respuesta inmediata de todas sus amigas íntimas, a cuál más chauvinista, etnocéntrica o xenófoba, pero también lujuriosa,

—Pues resulta que una amiga nuestra muy cercana, que tú conoces muy bien, pero cuyo nombre no te revelaré por ningún motivo —comenzó por decir— me ha confesado, en absoluto secreto, que ha establecido una relación sexual tremendamente intensa con un mexicano migrante, que la ha hecho gozar de una manera descomunal y magnífica, como ella jamás había imaginado que fuera posible.

Todas ellas, sin excepción, mostraron una gran sorpresa y un interés exagerado por conocer mayores detalles de aquel caso insólito, que, en paralelo, les trastornaba su equilibrio hormonal al extremo.

—Una razón adicional por la que me ha dejado muy consternada esta confesión —agregó Vanessa— es la razón de por qué nuestra amiga tuvo conmigo esta confidencia. Sucede que el hombre

mexicano con el que ha vivido esta colosal aventura es nada menos que nuestro jardinero y, además, profesor de idiomas, que contrató George para que me enseñara italiano, un capricho que me traje de nuestro reciente viaje a Italia; me refiero al de aprender la lengua italiana. No me quiero imaginar que George se enterara, además de que no se lo puedo contar porque traicionaría a mi amiga. Por cierto, se trata de un verdadero experto en la jardinería biológica japonesa y, además, de un estupendo maestro que domina perfectamente el italiano y las técnicas más avanzadas para enseñarlo, al grado de que yo pensaba recomendártelo, porque de veras es magnífico en ambas artes.

Las reacciones de sus amigas ante este último comentario fueron variadas, pero bastante similares en la intencionalidad oculta.

—Bueno, una cosa es la relación de trabajo y otra muy diferente la relación amorosa —indicó una de ellas.

—Mira lo que son las cosas —comentó otra—, desde hace semanas tenía la intención de pedirte que me recomendaras al jardinero que te construyó ese precioso jardín japonés que rodea tu casa; ahora no lo sé, aunque es obvio que mi interés es exclusivamente profesional.

Una más destacó:

—Pues a mí en verdad sí me gustaría mucho aprender italiano, pero solo eso, claro.

Vanessa estaba segura de que su revelación las había excitado en el fondo, así que se limitó a decir:

—Pues conmigo ha sido siempre muy correcto y ha mantenido celosamente esa distancia que debe prevalecer en todo momento entre los trabajadores y sus patrones. Yo, por supuesto, les compartiré sus datos; se llama Emiliano Márquez Vargas y ya decidirán ustedes si se interesan en contratar sus servicios profesionales de jardinería y/o de enseñanza de lenguas extranjeras, que, repito,

son sin duda ampliamente recomendables. Sus honorarios no son bajos, es cierto, pero creo que lo vale.

Y, desde luego, sucedió lo que tenía que suceder: todas sus amigas entrañables, sin omisión, le insistieron infructuosamente en conocer el nombre de la protagonista de semejante aventura imperdonable, y todas, sin excepción, le llamaron por teléfono a Emiliano, mostrando interés particular en la reconstrucción de sus jardines o en el aprendizaje de la lengua de Dante.

No habían transcurrido tres meses y Emiliano se había convertido ya en amante de las cinco amigas más cercanas de Vanessa.

Anabelle, una rubia de ojos verdes, de figura bien torneada y cabello reluciente, muy alta, sensible y temperamental en extremo, que lanzaba a diestra y siniestra toda suerte de banalidades; Katherine, esbelta, de cuello elegante, sonrisa seductora, con un de par senos pequeños y deliciosamente delicados, aun no deformados por la cirugía, interesada en la astrología y bastante cursi, una de aquellas mujeres que viven sus sueños, absorbidas en la nostalgia; Lauren, no muy bella, pero de una sensualidad desbordante y de largas y hermosas piernas, trivial, infatigable en la relación sexual; Roxanne, con apariencia intelectual, pero bastante tonta, superficial, pero sin duda divertida y sugerente; y Samantha, un poco loca, atrevida, mal hablada, frívola, de buen talante y con unos muslos aterciopelados y soberbios. Las tres primeras lo contrataron como jardinero y las dos últimas como instructor de italiano, y con las cinco se registró un romance secreto igualmente fantástico.

Vanessa sospechaba de todo esto y, de alguna manera, se sentía un poco más tranquila; sin embargo, los celos comenzaron a vislumbrarse amenazantes y la situación empezó a resultarle cada vez más desagradable.

No estaba segura de cuántas de ellas habían sucumbido a los encantos y a la maestría erótica de Emiliano, lo que la colmaba de

angustia, disgusto y curiosidad, así que, después de pensarlo con detenimiento, optó por contratar a un detective privado, a quien le dio la encomienda de seguirlo.

—Me interesa saber más de sus actividades de trabajo y de su vida sentimental, quiero estar segura de que no fue un error contratar sus servicios profesionales y permitirle entrar a mi casa —le aclaró.

Después de dos meses, Vanessa recibió un reporte muy completo que incluía una sección especial cuyo título era “Vivencias amorosas”. El detective fue perspicaz y lo suficientemente intuitivo. El informe no le dejaba la menor duda de que no una, sino las cinco amigas cercanas compartían con ella el lecho de su amante.

El cuidado de sus jardines Emiliano fue delegándose cada vez más a sus ayudantes, y las lecciones de italiano eran cada vez más esporádicas, pero, sobre todo, lo que más le importaba: los encuentros amorosos se hacían cada vez menos frecuentes, y eso sí le resultaba definitivamente intolerable.

Una tarde en que el mal humor la consumía y resultaba fastidioso incluso para ella, le pidió a su secretaria que llamara al profesor Márquez y lo citara para el día siguiente a las 5:00 en punto de la tarde, y desde luego, no en su casa, sino allí, en su propia oficina, ese despacho que años atrás le remodeló y modernizó su amado esposo en el corazón del barrio Logan, para ocultar o al menos disfrazar en alguna medida el dulce “no hacer absolutamente nada” de su adorada cónyuge.

Emiliano se sorprendió, pero sin titubear confirmó que, por supuesto, estaría allí en punto de las cinco. Se sonrió al pensar que no era un buen presagio que, en lugar de llamarle por su teléfono móvil, como era lo habitual, Vanessa le comunicara, por conducto de su secretaria, su propuesta de reunirse en su oficina. Era obvio que no se trataba de una cordial invitación, sino de una pretendida instrucción.

Llegó exactamente a las cinco, ni un minuto antes ni uno después; solicitó que lo anunciaran con la señora Crawford. Ella, desde luego, lo hizo esperar quince minutos, dejando en claro quién era quién en esa relación obrero-patronal.

Lo recibió y le pidió, sin mirarlo, que tomara asiento, fingiendo estar muy atareada con unos papeles y un expediente. Finalmente, los puso sobre el escritorio, cruzó las manos, se inclinó hacia atrás y preguntó con frialdad:

—¿Y?

—¿Y? Y... nada —respondió Emiliano—, fue usted la que me convocó, señora Crawford.

Así en español, como a él le gustaba y a ella le disgustaba; pues prefería el “misses”, el “signora” o el “madame”. Él lo sabía y por eso lo hizo.

—¡Ah, sí!, claro, lo había olvidado —aseguró ella con cierto tono de indiferencia.

—“¿Qué se trae esta?”, pensó Emiliano. Vanessa se recostó en su trono y dijo:

—Lo sé todo.

—Pues qué bueno, la felicito; siempre es muy importante saber algo, pero “saber todo” es mucho mejor—respondió Emiliano.

No te pases de listo, sabes muy bien a qué me refiero. Mis amigas me lo han confesado todo, lo que, por cierto, me ha sido confirmado también por un detective profesional. Sé perfectamente cómo y cuándo has seducido a cada una de mis cinco amigas. Tú creíste que no me enteraría jamás y te equivocaste rotundamente. Estoy al tanto de todo. Escúchame bien, porque no voy a repetirlo: todo esto se acabó, no quiero que vuelvas a relacionarte con ellas; es más, no quiero que vuelvas a ver siquiera a ninguna de mis amigas. ¿Está claro?

Emiliano inclinó la cabeza y estuvo a punto de soltar una riso-

tada, pero prefirió mirarla al fondo y decirle con toda calma:

—Y yo que pensé que tú lo habías planeado todo —comenzó diciendo, y continuó—. Mira, Vanessa, durante varios meses he vivido una relación intensa y particularmente agradable contigo, pero veo que es necesario aclararte algunas cosas más acerca de mí. Desde que era un niño de ocho años, no he tolerado jamás que se me imponga nada; por eso evadí el servicio militar. Yo no acepto órdenes de ninguno, y nadie me da instrucciones de qué hacer con mi vida; jamás he permitido que un mandato se entrometa en mi camino. Por eso, desde que llegué a este país, opté por un trabajo autónomo e independiente donde yo soy el único jefe. Las únicas órdenes que acepto son las que me doy yo mismo. Entiendo que no lo sabías, pero ahora ya lo sabes.

Se incorporó con lentitud y tan solo añadió —con tu permiso—. Se dio media vuelta e inició la retirada.

Vanessa, profundamente impactada, gritó:

—¡Aún no he terminado!

—Pero yo sí —respondió Emiliano sin voltear y se marchó.

A partir del día siguiente, Emiliano buscó reunirse lo antes posible con cada una de las cinco amigas rivales, a quienes les hizo el mismo planteamiento:

—Vanessa conoce de nuestra relación, contrató a un detective privado para seguirnos; es muy probable que trate de chantajearte, en cuyo caso, sería conveniente que le respondieras algo así: “Pues será un escándalo generalizado porque yo también tengo unas fotografías de tus seis visitas con Emiliano al Kasa East Village en Market Street”.

Las dos siguientes semanas al encuentro con Emiliano fueron una verdadera pesadilla para Vanessa; sentía que ese mequetrefe mexicano le había infringido la más severa humillación de su vida. Tal como lo había supuesto Emiliano, ella llamó o se encontró “ca-

sualmente” con sus amigas y, escudriñando en esos casi inefables secretos de las mujeres, a todas les advirtió que sabía de su relación íntima con Emiliano y que tenía algunas fotografías comprometedoras. Su sorpresa fue mayúscula cuando las primeras tres le respondieron con exactamente la misma contra-amanaza que seguramente les había sugerido Emiliano. A las otras dos amigas ya no encontró sentido llamarlas.

Decidió entonces declarar una guerra a muerte a Emiliano y comenzó a fraguar un plan maquiavélico. Contrató los servicios de un técnico en videograbación y le encomendó colocar seis cámaras de video en el jardín de su casa.

—Un canalla pretende chantajearme y es vital que yo le grabe la amenaza que seguramente me hará, pues me ha pedido una reunión en mi propia casa —fue su argumento.

Una vez instaladas las cámaras, se decidió a llamarle; sin embargo, el teléfono celular de Emiliano la desviaba invariablemente al buzón. Y no fue sino hasta esa tarde, en que compartía confidencias con su amigo Lorenzo, que aceptó hablar con ella y la escuchó decirle en tono contundente: “Tengo seis semanas llamándote y tú continuas escondido. Quiero que vengas esta misma noche a mi casa; mi marido está fuera de la ciudad. Y si no lo haces, pues ya no vengas nunca, porque voy a tomar acciones que te van a destruir la vida y te vas a arrepentir de haberme conocido”.

Poco más tarde recibió un mensaje de texto que le decía: “No vengas esta noche, mejor mañana a las doce del día en punto”.

Guadalupe abrió la puerta aquella mañana con una expresión de consternación y atropelladamente le advirtió:

—Pasa, la señora te espera en el jardín, pero debo advertirte que yo no sé qué plan terrible se trae esta mujer, pero mandó instalar unas cámaras de grabación en el jardín y hace unas horas que los técnicos vinieron a activarlas.

—Gracias, Lupita, no sabes cómo te agradezco que me hayas alertado. ¿Sabes dónde instalaron el sistema de control?

—Pues creo que lo hicieron en el gimnasio —respondió ella.

—Llévame antes allí, por favor, necesito verlo. ¿Cómo te ha ido a ti, por cierto? —Con preocupación evidente, ella le indicó:

—Sígueme, debemos apurarnos. Y sobre mí, pues me ha ido mal; desde que se peleó contigo, se peleó también conmigo.

Emiliano le comentó:

—Si todo esto te llega a afectar, te reitero mi ofrecimiento de darte un muy buen empleo en una de nuestras tiendas de arte popular mexicano; te aseguro que estarás mejor que aquí.

Emiliano revisó con rapidez el aparato de control y oprimió un botón para desactivar la grabación, diciéndole a Lupita:

—Es muy importante que, apenas yo me haya retirado, tú vuelvas a oprimir este botón; recuerda que es el tercero de los cinco, de izquierda a derecha.

Y partieron con premura rumbo al jardín. Emiliano caminó hacia ella, sin avizorar todavía por dónde vendría el desplante. Vanessa, despampanante y provocativa con un diminuto bikini de corte brasileño y unos lentes oscuros muy grandes, signos ambos de trivialidad, se encontraba recostada en una elegante tumbona de playa. Al verlo, se puso de pie lentamente y, exhibiéndose, se dirigió hacia una pequeña mesa con bebidas, y mientras se preparaba un vodka con jugo de mandarina, le preguntó de manera displicente:

—¿Quieres beber algo?

Emiliano se negó con un movimiento de la cabeza.

Vanessa, que siempre se dejaba dominar por caprichos exóticos, lo miró con altanería, se tomó la bebida de un golpe, depositó la copa sobre la mesa y, como si fuera una obra de teatro, transformó la imagen de su rostro y comenzó la actuación:

—Antes que nada, Emiliano, quiero asegurarte de que de mí

no obtendrás ni un solo centavo. Podrás inventar y difundir todas las mentiras que quieras, pero no te pagaré ni un solo dólar. Así que, por favor, deja de insistir; jamás lo haré —dijo en un tono melodramático de actriz mediocre y continuó—: Eres un sinvergüenza y un malagradecido. Después de todo lo que hemos hecho por ti, mi marido y yo, te has equivocado si piensas que puedes chantajear a los Crawford. Debes darte cuenta de que ahora vives en un país con leyes. Aquí lo que pretendes hacer es un delito por el que puedes ir a la cárcel.

Emiliano se limitó a decir:

—Qué pésima actriz eres.

Esto enfureció a Vanessa.

—Y tú eres un imbécil —replicó con indignación—. Te aseguro que no te saldrás con la tuya —agregó.

—¿Eso es todo? —preguntó Emiliano iniciando su retiro.

—Por supuesto que no —señaló Vanessa—. Creo que es de gente decente informarte de lo que podría sucederte, de lo que voy a hacer si continúas negándote a cumplir con mis precisas instrucciones. Pero antes, dime cuál es tu situación migratoria en este país.

—¿Mi situación migratoria? —demandó Emiliano—. Pues creo que tú la conoces muy bien; estoy por concluir el tortuoso proceso para recibir el certificado de residencia permanente, la famosa green card, y me encuentro en la última fase de prueba.

—Y por supuesto sabes muy bien que cometer un delito a estas alturas puede ocasionar que la residencia te sea rechazada para siempre.

—Desde luego —recalcó él—, y eso puede ocasionarme no solo la deportación, sino además un período preocupante en prisión.

—Menos mal que estás consciente. Pues te adelanto que, si no haces lo que te digo, presentaré una demanda no solo por intención de chantajearme, sino por pretensión de violarme. Lo cual tam-

bién es cierto. Me parece que eso será suficiente para dar al traste con tus sueños.

—Más que suficiente —remarcó Emiliano—. Creo que yo podría presentar una demanda contra ti argumentando exactamente lo mismo. —Y soltó una carcajada que provocó la ira de Vanessa.

—¡Búrlate! —dijo ella—, pero tú no sabes con quién te estás metiendo; no tienes ni idea del nivel de los altísimos funcionarios públicos con los que mi marido mantiene una relación estrecha. Una simple insinuación de su parte y no solo te rechazarán la residencia, sino que te refundirán en prisión. A ver, síguete burlando ahora.

—¿Serías capaz de semejante bajeza? —preguntó Emiliano con fingida indignación.

—Por supuesto que sería capaz, y no sería una bajeza, sino tan solo el castigo que te merecerías en el caso de que no te pliegues a mis deseos. Ahora bien, si reconoces tu equivocación, me ofreces una disculpa y prometes seguir al pie de la letra mis indicaciones, pues no sé, tal vez pueda perdonarte y, es más, en una de esas, hasta reanudamos “ocasionalmente” nuestra aventura.

Lo dijo soltando una carcajada y pensando que al editar la videograbación eliminaría, por supuesto, esta última parte. Le sorprendía, sin embargo, que Emiliano no se mostrara en lo más mínimo amedrentado.

Él se dirigió muy despacio hacia la mesita de bebidas, se sirvió un vodka con jugo de mandarina, se recostó en la poltrona de al lado, dirigió su mirada hacia el horizonte y señaló con parsimonia:

—Ay, Vanessa, Vanessa, Vanessa. A veces no sé si eres más hermosa que tonta o si eres más tonta que hermosa.

Sacó de la bolsa interior de su chamarra un teléfono celular, todavía con etiqueta, y se lo dio a Vanessa, diciendo:

—Te agradeceré que lo revises; encontrarás la copia de seis videos y tres fotografías que seguramente habrán de interesarte.

Vanessa, pasmada y presa de la curiosidad, tomó el celular e incursionó en su contenido y ¿cuál no fue su sorpresa? Su expresión se fue desfigurando conforme miraba las grabaciones de algunos de sus más intensos encuentros sexuales, y se percató de que todos concluían con uno de sus explosivos orgasmos y una violenta expresión de locura, de éxtasis y de lujuria, gritando: “¡Viva México! ¡Viva México! ¡Viva México!”.

Vanessa se espantó con la delicada realidad que la envolvía. Su rostro estaba ya totalmente descompuesto, y si bien ella no era una mujer de lágrimas, aunque sí de miradas profundas, no pudo evitar emitir un ligero sollozo cuando vio que unas de las fotografías mostraban la relación de los nombres, números de teléfono y correos electrónicos de sus “cinco mejores amigas” y de todos y cada uno de los miembros de su Club de Rotarios y de su Club de Golf, además de la dirección electrónica de los senadores republicanos en activo, en particular de la Oficina de Campaña del candidato del Partido Demócrata que rivalizaba con su marido por la alcaldía de San Diego. En un primer intento, iba a lanzar el celular a la alberca, pero se detuvo al escuchar a Emiliano decir:

—¡Ay! Vanessa, Vanessa, ¿de veras piensas que en ese aparato están los videos originales?

—Esto es un grave delito. —Fue lo único que se le ocurrió decir, a lo que Emiliano contestó:

—En efecto, es un delito grave grabar, y sobre todo videografiar a alguien sin su consentimiento expreso.

Vanessa no pudo más y estalló en un llanto reprimido; sabía que estaba en sus manos y a su absoluta merced. Después de unos minutos, se enjuagó las lágrimas y le gritó:

—¡Eres un canalla! ¿Cómo pudiste atreverte a videografiar nuestra relación?

—Pues la verdad —respondió Emiliano— es que lo dudé

mucho; me parecía una infamia, pero tuve una suspicacia, la que me hace ahora confirmar que mi desconfianza estaba del todo justificada.

—¿Qué piensas hacer con esto? ¿Cuánto dinero quieres por tu silencio?

—Ay, Vanessa, Vanessa, ahora ya sé que definitivamente eres más tonta que hermosa. Te diré, no lo que voy a hacer, sino lo que ya he hecho. “Creo que es de gente decente informarte de lo que podría sucederte”. Yo también tengo cinco amigos muy íntimos, solo que estos sí son verdaderos amigos y están dispuestos a realizar lo que yo les pida. Pues sucede que cada uno de ellos tiene un sobre que contiene una USB con las grabaciones y direcciones que has visto y tienen la instrucción precisa e irrevocable de enviar una copia del contenido a todos y cada uno de los allí señalados si se presenta alguna de las siguientes situaciones:

Si sufro un accidente de cualquier tipo, si me ataca alguna enfermedad de cualquier especie, si soy encarcelado por cualquier razón, si en algún momento soy deportado o se me impide el regreso a este país, si se me presenta un colapso financiero, si alguno de mis cinco amigos sufre un atentado, si me canso de este país y me largo a México, y, por supuesto, si yo muero, por cualquier motivo.

Ahora bien, que si tú reconoces tu torpe equivocación, me ofreces una sincera disculpa y prometes seguir al pie de la letra mis indicaciones; no sé, tal vez pueda perdonarte y, es más, en una de esas, hasta reanudamos “ocasionalmente” nuestra aventura.

Se escuchó el rechinido de los dientes de Vanessa, que seguía desconsolada.

—Estoy consciente, sin embargo —agregó Emiliano—, de que tú corres un grave riesgo aun cuando no hagas nada, pues puedo sufrir un accidente o pescar una enfermedad extraña en donde tú no tengas nada que ver; incluso puedo ser deportado por diversas

razones que no tengan relación alguna con tus acciones. No obstante, el dispositivo se activará de manera automática, porque la instrucción que han recibido mis amigos es irrevocable, lo que significa que no dejarán de hacer lo indicado ni siquiera si yo se los pido.

Quizá lo único que sí podrías hacer para reducir los riesgos de una deportación, que nos afectaría muy seriamente a los dos, es persuadir a tu marido para que utilice esa “estrecha relación que mantiene con altísimos funcionarios públicos” para acelerar la respuesta favorable a mi certificado de residencia permanente.

»Otra cosa que podrías hacer para que yo siga contento en este país y no se me ocurra abandonarlo, es introducirme con algunas de tus nuevas amigas de los clubes y de la política, sobre todo aquellas cuyos maridos explotan en sus negocios a un número importante de trabajadores de origen mexicano o bien los que influyen más en las políticas públicas de migración.

Vanessa solo escuchaba con la mirada perdida en la lejanía, desconsolada y con un enorme deseo de venganza, si bien el instinto le recomendaba prudencia.

Emiliano se levantó y se dirigió a la salida sin decir una palabra más, en tanto que Lupita, que espiaba todo lo acontecido, corría hacia el gimnasio para reactivar el botón de la videograbadora, como le había indicado Emiliano.

CAPÍTULO 6

Una nueva iniciativa emprendedora

La segunda opción laboral surgió tras una visita que Emiliano realizó a Los Ángeles para asistir a una exposición en la que el gobierno de Michoacán presentaba con orgullo las artesanías del estado. Después de aquella experiencia, empezó a rondarle una nueva idea de negocio, por lo que llamó a su tío Ponciano e insistió en que viajara a Los Ángeles para ver la muestra. Le urgió que lo hiciese cuanto antes, pues la exposición sólo estaría una semana más.

Tras recorrer juntos todos los stands, especialmente los de textiles, Emiliano invitó a su tío a comer y, durante el café, le planteó su propuesta:

—Me he fijado bien, tío, que a los visitantes, claramente los más adinerados, les encantan los bordados y tejidos de nuestra tierra, pero compran poco. Estoy seguro de que la razón es que el diseño de las prendas no les gusta del todo. Y creo que es comprensible. Las artesanas textiles de Michoacán son maestras bordadoras, tejedoras y deshiladoras, pero los diseños de las prendas suelen ser feos u obsoletos, siempre con vestidos y blusas cuadrados. No son diseñadoras de moda, sino artesanas extraordinarias en su técnica. He pensado que tú y yo podríamos apoyarlas en un negocio.

—¡Ah, caray! —replicó el tío—, ¿qué clase de negocio? Yo solo sé de construcción.

—Imagino que podríamos contratar a una o dos jóvenes paisanas que estudien o hayan estudiado diseño de modas para encargarse del diseño moderno y contemporáneo de las prendas, donde las artesanas purépechas plasmen su arte del bordado, tejido y deshilado. Podríamos rentar y acondicionar un local comercial en alguna zona acomodada de San Diego, atendido por chicas también de origen michoacano, que venderían estos productos. Les daríamos sueldo base modesto a ellas y a las diseñadoras, más un porcentaje importante sobre las ventas. No creo que este negocio nos deje mucho dinero, tío; más bien saldríamos casi tablas, pero daríamos empleo a jóvenes de aquí y, sobre todo, beneficiaríamos a las artesanas pobres de nuestra tierra, que seguro ganarían mucho más por su excelente trabajo. ¿Qué te parece?

Los ojos del tío se iluminaron, al pensar que por fin podrían transitar de los deseos abstractos a las realizaciones concretas.

—¡Hay! Emiliano! No lo sé, déjame pensarlo. Mientras tanto, averigua el costo aproximado y ya decidiremos.

Esa misma noche, Emiliano hizo los cálculos y los envió por correo electrónico. Tres semanas después, recibió respuesta de su tío:

—Bueno, está bien, vamos adelante con la idea de apoyar a las y los artesanos pobres, pero no olvides incluir al municipio de Paracho. Tengo un compadre que hace guitarras pintadas a mano muy chulas; seguro se venderán bien. Su esposa también borda bonito y ambos son purépechas.

Emiliano investigó en qué universidades cercanas a San Diego se impartía Diseño, sobre todo Diseño de Modas, y localizó a jóvenes michoacanas que estudiaban o habían estudiado esa carrera. Reunió un grupo y les expuso la idea:

—Ustedes aportarán el diseño de los productos, a los que se añadirá el bordado, tejido o deshilado de nuestras artesanas de Michoacán. Se elaborarán prototipos de cada pieza y se pondrán a la venta en una galería que estableceremos en un barrio acomodado de San Diego. Ustedes recibirán un sueldo fijo, pero si la pieza que diseñen se vende, se les depositará adicionalmente en su cuenta un cinco por ciento del valor. Si reciben pedidos mayores con ese diseño, recibirán comisiones automáticas, sin importar dónde se realice la venta. Si la primera pieza no se vende, no se producirán más y ustedes deberán comprar el prototipo, que presumiblemente sí les gustó. ¿Les parece?

Lo pensaron un momento y todos aceptaron.

—Si quieren, las comisiones podrán depositarse en pesos mexicanos en la cuenta de algún familiar en México —concluyó.

El esposo de Katherine, amiga de Vanessa y ahora cómplice de sus correrías, era una mujer esbelta de cuello elegante, sonrisa seductora y cuerpo escultural, interesada en la astrología y algo cursi. Él era propietario de varios locales en las zonas más exclusivas de San Diego. Katherine disfrutó mucho consiguiendo para Emiliano el mejor local a un precio inimaginable. El tío Ponciano no podía creerlo.

Confiaron la decoración a un afamado arquitecto de origen michoacano, quien consideró sus honorarios una aportación personal a la causa y un tributo a sus abuelos tarascos.

Así comenzó el primer proyecto, promoviendo la comercialización de piezas de arte popular de artesanas michoacanas en San Diego. Para apoyar la organización productiva y aumentar la competitividad, determinaron lograr la participación activa y comprometida de estudiantes y egresadas universitarias del propio estado.

Un compadre del tío Ponciano, presidente de la Federación Californiana de Michoacanos, dirigió una carta sentida a don Fer-

nando Alcalá, rector de la Universidad Autónoma de Michoacán. quién aceptó convocar a un importante grupo de universitarias y artesanas de Morelia a una reunión en la que Emiliano les explicaría personalmente el proyecto y su metodología.

Capítulo 7

La instrumentación del plan

Para organizar localmente la participación en el proyecto de los jóvenes de origen michoacano establecidos en el estado de California, y en particular, en el municipio de San Diego, se recurrió al respaldo de los clubes de oriundos de la entidad, que se habían venido formando con el tiempo. Se les pidió a los socios persuadir a sus hijos y familiares con estudios universitarios de la conveniencia de responder a la convocatoria que hizo Emiliano para reunirse un sábado en San Diego, con el fin de explicarles los pormenores de esta iniciativa que les brindaba una oportunidad de negocio atractivo y flexible, y la posibilidad, en paralelo, de contribuir al combate de la pobreza y al desarrollo equitativo de las comunidades de origen de sus padres y abuelos.

Se les propuso, en concreto, que formaran equipos de promoción comercial por condado o por club y determinaran ellos mismos no solo el porcentaje que habría de corresponderles sobre el valor de cada pedido que lograran impulsar por concepto de comisión de ventas, sino también la manera en que distribuirían entre ellos los ingresos percibidos.

—Si ustedes logran que un comercio de su localidad envíe un pedido a la cooperativa de las productoras, adquiriendo un determinado producto —les explicó Emiliano—, al registrarse la cobranza

respectiva, los universitarios depositarán en la cuenta que ustedes indiquen el importe de la comisión de ventas que ustedes mismos decidieron, y así lo continuarán haciendo en adquisiciones posteriores del mismo tipo de producto, por un período de seis meses, aunque ustedes no vuelvan a visitar ese establecimiento comercial.

A los jóvenes que trabajarían como vendedores en la tienda, cuya decoración total estaba por concluir, se les ofreció un salario mensual fijo y un incentivo muy especial, que en la práctica los convertía en socios virtuales, ya que habrían de recibir y distribuirse entre ellos el cien por ciento de las ganancias incrementales de cada trimestre.

—Es decir que —aclaró Emiliano—, si el primer trimestre las ganancias netas totales ascienden a 50 mil dólares, los 50 mil dólares serán de ustedes, y al siguiente trimestre lo será igualmente el importe de las ganancias que supere los 50 mil anteriores, y así de manera sucesiva. Si algún trimestre no logran ustedes llegar siquiera al importe de ganancias del trimestre anterior, digamos como ejemplo que llegan a 40 mil, pues no recibirán ingreso adicional alguno y solo percibirán su salario; pero para el siguiente trimestre será suyo todo lo que exceda los 40 mil anteriores. ¿Está claro?

—Clarísimo —respondieron todos.

Así avanzaron con particular entusiasmo hasta llegar al esperado día de la inauguración del local comercial. Todos colaboraron en la difusión del evento y obtuvieron una afluencia que desbordó la capacidad del local. El tío Ponciano invitó en su oportunidad al gobernador del estado de Michoacán a cortar el listón. Emiliano no lo vio con mucho agrado, pero el tío insistió y se impuso.

—Pa' que se dé cuenta en vivo y en directo —le insistió a Emiliano— cómo es que pueden las cosas hacerse bien cuando efectivamente se piensa en el bienestar de los paisanos y no en la próxima elección o en quedar bien con el presidente.

El tumulto fue constante y las ventas espectaculares; de hecho, en ese día de inauguración vendieron todo lo que tenían previsto vender durante la semana completa. De inmediato, pidieron el respaldo especial y urgente de los universitarios y las productoras en Michoacán.

—Si no nos envían rápido más mercancía, no vamos a tener qué vender; tendremos que cerrar el local algunos días, lo que daría una pésima imagen —argumentaron.

El gobernador de Michoacán, don Zeferino Ituarte, pudo percatarse del extraordinario éxito de aquella brillante iniciativa en la que el gobierno no tenía ningún tipo de participación o apoyo, y, en consecuencia, ningún reconocimiento. Ninguna de las siete artesanas y de los cinco universitarios que, con la representación de todos los participantes, asistieron al evento le hicieron el menor caso, y mucho menos los jóvenes binacionales que participaban en el proyecto y los directivos de los clubes de oriundos que asistieron. El gobernador insistió en invitar a cenar esa noche al tío Ponciano y a Emiliano, quien trató de disculparse, pero el tío no se lo permitió.

En el último momento, Emiliano le pidió a Anabelle que lo acompañara. Ella se “hizo del rogar” un poco, pero al final accedió. Emiliano sabía de las debilidades del gobernador y estaba cierto de que se quedaría pasmado con la belleza y, en particular, con el cuerpo y la sensualidad de Anabelle.

Efectivamente, el señor gobernador se quedó estupefacto al ver llegar a Anabelle con Emiliano. Se puso de pie de inmediato y le dio la bienvenida besándole la mano, diciendo en un muy mal inglés que estaba encantadísimo de conocerla. A fin de cuentas, resultó una cena agradable y divertida, en la que las dotes de seductor latino del gobernador estuvieron a punto de traspasar la frontera de lo grotesco.

Ya al final de la cena, en la fase de los digestivos, don Zeferino

Ituarte, gobernador constitucional del estado de Michoacán, suspendió por un momento su aventura romántica y se dirigió a Emiliano en los siguientes términos:

—Mire usted, Emiliano, creo que debo extenderle una sincera felicitación por la valiosa aportación que, con la activación de este hermoso proyecto, ha hecho usted, y don Apolonio, por supuesto, en beneficio del desarrollo económico y social de mi querido estado. Veo, sin embargo, que ustedes nunca solicitaron el apoyo del gobierno estatal. De haberlo ustedes hecho, puedo decirle que seguramente habrían recibido el respaldo oficial que, sin duda alguna, resulta indispensable para completar con un carácter integral esta valiosa iniciativa.

—Muchas gracias, señor gobernador —respondió Emiliano— puedo asegurarle que tomaremos muy en cuenta su ofrecimiento si llega a requerirse en los futuros proyectos, que, sin duda, continuaremos impulsando.

—Bueno, pero podríamos comenzar con este, ¿no le parece? —insistió el gobernador.

—Créame, señor gobernador, no es necesario —aclaró Emiliano con voz firme—. Este proyecto ya va en caballo de hacienda.

—Tal parece, Emiliano, que usted no quiere saber nada del gobierno formal, electo por los michoacanos. Si hay conflicto, pues, queremos saber cuáles son las razones.

—Lo que sucede, señor gobernador, es que es muy probable que algunos requisitos y ciertas disposiciones normativas que hemos incorporado en la promoción de este tipo de proyectos, conjuntamente con las productoras, los universitarios y los michoacanos en este país, podrían no resultar de su agrado.

—¿Cómo cuáles? —preguntó el gobernador.

—Como la decisión de no permitir la politización de la iniciativa; lo que implicaría que, aun si el gobierno proporcionara algún

respaldo, incluyendo el económico, no podrían mencionarse los nombres de los principales funcionarios, incluyendo el suyo, ni hacerse mención alguna al partido político al que pertenece el gobierno; como que tampoco podrían utilizarse en el proyecto las imágenes oficiales de identificación, como escudos, logotipos, colores, mensajes, fotografías, etc., entre otras limitaciones. Tampoco podríamos permitir que el nombre, el logotipo y el proyecto, en su conjunto, se empleen con finalidades políticas y, sobre todo, electorales.

—O sea que ustedes pretenden que nosotros pongamos nuestro dinero y luego no escondamos —reclamó el gobernador.

—No, señor gobernador, se equivoca usted; de ninguna manera nosotros pretendemos que ustedes pongan su dinero, que es muy suyo, ni tampoco el dinero del presupuesto, que ese sí no lo es.

—Pero ¿cuál es el problema que tienen ustedes con el gobierno del estado?

—Pues mire, gobernador, me voy a permitir hablar con usted con toda sinceridad y con la franqueza con que deben hablarse entre sí los michoacanos y explicarle en qué sustentamos nuestra preocupación. Este proyecto tiene como objetivos principales proporcionar, en primer término, a comunidades de productores michoacanos de bajos ingresos, un esquema autónomo, autosostenible e independiente para participar en la economía formal con sustento en su propia capacidad de competencia; allegar, por otra parte, a estudiantes y egresados universitarios de nuestra entidad una alternativa de ejercicio profesional que les permita, además, contribuir al desarrollo equitativo de nuestra entidad; y, finalmente, otorgar a los jóvenes de origen michoacano establecidos en Estados Unidos, una opción de negocio empresarial autónomo que además contribuya al combate de la pobreza de las comunidades y regiones de origen de sus padres y abuelos.

»Cuando decidimos activarlo, nos abocamos a investigar pri-

mero por qué México figura entre los tres países que registran en el mundo el mayor número de fracasos en proyectos productivos, y encontramos que una de las principales causas es la práctica de los políticos mexicanos de destruir los proyectos e iniciativas que hubiesen figurado en los programas de gobierno de los políticos antecesores. Esto ha venido sucediendo durante los últimos cien años en toda la República, a nivel federal, estatal y municipal, y se presenta en todos los casos, aun en los que el nuevo gobernante milita en el mismo partido de su antecesor. Los proyectos promovidos por un gobierno anterior no solo no han continuado recibiendo el respaldo del nuevo gobierno, sino que incluso los productores han sido amenazados de que no recibirán ningún tipo de apoyo de los programas del nuevo gobierno si no abandonan por completo los proyectos que impulsó, en su momento, el gobierno anterior.

»Se ha dado siempre una instrucción, explícita o implícita, de destruir todo lo que se logró anteriormente. Hemos podido averiguar que no solo se ha suprimido todo el material promocional que menciona a los programas anteriores o que incluye los logotipos y mensajes del gobernante predecesor, sino que incluso se han destruido publicaciones que son verdaderas obras de arte, solo por incluir el color del partido del anterior gobernante.

Nosotros, gobernador, queremos proteger los proyectos y los esfuerzos de las productoras, universitarios y sus aliados en el exterior, no de usted o de su gobierno, sino de los políticos que vendrán después, los que habrán de sucederlos a ustedes más adelante. A todos nosotros no nos preocupa quedar bien con nadie, ni mantenernos en un puesto político, ni ascender en la lucha política. Nos interesa únicamente impulsar el desarrollo equitativo de nuestra tierra: Michoacán. Nuestro respaldo trascenderá la temporalidad de los gobiernos del estado.

Don Zeferino Ituarte escuchó muy atento la explicación de

Emiliano y no tuvo ningún argumento que esgrimir ni palabra que pronunciar, sabía que todo era absolutamente cierto. Ahí terminó la plática y el gobernador desvió la conversación hacia otros temas intrascendentes, no sin antes preguntar a Emiliano:

—¿Y a usted, Emiliano, nunca le ha interesado participar en la política? Con tanto interés que muestra por los más necesitados.

—Pues yo no estoy muy versado, gobernador, en lo que ustedes entienden por política, pero si la política tiene algo que ver con el bienestar de la gente, pues creo que nosotros también hacemos política, aunque no tenemos nada que ver con los partidos, que esos sí no nos resultan muy atractivos que digamos, si le soy sincero.

Leí que en la Italia de las últimas tres décadas del siglo pasado se formaron las “*células de jóvenes comunistas*”, cuya única misión era asesorar a los militantes en los diversos procedimientos para hacer una buena selección de sus mejores representantes, y en cómo diseñar e instrumentar esquemas de supervisión y seguimiento. Estos jóvenes se impusieron a sí mismos la firme prohibición de participar como representantes; es decir, que no podían aspirar ni actuar para llegar a un puesto público, en especial de representación política.

»Me pregunto si habrá en México algún partido o grupo que realice acciones semejantes, con el mismo tipo de prohibiciones. Si sabe de alguno, le agradeceré, gobernador, que nos lo comunique.

—Les deseo mucho éxito con estos proyectos, Emiliano. Si identifican ustedes algo en que los podamos ayudar, sin figurar, háganmelo saber, por favor. —Fueron las palabras finales del gobernador antes de retirarse.

Capítulo 8

La Fundación Tonantzin

El proyecto siguió avanzando con un éxito inusitado que nunca habían jamás previsto. Se comenzó a replicar el esquema con productoras de otros municipios de Michoacán y otros campus de la universidad autónoma del Estado; y se unieron jóvenes de origen michoacano en otros condados de California. Se organizó un programa de renta que resultó extraordinariamente exitoso, en el que se alquilaban por algunos días los productos más caros y que demoraban más tiempo en elaborarse, como grandes manteles bordados, muebles, cuadros, lámparas, e incluso algunas prendas de vestir sofisticadas, como abrigos y vestidos deshilados y bordados con hilo de seda. Los productos eran todos exclusivos; no se repetían, y en algunos casos incluían motivos similares, pero con distintas gamas de colores, o productos con la misma combinación de colores, pero con diferentes motivos. La perspectiva se presentaba bastante prometedora.

Para respaldar todas estas nuevas iniciativas y para concretar otros propósitos, Emiliano ideó constituir una fundación que llamó Fundación Tonantzin, nombre de la diosa azteca que dio origen a la leyenda de la Virgen de Guadalupe, con la misión no solo de impulsar la incorporación de nuevos proyectos, sino también de defender a los connacionales que sufrían injusticias en los Estados Unidos.

Rápidamente obtuvieron donaciones importantes de los migrantes mexicanos establecidos en California, no solo los de origen michoacano. Una de las fuentes más curiosas y relevantes de respaldo fueron las activadas por Vanessa y sus cinco amigas. El propio Emiliano les dio la idea de cómo motivar el apoyo, no únicamente de sus clubes, como el Rotario de San Diego, en el que Vanessa y su marido eran miembros distinguidos, sino sobre todo de sus amistades más racistas y antimexicanas, a quienes persuadieron de hacer importantes donaciones a la Fundación Tonantzin con el siguiente argumento:

—Esta fundación —explicaron a sus conocidos más ricos, influyentes y xenófobos, casi todos miembros de organizaciones del White Supremacy, como AltRight y Alianza Nacional— se dedica básicamente a generar empleo bien retribuido en los pueblos de México que expulsan más migrantes hacia California. En la medida en que ellos tengan éxito en este propósito, en esa misma proporción disminuirá el flujo de migrantes mexicanos hacia nuestros condados. Si los apoyamos contribuiremos a cortar el problema desde su raíz. Está plenamente demostrado que si los mexicanos obtienen un ingreso razonable en su tierra, ya no quieren venirse para acá. Si no queremos más migrantes, compremos a buenos precios sus productos y el problema se acabó.

Las amigas de Vanessa, así como las otras nuevas que suponía llegaban por ella, y que lo contactaron para los trabajos de jardinería, las clases de italiano y, por supuesto, los servicios amorosos colaterales, estaban convencidas de la estrategia para contribuir a disminuir el flujo migratorio de mexicanos, pero también suponían que al difundirla y persuadir a sus respectivos cónyuges de la importancia de repetir y ampliar las donaciones a la Fundación Tonantzin, las visitas románticas de Emiliano se harían más frecuentes, lo que era sin duda resultó cierto. Emiliano terminaba cada semana más o

menos exhausto y, en alguna medida, insatisfecho, pues en el fondo sentía que se estaba prostituyendo. Aunque finalmente se convenció de que era un acto de reivindicación y reparación por la explotación sufrida por sus paisanos a manos de los esposos engañados. Emiliano decidió destinar buena parte de esas donaciones que recibía la fundación para apoyar económicamente a esos trabajadores mexicanos.

El propio Emiliano le comentó una vez a su amigo Lorenzo:

—No descansaré hasta que logre que el Ku Klux Klan y los neonazis se conviertan en un gran mercado para los productos de nuestros proyectos. Si quieren impedir que lleguen aquí los nuestros, que hagan lo que debieron hacer mucho tiempo atrás: Comprarles sus productos y pagarles el precio justo. Tendrán que aceptarlo como una de las mejores opciones para evitar ser invadidos y expulsados de estas tierras, que alguna vez fueron nuestras.

En los dos meses siguientes, la fundación abrió tres locales comerciales más en San Diego, el tercero de ellos en el reconocido centro comercial Fashion Valley, conseguido con el respaldo de otra de las cinco amigas de Vanessa, ahora su amante ocasional, Anabelle Perkins, que era la rubia alta de ojos verdes, muy alta, sensible y extremadamente temperamental, cuyo marido era el principal propietario del propio centro comercial, Aunque lo detestaba después de aquella cena en casa de los Howard, accedió a colaborar convencido de los argumentos que en su oportunidad le esgrimió Anabelle, inducida sutilmente por Emiliano.

Capítulo 9

El reencuentro

Eran las seis de la tarde y Emiliano se encontraba todavía en su oficina de la fundación, meditando sobre los planes futuros de la iniciativa, cuando lo interrumpió Atzimba, a quien había promovido y ahora era su secretaria, lo que fue un verdadero acierto, pues cada vez era más eficiente y se mostraba feliz de colaborar con sus paisanos, sobre todo con las artesanas pobres de su tierra.

—Emiliano, discúlpa la interrupción, pero creo que es importante. Se encuentra aquí la señora Vanessa Crawford; quiere hablar contigo.

Después de aquella tarde de rompimiento, Emiliano estaba seguro de que no habría de volver a verla nunca. Se sorprendió y le pidió a Atzimba que la hiciera pasar.

—Hola —dijo Vanessa, sin disimular la arrogancia—. Quería invitarte a cenar al Ristorante Brandolino. ¿Cómo ves?

—¿Ah, sí? —respondió él—, ¿para cuándo?

—Para esta noche —indicó ella.

—¿Estás segura? —volvió a preguntar.

—Claro —asintió ella.

—¿Supongo que hiciste ya reservación? —volvió a preguntar Emiliano.

—Por supuesto —replicó ella—. Hablé personalmente con el chef Sergio Cerianni, le dio mucho gusto. Pero te advierto que ahora

soy yo la que invita. Emiliano se sonrió, se puso de pie y dictaminó, sin más ni más:

—Pues en marcha.

Vanessa se comportó, durante el trayecto y en la cena, como si nada desagradable hubiera sucedido. Sergio Cerianni aceptó nuevamente con particular gusto la encomienda de sorprenderlos y preparó frente a ellos un succulento platillo de introducción, con la destreza de un prestidigitador.

En un momento dado, ella lo miró con agrado y le comentó:

—George, mi marido, avanza con buenas posibilidades en su campaña. Me pidió que te invitara a cenar a casa; creo que quiere pedirte consejo, pues, como habíamos comentado en alguna ocasión, los votos de los latinos, y en particular los de origen mexicano, parece ser que podrían resultar decisivos.

Emiliano lo pensó por un momento y aceptó; acordaron la fecha y la hora y no volvieron a hablar del asunto durante toda la noche.

—He pensado mucho en ti —confesó Vanessa—, quizá demasiado, y también en lo que sucedió entre nosotros. He llegado a la conclusión de que todo lo negativo de nuestra relación ha sido culpa mía. Creo que me enamoré y me envolvieron los celos, lo cual es absurdo porque yo no estaba ni estaré dispuesta a dejar a mi marido por ti, aunque es cierto que tú nunca me lo pediste. Me comporté como una quinceañera caprichosa y ridícula.

—Nuestra relación fue fascinante, Vanessa —comentó Emiliano, con voz muy calmada—. Me habría encantado enamorarme de ti en otra etapa de nuestras vidas y en otras circunstancias. Yo también he pensado mucho en ti y no niego que te he extrañado en verdad. Tu grito de “*Viva México*” me ha hecho mucha falta; creo que lo necesito para azuzar mi sentido patriótico. Vanessa soltó una contagiosa carcajada, justo cuando Sergio Cerianni se acercó con

una nueva degustación, igual o quizás más deliciosa que la anterior. Pidieron nuevamente aquel vino tinto del Piamonte.

—Cuéntame qué ha sido de tu vida estos meses. ¿Cómo has sobrevivido sin mí? —preguntó Vanessa, con fingida ironía.

—Pues luchando, Vanessa. Luchar para cambiar lo que no me gusta se ha convertido en mi adicción.

—Eso me encanta de ti, Emiliano; me gusta saber que eres un verdadero guerrero y que no te doblegas ante nada ni nadie. Déjame decirte que aquella primera noche inolvidable, precisamente en este restaurante y en esta mesa, me hiciste una pregunta cuya respuesta quedó atrapada en la brujería de tus besos apasionados; ¿recuerdas? El genio había ofrecido organizarme tres cenas con tres personajes muertos de la historia universal, que también hablarían siempre con la verdad, y además tenía que decidir si me iba a su tiempo y a su entorno o si me los traía a la época actual. Pues no he dejado de pensar en ello; he cambiado de personajes continuamente, pero creo que tengo ya muy claro con quiénes quiero conversar.

—Me parece estupendo —comentó Emiliano, con una gran sonrisa—, ¿Y quiénes son esos afortunados que cenarán contigo? .

Vanessa soltó una carcajada y destacó:

—Ahora ya me conoces, ¿verdad? Pues verás, el primero es George Washington y, por supuesto, me lo traigo para acá; para que conozca lo que sucedió con lo que él construyó. Quiero saber en qué medida difiere con lo que soñó y deseó. Me dirá su opinión verdadera sobre lo que hoy acontece. Lo invitaría a cenar a mi casa, él y yo solitos, sin nadie que nos interrumpa. He pensado detenidamente en las preguntas que no dejaría de hacerle.

El segundo sería Leonardo da Vinci; he estado leyendo sobre él y me parece un personaje fascinante en todos los aspectos. Me entusiasma la idea de poder conversar con él sobre muy diversos temas, y en este caso me voy a la Florencia del Renacimiento, qui-

siera envolverme en la mística y la magia de aquel momento. Cenaría con él en su taberna predilecta.

»El tercero sería Hitler; quiero conocer su verdad sobre todo lo terrible de aquel entonces. He pensado mucho en irme a su contexto, pero me da miedo y, además, quiero que se entere de todo lo que aconteció después de su muerte. Quiero conocer su verdad sobre la realidad política de entonces y, en particular, sobre los movimientos neonazis de la actualidad. Lo llevaría a cenar a un restaurante del barrio judío de Williamsburg, en Brooklyn. Esos serían mis tres invitados —concluyó diciendo con una sonrisa de satisfacción.

—Ahora dime cuáles serían los tres tuyos.

—Sorprendente —dijo Emiliano, y levantando su copa de vino añadió—: Salud por tus tres cenas. No cabe duda de que eres una mujer muy especial, Vanessa. Por lo que a mí respecta, pues mira, yo también tengo muy claro quiénes serían. El primero de ellos sería Jesucristo y cenaría con él en una aldea en Burundi o Mozambique, en la actualidad, por supuesto. Tengo tantas preguntas, muchas más de las que cabrían en una cena. El segundo, o mejor dicho, la segunda, sería Simone de Beauvoir, y me voy para allá a cenar con ella justo en el Café de Flore, en París, poco antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial. Me encantaría conversar a fondo con ella sobre el movimiento feminista en ese entonces y en la actualidad. El tercero sería Martin Luther King y cenaría con él en la época actual en algún café con jazz en Harlem. Me tiene que contar de su sueño y de cómo hizo para contenerse y no ceder a la violencia.

Ahora fue Vanessa quien levantó su copa y brindó por las tres cenas de Emiliano y por el pacto que firmaron de continuar con su aventura romántica, sin programa y sin intenciones posesivas de ninguno de los dos.

Capítulo 10

La cena con los Crawford

Llegó aquella tarde a las siete en punto, tal como le habían indicado, a la casa de Vanessa, de la cual conocía todos los rincones, incluso los más íntimos y secretos. Imaginaba Emiliano, sin saber por qué, que él sería el único invitado, por lo que le sorprendió encontrarse en la sala a tres amigos de mister Crawford y sus respectivas esposas, una de las cuales conocía más que íntimamente; se trataba de Anabelle, una de las cinco amigas de Vanessa, la rubia de ojos verdes, muy alta, sensible y extremadamente temperamental, quien exclamó para que la escucharan todos:

—¡Guauuu! Mi profesor de italiano, ¡qué grata sorpresa! —dirigiéndose a Emiliano, le dijo con su mejor sonrisa: —Buona Sera, caro professore, da molto tempo che non lo ho visto.

—Señora Perkins, qué gusto verla —respondió Emiliano, inclinándose ligeramente para besarle la mano, ante la sorpresa de las otras esposas.

—Yo tenía entendido que vendría un invitado de origen mexicano —mencionó una de ellas, al escuchar el acento británico de Emiliano.

—Y acertó, madame; yo soy mexicano, y como dicen en mi tierra, a mucha honra.

Vanessa hizo las presentaciones formales. Primero introdujo a mister Nicholas Howard, un magnate de la explotación agrícola e

industria alimenticia, conocido por Emiliano como: “*el Patrón de Hie-rrro*” nombre que le daban los trabajadores mexicanos, pues empleaba, y quizás sería más apropiado decir, explotaba, a un número significativo de migrantes latinos, en gran parte indocumentados y, sobre todo, mexicanos. Esta preferencia se daba no solo por ser los de origen mexicano los más proclives a aceptar salarios por debajo del supuesto mínimo y estar siempre dispuestos a extender sus horarios legales de trabajo sin siquiera insinuar por un momento el pago de horas extras, sino más bien, y sobre todo, por ser mucho más eficientes y productivos que los trabajadores anglosajones. Aunque debe reconocerse, en honor a la verdad, que eran muchos los trabajadores anglosajones que trabajaban igual de duro y enfrentaban dificultades similares.

Continuó la presentación de Evelyn, la esposa de míster Howard, y su encantadora hija Jennifer, una joven extraordinariamente bella, de cabello lacio muy negro, de ojos dulces y aceitunados y de una sonrisa que, al dibujarse, hacía desaparecer todo a su alrededor. Emiliano la miró y no pudo evitar estremecerse. El arco esbelto y marcado de sus cejas confería un brillo seductor y una cautivadora belleza a aquel rostro suave en el que los ojos oscuros fantaseaban radiantes.

Luego Vanessa presentó a míster William Peterson, un bilionario exitoso en el ámbito de la petroquímica, y a su esposa Lillian; luego a míster Joseph Perkins, presidente de un consorcio inmobiliario y propietario de buena parte de la ciudad de San Diego, y su esposa Anabelle. Todos ellos ahora compañeros de campaña de míster George Crawford, a quien llamaban ya el “*futuro alcalde de San Diego*”, quien se acercó y saludó a Emiliano diciéndole:

—No sabe cómo le agradezco, míster Márquez, que haya aceptado nuestra invitación. Tenemos mucho interés en conversar con usted.

—El agradecido soy yo, míster Crawford —respondió Emiliano.

Lo invitaron a sentarse en el chaise longue, muy familiar para él, por cierto. Aceptó y con una leve sonrisa, contempló el fuego de la chimenea y pensaba que si las chimeneas y los chaise longues hablaran, se daría seguramente una simpática competencia en las expresiones de sorpresa.

Súbitamente, se aproximó Jennifer, la hija de míster Howard, y le susurró discretamente, en un español bastante aceptable:

—Quisiera hablar contigo. Las amigas de mi madre con seguridad se te aproximan con otros intereses, por eso es que probablemente son pésimas alumnas, pero a mí sí me gustaría aprender algo de italiano, quizá lo básico, ya que en unos meses iré a estudiar en la Universidad Politécnica di Milano. ¿Me podrías dar clases privadas?

—¿Estarían de acuerdo tus padres?

—Pues no lo sé, pero tampoco me importa; desde hace ya varios años soy la única que decide sobre lo que solo a mí me incumbe.

—¡Bravo! —apuntó Emiliano—. Solo merece ser libre quien es capaz de luchar por la libertad.

—¿Qué te gustaría beber? —preguntó Jennifer, con un aire pizpireto.

—Me gustaría beber un escocés de malta en las rocas, pero me conformaría con cualquier whisky, aunque no sea de malta.

Se retiró Jennifer, no sin antes lanzarle a Emiliano una sonrisa coqueta. Mientras se alejaba, él la observaba y se percataba de que su figura tenía un encanto singular. Al cabo de unos minutos regresó con dos vasos en sus manos, le entregó uno diciendo:

—Glenmorangie, doce años; ¿te parece bien? Lo probé y me gustó, así que yo también me serví uno, para brindar contigo por mis

próximas lecciones de italiano.

Emiliano soltó una buena risotada y respondió:

—Me parece perfecto. ¡Salud! ¿Y cómo es que hablas tan bien el español? ¿Has estado en México o en algún país de habla hispana?

—¡No! Jamás, pero he tenido en mi vida excelentes maestras, mis nanas, las cuatro de origen mexicano: Lupita de Oaxaca, Micaela de Guerrero, Pascuala de Hidalgo y la actual, la que aún está con nosotros y sigue siendo mi nana. Se llama Abundia y es de Michoacán. Yo les enseñaba el inglés y ellas me enseñaban el español. Me divertía y ellas lo necesitaban. Los americanos son muy cabrones, como dicen ustedes, con los que no hablan inglés.

Emiliano estaba muy gratamente sorprendido y le encantó escucharle esa expresión tan mexicana.

—Pero, tus nanas no estuvieron de manera simultánea, ¿verdad? —apuntó Emiliano.

—No, claro que no; cada una permanecía unos dos o tres años y después las corrían. Una vez que mi padre consideraba que estaban estrechando demasiado el vínculo afectivo conmigo, las echaban fuera, así, sin más ni más, a pesar de mis protestas y mis berrinches, cada vez más explosivos e insoportables para ellos. Ya luego contrataban otra, eso sí, siempre mexicana. Mis padres decían que era porque sabían cocinar mejor, pero yo siempre he pensado que era porque son más explotables. Y es que no solo se ocupaban de mí, sino de todo lo que hay que hacer en una casa, y que mi madre no quiere hacer, como ser mi madre, por ejemplo. Así que yo no tuve cuatro nanas, sino cuatro madres mexicanas; por eso es que hablo el español, aunque nada bien.

Emiliano seguía pasmado ante tal estallido de sinceridad, así que decidió cambiar de tema y diferir esa plática que le parecía indispensable continuar.

—¿Y qué vas a estudiar en Milano? —preguntó.

—Arte y diseño —respondió ella.

—Pues has escogido el mejor lugar —comentó él.

—Yo siempre escojo lo mejor, Emiliano —aclaró Jennifer con una sonrisa pícaro.

—¿Has estado en Italia alguna vez? —preguntó él.

—No —respondió ella—; acompañé recientemente a mis padres en un aburridísimo viaje a maravilloso Londres, pero se negaron a extenderlo a Italia.

Se acercó en ese momento Vanessa, diciendo a todos:

—La cena está lista, ¿pasamos a la mesa? —tomando del brazo a Emiliano, a quien en el trayecto murmuró en voz baja:

—Veo que no pierdes el tiempo.

—¿Celoso? —preguntó él.

—No, ya no; ahora somos simplemente un par de buenos amigos y ocasionalmente buenos amantes —susurró.

Casualmente lo sentaron lejos de Jennifer, entre Audrey, la esposa de míster William Peterson, el potentado financiero, y Evelyn, la cónyuge de míster Nicholas Howard, el magnate de la explotación agrícola y la industria alimenticia y padre de Jennifer. Para no alterar la tradición anglosajona, la conversación inicial se dio sobre el clima y el deporte, en esta ocasión sobre fútbol americano, en particular, sobre el inminente traslado de los Chargers de San Diego a Los Ángeles.

—¿Usted qué opina, profesor? —le preguntó míster Perkins.

—Pues me temo que no mucho; yo soy más bien aficionado al fútbol soccer. Veo que ahora tendrán que voltear a ver a los Aztecas de San Diego State, lo que yo celebro, por razones obvias. Me los quiero imaginar a todos ustedes lanzando porras a los Aztecas.

Se rieron casi todos, no de muy buena gana, con excepción de míster Perkins, que permaneció impávido. Era evidente que en-

tre él y Emiliano había nacido rápidamente una antipatía recíproca y extrema, y decidió activar el primer disparo.

El perfecto inglés y el acento británico de Oxford de Emiliano sorprendió a todos; nunca lo hubieran esperado de un mexicano. Incluso provocó el malestar de míster Perkins, de origen texano, con un vocabulario muy limitado y un acento nada agradable, quien no se resistió y preguntó con un tono de crítica:

—Si tuvo usted la enorme suerte de nacer tan cerca de América, no veo por qué no adoptó el inglés de este gran país y prefirió escoger el de otra nación tan lejana.

Emiliano, consciente de que la contienda apenas comenzaba, se armó de paciencia y respondió con ecuanimidad:

—En primer término, yo no nací cerca de América, míster Perkins; yo nací en el corazón mismo de América, ahí donde florecieron las primeras grandes culturas del continente. Y si hablo este tipo de inglés es porque el aprendizaje de una lengua no se da por ósmosis, sino que depende de quién se lo enseña, y yo tuve la fortuna de aprenderlo de un extraordinario maestro inglés, que justo estudió e impartió sus clases en la Universidad de Oxford.

Era evidente que la animadversión era recíproca y también lo era que se iba incrementando. Lanzándole una mirada entre inquisitiva y hostil, el magnate inmobiliario le respondió:

—Pues ustedes, los mexicanos, deben sentirse más que privilegiados por la suerte inmensa de compartir una frontera con el país más poderoso de la tierra, ¿no le parece, profesor? —insistió míster Perkins, sin ocultar ahora sí para nada la antipatía que le inspiraba Emiliano.

—Pues sobre ese particular corren por el mundo versiones contradictorias. Permítame responderle con una anécdota, míster Perkins, que no es mía, sino de José Ángel Gurría, del que quizás han oído hablar; ha sido por quince años secretario general

de la OCDE, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, con sede en París. Nos la compartió apenas la semana anterior y sucedió que una noche, encabezaba como Secretario de Hacienda una misión del Gobierno de México en una visita a España sobre renegociación de la deuda bilateral, y al final la delegación española, capitaneada por el ministro de Relaciones Exteriores, les ofreció una cena en la que Gurría les comentó que entre México y Estados Unidos se registraban alrededor de 300 millones de cruces al año; ambos países, les destacó, mantienen una frontera común de tres mil cien kilómetros, que, para ponerlo en perspectiva, es la misma distancia aérea que hay entre Barcelona y Moscú, señalamiento que provocó una gran sorpresa en todos los asistentes españoles. »Casi al concluir la cena, el ministro español les manifestó: “Yo quiero reconocer mi ignorancia, José Ángel, no tenía idea, y debería saberlo. Tres mil kilómetros de frontera con la primera potencia del mundo es impresionante, sorprendente; usted no se imagina lo que nosotros los españoles seríamos capaces de dar por tener una frontera, no de tres mil kilómetros, sino de cien kilómetros con el principal mercado del mundo”. Gurría le respondió:

—“Nosotros también”

—Bueno, claro —destacó el ministro español—, es cierto que debe tener sus complejidades e inconvenientes, incluso sus complicaciones serias. Se quedó pensando unos segundos y agregó:

—¿Sabe qué? No, pensándolo bien, me retracto, me retracto definitivamente; no, yo no quisiera que España tuviera una frontera ni siquiera de diez kilómetros con Estados Unidos.

—Como puede apreciar, no todos piensan igual que usted, míster Perkins —respondió Emiliano, cuya obstinación y su cólera lo paralizaban.

Y mientras Jennifer trataba de apaciguar su admiración, el interlocutor, ya muy molesto, replicó de inmediato:

—Pues yo, como diría el escritor norteamericano Hemingway, “*soy norteamericano, y un norteamericano nunca tiene ganas de ser otra cosa*”. —Y soltó una carcajada triunfante.

—Excelente frase, solo que no es de Ernest Hemingway — aclaró Emiliano —, sino de Truman Capote. Lo que sí dijo Hemingway fue que “*se necesitan dos años para aprender a hablar y sesenta para aprender a callar*”. Me parece genial. ¿No cree usted?

Jennifer estaba entusiasmada con semejantes respuestas y lo manifestaba con su sonrisa encantadora. Los demás permanecían callados y solemnes como esfinges. La divergencia irreconciliable era más que manifiesta. Míster Crawford, incómodo con el giro que había tomado la conversación, estaba decidido a remediar lo irremediable. Tomó la palabra y cortó por lo sano aquel diálogo que tomaba un cariz peligroso y presagiaba un desenlace aún más desagradable. Se dirigió a Emiliano diciéndole:

—Profesor, probablemente se ha enterado por los diarios y los noticieros que vamos avanzando muy bien en nuestra campaña, aunque debo reconocer que será una elección muy reñida. No cabe duda de que serán los latinos los que inclinarán la balanza. Si conociéramos con mayor precisión cuáles son sus principales quejas y sus más importantes frustraciones, seguramente podríamos atenderlos mejor; por eso es por lo que me gustaría preguntarle su opinión sobre el particular y, si es posible, que nos recomendara qué ofrecerles, considerando que, con toda sinceridad y convicción, yo quiero ayudarlos.

—El problema, míster Crawford —comentó Emiliano—, es que los latinos, que ya representan un tercio de la población total del condado, confían muy poco en los políticos; piensan que lo único que les interesa es tener más poder para después hacer más dinero. No creen que exista alguien que en verdad quiera apoyarlos y que esté dispuesto a remediar el hecho de que son los que más trabajan

y los que obtienen menos ingreso por su trabajo. Tendrá que precisarles qué es lo que usted cambiará cuando sea alcalde.

—Pues por supuesto que cambiaré todo lo que deba cambiar y haré todo lo necesario para que puedan vivir mejor.

—Para ellos, cambiar todo es cambiar nada y hacer todo lo necesario nunca ha sido suficiente. Tendría que ser más preciso. Ellos están escépticos; tal pareciera que todos han leído *“El Gato pardo”*, obra cumbre del gran escritor italiano Giuseppe Tomasi di Lampedusa, cuando afirmó que *“la doctrina política actual es cambiar todo lo que sea necesario para que no cambie nada”*. Los migrantes latinos están convencidos de que los vocablos *“veracidad”* y *“política”* habitan muy raramente bajo el mismo techo.

—Pues deberían todos estar conscientes de que para ellos es un privilegio el que les hayamos otorgado la oportunidad de venir a este país y obtener un empleo que no encontrarían en su tierra —remarcó míster Nicholas Howard, poco convencido de su diagnóstico.

—Y todos ellos, míster Howard, están muy agradecidos con este país —comentó Emiliano—, y también reconocen que los ricos, los empresarios y los patrones de México y Centroamérica son un poco más explotadores y desalmados, aunque solo un poco. Pero también están ciertos de que, si bien es indudable que ellos necesitan de los empleos que ustedes les otorgan para poder enviar recursos a sus familias en sus lugares de origen, también lo están de que ustedes necesitan tanto de su trabajo como ellos requieren de su empleo. Ahora ya casi todos ellos entienden el fenómeno y han comprendido que el ser humano es, en esencia, un energético, en cuya formación los países, comunidades y familias en todo el mundo tienen que invertir en su alimentación, vestido, salud, vivienda, educación y servicios públicos, por un largo periodo de entre quince y dieciocho años, para que sobrevivan hasta llegar a una edad laboral en que comienzan a retribuir a sus familias, comunidades y países

lo invertido en ellos.

»En el caso de México y Centroamérica, para varios millones de trabajadores que han emigrado hacia los Estados Unidos por más de un siglo, han sido las familias más pobres de esos países las que han realizado la inversión social inicial para que sus hijos lleguen a este país, como un energético puro y sin costo previo, listos para trabajar de inmediato en beneficio, no de sus comunidades y familias, sino de la economía norteamericana. Muchos latinos piensan ahora que llegó ya el momento de detener este subsidio internacional injusto.

—Pues nosotros ya estamos hartos de seguir siendo invadidos por esa horda de miserables y criminales, este país es nuestro —destacó míster William Peterson, muy irritado.

—Mire, usted —replicó Emiliano con toda calma—, si los migrantes no fueran tan necesarios para ustedes, sería muy fácil detener el flujo constante hacia Estados Unidos.

—¡Auch!, pues por favor díganos cuál es la fórmula, estamos ansiosos de escucharla —dijo con toda la ironía de que era capaz míster Perkins.

—Pues bastaría una simple disposición legal —respondió Emiliano— que prohíba la contratación de trabajadores y empleados que no estén legalmente establecidos en este país. Habría que sancionar, claro, muy severamente a las empresas y personas que no cumplan con esta disposición y los contraten, y a quien incidiera una segunda vez, habría que triplicarle el importe de la sanción o clausurarle la empresa. Si se acaba la demanda de empleo, se termina la oferta de trabajo y no habrá más migrantes.

—Se hizo un silencio embarazoso y prolongado pues nadie quiso hacer comentario alguna sobre la propuesta de Emiliano, quizás porque seguramente la mayoría de ellos tenía al menos una trabajadora doméstica, latina e indocumentada, trabajando intensa-

mente en su casa, a la que, por cierto, no le cubre las prestaciones de ley.

—Aceptaré usted, profesor —comentó finalmente y con mayor tranquilidad míster Howard—, que no es del todo justo que ellos vengan y así como si nada pretendan disfrutar de todo lo que han construido nosotros y nuestros antepasados.

—Su comentario me hace recordar que hace unas semanas —comentó Emiliano con la misma calma— presencié por televisión un debate organizado por la BBC de Londres, en donde participaban un grupo de jóvenes ingleses y otro más de jóvenes africanos. El tema era el fenómeno migratorio, y uno de los ingleses señaló coincidentemente algo más o menos así:

“Nosotros no somos racistas ni tenemos nada en contra de ustedes; sin embargo, hay algo que nos parece injusto. La construcción de la Inglaterra de hoy fue producto de un gran esfuerzo y sacrificio de nuestros antepasados, y ahora llegan ustedes y así como si nada quieren disfrutar de las ventajas de vivir en nuestro país y exigen los mismos derechos de nosotros. ¡No me parece justo!”

Un joven africano, de Kenia, le respondió lo siguiente:

—“Lo que sucede es que están mal informados, porque la grandeza de este país no se construyó únicamente con el esfuerzo y el sacrificio de tus antepasados, sino también con el gran esfuerzo y sacrificio de los nuestros. Y no me refiero tan solo a la terrible e inhumana explotación que directamente llevaron a cabo tus antepasados en nuestros países, sino también a la relación de intercambio comercial que por siglos siempre nos ha resultado desfavorable. Siempre nos han aplicado precios muy bajos a lo que nos compran y precios muy altos a lo que nos venden. Mi abuelo nos recomendó: ‘¡Vayan a reclamar lo que también es suyo!’”

Durante unos segundos reinó nuevamente un silencio total; parecía evidente que todos estaban de acuerdo en que era aconse-

jable concluir con aquella lucha enconada entre formas muy opuestas de sentir y concebir la vida, así que cada quien comenzó discretamente a conversar en forma directa con el invitado más cercano. Emiliano volteó para recibir una nota de mano de uno de los meseros. En un momento pensó que sería una cordial invitación a retirarse; era evidente que todos, con una sola excepción, lo consideraban un intruso al que soportaban por simple deferencia al anfitrión. Pero no, era un mensaje de Jennifer que decía:

“¡Bravo! Ya era tiempo que alguien les dijera sus verdades y los pusiera en su sitio. No sabes cómo he disfrutado. Mil gracias”.

Continuó la cena en medio de conversaciones triviales. Emiliano platicó por momentos con sus vecinas: Audrey Peterson y Evelyn Howard. La conversación tuvo que ser superficial, pues la primera le pareció simplemente muy tonta, y la segunda, la mujer norteamericana más frívola y superficial que había conocido hasta entonces, cuya ligereza rayaba en la indolencia. Al final, los meseros interrumpieron para ofrecer los digestivos, y Emiliano aceptó una copa de un excelente coñac francés. La verdad es que la necesitaba. Una vez que todos brindaron, se dirigió al anfitrión diciendo:

Míster Crawford, le propongo que usted piense con calma en dos o tres acciones que pudieran beneficiar a los latinos, y yo le ofrezco darle mi opinión sincera sobre ellas y ayudarle en su redacción para lograr mayor credibilidad entre ellos. Le haré además dos propuestas concretas de acción. Si a usted le parece...

—Me parece magnífico —respondió míster Crawford—. Nos reuniremos usted y yo en unos días.

Se dirigió a todos y, levantando su copa, les propuso solemnemente brindar por el futuro del mejor condado de la Unión Americana: San Diego. Todos, sobre todo los que integraban la parodia de nuevos políticos, lo secundaron con una sonrisa sumisa y servil.

Al despedirse, Anabelle le insistió con discreción en la urgen-

cia de reanudar las lecciones de italiano lo antes posible, y Audrey, una mujer muy atractiva y sensual, pero también boba, además de ser la esposa de mister William Peterson, le murmuró, también en voz baja:

—Me han dicho que usted también tiene una empresa que hace maravillas con los jardines orgánicos, profesor. ¿Me permite llamarle para que me visite y me diga qué podemos hacer para transformar el nuestro?

Emiliano asintió y le deslizó una de sus tarjetas de visita al tomar su mano para besarla y despedirse. Ella retuvo y apretó la mano de Emiliano, con una sonrisa leve que pretendía ser una expresión de flirteo o al menos un mensaje insinuante. Y él pensó para sí: “Creo que será difícil soportarla, pero lo haré solo para colgarle los cuernos al mister Peterson ese”.

Jennifer se aproximó, haciendo gala de su mejor sonrisa, y simplemente le informó que lo visitaría el lunes siguiente por la tarde en la fundación, para ponerse de acuerdo sobre las lecciones de italiano. Vanessa lo acompañó a la puerta y, al despedirlo, le sugirió:

—¿Qué te parece si le hacemos una visita el viernes de la semana próxima al Kasa East Village? Debe estar muy triste sin nosotros.

Emiliano se sonrió y propuso:

—A las 18:00 horas, ¿te parece?

—¡Mmm, ajá! —asintió ella, mirándolo profundamente a los ojos y acariciando su mano al despedirlo.

Capítulo 11

El inicio de un nuevo ciclo

A las seis de la tarde del lunes, Atzimba, su secretaria, abrió la puerta de su despacho y le dijo:

—Emiliano, te busca una mujer muy hermosa; solo mencionó que se llama Jennifer. Es extraño, pero la vi llegar alrededor de las cinco y pasó como una hora recorriendo la exposición. Revisaba cada una de las piezas con especial cuidado.

Emiliano sonrió y salió a recibirla. Jennifer contemplaba extasiada un hermoso cuadro surrealista del maestro michoacano Luis Plomares Frías, que destacaba en la sala de recepción.

—Hola, Jennifer —dijo Emiliano.

Ella levantó la mano con indiferencia para saludarlo y siguió admirando el cuadro. El se acercó lentamente y comentó:

—Es de un gran maestro michoacano. Su imaginación solo es comparable con la inmensidad de su sencillez. Afortunadamente, aún vive y está cerca de cumplir noventa años.

—¿Michoacano!? ¡O sea, paisano de mi nana Abundia! —dijo ella y se dio la vuelta. Lo saludó con un beso en la mejilla y, sin decir más se dirigió a su despacho.

—Y paisano mío también —le aclaró Emiliano en el trayecto.

—¿Tú también eres michoacano? ¡Qué bien! Sabes, después de ver las piezas de su exposición he cambiado de parecer. Creo que antes de que me enseñes italiano, quiero que me ayudes con el

español; mi intención es hablarlo muy bien y quitarme este horrible acento de *“gringa”*. ¿Qué te parece si cada fin de semana me dices qué días y horas tienes disponibles en la semana y organizamos nuestra agenda? Ocasionalmente, intercalaremos el italiano, que desde luego también me interesa aprender.

—Me parece una sugerencia inteligente, como parece ser todo lo que proviene de ti.

—Pues una vez que hemos arreglado nuestros compromisos profesionales, ¿qué tal si me llevas a cenar algún platillo mexicano especial?

Emiliano sonrió una vez más y aceptó llevando a Jennifer al restaurante Talavera Azul, en Chula Vista, para disfrutar unos exquisitos chiles en nogada.

No dijo nada, pero era evidente que le había gustado el restaurante.

—Oye, Emiliano, esto es de lo más succulento que he probado en mi vida —comentó Jennifer al probarlo.

—Es una de las especialidades de la cocina poblana— aclaró Emiliano.

Jennifer aceptó una cerveza Bohemia y se deleitó con su elección. Pidió un segundo chile. Las expresiones fueron muy diversas: *“Mmm, riquísimo”, “me encanta”, “vaya, un platillo especial”, “rico”, “único”, “guauuu, qué sabor”*. Terminó de cenar, aceptando un Kahlúa como digestivo y comentó:

—Las piezas de arte popular que presentan en la fundación son excepcionales; de gran calidad y de una soberbia expresión cultural. No tenía idea de que el sentimiento y la cultura pudieran plasmarse en forma tan variada —dijo mirando hacia su copa, como conversando con el Kahlúa.

—¿Cómo es la relación con tus padres? —preguntó Emiliano.

—¿La qué?... reaccionó ella sorprendida.

—Relación con tus padres— insistió Emiliano.

—Simplemente no existe. Diría que ellos representan y adoran todo lo que yo detesto de la cultura anglosajona norteamericana —respondió ella, como hablando consigo misma.

—Esa lucha permanente y despiadada por tener cosas: propiedades, ropa, joyas, viajes, autos, yates... siempre cosas, que provocan la envidia de otros, tan vacíos e insulsos como ellos. Ese fingir constantemente supuestas bondades y virtudes en sus organizaciones dizque filantrópicas, donde gastan más en sus cenas, publicidad y desplantes que lo que aportan a supuestas causas de beneficencia. Esa simulación continua e hipócrita donde importa solo el parecer ser, combinado con el desprecio a todo lo diferente y, sobre todo a quienes piensan distinto. Casi todos racistas recalcitrantes, machistas y xenófobos, aunque lo ocultaban antes, ahora cada vez menos.

Hace ya varios años que rompí con mis padres, desde que descubrí que no tenía nada en común con ellos ni siquiera temas de interés común para conversar. Ahora simplemente nos toleramos, sin discutir, pero también sin manifestaciones de afecto, y sin la presencia de un cariño que nunca ha existido.

—¿Alguna vez te ha interesado la política? —preguntó Emiliano.

—En ningún momento —respondió Jennifer, sin dudarlo un instante—. No creo en los políticos, ni en partidos; más bien los detesto. Solo buscan poder para acumular riquezas y para lograrlo hacen lo que sea, por bajo y despreciable que sea. Yo no voto ni por republicanos ni por demócratas; son iguales, con la misma diferencia que hay entre la Coca-Cola y la Pepsi... Mejor cuéntame tú lo que haces en favor de tu gente; me enteré de que eres una especie de Robin Hood para los pobres de origen mexicano. Pláticame, me interesa.

Emiliano estaba gratamente sorprendido. No dudaba un instante de que su interés era genuino. Descubrió que Jennifer poseía valores para él muy preciados y jamás decía algo que no sintiera de veras. No guardaba cortesías para nadie. Decidió contarle todo, incluyendo lo que sólo contaba a Emiliano y también lo que no contaba a nadie. Jennifer lo interrumpía a cada momento con preguntas inteligentes sobre el quién, cuándo y cómo. Dos horas charla agradable y sincera transcurrieron, entre brindis de mezcal y de Kahlúa.

Cuando Emiliano la enteró de que la siguiente semana tendría una reunión con los presidentes de las federaciones de clubes de oriundos mexicanos en California, Jennifer le pidió entusiasta:

—Tienes que invitarme a esa reunión; me encantaría asistir.

—Pero, será una reunión de cuando menos tres horas; les voy a explicar con detalle la metodología que estamos aplicando para formar complejos productivos binacionales, con la idea de que ellos la repliquen en sus estados de origen. Tal vez te aburras.

—Estás loco —le reclamó—. Quiero conocer todo con detalle. Soy diseñadora y que mi especialidad es el arte y la cultura. Y si hablan en español, yo ya entiendo bastante, mucho más de lo que tú te imaginas; además, me pondré a estudiar estos dos días y a recordar lo que alguna vez aprendí.

—Bueno, pues haremos el encuentro será en la Casa de México este jueves a las seis de la tarde. Estás cordialmente invitada. Esta es la dirección —refirió Emiliano, al anotarla en una tarjeta.

Así concluyó aquel primer encuentro. Mientras la llevaba a casa, Emiliano tuvo la sensación de que su vida iniciaba un nuevo ciclo, que le atraía e inquietaba. Ambos se encontraban recíprocamente atractivos, pero el deseo no fue invitado esa noche.

El gran saxofonista norteamericano Larry Russell, uno de los pocos músicos norteamericanos que habían descubierto la esencia de sus vecinos del Sur, acompañaba con boleros mexicanos aquel

trayecto en que no hablaron mucho. Jennifer se sentía contenta como hacía tiempo no se sentía. Emiliano estaba tranquilo y disfrutaba la sensación de recuperar ese agrado especial de sentirse muy a gusto al conversar con una chica, sin pretensiones de seducción, un placer que había perdido desde los catorce años.

Capítulo 12

El encuentro con las Federaciones

El tío Ponciano le llamó a Emiliano por teléfono móvil y le dijo, como presumiendo:

—Oye, vas a creer que me encontré en una reunión al director general de la SBA, la *Small Business Administration*, y tuve la oportunidad de contarle sobre nuestra reunión del jueves. Me pidió que lo invitara, así que lo invité, y pues aceptó. ¿Cómo ves? Indicó que vendrá con dos o tres de sus directores.

—Pues muy bien, tío, —respondió Emiliano— pero... ¿hablan español? Recuerda que la plática la daré en español.

—¡Ahh, caray! —se lamentó el tío Ponciano—. Creo que no; ni él ni sus colaboradores... Déjame hablar con mi sobrina Lucy; esa siempre me arregla todo. Ahorita te vuelvo a llamar —dijo y colgó.

Seis minutos después volvió a llamar:

—Ya estuvo —dijo—; la Lucy y una amiga, que sabe de esto, van a hacer la interpretación simultánea y hasta me contactó con un amigo al que le voy a rentar unos veinte aparatitos de esos que sirven para eso. Estoy pensando que, para aprovechar, voy a invitar también a un camarada que conozco de la oficina del alcalde. A ver si puede venir. Yo te informo.

—Órale, pues, tío —apuntó Emiliano, y colgaron ambos.

Al final, la asistencia fue mucho más numerosa de lo que habían supuesto. Acudieron todos los presidentes de las federaciones,

e incluso de algunos de los clubes más grandes, la mayoría en compañía de sus principales directivos.

El evento se inició con puntualidad inglesa. Emiliano los saludó de mano a todos, mientras buscaba inquieto a Jennifer entre los asistentes. Justo a las seis de la tarde, hizo también su aparición la propietaria de aquella sonrisa irresistible, quien venía engalanada en unos jeans ajustados que resaltaban la sutil sensualidad de su figura, y un blazer azul marino que destacaba la perfección de sus hombros.

Emiliano les fue explicando cómo es que habían ido construyendo la metodología para la promoción y operación de los complejos productivos binacionales, subrayando el motivo y los pormenores de cada una de las disposiciones. En un momento dado resaltó una de las principales reflexiones en que se sustentaba la iniciativa:

—Es evidente que todos queremos apoyar a nuestras familias y comunidades en México, pero también es claro que nuestro respaldo puede resultar tan nocivo y contraproducente como, sin duda, lo son los programas asistencialistas de los gobiernos de nuestro país. Si nos limitamos a enviarles dinero, tal vez los inducimos a que se cuelguen de nosotros, no solo nuestros padres, sino en particular nuestros hermanos, primos, cuñados y amigos, quienes, a veces, al recibir nuestro apoyo, tienden a ya no buscar la solución a sus problemas, por sí mismos, y a eludir la responsabilidad plena de transformar su realidad. Algunos simplemente se tiran en la hamaca y se limitan a presionar a nuestra madre o hermana para que nos pidan más ayuda.

»Creo que todos estaríamos dispuestos a sustituir esa ayuda mensual, con una aportación significativa única, de monto muy superior, si eso sirviera para que ellos activaran un nuevo negocio y asumieran el protagonismo pleno y la exclusiva responsabilidad de superar con su propio esfuerzo y su talento sus principales dificultades.

Pero también desconfiamos, y con razón, de su capacidad de administración. Sabemos que son trabajadores extraordinarios, inigualables productores, pero pésimos administradores. Nosotros mismos éramos así cuando llegamos por acá; fue a golpes, con ejemplos y fracasos, que aprendimos poco a poco a administrar. Pienso que esto es fruto de nuestra historia; los norteamericanos tienen trescientos años emprendiendo y administrando y nosotros tenemos quinientos años obedeciendo.

»Por eso es que en esta metodología hemos optado por promover la alianza estratégica de división del trabajo con jóvenes universitarios, formados para administrar, quizá, sus propios hijos.

En estos complejos en asociación, se le otorga su verdadero valor a la producción, si los que administran ganan un peso, los que producen deben ganar tres.

El tío Ponciano había advertido a Emiliano que algunos de los presidentes de clubes se habían mostrado escépticos sobre la conveniencia de activar proyectos fundamentalmente de mujeres y el de limitar la actividad productiva a las artesanías. Así que decidió abordar ambos temas de la siguiente manera:

—Nosotros sugerimos que los primeros proyectos que se impulsen en una comunidad sean básicamente de mujeres, lo cual no significa de ninguna manera que se excluya a los hombres, pero sí recomendamos que al menos la primera iniciativa se oriente fundamentalmente, y con carácter prioritario, hacia las mujeres productoras, en virtud de cuatro consideraciones particulares.

Emiliano detectó en la expresión de algunos de los directivos presentes aquel escepticismo al que le había hecho referencia el tío Ponciano.

—La primera de ellas —prosiguió Emiliano— es que resulta incuestionable que se requieren con urgencia acciones de corto y mediano plazo que corrijan o compensen las distorsiones y los tra-

tamientos discriminatorios que en materia de género aún prevalecen injustamente en casi todas las comunidades de nuestro país. No cabe duda de que esta es una de las influencias positivas de nuestro país anfitrión, pero también una exigencia de las nuevas generaciones, en particular de nuestras propias hijas y nietas. La segunda consideración se refiere a que, en el mundo, las mujeres, en términos generales, han demostrado ser mejores administradoras empresariales que los hombres.

»Por supuesto, no significa que hayan nacido mejores empresarias, sino que los roles y las tareas que la tradición, las costumbres, y los hombres arbitrariamente, les han asignado, también les ha permitido desarrollar un talento especial y ciertas habilidades particulares que, aplicadas a la actividad productiva, las convierten en emprendedoras más eficientes, más confiables y perseverantes.

Las estadísticas oficiales más recientes en México señalan que, durante la última década, de cada mil empresas administradas por hombres, que se han constituido anualmente, al segundo año permanecen activas solo cuatrocientos treinta, y al quinto, únicamente catorce; en tanto que, en el caso de empresas administradas por mujeres, al segundo año permanecen activas ochocientas sesenta y al quinto, seiscientas ochenta. Esta relación no es privativa de México, es más o menos la prevaleciente en todos los países de América Latina.

»La tercera consideración es la que indica que los países más avanzados de la Tierra, los que han venido obteniendo los mejores resultados en el presente siglo, en términos económicos, sociales y culturales, los que registran mayor calidad de vida y menores desigualdades, son aquellos en que se registran los mayores porcentajes de participación de las mujeres en la toma de decisiones, en todos los ámbitos: como es el caso de Noruega, Finlandia, Islandia, Suecia, Dinamarca, Singapur, Suiza, Noruega, Alemania, Hong Kong, Aus-

tralia, Países Bajos, Bélgica, Finlandia, Corea del Sur y Nueva Zelanda.

»La cuarta y última consideración proviene de los diversos estudios que han realizado varios organismos internacionales, cuyos resultados demuestran que, en la mayoría de los países del mundo, en los estratos de ingresos medios y bajos, cuando los recursos ingresan al hogar por conducto de las mujeres, el porcentaje que se destina a satisfacer las necesidades esenciales de la familia en materia de alimentación, vestido, salud, vivienda y educación es considerablemente superior al caso de los hombres.

Entre los más recientes estudios, figura el realizado por la Organización Mundial de Comercio, dio como resultado un 90 % para el caso de las mujeres y un 40 % para el caso de los hombres. Por supuesto que México no es la excepción. Podría recomendarse a los gobernantes que verdaderamente quieren impulsar una transformación social de sus entidades que vayan buscando la manera de hacer llegar los ingresos a la familia por conducto de las mujeres.

»Es por estas cuatro razones que recomendamos que el primer proyecto que se active con esta metodología en una comunidad o en un municipio esté orientado fundamentalmente hacia las mujeres. Después ya pueden ser mixtos o sólo de hombres, pero es muy útil disponer de un buen precedente en cada comunidad.

Por supuesto, aquellas expresiones de escepticismo detectadas en un principio se fueron convirtiendo en manifestaciones de aceptación o al menos de desconcierto, en tanto que la sonrisa de Jennifer se mantenía constante y no se desdibujaba ni por un instante

—También sabemos que algunos de ustedes mantienen ciertas dudas sobre la conveniencia de seleccionar como actividad productiva inicial al arte popular, cuando hay otras que probablemente pueden ser más trascendentes y de mayores magnitudes, como la

agricultura, la ganadería, la pesca, la minería y la industria manufacturera. Desde luego, nos parece razonable y explicable tal razonamiento; sin embargo, insistimos en recomendar el arte popular en virtud de las siguientes consideraciones, a las que haré referencia después de una reflexión sobre los mercados del arte popular.

En los países más avanzados que hemos mencionado, el arte popular es uno de los rubros más significativos y rentables de la actividad económica. Solo que allí los artistas populares, los artesanos, no son pobres, y esto parece deberse a que dirigen sus obras de arte hacia los nichos de mercado de mayor nivel de ingreso y de cultura. Estos nichos están integrados por quienes aprecian la producción individual y diferenciada, la expresión de la cultura y los valores humanos de mayor relevancia, como la igualdad, la solidaridad, la reivindicación de los pueblos originarios y la equidad de género, y que son, en paralelo, quienes disponen de los recursos suficientes para reconocer, a través de un trato justo, su verdadero valor.

En México, a pesar de disponerse de un extraordinario talento artístico y de una capacidad de expresión cultural del mayor nivel, capaz de competir con las mejores del mundo, las artesanías se dirigen a los estratos poblacionales de menores ingresos y también de menores niveles de cultura, aceptando aquí la cultura como la capacidad de apreciación del arte.

»Los nichos de mercado que requieren los precios más bajos solo pueden alcanzarse con la producción en serie y las economías de gran escala de las grandes empresas, o con las organizaciones productivas de la Edad Media, sustentadas en la explotación masiva, como sucede con algunos países asiáticos. Por eso es que nuestros artistas populares tienen que optar por elaborar chacharas baratas, a pesar de su gran potencial artístico. Si nuestros pobres continúan enfrascados en venderle a los pobres, seguirán siendo pobres toda la vida.

Recomendamos, pues, que el primer proyecto que se promueva en cada región con esta metodología sea de arte popular, por las siguientes razones adicionales:

—En primer término, porque en el arte popular se puede alcanzar con gran rapidez un incremento sensible en los ingresos personales y comunitarios, y se puede disponer muy pronto de un precedente exitoso, lo que permite que en los subsecuentes sean los propios productores quienes expliquen a otros productores cómo es que lo están haciendo; donde sean los propios universitarios quienes expliquen a los nuevos universitarios cómo es que lo están logrando. No cabe duda de que entre ellos mismos prevalece un nivel elevado de credibilidad y de confianza, muy superior al que podemos despertar en ellos los gobiernos, los empresarios y las organizaciones, y todos los que, en última instancia, somos espectadores y no protagonistas.

»En segundo lugar, sugerimos optar por el arte popular porque se puede operar con pequeñas unidades productivas, que son las únicas que pueden establecerse en nuestras comunidades pobres, apartadas y carentes de infraestructura. En nuestros pueblos de origen, las grandes empresas encuentran dificultades y carencias estructurales que no les permiten operar, por eso nos vinimos. Además, las grandes empresas ya no son una solución en la generación de empleo productivo en ninguna parte, ni siquiera en Estados Unidos, donde la innovación tecnológica, la globalización y el concepto imperante sobre productividad los obliga a operar cada vez más con menos trabajadores y con menos empleados.

»La tercera razón es porque en México, en casi todas las regiones, se dispone de tradiciones productivas y una extraordinaria expresión cultural indígena, donde el diseño, la capacitación y la asistencia técnica no tienen que comenzar de cero. En Michoacán, como en prácticamente todas las entidades de la República, las ar-

tistas populares son extraordinarias bordadoras, deshiladoras soberbias, tejedoras excepcionales, pero todas ellas pésimas diseñadoras de modas. Es por ello que en nuestros proyectos el diseño desempeña un papel determinante y estratégico, donde las artistas de la producción conciertan una alianza estratégica con las universidades del diseño para conjugar esfuerzos y especialidades y lograr una verdadera competitividad internacional.

»La cuarta razón se refiere a que casi todos los estados del país cuentan con una diáspora importante, sobre todo en este país en que vivimos; mexicanos en el exterior, con un ingreso comparativamente muy respetable, ansiosos de vestir y disfrutar prendas y artículos con los motivos de su tierra o del pueblo de sus padres y abuelos. En este punto vale la pena destacar que, si bien es cierto que los mexicanos en el exterior, la mayoría binacionales, tenemos una gran disposición para adquirir los productos que elaboren nuestras paisanas, también lo es que todos estamos obligados a hacer un uso razonable e inteligente de nuestra capacidad de compra, así que los productos deben satisfacer de manera creciente nuestras necesidades y exigencias. Para lograrlo, la orientación y el consejo de nuestros jóvenes que participen en los proyectos adquiere una importancia crucial y, nuevamente, el diseño juega ese papel decisivo al que hacía referencia.

»Una quinta razón radica en que la comercialización de los productos de arte popular en el exterior promueve rápidamente un orgullo local que acelera un proceso de empoderamiento y autoestima comunitaria que resulta indispensable para atreverse y luchar por cambiar su propia realidad.

Como sexta razón, debo mencionar que la práctica del arte popular no requiere de inversiones cuantiosas en bienes de capital y en instalaciones, ni tampoco de una rigidez en el tiempo que se dedica a la actividad productiva, lo que permite a muchas mujeres y

hombres continuar atendiendo sus actividades productivas tradicionales y participar en los proyectos sin tener que deshacerse de sus pocas pertenencias ni hipotecar sus modestas propiedades.

»La verdad es que un primer proyecto de arte popular puede actuar como un detonador de un proceso de modernización del aparato productivo local. y como un precedente que facilite e incremente la confianza en la instrumentación de nuevos proyectos, en otro tipo de actividades productivas.

Emiliano hizo una pausa para aceptar y endulzar un café de manos de una chica de la fundación cuando, al voltear de reojo, tuvo la impresión de ver a Jennifer conversar casi acaloradamente con un hombre a su lado, cuyo sombrero delataba su origen zacatecano; lo especial es que hablaban en español con insólita fluidez.

Ya para terminar, otro de los aspectos relevantes que destacó Emiliano fue el relacionado con el comercio exterior:

—Nosotros, los de origen mexicano, constituimos un extraordinario mercado potencial, nostálgico y solidario en los Estados Unidos, superior en población a Suiza, Noruega, Dinamarca, Bélgica, Austria e Irlanda, juntos; pero hasta ahora el ejercicio de nuestro poder de compra ha contribuido a generar empleo y actividad económica en Estados Unidos, por supuesto, y también en el este y sureste asiático y en Europa, pero en México solo marginalmente, a través de la compra de algunos productos agropecuarios que con frecuencia no tenemos ni idea de que provienen de nuestro país de origen. Y no solo eso; también somos, para México, un potencial “*Caballo de Troya*” dentro del principal mercado del mundo, donde bien podríamos promover nosotros la importación y la comercialización de los productos elaborados por nuestras familias y nuestros paisanos en México.

»Una verdadera alianza estratégica entre ellos y nosotros, sustentada en el origen cultural. Por lo general, es la demanda la que

genera la oferta, y solo en muy contados casos de excepción se da a la inversa. Tal vez ya es tiempo de que, con relación a México, dejemos de ser simples espectadores pasivos para ocuparnos de que las cosas relevantes sucedan. En estos proyectos que les invitamos a impulsar, serán nuestros jóvenes, tal vez nuestros propios hijos, los que habrán de identificar y vincular la demanda en este gran país y orientar y respaldar la oferta de nuestros familiares y amigos de nuestras comunidades y regiones de origen.

Apoyada en ocasiones en la traducción simultánea, Jennifer estaba verdaderamente emocionada con la exposición de Emiliano, quien continuó explicando con detalle los pormenores de la metodología y concluyó diciendo:

—Debemos contribuir a crear las condiciones para que dejemos de simplemente enviar dinero; con un enfoque asistencialista de efectos perversos. Debemos avanzar hasta que llegue el momento en que no enviemos ni un dólar, pero que sí los sigamos respaldando para que sean ellos mismos los que, con su esfuerzo y su talento, se ganen ese dólar y muchos más.

En estos proyectos, con la metodología que les proponemos, no tenemos que transferir ni un solo peso, pero sí respaldar a nuestros jóvenes para que construyan, con un enfoque de negocio, esa necesaria infraestructura de comercialización de la que ellos se harán cargo, una verdadera *joint venture*, para que ese peso se lo ganen ellos.. Debemos hacer prevalecer el principio en que se sustenta el movimiento internacional de comercio justo: “*trade not aid*”. Serán nuestros hijos e hijas los que habrán de consolidar esta alianza estratégica de división del trabajo, con los hijos e hijas de nuestros familiares y amigos en nuestras regiones y comunidades de origen. Toca a nosotros promoverlos y apoyarlos.

El aplauso fue generalizado y pleno de emoción, confirmando los directivos su decisión de replicar la iniciativa en sus respectivos

ámbitos de vinculación y respaldo. El primer objetivo se había logrado. La hermosa sonrisa de Jennifer estalló en júbilo y su emoción era tal que se lanzó hacia el presídium, llegó ante Emiliano, lo abrazó efusivamente, le dio un beso tronado en la mejilla y le susurró en perfecto español:

—¡Bravo, campeón! Estoy muy orgullosa de ti. Nos vamos a tu casa cuando termine todo esto.

—Sí, claro —asintió él, obediente.

La confusión y el desbarajuste que sintió en su seguridad defensiva le confirmaron lo que ya se andaba sospechando... Que algo trascendente, especial e irreversible comenzaba a gestarse entre los dos.

El tío Ponciano lo regresó a la realidad, pues quería presentarle a sus invitados, los funcionarios de la oficina del alcalde de San Diego y los directivos de la SBA, cuyo director general le felicitó cordialmente

—Fue una brillante exposición, lo felicito; el esquema es muy interesante. ¿Por qué no nos reunimos en mi oficina la semana próxima? Creo que tenemos un programa de respaldo a grupos minoritarios que podría apoyar a los jóvenes de por acá que participen en este tipo de proyectos.

El funcionario de la oficina del alcalde le hizo una invitación más o menos semejante, la que Emiliano aceptó sin poner mucha atención, pues sus pensamientos eran todavía presa del encantamiento al que lo había sometido la hija menor de míster Nicholas Howard, *“El Patrón de Hierro”*.

Capítulo 13

El inicio del embrujo

Ya en el automóvil, Emiliano activó la guitarra de Bribiesca, una música de su predilección, y le preguntó a Jennifer:

—Dime, Jennifer, ¿fue una ilusión o efectivamente conversabas en español con un hombre zacatecano que estaba sentado a tu lado?

—¡Wip!, ¿lo conoces?

—No —respondió él.

—¿Y cómo sabes que es zacatecano?

—Por el sombrero —aclaró él—, no se lo quitan ni para dormir. ¿Pero hablabas o no en español?

—Bueno, más o menos —dijo ella sonriendo—. ¿Te sorprendió? Es que estos tres días he estudiado intensamente el español y además tengo una técnica que es muy efectiva.

—Ah, sí, ¿y cuál es?

—Pues mira —explicó ella, doblando las piernas sobre el asiento—, lo primero es que yo pienso que nadie te puede enseñar a hablar un idioma extranjero; eres tú quien debe aprenderlo. Un maestro solo te ayuda y te aclara, pero no te enseña. Debes, desde un principio, tratar de pensar en ese idioma y hacer diversos ejercicios con cada palabra nueva que aprendas. Tengo la certeza de que cuando escuchas una nueva lengua y no entiendes nada, tu cerebro se bloquea y se encierra al no estar familiarizado con tales sonidos.

»Lo que hice estos tres días fue ver dos películas mexicanas, con títulos en inglés, por supuesto. Traté de entender muy bien los diálogos; luego las volví a ver dos o tres veces, pero sin títulos. Como los sonidos ya no eran extraños, mi cerebro se fue abriendo y comenzó a desbloquearse. Además, trataba de repetir casi de manera simultánea todo lo que escuchaba, y poco a poco fui entendiendo cada vez más. También me puse a leer un libro y una revista en español y leí las páginas varias veces

—¿Consultaste algún libro de gramática española? —preguntó Emiliano.

—No, claro que no —respondió rápidamente Jennifer—. Eso es una idiotez que cometen muchos; intentar aprender la gramática. ¿Cuándo has visto a un niño aprender gramática para después hablar? Comienzan a hablar como pueden, imitando, y ya más tarde, si quieren escribir, entonces poco a poco van aprendiendo las reglas de la gramática. También escuché noticieros de radio y de televisión en español; por cierto, todos mexicanos, porque ese es el español que yo quiero hablar.

Al ingresar a la casa de Emiliano, Jennifer se sintió maravillada con el mobiliario y la decoración. Tuvo la impresión de que, por arte de magia, la habían trasladado a algún lugar de México que, por supuesto, debía ser Michoacán. Quería ver todo con el mayor detalle y, sobre todo, hacía preguntas. Emiliano le fue mostrando su hogar, espacio por espacio, y lo hizo muy lentamente.

—¿Tienes hambre? —preguntó Emiliano.

—Me muero de hambre —replicó ella, sin dejar de observar cada detalle, cada rincón, cada pieza de arte popular mexicano.

—Pues continúa viendo lo que quieras, mientras yo preparo unos chilaquiles.

—¿Unos chila... qué? —cuestionó ella.

—Unos chilaquiles —aclaró él y agregó—: es mi especiali-

dad, te vas a chupar los dedos. No sin antes activar el equipo de sonido con música de boleros.

Jennifer continuó en su expedición minuciosa y él asumió su oficio de cocinero; cada quien en lo suyo, y solo interrumpieron sus tareas e interactuaron cuando se escuchó la canción de "*Somos novios*", y ella le gritó:

—Esa es una canción americana, se llama "It's impossible".

—Te equivocas, comadre —corrigió él—, es mexicana, se llama "*Somos novios*"; el autor es Armando Manzanero, yucateco de origen.

La segunda interacción se dio con la canción "*Solamente una vez*". Ella simplemente gritó: "*You belong to my heart*", y él la corrigió nuevamente diciendo:

—No, Jennifer, "*Solamente una vez*", es de Agustín Lara, veracruzano. Él se acercó para anunciarle que la cena estaba lista y la encontró sentada en el piso, envuelta en un sarape, obviamente de Saltillo, con las piernas cruzadas y absorta, hojeando un libro llamado "*Arte del pueblo, manos de Dios*". Él se detuvo a contemplar aquel hermoso semblante. Ella levantó la vista, le clavó la mirada y le dijo:

—Es bellísimo, bellísimo. Nunca habría imaginado tal calidad y semejante variedad en el arte popular mexicano.

Emiliano destapó una botella de buen vino californiano y cenaron en la terraza de arcos, entre la piscina y el jardín que, como era de esperarse, era espectacular, orgánico y discreto, acompañados de la luz de dos faroles. Los chilaquiles tuvieron un éxito que rebasó las expectativas. Jennifer, efectivamente, se chupó los dedos y le reconoció satisfacción:

—¡Guau! Eres un gran maestro... también en esto.

Tuvieron una velada encantadora, salpicada de risas y carcajadas al contarse algunos pasajes de sus respectivas infancias, so-

bre todo cuando ambos narraron su primer enamoramiento.

—Fue en el primer año de high school... —comenzó diciendo ella y terminó con esta explicación—: Yo creí haberme enamorado, pero todo concluyó casi de inmediato. Una vez que acepté que era un verdadero imbécil, me desenamoré por completo y de golpe. Siempre he pensado que él prefería estar jugando béisbol o aniquilando enemigos en el videojuego. No tenía la menor idea en ese entonces de lo que podría depararme la vida.

—Lo narraba como una chiquilla que describe una de sus tantas travesuras.

—En mi caso —dijo Emiliano—, mi primer gran amor fue mi maestra del quinto grado.

—¡No! —gritó ella—. Eso es un amor platónico. Cuéntame de la primera vez que besaste a una mujer y temblaste emocionado; a menos que haya sido tu maestra, pues creo que eres muy capaz. — Y lanzó una risotada.

Emiliano se mostró un poco nervioso; pensó de inmediato en Nicoletta, pero prefirió diferir esa confesión y procedió a relatarle su aventura con María de Lourdes, su vecina, que fue, en efecto, la primera niña de su edad —bueno, a decir verdad, dos años mayor que él— a la que besó y tuvo el atrevimiento de acariciarle los muslos con sus manos temblorosas.

—Yo tenía un poco de miedo, pero creo que a ella le gustó, porque se le dibujaba una sonrisa muy tierna, suspiraba y como que ponía los ojos en blanco.

—Por supuesto que le encantó —interrumpió Jennifer lanzando una carcajada.

La conversación cambió bruscamente de rumbo cuando Jennifer exclamó súbitamente:

—Me urgía decirte que voy a trabajar contigo.

Emiliano estiró los labios, levantó las cejas al máximo, abrió

los ojos en grande y se limitó a decir:

— ¿Ahh... sí?

—No, no, creo que lo dije todo mal. Es que me entusiasma la idea de colaborar contigo; sería la primera vez que haga algo verdaderamente importante. No tienes que pagarme, por cierto, y por supuesto no me estoy recargando en mis “papis”; yo tengo mi propio dinero, me lo dejó mi abuela antes de morir, con la condición de que mis padres no intervinieran para nada.

—Es una lástima, porque para cualquiera es muy satisfactorio ganarse el pan con el sudor de su frente; bueno, con su propio esfuerzo y con su propio talento —apuntó Emiliano.

—Tienes razón —dijo Jennifer—, pero me temo que ya es demasiado tarde y no tengo a quién devolverlo. Lo único que sí puedo hacer es hacer lo que me dé la gana, aquello que piense que vale la pena hacerse, y lo que tú haces cumple con creces con ese requisito. Te puedo ayudar en lo de diseño, en lo de la creación y la comercialización del arte popular.

—Pues mira, para ser honesto, yo había pensado en armar un programa de respaldo externo en materia de diseño, mediante el cual propusiéramos a diseñadoras de prestigio y renombre que, en un acto de solidaridad de género, colaboren con las mujeres artesanas y, mediante un contrato, aporten el diseño de una prenda de vestir, de un mueble, de una bolsa... en fin, de cualquier artículo exclusivo donde pudiera aplicarse el bordado, el tejido, la pintura o el deshilado de las productoras. Se elaboraría un primer prototipo a propuesta expresa de la diseñadora y la artesana, y se incluiría en el catálogo de venta del proyecto. Si surgen los pedidos, pues de inmediato se depositaría en la cuenta de la diseñadora el importe del porcentaje de comisión acordado como regalía. Ella ya no tendría que hacer nada más. Ahora, si a nadie más le gusta, si no se registra ningún pedido durante cierto período, pues la diseñadora misma

compraría el prototipo, dado que a ella sí le gusta, por eso lo propuso.

—Me parece genial, definitivamente genial. Déjame a mí, Emiliano, hacerme cargo de ese programa, por favor, te aseguro que no te arrepentirás.

—Pues no sé —dijo él, fingiendo un gesto chocante y desconfiado—, tal vez si acordamos un período de prueba... no sé.

—¡Vete al cuerno de la luna! —gritó ella y agregó entusiasmada—: Ese puesto es mío, no se discuta más.

La música de boleros continuaba. Ella no le permitió que cambiara a otro tipo de música. Jennifer se levantó y lo invitó a bailar; se acurrucó en sus brazos y le pidió que cantara la canción, que era "*Usted*" de Gabriel Ruiz Galindo. Emiliano temblaba, sintió las formas de su cuerpo delicado y, sin embargo, no le surgió la menor intención de tratar de seducirla. Se limitó a cantar y a disfrutar de la tersura de su mejilla integrada a la suya, y continuó bailando con esa sensualidad dulce que solo se siente a los quince años.

—Creo que ya debo irme —dijo tranquilamente Jennifer—, pero quiero volver a tu casa. Todavía me faltan algunos rincones que escudriñar y algunos libros que revisar.

—Esta es tu casa; lo digo con la mayor sinceridad, puedes volver cuando quieras y permanecer todo el tiempo que te plazca, aunque yo no esté. Le pondremos tu nombre a una de las habitaciones. —Miró fijamente esos brillantes ojos aceitunados que lo hacían objeto de un conjuro y agregó:

—La biblioteca y mi corazón son ambos tuyos.

¿Jennifer se puso de puntillas y le dio en los labios un beso tierno, dulce y breve, sellando aquel pacto de complicidad. Emiliano cerró los ojos y se lanzó a volar. Se despidieron en la puerta, intercambiando una mirada afectuosa. Emiliano esperó en la puerta a que su auto arrancara y se dirigió lentamente a su recámara, dis-

puesto a soñar con aquellos ojos juveniles, intensos y melancólicos. Era una sensación que no había experimentado jamás. Como todo lo nuevo, era a la vez incitante e inquietante.

Esa noche, Jennifer se desveló contándole a su nana Abundia acerca de su nueva relación con su paisano Emiliano, sus grandes proyectos y, por supuesto, de su nueva responsabilidad de trabajo en materia de diseño.

Capítulo 14

La reunión de trabajo con Mr. Crawford

Emiliano llegó puntual a la cita que telefónicamente le propuso Mr. Crawford, quien lo recibió con una actitud verdaderamente amable. Se sentaron en una salita de su despacho y el candidato en campaña comenzó diciendo:

—Créame que he estado pensando en algo original y trascendente para proponer a los votantes latinos, pero no he sido capaz de imaginar algo valioso e innovador que plantearles. Algo que no se les haya ya dicho, que no se les haya propuesto o que no estén también proponiendo mis contrincantes demócratas. Este ejercicio me ayudó, eso sí, a entender mejor por qué no le creen nada a los políticos. Quizá el problema es que yo tampoco les creo nada a los políticos. Si usted no me ayuda, Emiliano, no sé a quién más pedirle consejo.

—Pues yo traté de ponerme en su lugar y he pensado en lo siguiente —le comentó Emiliano—: Cuando un habitante del condado de San Diego adquiere un producto chino, surcoreano, francés o inglés, a un precio justo, colabora con ese acto a generar empleo y actividad económica en China, Corea del Sur, Francia o Inglaterra. Si deja de comprarles, no sucede nada para ustedes. Sin embargo, si esa capacidad de compra la dirigieran hacia productos de México, es ahí donde estarían contribuyendo a generar empleo y actividad económica. Y si México crece, México importa y su principal pro-

veedor es, por mucho, Estados Unidos, en parte San Diego.

Algo más: en contraste con lo que sucede con los otros países, si México no crece, si no es capaz de generar empleos decentes, los mexicanos continuarán emigrando hacia Estados Unidos, en especial hacia el condado de San Diego.

»Esta comprobado que si los mexicanos tuvieran un empleo digno en su tierra y obtuvieran un precio justo por la venta de sus productos, no emigrarían. Este argumento podría ayudarle a lograr el apoyo de por parte de los propios votantes republicanos anglosajones en la iniciativa que le voy a sugerir.

Más del 60% Del total de los votantes latinos en el condado proviene de ocho estados de la República mexicana: Michoacán, Guerrero, Jalisco, Guanajuato, Zacatecas, Puebla, Oaxaca y Ciudad de México. Si yo fuera usted, les propondría que, si resulta electo, concertará “*Acuerdos de Hermanamiento y Cooperación*” con los gobiernos de estas ocho entidades. En ellos, su gobierno local, se comprometería a promover la importación y comercialización en el mercado de San Diego de productos elaborados en estos ocho estados mexicanos; en la inteligencia de que los gobernantes de dichos estados, por su parte, se comprometerían, en reciprocidad, a promover la importación y comercialización en sus respectivas entidades de productos y servicios provenientes del condado de San Diego.

»Por otra parte, expresaría mi disponibilidad de adicionar a algún otro estado mexicano si sus paisanos en San Diego me lo proponen.

Esto vendría a contribuir a la generación de más y mejores empleos en su condado y mayor actividad económica, en beneficio de todos sus votantes. Incluso podría comprometer su intención de constituir un fondo especial para respaldar las inversiones en infraestructura comercial especializadas en la venta de productos elaborados en los estados mexicanos que participaran en los acuerdos.

En este mecanismo de apoyo financiero podría gestionar el respaldo complementario del Small Business Administration.

»Podría ir más allá y anunciarles que es su intención organizar exposiciones periódicas de los productos y servicios de los estados mexicanos asociados en las oficinas públicas del condado. La justificación ante todos de esta acción promocional sería que, por su parte, los gobiernos estatales mexicanos que participaran en la iniciativa de colaboración estarían haciendo lo mismo en sus oficinas públicas para promover la importación de los productos y servicios del condado de San Diego.

Podría destacar que este proyecto abriría oportunidades interesantes de trabajo a los jóvenes binacionales, es decir, a sus hijos e hijas sus hijos, nacidos o establecidos formalmente en el Condado.

»Por otra parte, como tercera iniciativa, podría proponer la creación de una oficina en el gobierno del condado dedicada a combatir la discriminación de los latinos del condado, ofreciendo asesoría jurídica para defender sus derechos a ser tratados con igualdad y respeto, como lo establece la propia constitución de los Estados Unidos .

Mr. Crawford lo escuchaba con gran atención y especial interés; lo confirmaba una sonrisa de aceptación.

—¿Estaría abusando de su amabilidad si le pido una breve nota con estos planteamientos, Emiliano? —preguntó con humildad Mr. Crawford.

—Desde luego que no, Mr. Crawford, se la enviaré hoy mismo —respondió Emiliano. Se puso de pie, le estrachó la mano y procedió a retirarse, muy serio, pero sin duda satisfecho.

—No sabe cómo le agradezco su ayuda, profesor. ¿Habría alguna manera de reciprocitar?

—Solo cúmpla lo que finalmente decida ofrecerles Mr. Crawford; esa sería mi mejor recompensa.

Al salir pensaba: “¿Qué pensaría el tío Ponciano si me viera aquí, dándole ideas para ganar a un candidato republicano? Seguro me excomulgaría. La verdad es que es difícil que ganen los republicanos, pero si llegan a ganar y este tío se atreve a comprometer algo así, ganaríamos mucho los mexicanos, sobre todo en estos estados, que también fueron los de los presidentes de federaciones que estuvieron en el evento y que han decidido replicar los proyectos con la metodología que hemos propuesto. Por otra parte, tampoco es cierto que los demócratas han hecho gran cosa para beneficiar y defender a los latinos del condado.”

Capítulo 15

La ópera y el adiós para siempre

Emiliano escuchó en la radio de su auto que esa misma noche se presentaba en la Ópera de San Diego, nada menos que su obra predilecta, “*Norma*” de Bellini. Era el último día de función, así que llamó a su eficiente secretaria:

—Tú, que eres especialista en hacer posible lo imposible, esta noche se presenta la última función de “*Norma*” de Bellini; las localidades deben estar agotadas desde hace días. Lo que pasa es que, como probablemente sabes, es mi ópera favorita.

—Okay —dijo ella—. Ahora cállate y cuelga, que no puedo perder tiempo. —Y colgó.

Veintitrés minutos después Emiliano recibió un mensaje de texto: “Listo, te envió el enlace para que bajes los tickets”. De inmediato, llamó a Jennifer y le preguntó:

—¿Te gusta la ópera?

—No lo sé —replicó ella—, nunca he presenciado una.

Tenemos boletos para la función de esta noche en el Balboa Theater, a las 7:00. Presentan mi obra favorita.

—Pues, si se trata de tu favorita, se justifica cancelar mi compromiso. Nos vemos en el acceso principal a las 6:50. ¡Ciao!

La única referencia cercana que tenía Jennifer de la ópera era la opinión de su madre, quien la consideraba soberanamente aburrida e incomprensible. Emiliano colgó el teléfono y se sorprendió de sentirse tan especialmente contento, al grado que decidió llamar de inmediato a Vanessa, quien respondió diciendo:

—Es muy grato escuchar tu voz, aunque sé que me llamas para diferir nuestro encuentro. ¿Para cuándo?

Sin rodeos, Emiliano respondió:

—Pues... me temo que para nunca, Vanessa. El caso es que, sabes... estoy enamorado.

El comentario fue impactante para Vanessa, quien, lastimada en su vanidad y aún dominada por la furia, le preguntó:

—Eso significa que estás enamorado de alguien más. ¿La conozco? No me digas que se trata de una de las primeras cinco amigas que te presenté.

—Pues no, ninguna de ellas, aunque es cierto que a ella también me la presentaste tú.

—Lillian Peterson no puede ser; es la última mujer que hubiera imaginado, porque Anabelle Perkins ni siquiera me atrevo a pensarlo.

—Se trata de Jennifer Howard, Vanessa.

—¿La hija de Nicholas Howard? —se hizo un silencio prolongado. Vanessa reflexionaba y se sabía vencida, sin que la batalla siquiera hubiese iniciado. Ella habría estado dispuesta a luchar por el cariño de Emiliano con cualquier otra mujer madura, pero frente a una chiquilla, prefería declararse vencida de antemano. Sabía muy bien que Jennifer y Emiliano pertenecían a la misma generación y también sabía que ella no podía arriesgarse a sufrir una derrota en que la edad pudiera desempeñar un papel decisivo, así que no habría conflagración.

—¡Aló! —dijo Emiliano, pensando que se había interrumpido la comunicación.

—Es comprensible —comentó Vanessa, ya más calmada—; es muy hermosa y tiene un cuerpo perfecto y juvenil.

—Sí, es muy linda, pero no es su belleza física lo que me hizo enamorarme de ella, es su fondo, Vanessa. Estoy seguro de que

me comprenderás.

—Pues sí, lamentablemente sí lo comprendo, y con eso no se puede competir. ¿Supongo que ella está muy enamorada?

—Pues no lo sé, Vanessa, aún no le he confesado que la amo.

—Con seguridad lo está —murmuró Vanessa, para sí misma—. Solo te pido que no olvides, que si algún día decides volver a mí, yo estaré siempre dispuesta.

—Lo recordaré siempre, Vanessa; no lo olvidaré nunca.

Y simplemente colgaron los dos.

Capítulo 16

Norma de Bellini y las nuevas ideas

introducción de la orquesta provocó en Jennifer un sobresalto semejante al de un niño en el circo. La experiencia operística fue una de las más impactantes de su vida. Emiliano le había explicado antes a Jennifer la trama fundamental de la tragedia, que le pareció algo rebuscada y complicada; sin embargo, al escuchar la música y aquellas voces privilegiadas de la soprano y la mezzosoprano, quedó pasmada y no volvió a parpadear ni por un instante. Al oír aquella plegaria a la luna, Jennifer no pudo evitar derramar unas lágrimas. Se emocionó profundamente en el duelo de Norma y Adalgisa en el Acto 2º: “*Mira, oh Norma*”. Al concluir la obra, Jennifer se puso de pie como impulsada por un resorte y no cesaba de aplaudir con una euforia incontenible, esbozando una gran sonrisa que iluminaba unos ojos resplandecientes, que brillaban más que nunca. Emiliano la contemplaba asombrado. Fue la última el público en dejar de aplaudir. Se abrazó a Emiliano y, llorando, le repetía:

— ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!

Salieron del teatro; llovía a cántaros, pero Jennifer parecía no percatarse de la lluvia ni hacía intento alguno por cubrirse. Tampoco hacía el menor caso de las sugerencias y recomendaciones de Emiliano. Tan solo gritaba feliz:

— ¡Fantástico! ¡Genial! ¡Único! ¿Cómo he podido vivir casi

treinta años sin conocer la ópera, sin haber vibrado con esa música extraordinaria que brinca de la sutileza a la pasión desbordada? ¡Toda una vida sin estremecerme con la sensibilidad de esas voces privilegiadas, sin embriagarme con el drama de su tragedia! Quiero beber algo... algo fuerte. ¡Te invito una copa! —le ofreció a un Emiliano encantado y sonriente.

Se metieron en el primer bar que encontraron.

—Enséñame a beber el coñac —pidió ella. Emiliano, que no cesaba de sonreír, verdaderamente regocijado, ordenó dos copas de coñac Courvoisier.

—Es fuerte, ¿como el tequila, verdad? —preguntó Jennifer.

—Más o menos —respondió Emiliano—, más o menos.

Les trajeron las copas, y ella bebió la suya de un solo trago, como si fuera un tequila. Emiliano no tuvo tiempo de detenerla ni advertirle.

—¡Ay, cabrón! Esto tiene lumbré. ¡Grrrrr! ¡Grrrrr! Pero se siente rico una vez que se va apagando.

—El coñac se bebe de a traguitos, Jennifer, poco a poco.

—Pues sí, pero eso hay que sugerirlo antes de que se beba, no después. Ahora pídemelo otro para hacerlo como se debe. Sabes? He estado pensando mucho en cómo, además del diseño, puedo apoyar los proyectos, y se me ha ocurrido algo. Voy a invertir parte de ese dinero que tengo prestado a los bancos, por lo que me pagan casi nada. Digo, comparado con lo que cobran cuando se lo prestan a otros, esos usureros canallas. Se me ocurrió después de reflexionar en que un aspecto fundamental en la comercialización de los productos de las artesanas es que puedan entregarlos en consignación a las tiendas exclusivas. Si venden, pagan y ganan; si no, los retiramos y los llevamos a otro lugar. Así podríamos convertir a las propietarias de las tiendas en aliadas de las artesanas.

También acudir a otros canales para llegar a los compradores

finales, como hoteles, restaurantes y clubes sociales y deportivos. Solo que las artesanas no pueden esperar a que las tiendas vendan para después pagarles; ellas viven al día y, además, ¿con qué materiales podrían elaborar los siguientes productos? Así que quiero destinar algunos recursos para crear en la Fundación un Fondo de Consignación, del que pueda pagársele a las artesanas al momento de entregar sus productos, y que sea el Fondo el que se espere para cobrar. En aquellos productos que requieren de mucho tiempo para su elaboración, se les podría ir pagando a las productoras lo que les corresponda conforme ellas vayan avanzando en su elaboración.

Emiliano intentó decir algo, pero Jennifer lo interrumpió, diciendo:

—Sí, ya sé. Que no les debemos regalar nada, pero yo pienso recuperar ese dinero y, con una ganancia, del tamaño de la misma miseria que pagan los bancos por lo que inviertes con ellos. Así no podrán decirme nada, ni tú ni mi consejero financiero.

—Pues yo solo quería decir que me parece magistral lo que has ideado y que beneficiará de una manera extraordinaria a las productoras. ¿En qué cantidad habías pensado?

—Pues en dos.

—¿dos mil dólares? —preguntó asombrado Emiliano.

—¡Ay, Emiliano! ¡No seas ridículo! Estoy hablando de dos millones.

A Emiliano se le atragantó el coñac y casi lo escupe sobre ella. No dejaba de toser y ordenó con las manos un vaso de agua.

—Me vas a matar un día de estos —finalmente dijo—. O sea, que eres una millonaria.

—No, claro que no. El dinero es de mi abuela; yo nada más lo gasto en lo que ella quería y ya no tuvo tiempo de hacer.

—Ahora comprendo por qué tu padre me ve como si yo fuera un “*caza-fortunas*”.

—Mi padre no tiene nada que opinar en esto; esa fue una condición expresa que dejó establecida mi abuela en su testamento. Ella sabía bien que el treinta por ciento de su fortuna, que dejó a mi madre, iba a ser arrebatado por mi padre, quien seguramente habría de malgastarlo. Pero con respecto al resto, que me dejó a mí, la exigencia fue que él no debería asomarse ni por equivocación. Mi consejero financiero estuvo toda la vida enamorado de mi abuela y cuida con celo que se cumpla al pie de la letra su última voluntad.

—Pues no sé qué decirte —comentó Emiliano.

—Pues nada —enfaticó Jennifer—. Lo mejor que puede uno decir cuando no tiene nada que decir, pues es nada.

—¡Estás loca! —le susurró Emiliano, riendo con ganas—. Se me estaba ocurriendo que, si le planteáramos a los hombres de negocio de origen mexicano que radican en Estados Unidos que, por cada dólar que ellos pongan en este fondo, tú pondrías otro, pues tendrías que aportar solo un millón.

—O tendríamos cuatro —recalcó ella.

—No —dijo Emiliano—, contigo no se puede.

—Sí se puede —respondió ella con una sonrisa llena de picardía—, pero ahorita no me apetece.

Emiliano soltó una tremenda carcajada y se puso las dos manos en la frente.

Acompañados por el último coñac, y antes de partir rumbo a su casa, donde cenarían algo ligero como habían acordado, Emiliano quiso compartir un pendiente que lo inquietaba:

—He estado reflexionando —comenzó a decir Emiliano— en que necesitamos asignarle un nombre al programa en su conjunto, a los proyectos en lo particular y a la metodología, y por más que le doy, no encuentro cuáles.

—Eso está muy fácil —dijo Jennifer—. ¿Qué es lo que caracteriza la iniciativa sino la innovación, su contribución al desarrollo y

la equidad, social y de género? Pues ya está; los tres, la metodología, los proyectos y el programa deberían llamarse Innovación para el Desarrollo Equitativo, o sea, IDEQ.

—¿IDEQ? —cuestionó Emiliano, mirando a lo lejos—. No me disgusta.

—Pues claro que no —insistió Jennifer—. Ya está, no le des vueltas; se llamará IDEQ.

—Pues IDEQ se llamará —aceptó Emiliano sonriendo y proponiendo brindar por ello y por la madrina.

Resultaba evidente que se estaba consolidando un verdadero idilio, con perspectiva de muy largo plazo.

Capítulo 17

La comida con Lorenzo

Llegó aquel sábado en que Lorenzo invitó a Emiliano a su casa para contarle su aventura de incursión primera en territorio norteamericano. Su casa, o mejor dicho, su rancho, estaba localizado en el Barrio Logan. Definitivamente, el diseño de la casa era totalmente local, salpicado de infinidad de detalles y motivos mexicanos, y particularmente de Zacatecas, la tierra natal de los suyos.

—Yo he sido siempre un hombre de tierra y de lluvia, compadre —empezó diciendo Lorenzo—. Comencé apoyando a mi padre en la siembra y el cultivo de la fresa. Después me dejé expoliar por algunos hacendados de la región. Cambié muchas veces; andaba yo buscando al menos peor, pero fue inútil. ¡A cuál de peor! No fue difícil que me convencieran de emigrar a Estados Unidos. Estaba claro que aquí también te explotan, pero un poco menos, y además era bien cierto que, trabajando mucho y ahorrando más, podrías llegar a tener una vida mejor con los tuyos. En nuestro país, el ahorro era imposible y el trabajar duro solo hacía más ricos a los ricos; ese gran esfuerzo se te convertía al final en puro polvo.

Yo no tenía ningún pariente cercano por acá que me abriera el camino, así que tuve que recurrir a los polleros. Claro, antes había que juntar una buena lana porque sus servicios ya eran casi impagables. Cuatro fueron mis incursiones a las zonas agrícolas en los estados fronterizos hasta llegar finalmente a California, y en todas ellas quienes decidieron mi destino y me contactaron con los empleadores gringos fueron los propios polleros. Ellos tienen un acuer-

do con los patrones para no regresarte al lugar en que anteriormente estuviste trabajando. ¿Y sabes por qué, Emiliano?

—No tengo la menor idea; suponía que sería justo lo contrario. Porque si ya se conocen, debería de haber mayor confianza para ambos.

—Pues mira, cuando se acercan las épocas de siembra o de cosecha, los patrulleros empiezan a mostrarse ineficientes y flexibles; miran hacia otros lados y te dejan pasar. Los patrones, al contratarte, te dicen que los latinos no somos gentes de confiar, que algunos abandonan el trabajo en el trayecto, y que, si ya concluyó el período de “flexibilidad” de los patrulleros, ellos tienen serios problemas para sustituirte, así que te plantean que te retendrán el 60 por ciento del pago acordado, el que te devolverán una vez finalizada la siembra o la cosecha, según sea el caso. Pues sucede que, al llegar esa etapa, ellos mismos le dan el pitazo a los patrulleros de la frontera y empieza la cacería. Algunos son detenidos antes de que les paguen la retención; no son deportados, por cierto, nomás te regresan, pa’ que vuelvas, y como la siguiente vez te mandan a un lugar muy lejano, pues son muchos los paisanos que no cobran nunca, porque solo te pagan si vas en días hábiles y no en fines de semana. El permiso de faltar dos o tres días hábiles no te lo da nadie. Entre ellos están de acuerdo. Son una verdadera mafia. Todos lo son. No tienen el menor escrúpulo.

Empecé en una granja de trigo en Texas, luego me enviaron al cultivo del algodón en Arizona, más tarde a un rancho ganadero en Nuevo México y la cuarta vez terminé en el cultivo de las nueces en California. Como sabes, ahora tengo este pequeño rancho de mi propiedad donde cultivo buena uva para buenos vinos. No es muy grande, pero es mío y es muy lindo, como ves.

—¿Tus trabajadores son de origen mexicano? —preguntó Emiliano.

—La mayoría sí —respondió Lorenzo—. Tengo también algunos centroamericanos, que son nuestros hermanos de lucha, todos son latinos. Pero, vamos a comer, compadre; yo también tengo una excelente cocinera, poblana de origen. Estoy seguro de que te va a encantar lo que nos ha preparado.

—Te quería pedir, por cierto, Emiliano, —dijo Lorenzo— que en tus proyectos incluyas a las artesanas de mi tierra. En Zacatecas también se hacen verdaderas obras de arte. Si vieras las piezas de tejido de gancho, sobre todo los rebozos, que hacen nuestras mujeres en el municipio de Tabasco y los hermosísimos deshilados del municipio de Huanusco, que está juntito. Había pensado, es más, sugerirte que organicemos por acá, en el condado de San Diego, un gran baile del rebozo mexicano, que pudiéramos repetir cada año hasta que se convierta en una tradición. Tú conoces a nuestra gente, y sobre todo a las mujeres; nunca repetirían el mismo rebozo en la fiesta siguiente, así que estrenarían todas un nuevo rebozo cada año. Podríamos darle un muy buen premio económico a la artesana que tejió el mejor rebozo, o tres premios para las tres mejores, como concurso. Podríamos incluso darle un buen reconocimiento a las mujeres que adquieran los tres rebozos premiados. Las podríamos designar como: *“Las tres reinas del rebozo”* de ese año. En todas las entidades de México se hacen rebozos muy bonitos. Podríamos sumar a las otras federaciones. Ahí tienes a las de Santa María del Río en San Luis Potosí, o las de Tenancingo en el Estado de México, o las de Tangancicuaro en Michoacán, o las de Mitla en Oaxaca, o las de Moroleón en Guanajuato, o las de Tepeji del Río en Puebla, o las de Zinacantán, en Chiapas; y muchos más.

—Me encanta la idea —repuso entusiasta Emiliano—. Eres un genio publicitario, canijo; esta faceta no te la conocía. Le pediré a Jennifer que se ponga de acuerdo contigo para organizar estos bailes. Podríamos organizar uno por año en cada uno de los 58 conda-

dos del estado de California, donde el 40 % de la población es de origen latino. Tendríamos una fiesta de esas cada semana.

—Oye, oye, ¿y esa Jennifer de dónde cayó? Nomás te brillaron los ojitos.

—Pues cayó del cielo, compadre. Creo que ahora sí me enamoré en serio. Me está ayudando en todo lo que tiene que ver con diseño, que de eso sabe un resto. Me va a acompañar en el viaje que voy a hacer a Michoacán, Guanajuato y San Luis Potosí. La conocí en la cena que organizó Mr. Crawford, el candidato de los republicanos para la alcaldía de San Diego; quería hablar de las próximas elecciones...

—¡Ay, cabrón! —exclamó Lorenzo—. No me digas que ya andas simpatizando con los republicanos.

—Pues ya le dije lo que pienso que debiera hacer si quiere la simpatía de los nuestros. No le veo muchas posibilidades, pero si resulta, pues que en algo nos beneficie. Ya hablaré con el candidato demócrata y le diré algo muy parecido. El que quiera azul celeste, que le cueste. ¡Salucita, pues! —concluyó Emiliano, levantando su copa de tequila.

—Bueno, pero esa Jennifer, ha de estar guapa ¿no?

—Preciosa, compadre, muy hermosa, pero lo que más me gusta de ella es que es sensible, inteligente, simpática, honesta, culta, entusiasta, creativa, alegre, dulce...

—Ya párale, ya párale, compadre. Se me hace que ahora sí ya te mordió la iguana. ¿Y las otras?

—Las otras se acabaron, Lorenzo, se acabaron pa' siempre.

Capítulo 18

Los padres de Jennifer

El padre de Jennifer, Míster Nicholas Howard, era el arquetipo del hombre de negocios norteamericano, nacido en una familia de clase media en la pequeña ciudad de Glendale, que luchaba a “machetazo limpio” por ascender en la escala social y alcanzar el gran sueño americano. Ese era el único objetivo y había que alcanzarlo a toda costa. Diez palabras: principios, remordimientos, escrúpulos, amistad, justicia, solidaridad, comprensión, valores, vergüenza y honestidad habían sido eliminadas definitivamente del diccionario familiar.

Al igual que sus tres hermanos, al concluir la high school, y tras lograr el propósito planeado de entablar cierto grado de amistad con quienes podrían ser socios potenciales en el futuro, se lanzaron a la gran lucha. En ella el matrimonio debía considerarse como uno de los instrumentos fundamentales para triunfar en la contienda y alcanzar sus sueños. La consigna era clara: localizar, seducir y enamorar a una mujer tonta con perspectivas de herencia universal. Nicholas se aferró a ese libreto y localizó, sedujo y enamoró a Evelyn, quien reunía plenamente los requisitos deseados. Todo pintaba de maravilla, hasta la enfermedad prolongada, decadente y la muerte inminente del padre, lo que obligó a acelerar el matrimonio.

Nicholas Howard había programado tomar posesión de la herencia en un plazo no superior a tres años, después de la boda; sin embargo, se presentó un inconveniente insalvable y sorpresivo: la madre de Evelyn, abuela de Jennifer y verdadera artífice del patrimonio y gran fortuna familiar, fue designada heredera universal y conti-

nuó administrando los negocios, ya no más tras bambalinas, lo que obligaba a esperar hasta que “esa bruja”, —que había ocultado por años su protagonismo—, se dignara a abandonar este mundo ingrato e injusto que forzaba el ajuste de los tiempos en el programa de Nicholas. Pero la madre de Evelyn, quién desde un principio había descubierto las macabras intenciones de su yerno, estaba decidida a vivir todavía muchos años y acrecentar la fortuna de la familia para legarla, en lo fundamental, no a su hija —y en consecuencia tampoco a Nicholas—, sino a su nieta Jennifer, de quien ella fue la verdadera madre.

Los padres de Jennifer sentían por los latinos una gran antipatía, pero por los mexicanos sentían el mismo desprecio que Hitler sentía por los judíos. Para ellos, compartir frontera con “ese país de indígenas” era una maldición para Estados Unidos. Los abuelos paternos tuvieron una participación muy activa en el Ku Klux Klan y en uno de los más importantes grupos de supremacistas blancos. El racismo extremo formaba parte innegable de la herencia familiar.

Jennifer conocía de esta antipatía xenofóbica y racista de sus padres, por lo que no esperaba una reacción precisamente entusiasta cuando les avisó que se iría a México por unos días.

—¿A México? —cuestionó Míster Howard, con una expresión de inaudita sorpresa—. Estás completamente loca, tú no tienes nada que hacer en ese país.

—Por supuesto que sí —respondió categórica Jennifer—. Por eso es que voy.

—Pero habiendo ciudades tan hermosas aquí en América, no me explico qué tienes que hacer en esos lugares salvajes e inhóspitos —destacó su madre con una banalidad francamente pueril—. ¿Por qué no mejor visitas Nueva York, Dallas o Miami, lugares llenos de cultura?

Jennifer no pudo evitar una carcajada burlona; era manifiesto

que la distancia entre ambas crecía cada día más.

—Madre, es evidente que no tienes la menor idea de lo que significa cultura —le reprochó con un tono condescendiente.

El padre de Jennifer montó en cólera y gritó:

—¡Pues definitivamente no cuentas con nuestra autorización para cometer semejante locura! —se levantó de la mesa y aventó la servilleta.

—No pretendía obtener tu permiso, padre, ni el tuyo, madre; quería tan solo informarles.

—Pues no estoy de acuerdo —gritó Míster Howard, verdaderamente irritado—, y si te atreves a desobedecerme, tendrás que atenerte a las consecuencias.

—No me amenes, padre, pues mi decisión de irme a vivir sola a otro lugar requiere apenas de un simple empujoncito. Y recuerda que yo no te tengo el miedo que te tienen todos los que te rodean.

—Estás completamente loca —vociferó el padre—. Y tú —le reclamó a su esposa, señalándola con el dedo flamígero—, tú eres la principal responsable por haberla consentido siempre. Se dio la media vuelta y se fue a encerrar en su despacho, seguro de que su facultad de autorizar era una prerrogativa de derecho divino.

—¿Yo? —aseveró la madre, con una expresión de indignación y furia—. Jamás aprobé que fuera a visitar ese mugroso país.

—¿Por qué mugroso, madre, si nunca lo has conocido, ni siquiera la frontera?

—Pues no lo conozco ni lo conoceré nunca, pero tengo muy buena información y estoy segura de que es un mugroso país.

—¿Sabes qué, madre? Pues que mañana mismo yo partiré muy contenta y emocionada a conocer ese maravilloso país que tú tanto desprecias. Se dirigió a las escaleras y subió apresuradamente a su recámara a preparar su equipaje.

Míster Howard entró furioso a su despacho y de inmediato llamó por el celular a Jonathan, su fiel asistente —como él le llamaba— aunque que en realidad era su *guardaespaldas y su lacayo incondicional*, que actuaba como emisario de las peores encomiendas. Le ordenó que fuera de inmediato, mientras se preparaba un whisky para calmar sus nervios y dejar de temblar.

El tal Jonathan Wilson era un excombatiente de Irak que había formado parte activa de un grupo de mercenarios de la peor calaña. Cuando Mr. Howard lo contrató, militaba de manera activa y simultánea en uno de los grupos más radicales del movimiento Altright supremacista blanco, una organización neonazi y en una banda extremista del Ku Klux Klan. Corpulento hasta el exceso, con apariencia de motociclista de Harley Davidson, barba de tres días, actitud feroz y porte de maloso, maloso, maloso. Aunque en verdad, cuando abandonaba su arma, se convertía en un simple granuja.

—¡Dígame usted, Míster Howard! —dijo el tal Jonathan, al entrar a su estudio.

—Mi hija Jennifer se irá unos días a México, en contra de mi voluntad; quiero que contrates a alguien de absoluta confianza para que la siga con la mayor discreción. Quiero saber a dónde va, qué hace, con quién se reúne ¿me entiendes? Todo. Será conveniente que a quien contrates tenga facha de latino, para confundirse entre ellos y no despertar sospechas.

—De acuerdo, señor, así se hará. ¿Sabe cuándo partirá?

—No lo sé, pero supongo que mañana mismo.

—Muy bien, señor. —exclamó con servilismo y salió con premura.

Capítulo 19

El primer encuentro con México

Jennifer realizó de inmediato la transferencia de su aportación a la Fundación para integrar el Fondo de Consignación, y antes de partir le llamó a la secretaria de Emiliano y le dijo:

—Atzimba, es de fundamental importancia que hables con los universitarios de todos los proyectos activados y les pidas que nos envíen a la mayor brevedad todos los rebozos que tengan o puedan elaborar las artesanas para el primer gran baile del rebozo. Que te indiquen lo antes posible cuál es su estimación del total de piezas que enviarán y el importe correspondiente para que les transfieras lo antes posible los recursos del Fondo de Consignación y les paguen de inmediato a las artesanas; ellas no pueden esperar mucho tiempo. Si requieren anticipos para la compra de materiales, que también te informen cuánto necesitan para agregar el importe a las transferencias. Los rebozos tienen que llegarnos a más tardar un día antes del evento, es decir, el 9 de octubre. ¿Estamos?

—Estamos —confirmó Atzimba.

El 13 de septiembre, volaron de San Diego rumbo a Morelia. Jennifer estaba verdaderamente ilusionada. Había comprado y leído unos libros sobre Michoacán, Guanajuato y Zacatecas, y su entusiasmo se había acrecentado. En el avión no paraba de hablar, compartiendo con Emiliano parte de lo que había aprendido y todo lo que quería conocer.

—Por supuesto, me queda claro que no vamos en plan de turistas —destacó Jennifer—. Sé que vamos a trabajar, pero si nos

queda un poco de tiempo no quisiera perderme algunos lugares. Emiliano se sonreía complacido y un tanto sorprendido con tal nivel de entusiasmo. Parecía una chiquilla en su primera visita a Disneylandia. La expectativa aumentó aún más cuando Emiliano le comentó:

—El gobernador de Guanajuato nos ha invitado a la cena del Grito en el Palacio de Gobierno.

—¿La cena del Grito? —interrogó ella intrigada.

—El 15 de septiembre —aclaró Emiliano—, se festeja la independencia nacional, en todo México. El Presidente de la República, los gobernadores y los presidentes municipales conmemoran en ese día el aniversario del grito de la independencia, saliendo al balcón principal del Palacio Nacional en la Ciudad de México, y, en su caso, al de los palacios de gobierno y palacios municipales, repitiendo el mismo grito que lanzó el cura don Miguel Hidalgo y Costilla, ese mismo día de 1810, cuando reunió al pueblo para activar la guerra de la independencia del conquistador español. «Si quieren ser libres, tendrán que luchar por la libertad» —les gritó, agitando un estandarte de la Virgen de Guadalupe y terminó su exhortación con tres “Vivas a México”, y así comenzó la contienda. Ahora es una tradición que se repite cada 15 de septiembre en todos los lugares oficiales de México, y aún fuera de México, pues una ceremonia similar se realiza en todas las embajadas y consulados en el exterior, así como en todos los barcos y aviones de bandera mexicana, en los que los embajadores, cónsules y los respectivos capitanes toman la bandera... y exhortan a los mexicanos presentes a gritar un “¡Viva!” a la Libertad y tres “¡Vivas!” a México. Era importante aclararte esto, porque si no, a la mera hora ibas a pensar que al Gobernador ya se le pasaron las copas.

Jennifer escuchaba cautivada y con los ojos bien abiertos, la explicación de Emiliano con profundo interés y manifiesta sorpresa,

con muchas preguntas rondando en su mente.

—¡Qué bonito! —exclamó—. ¿Yo también puedo gritar “¡Viva México!”? —preguntó emocionada.

—Claro —respondió él—. Todos los que quieran a México.

En el trayecto del aeropuerto al centro histórico de Morelia, Jennifer miraba de un lado a otro, conmovida, admirando aquella ciudad, que posee más de mil monumentos históricos.

Se alojaron en un hotel colonial que maravilló a Jennifer: el Hotel de la Soledad, un magnífico edificio colonial del siglo XVII decorado con una vasta colección de obras de arte, pinturas y muebles antiguos, habitaciones decoradas con finos detalles en mármol, ónix, madera y cantera, y con uno de los patios coloniales más hermosos de la antigua Valladolid.

El evento en que harían la presentación del proyecto a las productoras del Municipio de Morelia y a los estudiantes de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo tendría lugar hasta el día siguiente a las 4 de la tarde. Así que Emiliano tuvo la oportunidad de llevar a Jennifer a un paseo por el centro histórico de la ciudad, donde quedó extasiada con todo, en especial con la Catedral, la Plaza de Armas y, sobre todo, el Museo de las Artesanías, donde todo la maravilló, comenzando con la ubicación en el exconvento de San Buena Aventura de la orden de San Francisco, construido en 1531.

—Te das cuenta, Emiliano: en ese entonces, en mi país no había nada, absolutamente nada, bueno, con excepción de lo que construyeron los apaches, los sioux y los comanches, que no fue casi nada, y además, la mayoría de las poblaciones que eran un poco avanzadas estaban en los territorios pertenecientes a México. Así que no había nada por allá.

Como era de esperarse, el arte popular de Michoacán resultó aleccionador e impactante, no solo para Jennifer, sino también para Emiliano, que no tenía del todo claro el alcance cultural de su tierra.

—Aquí no se viene a enseñar, sino a aprender —reflexionó Jennifer.

Terminaron esa tarde en el Museo del Dulce y la Dulcería de la Calle Real, donde Jennifer se dio un verdadero atracón, que hizo necesario un paseo final por el Callejón del Romance, una de las calles más bellas y románticas de Morelia, donde fue un verdadero deleite para Emiliano caminar tomado de la mano de Jennifer, quien de repente volteaba a verlo y le cerraba un ojo.

—Esta ciudad está llena de magia —comentó Jennifer.

Cenaron en el hotel y se retiraron relativamente temprano a sus habitaciones, con la idea de descansar y prepararse para la jornada del día siguiente.

El encuentro tuvo lugar en la Casa de la Cultura, en el exconvento del Carmen. Al llegar, el auditorio estaba prácticamente lleno de estudiantes universitarios y las artesanas de Morelia, quienes, en el patio, hicieron una presentación de sus trabajos.

A las 16:00 horas en punto, se inició el evento, encabezado por el presidente de la Federación Californiana de Michoacanos, el titular de la Secretaría del Migrante del gobierno del estado, el rector de la Universidad Michoacana, y también el rector de la Universidad Tecnológica de Morelia, a la que se invitó por disponer de la carrera de diseño y moda. Además, por supuesto, estaba el Tío Ponciano, quien hizo la presentación del evento y de los invitados.

De lo que más interés despertó de la exposición de Emiliano fue cuando, dirigiéndose a los universitarios, les manifestó:

—La intención es que un grupo de ustedes, con convicción de emprender, formen una sociedad cooperativa de gestión empresarial y concierten un acuerdo con las artesanas morelenses que se vayan incorporando al proyecto, quienes formarán, a su vez, una sociedad cooperativa de producción. El acuerdo será una alianza estratégica de división del trabajo entre las dos cooperativas, donde se estable-

cerá que las artesanas se harán cargo de la producción y ustedes de la gestión empresarial, incluyendo la administración y el cumplimiento legal de las dos cooperativas. No se trata de que ustedes le echen la mano a las “pobrecitas” artesanas, ni que les digan cómo hay que hacerle; se trata de que ustedes se la jueguen con ellas. Tomaditos de la mano, pero sin que se adelante ninguno. Compartirían todo: las tareas, los problemas, las consecuencias, las responsabilidades, los errores, las tristezas y las fiestas, pero también las ganancias. Eso sí, siempre, invariablemente de manera equitativa, en una proporción de 75% para las artesanas y 25% para ustedes. ¿Están de acuerdo?

Se registró un silencio embarazoso que se prolongó hasta que uno de los jóvenes estudiantes se puso de pie y se dirigió a Emiliano.

—Pues mire, don Emiliano, creo que interpreto el sentir de mis compañeros si le digo que, en general, la idea nos parece estupenda y muy desafiante, pero la mera verdad es que nosotros y nuestras familias hemos hecho un gran esfuerzo, algunos hasta sacrificio, para ahora llegar a ganar el 25% de lo que gana una artesana; pues como que no cuadra. Y no es que tengamos algo en contra de las artesanas; ellas son verdaderas artistas y lo reconocemos, pero como que no es tan equitativo, como usted dice, ni siquiera “*mitá y mitá*”.

—Me parece muy razonable tu reflexión —opinó Emiliano—. Creo que la realidad y la experiencia ya nos irá corrigiendo si estamos mal, pero por lo pronto tenemos la impresión de que, para relacionarse en este esquema con cien artesanas, se requieren como de doce o quince universitarios, a lo mucho, y para hacerlo con trescientas, pues alrededor de treinta. Y ustedes, si fueran treinta... pues se llevarían el 25%, pero de cada operación de las trescientas artesanas. Si fueran cinco productoras y cinco universitarios, pues sí es cierto que ustedes percibirían solo el 25%, pero si se trata de

trescientas y treinta, pues la relación sería mucho más que equitativa.

Los estudiantes comentaron el asunto en pequeños grupos y hacían cuentas con sus calculadoras hasta que uno se levantó, volteó a ver a sus compañeros y todos le asintieron con la cabeza. Entonces explicó:

— Tiene usted mucha razón, don Emiliano; no habíamos hecho bien el cálculo. Visto así, la relación es muy favorable para todos, no solo para nosotros, porque siempre, si uno de nosotros quiere ganar el equivalente a mil dólares, pues, en paralelo, una artesana tendrá que ganar tres mil. Nosotros ganaremos más en la medida en que sean más las artesanas que se incorporen y sea más lo que ganen todas ellas. Vamos a levantar la mano los que estamos de acuerdo en entrarle.

Todos lo hicieron con una sonrisa amplia. Jennifer estaba sinceramente emocionada.

La actitud de las artesanas ante la propuesta fue en verdad entusiasta. Es cierto que, al principio, la reacción de las artesanas se dio de manera discreta y con un claro tinte de escepticismo, con seguridad alimentado por incontables ofrecimientos gubernamentales y políticos no cumplidos y cobrados de manera anticipada en las urnas en épocas de elecciones. Sin embargo, la posibilidad de tener su taller productivo, que solo estaría formado por quienes ellas decidieran les parecía muy atractivo. Que todas tenían que ser, en algún momento, representantes de su taller y que serían elegidas a la suerte lo consideraban también una magnífica decisión para romper con la dependencia y la manipulación de las líderes de siempre. La regla de que quien trabajara el doble ganaría el doble y que quien trabajara mejor ganaría más les parecía extraordinariamente justa y estimulante, pero lo que más les agradaba era la alternativa de poder entrar y salir del proyecto cuando ellas quisieran y las veces que

ellas, y nadie más, lo determinarían. Todo eso las hizo sumarse al primer aplauso que todas emitieron con cautela, pero con una sonrisa aceptando participar en el proyecto.

Otro de los grandes atractivos para las artesanas fue la propuesta el que tan solo ellas, sin intromisión alguna, decidirían quiénes integrarían el Consejo Directivo y el Consejo de Vigilancia de su sociedad cooperativa, y que todas tendrían los mismos derechos y obligaciones. Estaban verdaderamente hartas de los esquemas asistencialistas en que todo era decidido por los burócratas, que jamás se veían afectados por las consecuencias de las decisiones que ellos, y solo ellos, adoptaban. «Que se haga la voluntad de Dios en los bueyes de mi compadre», solían decir.

Otro atractivo particular era que no estaban obligadas, de manera formal o informal, a votar por ningún candidato en particular, ni tampoco a registrarse en un determinado partido político. Se sentían verdaderamente libres.

—Al proyecto podrá entrar cualquiera, comadre. Hasta las que le van al América —comentó una de las artesanas, aficionada al fútbol, soltando una carcajada.

Ahora nadie les aseguraba ni les restregaba que los recursos del respaldo se los enviaba el Gobernador o el Presidente de la República.

También les atraía de manera especial la asociación con los universitarios, en particular la disposición de que, si querían ganar un peso, tendrían que contribuir a que una de ellas ganara tres pesos, y, sobre todo, la solución de que ellas no tendrían que ocuparse más de las tareas que menos les agradaban y que asumirían los universitarios, como conseguir y administrar el dinero, comprar los materiales o vender los productos, y que ellas podrían concentrar su tiempo disponible exclusivamente en su predilección y su vocación de artista: producir arte. Les pareció, desde luego, justo lo que ga-

narían los universitarios con el esfuerzo conjunto, pero les parecía todavía más justo lo que ganarían ellas. Era un hecho: todo esto no tenía precedente.

Otra información que tuvo gran aceptación fue la que se refería a que la sociedad cooperativa de gestión empresarial de los universitarios dispondría de una División de Diseño, mediante la cual se proporcionaría respaldo de diseño a las artesanas para que sus prendas fueran más competitivas en los nichos de mercado objetivo a los que ahora buscarían dirigirse.

—La señorita Jennifer Howard, que es una experta en diseño textil, apoyará la formación y operación de esta división —destacó Emiliano, invitando a Jennifer a ponerse de pie y dirigirles unas palabras. Ella se levantó y, con la nerviosa impetuosidad que le era propia, dijo lo siguiente:

—Hola, yo soy Jennifer, su amiga. Creo que debo destacar que tanto yo como los universitarios de diseño que participan en el proyecto nos limitaremos a apoyarlas en la selección de los materiales y en el diseño de los productos donde ustedes plasmarán su arte. Pero, por supuesto, no nos meteremos en los motivos y las maneras en que ustedes expresan su cultura a través del bordado, el tejido, la pintura o el deshilado. En eso ustedes son las expertas. En eso *“nosotras les hacemos los mandados.”*

Las artesanas se rieron de muy buena gana y Emiliano se mostró gratamente sorprendido por el uso tan certero que Jennifer había hecho de un dicho muy mexicano. Con Jennifer, todo era motivo de un siempre renovado asombro.

—No cabe duda —agregó Emiliano—, que Morelia es el peor mercado del mundo para los productos que se elaboran en Morelia, como lo es también Mérida para los productos que se elaboran en Mérida, como para los de Bogotá es Bogotá y para los de Buenos Aires es Buenos Aires, donde todos los conocen ya, donde enfrentan

la mayor competencia y donde los precios los fija el nivel del hambre de los productores más pobres.

El mercado propio es el peor de todos. Y así sucede en casi todo el mundo, con contadas excepciones, como París, donde, con 12 millones de habitantes, reciben cada año 50 millones de turistas, o Venecia, donde, con 60 mil habitantes, reciben anualmente 25 millones de turistas; es decir, cuatrocientas veces más. Si Morelia, con un millón de habitantes, recibiera 400 millones de turistas al año, otro gallo nos cantaría. Así es que ustedes, y nosotros detrás de ustedes, tendremos que acudir a donde se localizan los mejores mercados. Todo esto debe cambiar, y todos nosotros podemos contribuir a que suceda.

—Y yo que me vine de mi pueblo, pensando que Morelia era un mucho mejor mercado para mis productos —destacó una de las artesanas.

—Y lo es, comadre, pero nada más un poquito mejor —comentó otra. Lo que parece es que cualquier otra ciudad del país y del mundo es mejor que Morelia para vender nuestros productos. Y una tercera agregó:

—Pues si Morelia es el peor mercado entre todas las ciudades, imagínese cómo será el de nuestro pueblo: *“el peor de los peores”*.

La presentación terminó con un gran aplauso, mucho más fuerte y más comprometido, pero sobre todo sincero; las sonrisas y la expresión de esperanza fueron sinceras y generalizadas.

—Ya verás —expresó una de las artesanas—, ya verás, Emiliano, las piezas que vamos a elaborar. Vas a estar bien orgulloso de tus paisanas. No nos falles; Michoacán y nosotras contamos contigo.

Capítulo 20

El respaldo solidario del sector empresarial

Don Aureliano Buenrostro, presidente de la Federación Californiana de Michoacanos, había tomado la iniciativa de invitar al evento y, por supuesto, a la cena que la federación ofreció a don Idelfonso Corcuera, el presidente de la Federación Bajío de Coparmex, que, junto con Guanajuato y Querétaro, agrupaba a los principales empresarios de esas tres entidades. Durante la cena, don Idelfonso preguntó a Emiliano?:

—¿Cómo podríamos colaborar los empresarios de la región en este movimiento que no tiene precedente.

—Pues yo quisiera ser muy honesto y sincero con usted, don Idelfonso. La verdad es que los grandes empresarios mexicanos no tienen un muy buen cartel entre los jóvenes universitarios paisanos que nacieron o llegaron de niños a California.

—¡Ah, caray! ¿Cómo es eso? Me interesa mucho conocer las razones, Emiliano. ¿Me podría usted ayudar?

—Le puedo dar solo mi opinión, pero las razones son varias, don Idelfonso. ¿Prefiere diferir la plática sobre este asunto para otra ocasión?

—No, al contrario, me gustaría conocer esas causas lo antes posible.

—Pues mire, quizás la principal es que la mayoría de los mexicanos que han emigrado a Estados Unidos provienen de las regiones y municipios más pobres y marginados del estado. Muchos tienen la impresión de que la causa de ese retraso es que los gobiernos

estatales concentraron los recursos presupuestales —que eran para todos—, en el respaldo de los grandes negocios en las zonas urbanas de la capital y los municipios más ricos, acentuando las desigualdades regionales. Además, piensan que ese respaldo se concretó en buena medida por cochupos, actos de corrupción y acuerdos de cuates, que siempre requieren de dos partes. Por ello, tienen la certeza de que ustedes se quedaron con lo que les correspondía a sus padres y abuelos, sobre todo en lo que se refiere a las oportunidades, que se esfumaron para ellos. Fue por eso qué tuvieron que abandonar sus pueblos queridos y su cultura. Ese fue el precio que pagaron para darle una vida digna a sus familias.

Jennifer se acomodó en la silla y pidió un mezcalito, convencida de que presenciaria otro encuentro interesante.

—Allá se piensa —continuó Emiliano— que México no tiene clase empresarial, sino grupos de hombres de negocios que han construido sus fortunas principalmente por cuatro vías: *cochupos y arreglos en lo oscuro con las autoridades, evasión de impuestos, cancelación cómplice de la competencia y explotación generalizada de los trabajadores*. Se considera que estas son las causas principales de la tremenda expulsión de tantos mexicanos de escasos recursos.

—Bueno, Emiliano, pero nos están comparando con la primera potencia del mundo; eso no me parece justo.

—No es exactamente así. Hay que aclarar que Estados Unidos sí es la primera potencia, pero también es cierto que, entre los países más avanzados, es el que registra las mayores desigualdades. La comparación no es directa, don Idelfonso. Si toma empresas y negocios del mismo tipo y más o menos de las mismas dimensiones en Estados Unidos y México, con un número más o menos similar de trabajadores y empleados, como una empresa fabricante de lápices, por ejemplo, una gasolinera, un restaurante, una empresa

de productos químicos, y si calcula el ingreso promedio de los trabajadores y empleados en ambos casos, encontrará que los sueldos y salarios promedio que prevalecen en Estados Unidos son entre 14 y 17 veces superiores a los que imperan en México. Hasta aquí tiene usted razón en lo de las asimetrías.

Pero si comparamos los ingresos promedio de los gerentes de ventas, compras, finanzas, contabilidad y administración, entonces veremos que la diferencia se reduce a entre 5 y 9 veces. Ahora, si vamos al nivel de directivos y propietarios, nos encontramos que ahí andan más o menos igual, y en algunos casos, ganan más los propietarios y directores de México que los de allá. Lo cual deja claro —enfaticó Emiliano— que los inversionistas y hombres de negocios mexicanos se han venido quedando por mucho tiempo con buena parte de los ingresos que justamente les correspondían a los trabajadores y empleados.

Debo agregar que es cierto que este desequilibrio también prevalece en la administración pública, en los tres niveles de gobierno, en las oficinas de los diputados y senadores, en la Suprema Corte, en los partidos políticos y en los sindicatos. Pero son los empresarios, hombres de negocio y banqueros los que ostentan las diferencias con insolente arrogancia. Bastaría darle una hojeada a la revista semanal, racista y clasista, “Club”, distribuida por el diario Reforma, para ver los desplantes de esa opulencia.

Y no quiero imaginarme siquiera, don Idelfonso, la reacción de los paisanos si la relación comparativa se hiciera con países avanzados más equitativos, como los países escandinavos, Islandia, Finlandia, Singapur o Hong Kong; incluso con Francia, Inglaterra, Italia y hasta España.

Me ha tocado escuchar argumentos de jóvenes universitarios binacionales que afirman que, si en México hubiera una verdadera clase empresarial, estarían todas las empresas concentradas en la

franja fronteriza, abasteciendo la demanda del más grande mercado del universo. Una frontera única de 3,100 kilómetros con la principal economía del planeta, absolutamente desaprovechada, por los hombres de negocio mexicanos. Porque los empresarios norteamericanos, chinos, coreanos y europeos, ellos sí han tenido la visión de aprovecharse de esa cercanía a través de la industria maquiladora.

Era evidente que don Idelfonso carecía de argumentos para desplegar una contraofensiva, así que Emiliano prefirió desviar un poco el rumbo de la conversación.

—Yo creo, sin embargo, don Idelfonso, que, a pesar de esta pésima imagen, podríamos convencer a nuestros jóvenes que en los proyectos *IDEQ*, el eventual apoyo de los empresarios locales puede tener una significación determinante en el éxito de su iniciativa. Cómo ha podido apreciar, pretendemos que prevalezca un enfoque estrictamente empresarial, como estrategia para alcanzar la autonomía y la independencia de los proyectos. Los emprendedores universitarios, que integran las sociedades cooperativas de gestión empresarial, deben alcanzar un nivel muy elevado de eficiencia y competitividad. Los empresarios de la región podrían apoyarlos en su formación, permitiéndoles acceder en forma directa a su asesoría y respaldo. Si los empresarios aceptaran, por ejemplo, aportarles 10 o 14 horas al año del valioso tiempo de sus principales colaboradores, como los gerentes de compras, de ventas, de finanzas, etc. para reunirse con ellos y escuchar lo que están realizando con el fin de aconsejarlos en cómo superar sus principales problemas y obstáculos. Sus opiniones y comentarios podrían adquirir la mayor relevancia, La distribución de esas horas. ya la irían acomodando a sus respectivas agendas.

También podrían permitir que algunos de los universitarios asistan a las asambleas y reuniones de sus Consejos de Administración, para ganar experiencia. Se me ocurre en este momento que

algunas empresas podrían financiar la elaboración de material promocional, como folletos, catálogos, banners, carteles, además de la integración de muestrarios promocionales de prototipos de la oferta de las productoras, los que resultan indispensables para su acción promocional. y cuyos costos difícilmente pueden absorber con recursos propios en su etapa de inicio.

Por supuesto se otorgaría el crédito respectivo indicando que el material promocional ha sido financiado por cierta empresa de la región, como una acción de respaldo solidario a las productoras y universitarios del complejo productivo binacional.

Otras empresas podrían cubrir una parte de los gastos de construcción y de operación de los primeros observatorios de inteligencia y promoción comercial, que operarían tanto en Michoacán como en Estados Unidos. Entendiéndose como tales las estructuras modulares, flexibles y móviles, con especial innovación y calidad de diseño y con un enfoque museográfico en su solución constructiva, que permitan realizar acciones de promoción de ventas y capturar opiniones, sugerencias y recomendaciones de los nichos de mercado objetivo. También en este caso figuraría el reconocimiento promocional correspondiente.

Estas son solo ideas iniciales, don Idelfonso, estoy seguro de que a sus empresarios se les ocurrirán muchas más y, seguramente, mejores.

—Excelente, Emiliano, me parece absolutamente excelente —respondió don Idelfonso—, cuente con nosotros. Lo plantearé en la reunión de nuestro Consejo de la próxima semana. ¿Por qué no empieza a preparar un proyecto de contrato o acuerdo de colaboración para respaldar a los proyectos? Espero que esto nos ayude un poco a ir cambiando esa mala imagen que tenemos los empresarios entre los paisanos migrantes y, sobre todo, en las nuevas generaciones. Tengo una pregunta para usted, Emiliano: el envío de remesas,

con más de cincuenta mil millones de dólares, ya ocupa uno de los primeros lugares en el ingreso de divisas, junto con el petróleo, la inversión extranjera y el turismo. ¿Por qué no han desviado un diez o quince por ciento de ese importe a efectuar inversiones directas en México? Tendría un impacto formidable.

—Pues mire usted, don Idelfonso —dijo Emiliano—, pienso que la significación del ingreso de divisas debe medirse en función de la contribución neta que hacen tales ingresos al equilibrio de la balanza de pagos y a la generación de actividad económica local. Por lo tanto, al ingreso por la exportación de hidrocarburos debería restarse el egreso por la importación de hidrocarburos y el importe de las divisas que egresan del país para cubrir el pago y servicio de la deuda externa del propio sector; de la misma manera que al ingreso de divisas en el turismo se le debería restar el egreso de divisas generado por los turistas mexicanos que viajan al exterior y las remesas de utilidades que envían al exterior las inversiones extranjeras en ese sector. Lo mismo sería con el ingreso por concepto de inversión extranjera, en lo general, al que debería deducirse el egreso por las remesas de utilidades que generan las propias inversiones externas, e incluso el importe de lo que los hombres y mujeres de negocios mexicanos invierten en el exterior anualmente.

Es cierto que al ingreso de divisas por concepto de remesas de mexicanos en el exterior también debe restarse el egreso que se registra cuando parte de lo que perciben los intermediarios denominados "polleros" se utiliza para corromper a ciertas autoridades en Estados Unidos. Sin embargo, esta cifra nunca ha llegado a ser significativa, nunca más del 1%. Lo que importa, pues, son los ingresos netos, don Idelfonso. Si mi apreciación es correcta, es incuestionable que desde hace muchos años el ingreso neto de las remesas de trabajadores mexicanos en el exterior es la principal fuente de divisas y de generación de actividad económica en el país.

Ahora, ¿por qué razón no se desvía un porcentaje a la inversión directa? Yo creo que se debe a que las remesas son, en esencia, salarios y, en última instancia, como todos los salarios, se destinan a cubrir los gastos básicos de sobrevivencia de las familias de los trabajadores y no pueden desviarse a otros destinos.

Jennifer lo escuchaba embelesada, convencida de que lo que él no supiera, no lo sabía nadie.

Esa noche, don Idelfonso prefirió irse caminando a su casa, que estaba a siete cuadras. Despidió a su chofer y simplemente mencionó:

—Me hará bien, para estirar las piernas... y pensar.

La propuesta de colaboración la presentó don Idelfonso durante la reunión del Consejo Directivo de la Federación y obtuvo el respaldo entusiasta de todos los integrantes. Muy rápido se fueron incorporando a la cruzada diversos empresarios establecidos no sólo en Michoacán, sino también en Querétaro, en este caso para respaldar al primer complejo productivo binacional del Estado en el municipio de Tolimán, con las artesanas productoras indígenas otomíes y un grupo de estudiantes y egresados de la Universidad Autónoma de Querétaro.

Los empresarios no sólo aceptaron con beneplácito las ideas de colaboración de Emiliano, sino que agregaron otras interesantes, como la de adquirir para los obsequios de las empresas de fin de año productos diseñados y elaborados expresamente para ellos por las y los participantes en los proyectos. Otros propusieron financiar la participación de los complejos productivos binacionales en ferias y exposiciones en las grandes ciudades de México e incluso en algunas de Estados Unidos. Hubo una empresa que incluso ofreció cubrir los gastos de viaje y estancia, así como los honorarios de dos diseñadoras italianas para que se trasladaran a Michoacán y permanecieran unas semanas proporcionando asesoría técnica a las pro-

ductoras y al equipo de diseño de los universitarios.

Una vez que finalmente lograron despedirse de todos, Emiliano y Jennifer se subieron al auto con la intención de refugiarse en el hotel, cuando Emiliano tuvo la sensación de que los seguían. Dio una vuelta a la izquierda bruscamente, sin dejar de ver el retrovisor, y en la siguiente calle volvió a girar hacia la izquierda. Lo repitió por tercera vez para desembocar en la misma calle en la que transitaba rumbo al hotel.

Jennifer, que estaba un poco desconcertada, le cuestionó:

—¿Y ahora, ¿qué te traes?

Emiliano se rio y compartió:

—Pues con la novedad, mi querida amiga, de que nos están siguiendo.

—¿Siguiendo? ¿Pero quién? ¿Por qué?

—Esas son dos preguntas que en este momento no puedo responder con certeza.

—¿Qué, es una costumbre por aquí?

—Pues no, más bien es una costumbre por allá.

Ella cerró sus dos puños y golpeó con fuerza el tablero.

—¡Mi padre! —exclamó furiosa—. El muy maldito, debí imaginarlo.

—Bueno —dijo Emiliano—, al menos me dará la oportunidad de confirmar que, además de todo, eres una buena actriz. Llegaremos con toda calma, dando tiempo a que nuestro investigador submarino nos alcance, nos siga al bar y, después de disfrutar de un buen coñac, me dirás que estás rendida, que te vas a tu habitación, que te darás un baño de espuma delicioso y que ordenarás que te envíen algo de cenar. Quedaremos de encontrarnos en el lobby del hotel a las 6:30 de la mañana, porque todavía tenemos mucho que hacer en Morelia. Debemos asegurarnos de que el emisario de tu padre nos pueda escuchar. Lo que en realidad harás será preparar

tu maleta de inmediato y estar lista. Veinte minutos después tocará la puerta tres veces uno de nuestros paisanos y te ayudará a descender por la escalera de servicio y salir por la cocina. Yo te estaré esperando en la calle de atrás.

Jennifer lo contemplaba emocionada; se sentía protagonista de un “thriller”.

Ya en el bar del hotel se presentó un incidente que retrasó la instrumentación del plan de escape. Resulta que se toparon con un norteamericano de Kentucky, ya un poco pasado de copas, que insistió en invitarles un trago. Se trataba de un individuo que respondía al nombre de Henry Jones, por ahí de los setenta, con cabello y barba blanca y de expresión muy agradable. Era uno de aquellos estadounidenses bonachones que van navegando por el mundo, como ofreciendo disculpas de haber nacido donde nacieron. Entre brindis y brindis iba desengranando los que él consideraba los pecados capitales de su país.

—Es vergonzoso haber nacido en el único país que registra casi 700 intervenciones militares en su historia.

—Bueno, —comentó Emiliano, los ingleses, holandeses, alemanes y los romanos, no cantaban mal las rancheras

—¿No qué? —preguntó sorprendido.

—Quiero decir qué estos y otros países también tienen su historia en eso de las invasiones.

—Somos el principal productor de armas del mundo, mi querido amigo—destacó Míster Jones

—Y también el que aportó el teléfono, la bombilla eléctrica, el motor electromagnético, el láser, el internet, y un sinnúmero de inventos para vencer las enfermedades, entre tantas otras aportaciones.—insistió Emiliano.

—Estados Unidos es el país que lanzó la bomba atómica sobre poblaciones civiles, el país del Ku-klux-klan, del consumismo, de

Jack el Destripador, —agregó don Henry Jones.

—Y de Benjamín Franklin y de George Washington, —replicó Emiliano, ...—y de Ernst Hemingway, y Scott Fitzgerald, y Mark Twain y Truman Capote, y Edgar Allan Poe, y Georgia O’Keeffe y Martin Luther King. Y a Estados Unidos debemos el Blues y el Jazz y el Roc’k and Roll, entre otras curiosidades. Por cierto, Jack el Destripador no era norteamericano, era inglés.

Jennifer sonría profundamente impresionada viendo con la boca abierta a Emiliano defender a Estados Unidos enfrascadamente como si fuera el mismísimo Joseph Perkins.

—Y nosotros no podemos ser ejemplo para nadie. En Estados Unidos unos 40 millones viven en pobreza, 18,5 millones en pobreza extrema y 5,3 millones viven en condiciones de pobreza extrema propias del tercer mundo. Eso dice un estudio reciente de la BBC. La explotación del mundo sólo ha servido para hacer aún más ricos a los norteamericanos más ricos.

—Mire Mister Henry Jones. Yo pienso que no existe un país totalmente bueno ni totalmente malo. Todos tienen de todo.

—De repente Jennifer ubicó al hombre con chamarra de cuero y sombrero y se lo señaló a Emiliano con la mirada. A partir de ese momento, todo continuó exactamente como estaba previsto. Ella se apegó al libreto y aprobó la prueba de actriz con mención honorífica. Emiliano estaba pasmado, con la boca abierta. Cuando se despidieron y al darle un beso en la mejilla, alcanzó a susurrarle:

—¡Carajo! Eres una superactriz. No vuelvo a creerte nada.

La verdad es que Jennifer continuaba indignada con su padre, pero estaba muy excitada y contenta con todo lo que acontecía. Siguió las indicaciones al pie de la letra y se fue a su habitación casi saltando de dos en dos.

Capítulo 21

Pátzcuaro, un refugio excepcional y una noche de ensueño

Al escuchar los tres toquidos, Jennifer abrió la puerta y se encontró con la mirada fresca de un joven que dijo llamarse Ramón. Él entró a la habitación, tomó la maleta y le susurró:

— ¡Sígueme!

Tal como se le había indicado, descendieron por la escalera de servicio y se escaparon del hotel por la cocina, saliendo por una puerta pequeña hacia un callejón estrecho a espaldas del hotel, donde ya los esperaba Emiliano con el auto en marcha, entregándole un sombrero de hombre, que ella se colocó de inmediato. Definitivamente la emoción crecía en Jennifer.

Partieron a toda velocidad, envueltos en la gran excitación de Jennifer, que sin duda disfrutaba de la huida, carcajeándose al imaginar cómo reaccionaría su padre al saber que los habían burlado.

— Oye, por cierto, no sabes cuanto lamenté no haber grabado la patriótica defensa que hiciste de mi país para enviársela a Mr. Joseph Perkins. Con seguridad se habría quedado totalmente desconcertado. Ja, ja, ja.

En poco menos de una hora recorrieron la distancia que separa Morelia de Pátzcuaro, un lugar diferente que le pareció a Jennifer "un pueblo mexicano misterioso y fascinante". Llegaron a la hacienda que respondía al nombre de *Ucazanaztacua*, vocablo purépecha que significa "*el pueblo que está junto al árbol de uca*", y que Jennifer nunca logró aprenderse, a pesar de su firme intención de hacerlo. Se trataba de un hermoso hotel, de arquitectura y decora-

ción completamente local, plagado de detalles y manifestaciones del arte purépecha. Jennifer estaba visiblemente deslumbrada y sonrió agradecida con su padre por haber enviado a aquel espía que, en última instancia, había sido el responsable de que se hubiesen refugiado en aquel escondite mágico. Nunca hubiera soñado con un lugar semejante.

Cenaron en el restaurante del propio hotel, deleitándose con una sopa fría de aguacate, un filete de pescado blanco de Pátzcuaro y unos chongos zamoranos, verdaderas provocaciones gastronómicas, todo acompañado por un pianista de rostro soñador que interpretó una amplia gama de boleros mexicanos. Jennifer preguntaba sin parar, quería saberlo todo.

Al concluir, salieron a la terraza a admirar aquel lago impasible que invitaba a besarse, y obedecieron la ordenanza, se besaron con un agrado que a Emiliano le pareció un deleite indescriptible.

—Encontré en mi habitación, como obsequio, una botella de “Charanda” y una más de “Licor de Membrillo” —comentó Emiliano.

—Pues yo no estoy dispuesta a dormirme sin probar una copa de cada uno —enfaticó Jennifer, con una mirada pícara, convencida de que se trataba de una noche que le estaba destinada y que sería prolongada.

—Mira que son licores fuertes, y hasta un poco afrodisíacos —advirtió Emiliano, sonriendo.

—¡Guauuu! —exclamó Jennifer—, justo lo que estoy necesitando para dormir tranquila —mientras lo tomaba de la mano y lo jalaba rumbo a las escaleras. Ambos estaban ávidos de emociones románticas.

Mientras Jennifer se deleitaba con la vista del lago desde la terraza de la habitación, Emiliano activó su pequeño dispositivo musical, con un sonido extraordinario, y comenzó a sonar las melodías del ya citado Larry Russell, saxofonista de Indiana que, enamorado

de México, interpretaba en tono de blues doce canciones mexicanas: "*Cuando se quiere de veras*", "*Cuando vuelva a tu lado*", "*Bésame mucho*", "*Solamente una vez*", "*Usted*", "*Estrellita*", "*Inolvidable*", "*Voy a apagar la luz*", "*Amapola*", "*María Elena*", "*Amor, amor, amor*" y "*La mentira*".

Emiliano preparó las copas de Charanda y de licor de membrillo. Su corazón batía a mil por hora obstinadamente. Llevando las bebidas en las manos, se acercó con lentitud y besó con suavidad la nuca de Jennifer, quien se volteó despacio y le ofreció un beso dulce e interminable con labios temblorosos. Finalmente, se separaron.

—Pues escojo las dos: un trago y un trago, a ver qué pasa — dijo Jennifer.

Emiliano depositó las copas en el borde de la terraza e inició una fiesta de besos y caricias tiernas. La mirada de Jennifer se encendió expectante. La tomó suavemente de las manos y la invitó a bailar con esa música de saxofón que exacerbaba la sensibilidad de sus sentidos. Se escuchaba a lo lejos el murmullo de las ramas agitadas por el viento. Al sentir contra sus piernas aquellos incomparables muslos excitados, desafiando claramente a sus instintos, se estremeció y se arrojó de nuevo al encuentro de sus labios, que lo recibieron con una ternura indescriptible y fascinante. Sus lenguas se entrelazaron con suavidad de mil maneras, con intensa y maliciosa intención.

Al rodear Emiliano su talle, sintió su cuerpo integrarse con el suyo y, al oprimirse con mayor firmeza, sus cuerpos se reconocieron y temblaron en una aventura plena de intención conjunta. Las manos de Jennifer estrujaron con furia los cabellos de Emiliano, y las suyas acariciaron con deseo y desesperación su espalda majestuosa y su cuello delicado. Sus labios se fundían con vehemen-
cia y se escaparon más allá de lo que sabían dónde, como si se hubiesen estado buscando por más de algunos siglos. Emiliano, no que-

riendo espantar el hechizo, se envolvió en el perfume de su fragancia. Sintió el mensaje de su mirada con tal intensidad que decidió acercarse más a ella para unificar su aliento con el suyo y navegar a través de sus ojos aún más adentro. El deseo se apoderó por completo del momento. La luz tenue de la luna iluminaba sus hombros magníficos, y sus encantadores senos brillaban de manera tan discreta como, sin duda, provocadora. Él miraba de reojo aquellas formas y ella lo observaba extasiada.

Tratando de interpretar el misterioso lenguaje de aquella mirada candente, Emiliano la levantó en sus brazos, la introdujo en la habitación y la depositó cuidadosamente sobre aquel lecho blanco, con seguridad creado para tal propósito. Procedió a desnudarla muy despacio hasta que su imagen evocó la campesina desnuda que inmortalizó el pincel de Goya. Era una ilusión de encantamiento. Jennifer se estremeció al sentir la admiración de su mirada ardiente posándose en su cuerpo desnudo y sintió el frenesí de las manos de Emiliano siguiendo el rumbo de su mirada, mientras que su mirada siguió la forma de su cuerpo. Su expresión continuó conectada con la búsqueda y sintió la humedad de su espíritu enardecido, envuelto en sensaciones indescriptibles.

Sus labios se desbordaron entonces sobre toda ella, como si estuvieran hambrientos de su piel, sedientos de su deseo, ávidos de sus secretos. Los besos y las caricias intercambiaban paulatinamente protagonismos. Ella cerró los ojos por un instante, mientras Emiliano se despojaba con discreta maestría de su propio atuendo. Sus ojos se posaron entonces en el vientre de Jennifer y escudriñaron con una mirada demandante. Un movimiento suave y simultáneo de sus adorables muslos otorgó el salvoconducto para que él explorara justo en el centro mismo de su sexualidad.

Y sus dedos auscultaron con suavidad por dentro de aquel bosque de silencio, buscando atrevidos e inquietos el origen de su

alma ardiente en exploración de aquellos rincones vulnerables que tiempo atrás le enseñó a descubrir su Nicoletta. Mientras continuaba besándola en aquellos labios ardientes, con la mayor delicadeza de que era capaz, fue acariciando aquel su paraje más sensible, el dispositivo más vulnerable a las caricias.

Aunque comenzaba a borrarse la noción del tiempo, hizo de todo y lo hizo sin prisa alguna, pero sin ninguna pausa, como si hubiese estado poseído por un encantamiento o por un maleficio de corsario. Y siguió, y siguió, y siguió, en tanto que un lamento ensoñador surgió súbitamente de muy adentro de la esencia de Jennifer, cuya sed de lisonja y comprensión no podía aplacarse ni por un instante. Y fue así, con esa primera huida a las comarcas de la entrega y el deseo, que comenzó el sueño de aquella noche inolvidable.

Emiliano recordaría siempre la suavidad con la que en ese momento Jennifer se escondió entre sus brazos, en manifiesta búsqueda de un refugio de ternura. Ese mirar su mirada tan de cerca. Ese acariciar con sus labios su mejilla, sus orejas, sus labios, sus ojos que aún flotaban en el ensueño. Las manos de Emiliano alisaban su cabello con cariño y con cautela. Ella apenas regresaba del espacio sideral. Casi en silencio susurraba su nombre. Su sonrisa era serena y elocuente. Emiliano recordaría siempre esa sensación de paz y de encuentro simple, por fortuna prolongada.

Aunque fue solo una breve interrupción para volver a beber un sorbo del elixir que desata las pasiones. Solo un instante para mirar la luna que asomaba por la ventana para presenciar esa entrega que ofrecían en su honor. Un espacio breve para mirarse con firmeza en señal de consenso para reactivar su pacto de complicidad. Jennifer se giró en una invitación implícita para que Emiliano acariciase esos hombros perfectos, atrevidos y desafiantes, ligeramente inclinados hacia adelante; para que deslizada sus labios por el sendero voluptuoso de su mística columna vertebral, escribiendo

con su lengua enamorada cuentos de amor en la hendidura exacta y la profundidad precisa de esa espada suya, erguida, altanera y absolutamente femenina, hasta que el placentero recorrido se detuvo ante el irrefrenable impulso de acariciar con la mayor suavidad una de las más grandes maravillas de su cuerpo: sus prodigiosas y seductoras caderas.

Y la danza de caricias se estacionó en tan tersa y succulenta manifestación de la belleza en un estado sublime de sensual hipnosis, apenas interrumpido por el sonido encantador de las expresiones entrecortadas de placer creciente de Jennifer. Mientras los labios de Emiliano mordían con desenfreno aquellas caderas de fantasía, sus manos resbalaban por aquellas piernas firmes y deliciosamente torneadas. Sus muslos cautivos temblaban sorprendidos ante aquel contacto ardiente y se incendiaban de pasión al sentir aquellos besos atrevidos. Y por fin, sus maravillosas corvas con ese hoyuelo sensual pleno de coquetería. Los labios de Emiliano no resistieron el deseo incontenible de tan succulenta aparición y se sumergieron en la magia del encuentro, mientras sus manos inquietas ascendían y descendían en una orgía de caricias desde el inicio secreto de sus piernas hasta los dedos inquietos de sus pies delicados.

Las notas de la música, y la llama de los cirios, y el aroma del perfume, y la magia de la noche, y los demonios de la pasión, todos ellos cómplices de aquella exploración implacable, que hacía brotar de los labios de Jennifer la expresión sonora de su sexualidad agitada y de su aroma dulce. La atmósfera se había impregnado de toda ella y tenían el olor del paraíso. Y ella se giró bruscamente, impulsada en una búsqueda ansiosa de más besos.

Sus labios volvieron a fundirse con desesperación, en tanto que las manos de Emiliano, aún enloquecidas, continuaban su recorrido frenético, disfrutando la tersura de aquel cuerpo único. Ella se volcó con mayor vehemencia y sin el menor recato, y se escapó con

él en un torbellino de ilusión y de pasión. Los labios encendidos de Emiliano quisieron competir con sus manos en la exploración sensual de todos de su princesa. Matizó de besos dulces aquel cuello esbelto, cuya exacta longitud permitía fundir el sentido de la majestad con la más natural y exclusiva elegancia, y fue deslizando sus labios excitados por el pecho agitado de Jennifer hasta perderse en el manjar excelso de sus senos provocadores.

Y se quedó entonces suspendido en el néctar hipnotizante de ese banquete inigualable, acompañado del movimiento voluptuoso del cuerpo de ella que danzaba al compás de su respiración agitada y placentera. Y más, y más, y más. Era imposible e indeseable desprenderse y Emiliano continuó su festín con el talle arrogante y exquisito de Jennifer, que parecía haber sido esculpido tan solo para resaltar la sensualidad de sus senos delicados y elocuentes. En su ansiedad por sentirla toda suya, continuó deslizándose hasta llegar enloquecido a donde solo ella lo supo y lo sintió, pues Emiliano había perdido ya la noción de la prudencia, del tiempo y del espacio, embriagado del sabor a Jennifer.

Pero era claro que debió haber sido hasta el escondite mismos de su esencia, pues su mirada iniciaba nuevamente el vuelo de su alma hacia el infinito, entre destellos de luces pirotécnicas y la explosión de sonidos embriagadores que emitía desde el corazón mismo de su sexualidad desbordada. Su cuerpo danzaba poseído por la magia del momento cuando Emiliano descendió a su huerto secreto y probó de sus frutos furtivos, escudriñando con su lengua los puntos sensibles que le recomendó su institutriz italiana, regocijándose en el más succulento manjar, solo digno del paladar de los dioses.

»¡Divino! ¡Divino! ¡Divino! —gritó Jennifer sin la menor reticencia, con un quejido magnífico, cuyo eco salió por la terraza como un cometa despavorido que fue a estrellarse en el centro mismo del lago

de los cisnes. Fue un segundo encuentro desbordante con la incondicional entrega. Todo estaba inmerso en una atmósfera de intimidad profunda, como si el mundo exterior hubiera desaparecido, dejando solo un remanso de calma y pasión flotando entre ellos.

no fue necesario hacer pausa alguna; Emiliano se lanzó resuelto al abordaje final de su navío, como un pirata enamorado. Ella bajó las velas para propiciar el encuentro. Se arrojaron uno sobre el otro y jugaron a todos los juegos de amor que se hayan conocido e inventaron otros tantos nunca sabidos. El paroxismo de ambos iba en aumento. Emiliano se acercó una vez más a la puerta principal del templo sagrado de Jennifer, al umbral mismo del conjuro, y apenas se escuchó a lo lejos un canto de fanfarrias y una canción de juglares divulgando sus amores.

Él decidió penetrar con audacia en el alcázar de su cuerpo hasta sentirse muy adentro de ella, muy cerca del recinto de su alma, en lo más recóndito de su ser. Y Jennifer disfrutó inmensamente. Así lo corroboró su mirada, así lo evidenció su sonrisa extraviada, así lo hicieron saber sus expresiones gitanas. Ella se aferraba a Emiliano con frenesí y él se anclaba a ella con fanatismo. En ese momento, nada, ni siquiera lo inimaginable, hubiera podido separarlos. Se fundieron, se convirtieron en uno solo. Y él entraba para invadir sus fantasías y salía para mirar sus ojos encendidos. Y ella entraba y salía una y otra vez. Sus cuerpos danzaron en una sincronía insólita, con una precisión perfecta. Ambos no sabían que dos seres podían sentir tal estampida de placer de una manera tan coordinada y simultánea. El menor embate de Emiliano provocaba el mayor delirio de Jennifer, que pensó que era así como lo había imaginado siempre. Todo era euforia, entrega, deleite, romance; todo era un sí y un porqué no.

La languidez de su mirada enigmática advirtió que de nuevo un suceso especial estaba por acontecer. Era el preámbulo deseado de una absoluta entrega anunciada. Jennifer arrebató la iniciativa y

montó sobre Emiliano, y la explosión de su electrizante entrega fue tan prodigiosa que los propios dioses se cimbraron, y la noche se oscureció de pronto muy profundo y la luna se ruborizó agitada. Su pasión bailaba instintivamente al ritmo de su locura. El cuerpo de Jennifer era de Emiliano y quería serlo. Ella cabalgó sobre él en las praderas de la euforia. Sus uñas se aferraban al pecho de Emiliano para no escaparse a otra dimensión. Se estremeció con una intensidad insólita. Y gozaba, gozaba intensamente; con seguridad, como nunca antes. Su alma había tomado el control y enseñaba la dimensión que puede adquirir la entrega cuando es absoluta y del grado de placer que puede alcanzarse si no es el placer, sino la entrega total lo que se busca. Emiliano la acompañó en su vuelo rumbo al paraíso.

Viajaron abrazados por encima de la Vía Láctea, más allá de las estrellas, más allá de las fronteras de la cordura. Y después, solo ella y él, y nada más. Permanecieron abrazados sin moverse hasta que se despidió la luna y el sol tímido se asomaba y se escondía por intervalos. Jennifer comenzó a vagabundear por sus pensamientos, disfrutando algo fantástico y novelesco que ningún sueño jamás podría igualar, mientras Emiliano pensaba que nunca había sentido de tal manera la inmensidad del silencio

.

Capítulo 22

San Lorenzo y la madre de Emiliano

Después de permanecer tres días y dos noches, no en Pátzcuaro, sino en la habitación de la hacienda Ucazanaztacua, que se convirtió en su morada durante esos días y, sobre todo, por esas noches, decidieron pasar los siguientes cuatro días en la pequeña y acogedora finca de su tierra, San Lorenzo, que Emiliano y sus hermanos habían construido para su madre, donde ella vivía feliz con su hija Martina, su hermana, la tía Gumersinda, y su propio hermano, el tío Melquiades. Doña Valentina nunca quiso abandonar su pueblo y mucho menos trasladarse a Estados Unidos, si bien visitó a sus hijos en dos ocasiones, para estar tranquila al cerciorarse de que vivían bien y estaban contentos.

Llegaron un jueves, que se convirtió en día de fiesta. La madre de Emiliano lo apretó muy fuerte en un abrazo que no terminaba nunca y lo empapó de lágrimas de felicidad.

—¡Malvado! —le reprochó—. Ya van más de seis meses que no te veo.

La madre de Emiliano era una hermosa mujer de origen purépecha, especialmente inteligente y amorosa, que pagó con creces la decisión de su padre de casarla con Fulgencio Márquez, el hombre más guapo, mentiroso, simpático, desobligado y borrachín de San Lorenzo. Un hombre bueno cuando estaba sobrio, lo lamentable era que eso ocurría muy rara vez. Cómo sucede en México con

frecuencia, ella fue la madre y el verdadero padre de sus siete hijos. Valentina era la que se ocupaba de todo lo fundamental para que la familia sobreviviera. Resistía todo, hasta el hambre y los golpes de Fulgencio, con tal de cumplir estoicamente la misión que la costumbre y tradición, construida por los hombres, le había asignado. Ella amaba a su marido, a pesar de todo e hizo prevalecer el amor, el perdón, el honor y la amistad como cimientos de su familia.

Con una muy agraciada sonrisa, doña Valentina extendió dos besos muy afectuosos a Jennifer, como si fuera la nuera con la que había soñado toda su vida. Al menos, así se lo dijo y así se lo hizo sentir.

Igual recibimiento recibieron de los tíos y de las mujeres y hombres que trabajaban en la hacienda, entre los que figuraban dos migrantes salvadoreños. Curioso el fenómeno de que el dinero que enviaban a su casa dos migrantes mexicanos en Estados Unidos servía para cubrir salarios dignos a dos migrantes salvadoreños en Michoacán, México.

Ya les tenían preparada y rebosada de hermosas flores la habitación de Emiliano, donde Jennifer pudo conocer en fotografías muy simpáticas a los hermanos Lucas y Atanasio, que vivían en El Paso, Texas, al célebre padre inglés “Don Juancho” y a la bella Nicoletta, la inolvidable maestra de italiano.

—Hermosa tu maestra, espero que lo único que te enseñaba era el italiano —le dijo con picardía Jennifer.

A Emiliano se le atragantó el trozo de chicharrón que comía y solo pudo decir tartamudeando:

—Qué bárbara, qué cosas se te ocurren, Jennifer.

Fue en la sala donde, a través de fotografías en color sepia, conoció a las otras dos hermanas de Emiliano: Daniela y Regina. El mobiliario de toda la casa convertía la finca en un verdadero museo

de artesanía purépecha. Se respiraba un aroma de hogar en todos los rincones.

No sólo el primer día, sin los cuatro que permanecieron en la pequeña hacienda, disfrutaron de un verdadero banquete. Doña Valentina era una extraordinaria cocinera y disfrutaba de lo lindo al agasajar a los que ella quería. Durante las comidas conversaban todos de una manera tan cordial y cariñosa que Jennifer estaba impresionada. Fue allí donde aprendió que las comidas y las cenas tenían un significado bien diferente en las dos culturas. En su país, el charlar siempre era breve y era un mero acompañante del comer, en tanto que en México el charlar, siempre extenso, era el evento principal, en tanto que el comer, aún delicioso, era siempre un mero complemento.

El tío Melquiades les conto un chiste durante la comida:

—Se trata de dos compadres, uno muy parlanchín y otro muy callado, que disfrutaban sus copas en una cantina y el primero le dijo al otro:

—*“Compadre, le voy a hacer una confidencia. Fíjese que su Comadre y yo nunca hicimos el amor antes de casarnos. Hasta que no contamos con la conformidad absoluta de sus padres y la sagrada bendición del cura, en nuestra boda, yo no la toqué ni con el pétalo de una rosa. Nunca hice el amor con su comadre sino hasta después de casarnos.* —El compadre parlanchín miró a su compadre, con una sonrisa de orgullo y legítima satisfacción, y le preguntó:

—*¿Y usted Comadre?*

Y el compadre callado se rascó la cabeza y respondió:

—*Pues yo sí, Compadre, pero le juro que yo no sabía que iba a ser su mujer.*

Jennifer lanzó una explosiva carcajada escupiendo el bocado en la chamarra de Emiliano y, por más que trataba y a pesar de la pena que sentía, no podía interrumpir sus risotadas que se le

desbordaban una y otra vez.

Después de la gran *comilonga*, Doña Valentina y la hermana Martina llevaron a Jennifer a conocer la finca y los animales que, por cierto, todos tenían un nombre simpático, incluyendo a cada una de las varias gallinas y de los tres guajolotes. Todas las tardes había un momento para que Emiliano y su madre se sentaran a conversar, intercambiando recuerdos y opiniones sobre los más diversos temas; verdaderas tertulias salpicadas siempre de sonrisas y carcajadas. Era evidente que le creía porque la quería y que la quería porque le creía.

Jennifer caminó de la mano de Emiliano por las veredas de su infancia, era mañana de domingo, recorrieron el pueblo y la plaza principal, y sobre todo el mercado, donde lo conocían todos y los saludaban afectuosamente. También pudieron visitar la escuela primaria donde estudió Emiliano. Después la asió con suavidad del brazo y entraron a la Iglesia, para luego encontrarse, en la parte trasera, con el jardín biológico que construyeron él y el Padre Juancho, a quien le hicieron una visita en el camposanto. Todo aquello no era más que una comarca de esperanzas, sino un bosque de recuerdos.

Una tarde apacible, doña Valentina y Jennifer se sentaron a conversar en la terraza y se tomaron unos mezcales, mientras San Lorenzo se desdibujaba bajo la niebla. Hablaron sobre lo que fuera. Jennifer le contó lo que le gustaba jugar cuando era niña, y doña Valentina le narró los juegos infantiles que encantaban a Emiliano.

—“El liberador de los pájaros”, le decían de niño en el pueblo, porque tenía la manía de abrir la puerta de todas las jaulas por las que pasaba cerca. La gente le explicaba que los tenían porque les encantaba el canto de los pájaros y Emiliano insistía en que no era canto, sino que estaban llorando...

—“*Lo que pasa es que ustedes no entienden el idioma de las aves o no las escuchan bien*”, —les decía. Un día le abrió por la

noche las siete jaulas que tenía una vecina y se le escaparon más de 60 pájaros, que eran su tesoro. Vino a reclamar furiosa y Emiliano le dijo que no había sido él, sino los ángeles que estaban hartos de que los tuviera prisioneros.

—"Seguramente fue una orden de Dios", —agregó. La señora se espantó y se fue corriendo.

Ambas se carcajeaban cuando se aproximó Emiliano con cautela y un ramo de magnolias en la mano y preguntó:

—¿Pos ustedes qué se traen? —y más se rieron las dos. Emiliano vio la botella y dijo:

—Deben haber sido los mezcales —y una vez más se volvieron a carcajear las dos. Emiliano se retiró desconcertado, rascándose la cabeza en la búsqueda de un florero.

Esa tarde se llenó de risas y recuerdos compartidos, una conexión entre generaciones que hacía sentir a Jennifer que estaba descubriendo no solo la historia de Emiliano, sino también una parte íntima de su propia vida, la que la unía a la familia que ahora empezaba a conocer. Las historias de amor, de juegos, y de locuras infantiles tejían un lazo invisible que unía a esos seres queridos en la calidez de esa terraza, donde el aroma de las magnolias y el sabor del mezcal generaban un ambiente cálido y acogedor.

Las risas resonaban en el aire, mientras el sol comenzaba a descender, tiñendo el cielo de tonos dorados y anaranjados, y doña Valentina le compartía a Jennifer más recuerdos que parecían cobrar vida bajo el manto resplandeciente de la tarde. La conexión se hacía más fuerte, y en ese rincón del mundo donde el tiempo parecía detenerse, el presente se hacía eco de memorias y sueños, creando un momento inolvidable que perduraría en sus corazones.

Capítulo 23

Las vivencias de Guanajuato

Al día del Grito le dio por amanecer esplendoroso. Partieron muy temprano de San Lorenzo rumbo a Guanajuato. El Presidente de la Federación de Guanajuatenses del Sur de California había organizado para la mañana del 15 de septiembre un encuentro con estudiantes y egresados de la Universidad Autónoma de Guanajuato y de la Universidad Tecnológica de Guanajuato, con el fin de proponerles la activación del primer Proyecto IDEQ en el estado. La reunión se inició a las 11 de la mañana, con la participación de más de 120 universitarios.

Emiliano explicó con detalle el funcionamiento del Complejo Productivo Binacional, que se les invitaba a formar con un grupo de productoras artesanas de textiles, talabartería, madera tallada, talavera y cartonería de las comunidades cercanas a la capital del Estado. También participarían jóvenes binacionales de origen guanajuatense, radicados en el sur de California. La exposición despertó una entusiasta disposición por parte de los directivos de ambas universidades y las autoridades del Municipio, pero sobre todo entre los jóvenes universitarios asistentes, quienes mostraron especial interés en el funcionamiento de la sociedad cooperativa de gestión empresarial que habrían de formar.

—Se organizarían en cinco divisiones —precisó Emiliano—. una división de vinculación institucional, encargada de realizar gestiones para obtener respaldo al proyecto ante dependencias e insti-

tuciones públicas y privadas, fundaciones, agencias internacionales de cooperación para el desarrollo y organizaciones de mexicanos en el exterior; una división de competitividad productiva que se haría cargo de gestionar y coordinar el respaldo de capacitación, asistencia técnica y soporte tecnológico, y negociar con proveedores de insumos un tratamiento preferencial en los términos y condiciones; una división de promoción comercial que identifica los nichos de mercado prioritarios y diseña e implementa las respectivas estrategias de comercialización, tanto en México como en el exterior. Es claro que esta división es la responsable de concretar y formalizar la venta de los productos; una cuarta división de administración y finanzas que gestionará y administrará los recursos materiales y financieros de las dos sociedades cooperativas y del fondos de respaldo y fortalecimiento institucional, cumpliendo además con las obligaciones legales y fiscales; y finalmente, una división de diseño, que justo diseña la identidad de imagen gráfica del proyecto y los talleres productivos, colaborando en forma directa con las artesanas en el diseño de los productos para integrar la nueva oferta productiva.

Se acordó que al inicio recibirían una asesoría técnica en línea del propio Emiliano para definir los planes de trabajo específicos de cada división. La atmósfera durante la reunión era de entusiasmo y colaboración, y quedó de manifiesto que la conexión entre los jóvenes y el proyecto se fortalecía a medida que avanzaba la presentación.

Todos aplaudieron con entusiasmo la iniciativa, pero de los más de 120 universitarios asistentes, solo 38 mujeres y 28 hombres confirmaron su registro para participar en el proyecto. Concluyó el evento, se despidieron y se dirigieron al auto rumbo a la hacienda de San Marcos, propiedad del compadre de don Augusto, el Presidente de la Federación de Guanajuatenses del Sur de California, donde él

mismo había insistido en alojarlos. Jennifer se veía entusiasta, pero también desconcertada.

—La verdad es que no me explico, Emiliano. —alertó Jennifer— Todos los universitarios se veían auténticamente entusiasmados, pero solo aceptaron registrarse 66. No entiendo, ¿qué pasó?

—Los jóvenes universitarios recibieron una verdadera sacudida con la propuesta, Jennifer. En Guanajuato radica la sociedad más conservadora de la República. Ellos han sido y continúan siendo formados por sus padres y el sistema educativo, como empleados, pero jamás como emprendedores; como espectadores, pero nunca como actores. Yo también me percaté de que los invadía una mezcla de entusiasmo desmedido y de temor amenazante. Ni siquiera han averiguado si en su interior gravita un espíritu emprendedor. Ellos han sido entrenados para obedecer, pero no para tomar decisiones, y mucho menos de las que dependerá su propio destino.

—Tengo la impresión de que la mayoría sospecha que sus padres, quienes han decidido todo sobre su vida y lo continúan haciendo, no recibirían con beneplácito la idea de que, en lugar de buscar integrarse a una empresa grande o al gobierno, en cualquiera de sus instancias, ellos prefirieran formar su propia empresa, donde también ellos mismos, y de manera autónoma, tomarían todas las decisiones importantes.

—¡En esta casa mando yo!; ¡aquí se hace lo que yo diga! — es lo que han escuchado durante toda su vida. Lo que ellos debían hacer era tan solo obedecer sumisamente. Esa era la consigna. Es muy probable que en los casos en que se atrevieron a tomar una iniciativa, fueron en su oportunidad reprendidos o incluso sancionados severamente cuando trataron de emprender el vuelo. Este ha sido el mandato y la ley durante toda su infancia y adolescencia, y para la mayor parte, esa normatividad autoritaria continúa vigente. Pienso que algunos incluso fueron presa del terror, en tanto que

otros, los menos, vislumbraron una alternativa de emancipación, un grito de libertad y de independencia, justo en un 15 de septiembre.

—Es un desafío que enfrentamos —continuó Emiliano—, pero creo que el mero hecho de que continuarán hablando y discutiendo de este proyecto ya es un avance. El camino hacia la emancipación y la autogestión no es fácil, pero cada pequeño paso cuenta.

En ese momento, Jennifer se sintió inspirada. La conversación con Emiliano no solo había aclarado sus dudas, sino que también había encendido una chispa de esperanza en su interior. La lucha por desafiar las normas y buscar un futuro diferente era un camino que valía la pena recorrer, y sabía que, con Emiliano a su lado, estaban dispuestos a enfrentar los desafíos que se presentarían en el camino.

—Esto contrasta con la situación que prevalece en Estados Unidos, —afirmó Jennifer.

—Así es, —comentó Emiliano—. Quizás porque, como lo he destacado en otras pláticas, los norteamericanos tienen 400 años emprendiendo y los mexicanos, si se incluye a los aztecas como dominadores, llevan 700 años obedeciendo. A mí no me sorprende, pero estoy cierto de que una vez que vean que los 66 que se han registrado se sienten realizados y se ven activos, satisfechos e independientes, muchos de los que hoy no se atrevieron, se irán integrando de manera gradual.

—Lo que pasa también —añadió Jennifer— es que en mi país todos están enloquecidos por ganar más dinero; desde que nacen están buscando hacer negocios.

Jennifer estaba, una vez más, impresionada, esta vez por los túneles de Guanajuato, y en general por toda la ciudad que se le hacía llena de magia, de romanticismo y de encantamiento. Así que, antes de ir a la hacienda en que habrían de alojarse, decidieron recorrer el centro, ahora engalanado para la fiesta, con todo tipo de

motivos patrios: matracas, banderitas, rehiletes, globos. Recorrieron los laberintos coloniales y algunas calles subterráneas, desembocando en el callejón del beso. Prefirieron no desafiar a la leyenda, así que se besaron más de una vez en aquel refugio. Finalmente, decidieron ir a la hacienda a prepararse para la noche del grito de independencia.

Emiliano se quedó estupefacto cuando miró a Jennifer descender por la escalera, enfundada en un traje de charra color vino, con botonadura de plata y un elegante sombrero beige, con bordados discretos en blanco. Era como una aparición. Estaba bellísima. ¿Cuándo y dónde se había comprado ese atuendo? Era todo un misterio para Emiliano.

A las ocho en punto, tal como lo indicaba la invitación, hicieron entrada triunfal al Palacio de Gobierno. Emiliano, con traje oscuro, camisa blanca y una corbata de moño tricolor; y de su brazo, Jennifer, con paso firme y actitud altiva, sintiéndose la reina de la fiesta, mientras paseaba la mirada a su alrededor. Sentía que casi todos la miraban, por no decir todos. Los recibió el Gobernador, cuya esposa les regaló una sonrisa amable, diciéndole a Jennifer:

—Estás hermosa.

Los sentaron en una de las mesas especiales, junto a don Rafael Hurtado, Presidente de la Federación de Guanajuatenses del Sur de California, y su esposa, el alcalde de Guanajuato y su cónyuge, además de la madre y una tía del Gobernador, todas ellas con vestidos típicos mexicanos. Esto hizo sentir particularmente cómoda a Jennifer, quien recibió halagos y elogios de todas sus compañeras de mesa. La sencillez y la alegría de todos propiciaron una charla muy amena y agradable, que duró toda la cena.

Emiliano y Jennifer aceptaron iniciar con una copa de tequila, atendiendo la exhortación que la madre del Gobernador, que parecía llevar la voz cantante, les hiciera a todos:

—*No se me hagan de la boca chiquita, que hoy es un día muy importante para todos los mexicanos... y para sus amigos*, añadió, dirigiéndose con una sonrisa sincera a Jennifer, a quien tomó de la mano, aunque la retiró casi de inmediato para aplaudir el arribo del Mariachi Vargas de Tecalitlán, quizás el mejor de México, interpretando el “Son de la Negra”.

A las nueve en punto comenzó a servirse la cena. Afortunadamente, colocaron platones en el centro con comida típica de la región, lo que permitió a Jennifer probar casi de todo, desde las enchiladas mineras y las gorditas de Atotonilco, pasando por y las carnitas de Dolores, las pencas rellenas, los tamales de piedra, y hasta las pacholas guanajuatenses. Todo estaba exquisito. La madre del Gobernador, Doña Atanasia, se portó como una perfecta anfitriona con Jennifer, sobre todo después de que, respondiendo a una pregunta, ella dijo. » *Guanajuato no sólo es una de las más bellas ciudades del mundo, Guanajuato es un poema*«.

—Ese es el mejor elogio que he escuchado sobre mi tierra en muchos años, —reconoció Doña Atanasia y propuso brindar por ello.

A las 10:45, también en punto, les informaron que el Gobernador daría el Grito, así que se dirigieron a uno de los balcones del Palacio de Gobierno destinados a los invitados especiales, entre los que, por fortuna, ellos formaban parte. Pero justo antes de abandonar el salón, pudieron presenciar aquel momento solemne en que cadetes del Bachillerato Bivalente Militarizado de Guanajuato entregaban en custodia la bandera de México al Gobernador.

Al entrar al balcón asignado, Jennifer se sintió profundamente impactada con aquel espectáculo inesperado que daba comienzo a la tan mentada Ceremonia del Grito para el pueblo de Guanajuato. La aclamación de una multitud de guanajuatenses en la plaza, rodeada de edificios coloniales iluminados, agitando banderas mexicanas y sombreros al ver salir al balcón al Gobernador, con bandera

en mano, la cimbró. Y así llegó el momento quizás más emocionante de su visita a México, cuando el Gobernador lanzó aquel grito inolvidable para ella:

“Mexicanos: ¡Vivan los héroes que nos dieron Patria! ¡Viva Hidalgo! ¡Viva Morelos! ¡Viva Josefa Ortiz de Domínguez! ¡Viva Allende! ¡Viva Aldama! ¡Viva la Independencia Nacional! ¡Viva la libertad! ¡Viva México! ¡Viva México! ¡Viva México!”

Aquello era impresionante, sobre todo la respuesta de “Viva” repetida ante cada exhortación por la garganta desbocada de más de 120,000 guanajuatenses. Mientras el Gobernador tocaba la campana y ondeaba la bandera, Jennifer brincaba emocionada y se abrazó a Emiliano, diciéndole al oído:

—Me tienes que contar de cada uno de esos cinco héroes que mencionó el gobernador en el Grito.

—Claro, claro —respondió él tratando de calmarla.

Asombrada como una niña ante los fuegos pirotécnicos, escuchó con la mayor solemnidad y respeto el himno nacional mexicano que entonaba la muchedumbre entusiasmada.

Regresaban a sus mesas en el salón cuando, con el corazón todavía agitado, Jennifer se topó con una nueva sorpresa agradable.

—¡Qué lindo! —manifestó al sentarse y notar que, con magistral discreción, habían colocado un estrado, no solo para el Mariachi, sino también para la artista estrella de esa noche, nada menos que Rosy Arango, quizás la mejor intérprete de música ranchera mexicana en esa época. Su repertorio resultó verdaderamente impresionante, pero más sorprendente fue para Jennifer darse cuenta de que la totalidad de los asistentes conocían y cantaban cada una de las más de sesenta canciones que, increíblemente, cantó Rosy Arango esa noche que se prolongó hasta las cinco de la mañana.

Y en la primera andanada Rosy Arango se dejó venir con *Golondrina presumida, En el último trago, Cielito lindo, Amarga navidad,*

Ella, No me amences, El cascabel, Qué bonito es Chihuahua, La bala perdida, La llorona, Tequila con limón, Un mundo raro, el Mariachi, Serenata huasteca, Tú y las nubes, Qué bonito amor, Mi nombre es México y La vida no vale nada. Destacaba que todos los asistentes cantaban cada vez con mayor emoción las canciones que extraordinariamente interpretó doña Rosy Arango, quien sólo salió un momento para cambiarse de vestimenta y regresar para cantar y dirigir: *Pa' todo el año, Los laureles, El hijo del pueblo, Corrido del Norte, Sonora querida, La cigarra, Deja que salga la luna, La que se fue, Yo, Por los caminos del sur, Que te vaya bonito, La feria de las flores, La bruja, El abandonado, Mi retirada, María chuhena, Qué bonita es mi tierra, La feria de San Marcos, Alma de acero, Me voy a largar de aquí y Guadalajara.* No cabía duda de que reinaba una atmósfera exquisita, aunque excitante. Se retiró Rosy Arango una vez más y regreso con un vestido mexicano aún más hermoso, acompañado de un elegante rebozo de Santa María del Río. En esta tercera aparición interpretó: *el Corrido de Monterrey, Fallaste corazón, Siete Leguas, De los pies hasta la frente, Qué suerte la mía, Caminos de Michoacán, Hace un año, El rey, Los Laureles, No volveré, Cuando vivas conmigo, Amanecí en tus brazos, Juan Colorado, Cariño nuevo, La cama de piedra, Vámonos, Nuestro gran amor, Grítenme piedras del campo, Cucurrucucú Paloma y culminó con México Lindo y Querido.* Todos cantaban como enloquecidos.

La energía en el salón era contagiosa. Las risas y los aplausos se entrelazaban con las notas de las canciones rancheras, creando un ambiente que era a la vez festivo y nostálgico. Jennifer, perdida en el momento, siguió el ritmo de la música, disfrutando de la compañía de Emiliano y los demás invitados. Cada canción era una historia contada a través de la música, y en ese instante, ella se sentía verdaderamente parte de algo más grande: una celebración de historia, cultura y comunidad.

La noche se convirtió en una experiencia inolvidable para Jennifer, un viaje a través de la identidad mexicana que la conectó con los corazones de aquellos que la rodeaban. Así, entre canciones y recuerdos compartidos, comenzó a comprender y valorar aún más la rica herencia que se entrelazaba con la vida de Emiliano y la pasión que él sentía por su tierra y su gente.

Jennifer, plena de regocijo, y Emiliano, particularmente satisfecho, se despidieron de todos los acompañantes de la mesa con besos, abrazos y promesas de regresar lo antes posible para disfrutar con calma de los numerosos atractivos de Guanajuato.

Ya en el auto, Jennifer se desparramó y comentó extasiada sus principales impresiones de aquella experiencia inolvidable.

—Todo ha sido impresionante y prodigioso, Emiliano. Nunca imaginé que México fuera tan mágico como es. Es un sentido patriótico mucho más intenso que el nuestro. Cuando un norteamericano dice: “en todo el mundo”, en realidad se refiere a “en todo Estados Unidos”; no tiene la menor idea de que existen otros países, con atributos mejores que los nuestros. Yo me estaba volviendo una de esas. ¡Qué impresionante ver y escuchar a tanta gente feliz gritando, como una sola persona, “¡Viva!” en respuesta a un “*Viva los héroes que nos dieron patria y libertad*”, a un “*Viva México*”, a tres “*Vivas a México*”!

—Y luego las canciones que cantó esa deslumbrante mujer de personalidad cautivadora; no hubo una sola que no cantaran todos los presentes. Conocían perfectamente la letra y la tonada de todas ellas, incluso las canciones de otros estados del país. Eso, por supuesto, no sucede en Estados Unidos, pero creo que en ningún otro país tampoco. No me puedo siquiera imaginar escuchar a 200 tejanos en un 4 de julio cantar las canciones típicas de Wisconsin o de Illinois. Y, además, las personas que nos acompañaron en la mesa eran encantadoras, de una sencillez admirable, siempre amables.

Parecía que nos conocíamos de muchos años. La madre del Gobernador, ¡qué mujer más hermosa, sensible e ingeniosa! Toda una gran señora.

—Me alegro mucho de que te haya gustado todo —destacó Emiliano.

—¿Gustado? —replicó Jennifer—. No, Emiliano, fue mucho más que eso. Me ha impactado, me ha sacudido, me ha cambiado. Nunca antes había vivido una experiencia de semejante intensidad. ¡Qué linda es tu tierra! En mi próxima reencarnación, yo quiero ser mexicana.

La mañana siguiente, durante el trayecto en automóvil que les llevó dos horas y media para trasladarse de la capital de Guanajuato a la capital de San Luis Potosí, Jennifer, con una experiencia que suscitaba deseos de cantar, estuvo activando en Spotify algunas de las canciones más lindas que había escuchado cantar la noche anterior por Rosy Arango y localizando en Internet la letra correspondiente.

—La Llorona me parece una canción magnífica; la música es muy bella y no se diga la letra —comentó Jennifer, mientras acompañaba a Rosy Arango— *“El que no sabe de amores, llorona, no sabe lo que es martirio...” “Ay de mí, llorona, llorona, llorona, llévame al río. Tápame con tu rebozo, llorona, porque me muero de frío.”* ¡Qué bárbaro! Algo así solo lo puede decir un mexicano. Un mexicano sinvergüenza pero divertido —agregó en medio de una carcajada.

Y así continuó la travesía acompañada de la voz de Jennifer: *“Cuando estoy entre tus brazos, siempre me pregunto yo: ¿Cuánto me debía el destino que contigo me pagó? ... Por eso es que ya mi vida toda te la entrego a ti, tú que me diste en un beso lo que nunca te pedí.”* —y apretó su rostro contra el brazo de Emiliano.

—Esta otra canción fue escrita para nosotros: “Que no somos iguales, dice la gente. Que tu vida y mi vida se van a perder. Que yo

soy un canalla y que tú eres decente...” Bueno, la canción me la deberías cantar tú a mí, porque tú eres el canalla y yo soy la decente... y soltó una carcajada... *“Que dos seres distintos no se pueden querer. Pero yo ya te quise y no te olvido. Y morir en tus brazos es mi ilusión. Yo no entiendo de esas cosas de las clases sociales. Solo sé que me quieres y que te quiero yo. Vámonos donde nadie nos juzgue, donde nadie nos diga qué hacemos mal. Vámonos, alejados del mundo, donde no haya justicia, ni leyes, ni nada, nomás nuestro amor...”* —¡Ay, ay, ay! —gritó Jennifer emocionada y agregó—: ¡Ya vámonos, Emiliano!

Y así, cantando o sonriendo, celebraron su alegría durante todo el viaje.

—Me voy a aprender todas las canciones que cantó esa mujer, y muchas más. Debo anticiparte que tengo identificadas también algunas para cuando te portes mal, y te las voy a cantar si no me tratas bonito. ¡Ja, ja, ja!

Y ya para llegar a la capital de San Luis Potosí se cantaron la última: *“Me agarraste con tus manos y de plano me rendí. Me dejé querer todita, sin respeto y despacito, pa' sentir más el amor. Me miré en tus lindos ojos. Me prendí en tus labios rojos y dejé que me quisieras y me hicieras a tu antojo. Desde afuera nos miraba una luna avergonzada, que de envidia se moría al mirar lo que te daba. Te marchaste en silencio antes que yo despertara, pero el recuerdo que me dejas, ese no lo borra nada...”*

Y al entrar a la ciudad, Jennifer abrió la ventanilla y se estremeció una vez más.

—¡Guau! Otra ciudad hermosa, es increíble. Esa arquitectura te hace volar en la historia hacia otras épocas, y, sin embargo, todo se respira tan vigente.

Capítulo 24

Las Ánimas de Aquismón

En la reunión de San Diego con presidentes de federaciones, don Filiberto Hernández, titular de la Federación de Oriundos de San Luis Potosí, le pidió encarecidamente a Emiliano que, en su próxima visita a Michoacán, hiciera una escala en la capital de su estado, donde pretendía organizar un encuentro con jóvenes estudiantes y egresados de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí.

—Su explicación de la metodología seguramente será decisiva para persuadir a los muchachos de participar en la formación del primer complejo productivo binacional en la entidad —destacó don Filiberto—. Estoy seguro de que aceptarán con gusto acompañarlo a presentar el proyecto a la primera comunidad de productoras. Hemos pensado que podría activarse el proyecto piloto inicial en el municipio indígena de Aquismón, en la Huasteca potosina, particularmente en la comunidad de *Las Ánimas*. Es una localidad muy pobre que vive del cultivo del guayabo y que ha sufrido severas heladas durante tres años consecutivos. La mayoría de los hombres han emigrado en busca de empleo, y las mujeres que han permanecido realizan trabajos textiles muy finos.

Emiliano aceptó entusiasta.

Las instalaciones principales de la universidad se localizaban en un edificio colonial excepcionalmente bien conservado. La construcción del inmueble se remontaba al siglo XVII y, en un inicio, albergó al Colegio Jesuita, que operó como tal de 1624 a 1767.

Al enterarse, Jennifer comentó con un contraste histórico:

— En ese entonces, un grupo de emigrantes holandeses compró a los indígenas locales la isla de Manhattan por 25 dólares para fundar la colonia de Nueva Ámsterdam, que 40 años después, al rendirse a los ingleses, se convirtió en Nueva York. Un gran retraso comparado con lo que ya era San Luis Potosí en esos años.

Los estudiantes y egresados universitarios de San Luis Potosí se mostraron particularmente interesados en la propuesta que les hizo Emiliano, y casi la totalidad de los asistentes decidió registrarse para participar en el proyecto. Les pareció un atractivo desafío organizar con sus paisanos en Estados Unidos la gran fiesta del rebozo, conscientes de la extraordinaria oferta de Santa María del Río, donde se elaboraban quizás los rebozos más elegantes del país.

Los propios universitarios presionaron incluso al secretario de desarrollo económico, presente en el evento, y lo comprometieron para que el Gobierno Estatal hiciera una aportación significativa y despolitizada que ayudaría a cubrir los gastos iniciales del proyecto, acelerando el proceso de los dos o tres iniciales y permitiendo disponer muy pronto de los antecedentes que impulsarían los subsiguientes en toda la entidad. Esos recursos serían administrados por los universitarios que formaran la Sociedad Cooperativa de Gestión Empresarial. Don Filiberto Hernández, presidente de la Federación de Oriundos de San Luis Potosí, también presente, ofreció que los potosinos miembros de la Federación aportarían un dólar más por cada dólar que aportara el gobierno local.

Uno de los estudiantes planteó una duda que fue apoyada por varios:

— ¿Por qué limitarse a las pequeñas empresas? ¿Por qué no mejor o además impulsar la instalación de grandes empresas, con montos importantes de inversión, en cuyo capital podrían participar también los emigrantes potosinos que han tenido mucho éxito eco-

nómico en Estados Unidos? Estas empresas generan muchos empleos.

Emiliano respondió lo siguiente:

—Primero debo decir qué en todo el mundo, las grandes empresas son las que generan menos empleo por capital invertido. Este es un hecho incuestionable y ampliamente reconocido. De hecho, la innovación tecnológica en todos los países está buscando soluciones de cómo producir más con cada vez menos trabajadores y empleados. Por otra parte, las comunidades y regiones con mayores niveles de pobreza, de donde procede la mayoría de los migrantes, tienen dificultades estructurales que desalientan y obstaculizan el establecimiento de grandes empresas: problemas de distancia, acceso, energía, agua, comunicaciones y carencia de todo tipo de infraestructura. Por eso se fueron los que ahora radican en el exterior. Los trabajadores más calificados y emprendedores se han trasladado hacia las grandes ciudades.

Por otra parte, los hombres y mujeres de las comunidades marginadas no pueden fácilmente aceptar las reglas de operación en que las grandes empresas sustentan su capacidad de competencia: horarios diarios de 8 horas durante al menos siete días de la semana, con vacaciones limitadas, que siguen siendo, por cierto, las menos favorables para los trabajadores en América Latina. Ellos no pueden fácilmente abandonar sus improductivas parcelas, y ellas tienen que combinar el trabajo con sus innumerables tareas domésticas. No pueden tampoco descuidar a sus hijos en períodos de vacaciones escolares, y tienen, además, que ayudar al marido en épocas de siembra y de cosecha.

Sabemos que casi la totalidad de las grandes empresas que han establecido los migrantes mexicanos en sus comunidades de origen han fracasado y las que han sobrevivido han sido altamente improductivas y muy poco rentables.

En todos los países del mundo, incluyendo los Estados Unidos, son las micro y pequeñas unidades productivas las que generan el empleo y las oportunidades para trabajadores y empleados. En México, la cifra es superior al 70%. Con lo que se requiere invertir para generar un empleo en las empresas grandes, se pueden crear más de 200 en las microempresas.

De manera particular, se insistió en la importancia de que las universidades apoyaran a los estudiantes y egresados a formar su sociedad cooperativa de gestión empresarial, con elevados niveles de eficiencia. En última instancia, se estaría incubando una empresa de servicios propiedad de sus propios egresados. Terminaron definiendo y comprometiendo sus primeras acciones profesionales y acordaron encontrarse al siguiente día en la comunidad de Las Ánimas, donde se convocaría a las y los productores del municipio de Aquismón para invitarlos a participar en el nuevo proyecto.

Las Ánimas, donde las mujeres huelen tan bien como las flores, era una comunidad extremadamente pobre, y cuya situación se había agravado por las repetidas heladas que destruyeron los cultivos del guayabo. Era muy probable que, desde hacía ya muchos años, en esas tierras áridas no florecía la esperanza de algo. Jennifer y Emiliano se sintieron muy a gusto al encontrarse en el atrio de la iglesia con cuarenta y tres mujeres, casi todas las mujeres del pueblo, vestidas de fiesta y de una actitud altiva y casi condescendiente, contrastando con la pobreza extrema de la localidad. Los bordados de su vestimenta proyectaban su cultura indígena con incomparable destreza y singular sensibilidad.

Emiliano comenzó a explicar, con respeto y cuidado, cómo es que podría funcionar el proyecto productivo al que se les invitaba a participar, y su eventual alianza con los universitarios.

Jennifer se percató que a menos de un metro, una mujer muy delgada, tirando a flaca, miraba fijamente a Emiliano con, una expresión de curiosidad extrema y manifiesto escepticismo.

En un cierto momento, mientras Emiliano explicaba que en el proyecto los beneficios dependerían directamente del esfuerzo y de la calidad del trabajo respectivo, se dirigió a aquella mujer.

—Si por ejemplo...¿Tú cómo te llamas?, —preguntó a aquella mujer, cuya mirada empezaba a perforarle la conciencia.

—Gertrudis, respondió.

—¿Gertrudis qué? —replicó Emiliano.

—Gertrudis Sánchez —le dijo con voz muy firme y con un tono malhumorado.

— ¡Anda! —exclamó Emiliano. —como el general de la Revolución.

—¿Cuál general? ¿Cuál general? —le protestó Gertrudis.

En efecto, en la Revolución Mexicana desempeñó un papel protagónico un general llamado justamente Gertrudis Sánchez, en esa época algunos nombres se utilizaban indistintamente con hembras y varones. Era evidente que esta Gertrudis no tenía noticias del otro Gertrudis y la verdad fue un error mencionarlo.

—No, no me hagas caso, —respondió Emiliano, reconociendo su torpeza al referirse al heroe revolucionario.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó a una segunda mujer que se encontraba al lado de Gertrudis

—Bartola Pérez Pérez —respondió ella.

—Entonces, —dijo Emiliano—, si Bartola trabaja el doble que Gertrudis, pues Bartola seguramente ganará el doble por su trabajo. Ahora, si las dos trabajan lo mismo, pero Gertrudis lo hace con más calidad que Bartola, pues es muy probable que Gertrudis gane más que Bartola, porque sus productos podrán venderse a un mejor precio.

—¿Y cómo sabrán que el producto mejor hecho es de Gertrudis? —le preguntó una tercera.

—Pues porque ese producto tendrá una etiqueta en que se indicará que se elaboró en Las Ánimas, San Luis Potosí, y que fue hecho justo por Gertrudis Sánchez, además de que aquellas personas que adquieran sus productos recibirán un folleto en que figurarán las fotos de cada una de ustedes y de sus trabajos, para que puedan identificarlas; así la que compre su blusa podrá decirle a sus amistades “Mira esta blusa tan linda, fue bordada por esta artista que se llama Gertrudis Sánchez, de la comunidad de Las Ánimas, en San Luis Potosí” —respondió Emiliano, sonriendo.

La expresión de Gertrudis cambió súbitamente del escepticismo a la sorpresa.

—¿Va a llevar mi nombre?, —preguntó en voz muy alta, ignorando la presencia de los demás.

—¿Mi trabajo va a traer mi nombre?, insistió.

—Sí, por supuesto. Va a llevar tu nombre. ¿Tú qué haces? —le preguntó Emiliano.

—Blusas, le respondió Gertrudis.

—Pues tu nombre no vendrá en la blusa, pero sí en la etiqueta que irá con la blusa. Todos sabrán que tú la hiciste, precisó.

—Todos..., —murmuró ya sin preguntar.

A partir de ese instante, Gertrudis Sánchez ya no formaba parte de los mortales. Su mirada dejó de posarse en los ojos de Emiliano y se desvió dulce hacia el horizonte.

La reunión se extendió todavía por más de una hora, se aclararon dudas y respondieron preguntas, pero Gertrudis Sánchez, justo a un metro de Emiliano, no escuchaba nada, absolutamente nada. Jennifer se decía al mirarla, pensó: “Esta no le está oyendo nada”.

Gertrudis Sánchez volaba. Nada más, pero nada menos, volaba o soñaba volar por los senderos áridos con el viento helado de Las Ánimas.

Se concluyó la plática. Se acordaron diversas acciones. Emiliano se movía de un lado a otro, despidiéndose de mano de cada una de las mujeres. Y Gertrudis Sánchez lo seguía. Es más, no se le despegaba a Emiliano. Jennifer los seguía sin duda alguna muy interesada.

En medio de los despidos, Gertrudis se acercó aun más a Emiliano y, clavandole de nuevo la mirada de sus ojos muy negros, más negros que los suyos, le volvió a preguntar:

—Entonces... ¿*Va a traer mi nombre?*.

—Sí, Gertrudis, —respondió Emiliano—. Todas las blusas que tu bordes tendrán una etiqueta con tu nombre: “*Blusa de Gertrudis Sánchez*”. —Jennifer seguía el diálogo muy atenta.

Gertrudis miró a Emiliano todavía más fijo, estiró los brazos y le mostró aquel trozo de tela arrugado que llevaba con ella.

—Yo hago esto, —le dijo, en un tono casi solemne

Emiliano desarrugó la pieza: era una blusa, en efecto, o más bien un trozo de tela medio bordada y arrugada que estaba en el proceso de convertirse en blusa. Él la extendió y entonces lanzó aquel comentario, que delató su procedencia, o más bien su pertenencia a un estrato lamentable e inexcusablemente insensible a las cosas en verdad significativas; un comentario del que se arrepintió siempre a partir de aquella tarde:

—*Qué bonita blusa Gertrudis*. —le aseguró, con voz condescendiente.

Gertrudis le arrebató el prospecto de blusa y, con toda su fuerza autóctona, le lanzó aquel fulminante e inolvidable reproche, con voz muy firme y casi altanera, mientras Jennifer la contemplaba con la boca semiabierta.

—*Lo que pasa, es que usted no sabe nada de esto. Ésto, sépaselo, está bien mal hecho... pero si va a llevar mi nombre, va a ver. Se va a quedar con la boca bien abierta.*

Emiliano, en un afán de corregir su comentario intrascendente, agregó:

—Y vamos a pelear todos para lograr un trato justo, Gertrudis, para que por tu blusa se pague el precio justo, lo que en verdad vale tu trabajo, —lo informó con una gran sonrisa. Jennifer festejaba que lo hubiera dicho y buscó complentar aquel comentario que le parecía muy atinado diciendo:

—Claro Gertrudis. Por tu trabajo tan hermoso la gente te debe pagar mucho mas de lo que ahora recibes.

—*Eso...* —les dijo Gertrudis, con una mirada mezcla de decepción y condescendencia, —*¡Eso es lo de menos!*

Gertrudis se dio la media vuelta se fue caminando muy despacio, tomó del hombro a una de sus compañeras y, sin desdibujar aquella sonrisa le propuso:

—Vamonos comadre, esto ya se acabó y tenemos mucho trabajo por delante.

Jennnifer tomó de la mano a Emiliano apretando muy fuerte y lo abrazó sollosando y repitiendo

—*¡Eso es lo de menos!*

Comenzaba a anochecer cuando medio arrastrando los pies y sus torpezas Jennifer y Emiliano salieron tristes y pensativos del pueblo de Las Ánimas, en el Municipio Aquismón, estado de San Luis Potosí.

A la mañana siguiente fueron despertados a las 6:45 de la mañana por una llamada de la recepción en que se les informaba que abajo estaba un grupo de catorce mujeres artesanas de Las Ánimas a quienes les urgía hablar con Emiliano. Se levantaron, se vistieron rápidamente y, con cierto grado de preocupación, descendieron am-

bos a la mayor velocidad posible.

—Oye Emiliano, dijo una de ellas, anoche estuvimos hablando del proyecto que nos propusiste hasta la madrugada y nos surgieron dos dudas que para nosotras es muy importantes que nos las aclares. ¿Estaremos obligadas a comprar siempre nuestros materiales por conducto de los universitarios? Y la segunda pregunta que queremos que nos respondas es: ¿Estaremos obligadas a vender siempre nuestros productos por conducto de los universitarios?

—Pues la respuesta a la primera pregunta, —dijo Emiliano— es no. Si en algún momento alguna de ustedes consigue materiales más barato o de mejor calidad, pues los compra por su lado. Los universitarios saben muy bien que en cada operación ustedes van a optar por lo que más les convenga, si compran en conjunto a través de ellos es porque eso les conviene más, si no, no. Y la respuesta a la segunda pregunta es más o menos la misma. Ustedes venderán sus productos por conducto de ellos sólo si les resulta más conveniente, si no, no.

—¿Y eso no significa que nos tenemos que salir del proyecto? —preguntó una de ellas.

—Claro que no, —respondió Emiliano. Ustedes le entran cuando les convenga y si todavía no, pues se esperan hasta que les traigan una propuesta más atractiva.

—O sea que nosotras le entramos, —señaló una tercera, —cuando por comprar o vender mejor a través de ellos, nosotras ganamos más. ¿Es así?

—Así es exactamente comadre, —enfaticó Emiliano.

—Pa mí, con que gane lo mismo, está bien, dijo otra. —Y se le fueron todas encima con diversos comentarios:

—No, Leocadia, no seas burra. Si el material te cuesta 100 y vendes tu producto en 300, pos ya estás ganando 200, te conviene sólo si con los universitarios ganas más de 200.

—Claro, no seas taruga, —dijo otra.

—De veras que estás bien Leocadía, Leocadia, —dijo otra más y todas se rieron de ella.

Leocadia dejó que todas se burlaran de ella y al final dijo:

—Pos yo Emiliano, estoy en lo dicho, con que me salga igual, yo le entro. Porque mira. Pa'comprar el material, con dinero de mi gasto por cierto, o pa'vender mi producto, pos tengo que venir a la capital, cargando a mis chilpayates, y tengo que andar camine y camine todo el día, rogando pa'que me compren y aguantando el regateo, y a mí sí me cuesta el camión, pue'que a éstas no. Además pos que mientras éstas se pasarán aquí todo el día, después de viajar dos horas, y dos más que se echarán de regreso, pos yo estaré tranquila en mi casa trabajando en otro bordado, que es lo que a mí me gusta, y mis hijos estarán jugando tranquilos y sin riesgos. Pa' mí, con que gane lo mismo. Emiliano, ya te lo dije.

Todas las demás artesanas que escuchaban muy serias, se miraron entre sí y una a una fueron diciendo:

—¡Tiene razón Leocadia! Pa'mi también con que gane lo mismo, está bien. —Finalmente todas estuvieron de acuerdo con el razonamiento inteligente de Leocadia, que no estaba tan Leocadia.

Tomaron el vuelo de Aeroméxico rumbo a San Diego. Jennifer, con una sonrisa permanente en los labios y estremeciéndose cada vez que Emiliano la miraba, recargada en su hombro, soñaba y recordaba cada detalle de aquella gran experiencia que le había enseñado tanto, en particular las enseñanzas de Gertrudis y Leocadia, daban una dulce y nueva emoción a sus ansias de vivir.

Capítulo 25

Un regreso a casa lamentable

Jennifer se introdujo flotando con lentitud en su casa, con una sonrisa dulce y melancólica, aún presa del encantamiento, cuando la sorprendió abruptamente el grito severo de su madre.

—Tu padre quiere verte de inmediato en su estudio. No cabe duda de que estás completamente loca —le reprochó furiosa, mientras ascendía con premura por la escalera.

Jennifer había regresado al planeta Tierra, y el aterrizaje no era del todo agradable. Respiró con profundidad, se armó de coraje y se dirigió al estudio de su padre, con pasos firmes, como si marchara hacia el cadalso. Entró sin tocar la puerta y encontró a su padre en el centro del estudio, con los puños apretados y la mirada desorbitada.

—¡*Estúpida!* —le gritó mientras, con escalofriante brusquedad, lanzaba un terrible puñetazo que impactó en la mejilla de Jennifer, haciéndola caer de una manera descompuesta y casi haciéndola perder el conocimiento. Aún no se recuperaba del tremebundo bofetón y de aquella extraña y repugnante sensación, mezcla de sorpresa, dolor, confusión e indignación, cuando escuchó a su padre vociferar:

—¿Pero quién te has creído que eres, niña idiota? ¿Cómo has podido suponer que yo aceptaría que te relacionaras con un mariachi mexicano, un migrante aventurero? Seguramente lo que pretende es arrebatarte el dinero que te dejó tu abuela. Se trata, por supuesto, de un ser inferior, indigno siquiera de voltear a ver a una integrante

de nuestra familia, mucho menos a mi hija. *¡Estás totalmente loca! ¡No volverás a verlo nunca! ¡Te lo prohíbo estrictamente!*

Jennifer cerró los ojos por un instante, se incorporó con lentitud y, ya frente a él, se inclinó para tocar su rodilla izquierda con su mano derecha. Tomó aire a fondo, concentró todas las fuerzas de su cuerpo y, desde allí, cerrando el puño, e irguiéndose con furia indómita, lanzó un feroz golpe que se estrelló en el rostro de su padre, quien, mal parado, al estilo de un contrincante vencido de Muhammad Ali, trastabilló y se desplomó estrepitosamente al suelo, golpeándose seriamente la nuca.

La estruendosa caída de mister Crawford hizo que llegaran dos de las sirvientas y la madre de Jennifer, que, al ver aquella escena y el rostro ensangrentado de ambos, se refugió en un rincón con una expresión de estupor, llevándose las manos a la boca para contener sus gritos, atónita y aterrada.

Jennifer miró fijamente a su padre, con una mirada que lanzaba ráfagas de odio y desprecio; le apuntó con el dedo índice y la mano cerrada y, en un desplante de altanería, le gritó:

—Tú vuelves a ponerme la mano encima y no sólo interpondré una demanda de inmediato ante las autoridades policiacas, sino que te denunciaré en todos los noticieros y diarios del Estado, para que todos sepan la clase de cobarde golpeador de mujeres que tú eres. Además, te advierto que la próxima vez te daré una paliza. Tú no tienes ningún derecho sobre mí; yo soy ya una ciudadana completamente libre, dueña exclusiva de todas mis decisiones y no tengo que dar cuenta a nadie de mis actos. Yo no te pertenezco, Tú no eres mi dueño. Tampoco eres mi padre, nunca lo has sido; engendrar no te convierte en padre. Jamás te ha importado lo que yo piense o lo que yo sienta. Me iré, porque yo lo decido; de esta casa, que tampoco es tuya, sino de mi abuela, dueña también de la fortuna que tú despil-

farras, aprovechándote de los temores y debilidades de la pusilánime de mi madre. ¡No te vuelvas a cruzar en mi camino!

Jennifer, se dio la media vuelta y, sin mirar siquiera a su madre, corrió, dio un golpazo a la lámpara de cristal que reposaba sobre uno de los muebles —que quedó hecha añicos— y subió corriendo, llorando de rabia, hacia su habitación.

La Sra. Crawford y las dos doncellas se apresuraron a socorrer a míster Crawford, que aún yacía en el suelo, sangrando por la nuca y la boca y lanzando maldiciones que ellas no lograban comprender:

Con los ojos envenenados, sentenció

—¡*Me la vas a pagar maldita...*! Que venga Jonahtan de inmediato. ¡*Me la van a pagar los dos!* —y prosiguió con una corrosiva lluvia de injurias, proferidas con voz aguda y furiosa.

Jennifer decidió no enterar a Emiliano del desagradabilísimo encuentro —o mejor dicho desencuentro— con su padre, en virtud de que en *IDEQ* todo avanzaba estupendamente, incluso mejor que lo planeado. Los proyectos activos se fortalecían cada día y semana a semana se incorporaban nuevos proyectos con la metodología y, sobre todo, porque Emiliano viajaría el día siguiente a las ciudades de Chicago y Nueva York, donde haría una presentación del esquema en dos reuniones a las que habían convocado las organizaciones de mexicanos en los estados de Illinois y Nueva York.

Decidió, eso sí, preparar sus maletas para abandonar esa casa, maldita para ella. No quería continuar viviendo, por ningún motivo, bajo el mismo techo que su padre.

Llamó a su nana y le comunicó su decisión:

—Abundia, nos largamos de esta casa. Ayúdame a preparar todo, y tú también empaca tus cosas, porque, por supuesto, tú te vas conmigo. No quiero habitar un día más en esta mansión vacía que solo alberga la hipocresía y la simulación. Nos mudaremos a la casa

de veraneo de la abuela en La Joya, en la costa del condado de San Diego, que ahora es mía.

La opción excluyente entre Lorenzo y sus padres no representaba para Jennifer dilema alguno. En el fondo, estaba muy satisfecha de haber logrado el exorcismo de aquella influencia maligna.

Metieron todo lo que pudieron en cuatro maletas y partieron hacia su nueva morada, llevando entre sus manos los rebozos de Santa María del Río, que Jennifer había adquirido en su reciente visita a San Luis Potosí para el primer baile del rebozo, cuya organización debía continuar durante toda la semana para celebrar el evento en la fecha prevista, cuando Emiliano ya estaría de regreso.

En el trayecto se sintió huyendo de una existencia vacía, carente de objetivo y razón de ser.

Capítulo 26

El baile de los rebozos

El trabajo de organización del primer Baile de los Rebozos durante esa semana fue intenso y estimulante, con la colaboración decisiva de Lorenzo, Atzimba y Rogelio Vázquez, el salvador de Emiliano, quien se había integrado a la Fundación por decisión de Jennifer, lo que resultó ser un gran acierto. Rogelio, egresado de la Universidad de California, era un excelente profesional en finanzas y administración.

Las expectativas fueron ampliamente superadas. Se había ofrecido al restaurante reservar un mínimo de sesenta mesas de ocho comensales cada una. El registro llevaba tres días aceptando seiscientas personas, justo el límite del salón de fiestas. Más de mil connacionales habían manifestado interés en asistir, por lo que fue necesario transferir a los excedentes al segundo Baile de los Rebozos, previsto para la semana siguiente en un restaurante de Los Ángeles.

Todos los detalles del evento habían sido coordinados por Jennifer, quien decidió acompañar las invitaciones que enviaron con un catálogo que indicaba que se podían adquirir los rebozos “online”, aclarando que todos eran únicos y diferentes, ya fuera en el bordado, el tejido o el deshilado, así como en los motivos y los colores. Los rebozos adquiridos a última hora podrían recogerse en el propio salón de fiestas la noche del evento. Las mujeres que los compraron podían estar seguras de que el rebozo que portarían sería único y exclusivo en la fiesta. Para lograr esto, se recurrió al arduo trabajo

de Atzimba y al Fondo de Consignación, que ya se había activado con la aportación inicial de Jennifer. Los rebozos fueron comprados y pagados previamente a las artesanas de Michoacán, Guanajuato, Oaxaca, Chiapas, San Luis Potosí, Querétaro, Zacatecas, Guerrero y el Estado de México.

Se montó un gran stand en la entrada del salón de fiestas para la venta de rebozos y de otras tantas prendas de vestir y accesorios, también únicos y exclusivos, todas elaboradas por las artesanas participantes en los proyectos IDEQ (vestidos, blusas, chamarras, abrigos, chalecos, cinturones y bolsas de piel).

El mariachi y las cancioneras, así como el grupo de música guapachosa para bailar, fueron aportados por el propio salón de fiestas, dentro de la negociación coordinada por Jennifer. La decoración del lugar, incluyendo los banderines de papel picado, también formó parte de la aportación. La fundación, por su parte, asumió el gasto de dos horas extras de mariachi y de las primeras bebidas de tequila y cócteles margarita. Los asistentes pagaron su cena y las demás bebidas. Por supuesto, fue una gran fiesta mexicana desde un principio.

Después de la cena y el mariachi, y antes de iniciar la música para bailar, Emiliano dirigió unas palabras para agradecer la asistencia de los connacionales. Explicó brevemente la misión de la Fundación Tonatzin y, en general, de los proyectos IDEQ, enviando, al concluir, el siguiente mensaje:

—Estos proyectos tienen como propósito contribuir a erradicar la pobreza de nuestras regiones de origen en México y en las comunidades de nuestros padres y abuelos, y de proyectar al mundo el arte popular y la expresión cultural de nuestras artistas populares. Se trata de una iniciativa en la que participamos todos. Cada uno puede hacer una aportación significativa en beneficio de nuestras artesanas, haciendo, por ejemplo, presentaciones de la oferta de los

complejos productivos de sus respectivas regiones entre sus amigos y vecinos. Lo pueden hacer de manera voluntaria o incluso recibiendo una merecida comisión de venta por su acción promocional. Ustedes deciden. Las dos opciones son bienvenidas por nuestras paisanas artistas. Hay varias maneras de colaborar en esta cruzada; a quienes tengan interés de sumarse o enterarse de cómo avanzamos, les sugiero acceder a nuestra página web: www.ideqcalifornia.com. No me resta más que desearles que continúen divirtiéndose y luciendo esos hermosos rebozos, que, sin duda, son símbolo de mexicanidad. ¡Salud y buenas noches!

Como era de esperarse, el aplauso fue generalizado y nutrido.

Emiliano regresó a su mesa junto a Jennifer, el tío Ponciano y su esposa, don Aureliano Buenrostro, presidente de la Federación Californiana de Michoacanos y su esposa, y, por supuesto, Abundia, que iba guapísima envuelta con orgullo en su rebozo michoacano.

De pronto, se acercó a saludarlos el Dr. Fernando Alcalá, rector de la Universidad Autónoma de Michoacán, acompañado de otra persona.

—Qué gran gusto saludarlos, queridos amigos. Permítanme presentarles al Lic. Gerardo Urrutia, titular de la Secretaría del Bienestar del Gobierno Federal de México, a quien me permití invitar a este evento y quien tiene interés en conversar unos momentos con usted —dijo, dirigiéndose a Emiliano, quien se puso de pie e invitó a ambos a tomar asiento.

El Secretario, después de saludar a todos de mano, tomó asiento y, sin mayor preámbulo, se dirigió a Emiliano:

—Cuando mi amigo Fernando me sugirió acompañarlo a este evento, ordené realizar una breve investigación de lo que ustedes han venido haciendo y debo reconocer, y con este evento lo confirmo, que es una gran labor la que ustedes están realizando en beneficio de nuestro México querido.

Emiliano torció ligeramente la boca y Jennifer se acomodó una vez más en su asiento, presagiando un nuevo "*encuentro interesante*".

—Quería preguntarle, Emiliano, ¿cómo piensa usted que podría ayudarles en su tarea el gobierno federal de México?

—Pues yo pienso —respondió Emiliano— que con su felicitación es más que suficiente, licenciado.

Don Gerardo Urrutia se rio de buena gana y comentó:

—Mire, Emiliano, puedo afirmar sin jactancia qué con el apoyo económico, la asesoría técnica y el respaldo institucional del gobierno de la República, ustedes podrían multiplicar los resultados en lo que han venido haciendo en muy corto plazo. Puedo anticiparle que el gobierno federal aceptaría impulsar esta iniciativa conjuntamente con ustedes. Hemos tenido muchos logros en este campo; solo vea el gran incremento que han tenido las remesas durante estos años en que hemos estado nosotros en la administración.

Consciente, como estaba Emiliano, de que aquellas declaraciones no eran más que una entelequia, respondió:

—La cuestión es que al apoyo económico no lo requerimos, licenciado Urrutia. En cuanto a la asesoría técnica, no veo quién podría ser en su gobierno el que nos la otorgaría, ustedes no tienen expertos en estos menesteres; y por lo que hace al respaldo institucional, no identificamos tampoco una institución que verdaderamente impulse el desarrollo autosostenible e independiente, que es lo que nosotros buscamos. Créame que, como ya le dije, con su felicitación es más que suficiente.

El Secretario del Bienestar, poco proclive a la contradicción, lanzó una mirada con un cierto aire de perplejidad y exclamó:

—¿Rechaza usted el soporte del gobierno federal de México, Emiliano? No puede olvidar que ustedes pretenden actuar con mexicanos; no con guatemaltecos o salvadoreños, sino con mexicanos

que viven en México, ni siquiera se trata de los migrantes connacionales que viven por acá.

—Por supuesto —respondió Emiliano— que no olvido que actuamos con mexicanos que están en México, nuestro México, licenciado, como tampoco olvido ni por un instante que los mexicanos que están en México no pertenecen a ustedes, que tan solo administran temporalmente al gobierno en turno y los recursos de todos. La cuestión de fondo es que el enfoque de fomento del desarrollo de ustedes y el de nosotros son diametralmente opuestos. Ustedes reparten recursos presupuestales y nosotros no les damos ni un solo peso; nos limitamos a respaldarlos para que sean ellos quienes se lo ganen. Ustedes incluyen en el apoyo a los que se tiran en la hamaca, esperando que en algún momento lo que les dan les resulte suficiente; en tanto que nosotros respaldamos solo a quienes intentan transformar su realidad con su trabajo y su talento. Nosotros no queremos que los productores pobres se estacionen en la pobreza para siempre.

—Si ustedes intervinieran en un proyecto IDEQ, tendrían que ajustarse a la normatividad de la metodología que nos hemos impuesto, y me temo que no les va a convenir. No podrían mencionar siquiera que los recursos de apoyo provienen del gobierno y mucho menos del Presidente. No podrían incluir sus mensajes o logotipos en el material promocional; tendrían prohibido mencionar a su partido y, por supuesto, no habría ningún tipo de condicionamiento de carácter electoral. Las decisiones serían siempre tomadas por las productoras, los universitarios y sus jóvenes aliados, de acá de este lado, pero jamás por ustedes.

—Creo sinceramente, licenciado Urrutia, qué en su concepto de política, no sería inteligente participar en nuestros proyectos. Pero, créame que se le agradece la intención. Solo hay algo que no podría dejar pasar por alto: Pienso que el aumento sensible de las remesas en nuestro país no debiera ser motivo de jactancia por parte

su gobierno, sino, en todo caso, de vergüenza, porque el aumento de las remesas se da como resultado de que se siga expulsando a nuestra gente por la falta de oportunidades de trabajo decente y por la vigencia de un sistema de explotación en todos los ámbitos, que ustedes no solo no han sido capaces corregir, sino que incluso han fortalecido.

Jennifer sonreía, sintiéndose afortunada de ser testigo de aquel suceso singular. El Secretario del Bienestar del Gobierno Federal de México, que se consideraba uno de los más cercanos colaboradores del Presidente y, en consecuencia, uno de los hombres más poderosos del país, estaba a punto de estallar; el color moreno de su rostro comenzó a adquirir un matiz guinda, su respiración era agitada y sus puños se cerraban con furia evidente. Finalmente, pudo controlarse, se puso de pie y, dadas las circunstancias, se limitó a decir:

— ¡Señoras! ¡Señores! Buenas noches, espero que pasen ustedes una velada agradable.

— Esa es nuestra intención, buenas noches —respondió Emiliano.

El licenciado Gerardo Urrutia se dio la media vuelta y se marchó con paso firme, queriendo dejar atrás su propia sombra, seguido por el rector Alcalá, que mantenía intacta su expresión de asombro. El baile había dado comienzo con gran regocijo. Emiliano invitó a todos a brindar por Jennifer y el éxito de su primer Baile del Rebozo Mexicano. Así lo hicieron, y Jennifer tomó de la mano a Emiliano, diciendo a los demás:

— ¿Nos permiten? Este joven rebelde y yo vamos a bailar.

Capítulo 27

Una coincidencia perversa

Habían bailado toda la noche hasta que terminó la fiesta. Jennifer pensó que nada debía oscurecer aquel evento, que resultó perfecto: donde los jóvenes aliados en California lograron vender hasta el último artículo que les enviaron los universitarios y las productoras de los diversos proyectos. Por supuesto, no quedó ni un solo rebozo. Para no empañar el festejo, Jennifer decidió que sería hasta el día siguiente cuando enteraría a Emiliano del terrible encuentro con su padre y de su cambio de residencia.

Ambos requerían descanso, así que acordaron encontrarse al día siguiente a las seis de la tarde en la terraza del hotel Guild, en Gaslamp Quarter, para tomar un aperitivo y luego cenar a uno de sus restaurantes favoritos.

Jennifer y Abundia dedicaron la mañana a concluir con el traslado de sus pertenencias y el acomodo en su nuevo hogar. La coordinadora de los bailes del rebozo caminó media hora por la playa, disfrutando una profunda sensación de libertad y repasando cada logro de la noche anterior. Aquello solo era el comienzo, y ya se avanzaba en la organización de próximos bailes: Los Ángeles, Fresno, Orange, Sacramento, Santa Clara y San Bernardino.

Emiliano llegó con media hora de antelación al sitio del encuentro y esperaba ansioso encontrarse con su gran amor. Solo unas horas había dejado de verla y ya la extrañaba como un loco. Mientras esperaba su llegada, comenzó a escribir un poema para ella en su teléfono celular.

Casualmente, como una sombría coincidencia, justo al lado de aquella terraza, Vanessa Crawford organizaba una comida escandalosa y extravagante con más de doscientos invitados con el fin de recaudar fondos para la campaña política de su marido. Al mirar por la ventana y ver a Jennifer caminar apresurada por el pasillo, hizo suposiciones malévolas y, con las peores intenciones, se dirigió rápidamente a la terraza, donde, como suponía, encontró a Emiliano enfrascado en su teléfono.

Se acercó por detrás, calculó con precisión matemática sus movimientos y, justo para propiciar el “infraganti”, se sentó atropelladamente en las piernas de Emiliano, le abrazó con furia y le plantó un gran beso apasionado en la boca, que él no pudo evitar. Esto sucedió tres segundos antes de que hiciera su aparición Jennifer, quien se quedó pasmada al contemplar aquella escena, para ella desgarradora, de un hombre y una mujer que conocía más que bien. Dio la media vuelta y salió corriendo.

Justo antes de que Emiliano pudiera incorporarse y desembarazarse con brusquedad de aquella mujer diabólica, ella se limitó a decir con una ligereza que rayaba en la indolencia:

—¡Sólo quería darte una sorpresa ingenua! —Lo dijo con una sonrisa que desmentía su aparente inocencia.

Afortunadamente para Jennifer, que corría bañada en lágrimas, el valet parking no se había llevado todavía su automóvil al estacionamiento.

—¡Deténgase! —gritó ella, y el chofer se bajó asustado. Jennifer le dio un empujón, se subió a su auto y partió, rechinando las llantas. Cuando Emiliano llegó corriendo, ya era demasiado tarde.

Entre sollozos, Jennifer avanzaba a toda velocidad. No sabía hacia dónde dirigirse; le bastaba saber de dónde se alejaba. No fue sino hasta veinticinco minutos después de haber partido que se se-

renó y decidió dirigirse a su nuevo hogar. La vida le parecía, desde aquel instante, absolutamente insensata e inútil.

Durante el trayecto, recibió doce llamadas de Emiliano en su celular, que por supuesto no respondió, hasta que decidió apagarlo, no sin antes llamar a su casa y pedirle a su Nana Abundia que no saliera de casa, informándole que iba para allá e instruyéndola de que, por ningún motivo, enterara a nadie de su nuevo domicilio, Emiliano y Lorenzo incluidos.

—Si te llama Emiliano, tú le dices simplemente que no estoy, que no sabes por dónde ando. Por ningún motivo debe saber que estaré en La Joya, ¡por ningún motivo, Abundia! ¿Está claro?

—Claro, niña, por mí no lo sabrá. Estate tranquila. Te espero.

La Casa de La Joya era una mansión impresionante de once mil pies cuadrados de espacio habitable, el último gran capricho de la abuela, seleccionada y comprada por ella, modernizada y amueblada a su exclusivo antojo, pero muy rara vez visitada por sus padres, sobre todo por su padre, que detestaba ese “olor a abuela” que, según él, despedían las ocho recámaras gigantes y aquellos espacios diversos, absolutamente fuera de lo común, así como las dos salas, el comedor, el antecomedor, la cocina, las terrazas, las salas de televisión y de juegos, y los dos baños de visitas.

Jennifer frenó y derrapó el auto al arribar. Descendió apresurada y se refugió a llorar desconsolada en su recámara; la única en la que su abuela había aceptado sugerencias de mobiliario y decoración, sugerencias de ella, por supuesto, la única persona a la que le toleraba desplantes y le soportaba caprichos.

El anochecer penetró lentamente en la habitación y Jennifer no se percataba. Lloró y gritó todo lo que quiso hasta que llegó Abundia a consolarla. Jennifer se abrazó a ella y, sollozando, se quejó:

—Me engañó, Nana, me engañó, lo descubrí besándose apasionadamente con la mujer más despreciable. Me ilusionó y des-

pués me traicionó, el muy canalla.

Abrazada a Abundia en su cama, le narró lo sucedido con el mayor detalle.

—Tú sabes bien, cuanto lo quiero. ¿Cómo pudo hacerme esto? Y luego con esa maldita mujer que bien podría ser su madre. ¿Cómo pude equivocarme? Siempre lo creí un hombre sincero, un hombre honesto. Mi abuela me decía: "En cuestiones de amores, nunca te entregues con plenitud; te pueden hacer un terrible daño". Yo entonces no le hacía mucho caso, pero ahora veo que tenía razón.

Jennifer continuó llorando hasta muy entrada la madrugada y, buscando infructuosamente un indicio que le permitiera comprender aquella situación, se quedó dormida.

Emiliano había quedado en un total desconcierto. Ni siquiera tuvo deseos de regresar a reprocharle a Vanessa su perversa iniciativa. Estaba cierto de que cuando una mujer bella y superficial se siente desechada, acumula un resentimiento que le envenena el alma y la convierte en un ser muy peligroso. No quería hablar con nadie, así que llamó a un mesero, le entregó un billete de 50 dólares con la petición de pagar su cuenta y solicitó su auto en el preciso instante en que escuchó una voz masculina que le decía:

—Profesor Márquez, qué gusto verlo. Me alegra que Vannie lo haya invitado a nuestra comida. Debo contarle cuanto me han servido sus consejos.

Era, por supuesto, Mr. Crawford, el marido de Vanessa.

—La verdad es que solo pasaba a disculparme por no asistir; tengo que partir de inmediato al aeropuerto —se despidió Emiliano y abordó su auto para dirigirse, en un trayecto invadido por la tristeza, a lo que él llamaba el rancho de su amigo Lorenzo. Aquel trayecto fue interminable.

—¡La perdí, Lorenzo! ¡La perdí! —le gritó Emiliano al abrazarlo, sollozando.

—¿Cómo que la perdiste? Pues hay que encontrarla, compadre.

—Es inútil, no quiere saber nada de mí —y procedió a contarle lo ocurrido aquella tarde siniestra—. No ha respondido a mis llamadas. Abundia solo dice que no está, que no sabe nada de ella. Le he llamado quinientas veces y ahora ya ni siquiera Abundia toma mi llamada. Lorenzo fue de inmediato a traerle una botella de buen mezcal, mientras Emiliano se apretaba con furia la cabeza, murmurando:

—Mi madre me decía: "Ya, párale, Emiliano, con tantos amoríos nomás de por encimita, un día te van a hacer sufrir de a de veras". Yo entonces no le hacía mucho caso, pero es evidente que tenía razón.

Emiliano siguió bebiendo y lamentándose hasta muy entrada la madrugada, en que se quedó dormido sollozando.

Al despertar, ya un poco más calmada, Jennifer paseó con Abundia por la orilla de la playa. Era uno de esos días nublados, invadidos por la nostalgia de otoño. Se sintió asediada por la melancolía y le narró cómo fue que ese día se levantó contenta, cómo quiso ponerse muy guapa para encontrarse con él, dónde y cuándo habían quedado; cómo fue que llegó ilusionada al lugar del encuentro y cómo se le derrumbó la vida al encontrarlo con aquella mujer, fundidos en un beso apasionado y voluptuoso.

Emiliano me ha hecho sentir la mujer más afortunada y feliz del planeta, y después de un simple golpe me ha convertido en la mujer más desgraciada e infeliz de la tierra.

—Pues, mi niña, todo eso que sucedió me parece muy extraño —dijo Abundia—. Es sin duda cierto que buena parte de los hombres mexicanos son enamorados y mentirosos, pero también lo es que, en cuestión de amores, no son cínicos ni crueles. Pienso que he

llegado a conocer a Emiliano a través de tu palabra, y yo estaba segura de que estaba perdidamente enamorado de ti. Creo que lo sigue estando. A mí se me hace muy extraño todo lo que sucedió. ¿Por qué besar a otra mujer justo cuando estabas por llegar? ¿Para lastimarte? Me cuesta mucho trabajo aceptar que así fue. Todo es muy raro para mí.

Al comenzar la mañana, ya un poco más tranquilo, Emiliano se fue a caminar por la vereda con Lorenzo y le contó cómo fue que esa mañana hermosa se había despertado feliz, con una sonrisa permanente, porque esa misma tarde se volvería a encontrar con su amada; cómo era tal su ansiedad y el deseo de verla que arribó a la terraza del encuentro con casi una hora de antelación; cómo, aturdido, pensó por un segundo que era Jenny quien lo besaba, pero solo un segundo, que fue el tiempo que le llevó confirmar que aquellos labios ardientes no eran los de su Jennifer.

—Fue algo terrible —murmuró con pesar—Nunca debí haber estado en ese lugar en ese momento. Para que veas la calaña de la tal Vanessa, te voy a contar cómo estuvo aquel reencuentro con ella cuando me llamó con ese tono amenazante. ¿Te acuerdas? Tú y yo comíamos en mi casa.

—Claro que me acuerdo, compadre.

Y le narró con detalle cómo se dio aquella ocasión en que ella había planeado videograbarlo y chantajearlo para que se plegara a sus caprichos, y cómo fue que él le volteó la jugada con las videograbaciones de aquellos “Viva México” de sus noches de entrega. Lorenzo estaba verdaderamente sorprendido y lo único que se le vino en mente decir fue:

—¿Pero cómo se te ocurrió, pinche Emiliano, decirle eso de que habías distribuido cinco copias de la videograbación entre amigos, con la instrucción de difundirlas si te pasaba algo malo, incluyendo la prisión o la deportación, o incluso una enfermedad? Me

imagino que desde entonces ha de vivir muy preocupada por tu buena salud. ¿Te imaginas el impacto en su vida de esos “Viva México”? No cabe duda de que eres un chingón. Yo creo que hasta persuadió a su marido para que influyera en que te dieran la residencia. Pero, de todas maneras, ¡qué mujer más peligrosa!

Jennifer, por su parte, le fue contando a Abundia cómo sucedió que se fue enamorando de Emiliano; cómo fue que lo comenzó a admirar desde el primer día en que, con gran clase y con un mucho mejor inglés que todos ellos, fue poniendo en su sitio a cada uno de aquellos arrogantes presuntuosos que pretendían humillarlo en aquella cena que ofrecieron Mister Crawford y la bruja de su mujer.

—Lo fui admirando y queriendo cada vez más, al constatar su inquebrantable compromiso para contribuir a reducir la pobreza de su gente, de tu gente, Abundia; al ver con qué respeto y comprensión se dirigía a las productoras pobres y a los jóvenes mexicanos de aquí y de allá; al confirmar su desinterés por el dinero y el reconocimiento. Poco a poco fui conociendo sus virtudes, que son tantas, y así me fui enamorando cada vez más de su sensibilidad y de su sencillez, de su alegría permanente y de su palabra honesta; de su sentido del humor; de la delicadeza y la galantería con que siempre me trataba.

También me enamoré de su madre y de su tierra, de tu tierra, Abundia, conforme fui descubriendo sus canciones y sus costumbres; su magia y sus fantasías: sus fantasmas elocuentes y sus leyendas insólitas; su historia escabrosa y su futuro de sueños; sus ciudades magníficas y sus pueblos pintorescos y melancólicos; sus alegrías permanentes y sus valores profundos, que también son tantos, querida amiga.

Jennifer le describió con el mayor detalle, y con la sola excepción de sus momentos más íntimos, cómo se dio ese viaje reciente que hicieron juntos a una parte sensible del México mágico que la había embrujado y que le había abierto su corazón. Cómo es que

comprendió el inmenso significado de “Esta es su casa” o “En mí tienes un amigo” o “No me vaya a fallar” o “Usted nomás disfrute”, o “Eso es lo de menos”, o “la vivencia de sus muertos”.

—Poco a poco... —Poco a poquito me dejó ir descubriendo los secretos profundos de su México lindo y querido. Y conforme me fui adentrando, así también lo fui amando cada vez más y más. Pero todo eso se acabó para siempre. Había diferido mi viaje a Italia y ahora voy a anticiparlo. Quiero huir, quiero largarme de aquí lo antes posible.

—¡Canija bruja! —mencionó entre dientes Abundia—. Ya las pagará.

Emiliano, por su parte, le fue narrando a Lorenzo cómo es que se fue enamorando intensamente de Jennifer, como nunca lo hubiera imaginado; cómo admiraba cada vez más su sencillez natural y su autenticidad sin límites, su franqueza aguda y sus atrevimientos frecuentes; cómo lo fueron cautivando sus risas y sus desplantes altaneros, su mirada profunda y su sonrisa dulce y coqueta; su corazón abierto y su capacidad de asombro; su valentía indómita y su irreflexiva disposición al riesgo.

—Me enamoré de ella como se enamoran los locos, compadre, como se enamoran los niños, como se enamoran los dioses. Y ahora, todo aquel paraíso se ha derrumbado por mi estupidez y mi frivolidad.

Emiliano le narró con particular detalle el viaje que realizaron a México, con la sola excepción de sus noches de amor, que esas eran muy de ellos. Le habló de su encuentro con el México bravío en aquel Grito en Guanajuato y con la esencia de la canción ranchera mexicana en la voz de Rosy Arango; de su hermosa relación con su madre y con todos los demás que la conocieron y se encantaron con ella; de la escapada del espía de su padre; de su fascinación con la cultura, la comida, la arquitectura y la historia de México; de sus ojos

cerrados en el Callejón del Beso en Guanajuato y de la lección profunda que les propinó Gertrudis en Las Ánimas.

—¡Maldita bruja! —susurró Lorenzo—. No se va a salir con la suya.

Jennifer decidió instalarse en serio en la casa de La Joya, así que le pidió a Abundia que le fuera trayendo todo lo que de ella permanecía en aquella casa a la que no quería volver nunca. No quería encontrarse con sus padres, ahora menos que nunca. Emiliano, por su parte, decidió permanecer unas dos semanas más en el rancho de Lorenzo, que, desde luego, era también su casa. Necesitaba el aire del campo.

Abundia seguía con la idea clavada de que tenía que hacer algo; no podía permanecer como simple espectadora. Miró el teléfono celular de Jennifer y pensó: »Ahí debe tener el número de la casa de Emiliano, pero yo le prometí que no le enteraría de dónde se encuentra«, así que desechó la idea, aunque casi de inmediato se dijo: »Pero de Lorenzo no dijimos nada, y ahí debe tener también su número«, así que decidió copiarlo y enviarle el siguiente mensaje:

“En la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, (Kearny Ave) mañana jueves a las cinco en punto de la tarde”. Abundia.

Lorenzo y Abundia se encontraron en el atrio de la iglesia y salieron a caminar por sus alrededores.

—Pues a ver, dame una explicación —le exigió ella en un tono huraño—. Que mi Jennifer es la ofendida.

—Antes que nada, debo darte mi palabra de honor de que Emiliano está profundamente enamorado de Jennifer y de que me consta que, desde que la conoció, no ha volteado a ver siquiera a ninguna otra mujer, mucho menos a esa bruja. No te puedo negar que mi compadre era un enamorado empedernido, pero nunca hubo algo serio en sus relaciones, y desde que apareció Jennifer, cortó todo tipo de comunicación afectiva con otras mujeres.

Él llamó a la bruja esa de Vanessa y le anunció que no habrían de verse más porque se había enamorado de Jennifer. Ella fingió que comprendía y le aseguró que no habría problema, pero la verdad es que se sintió muy lastimada. Y tú sabes bien que una mujer como esa, al sentirse desplazada por otra mujer más bella y mucho más joven, se convierte en una fiera.

Emiliano esperaba ansioso esa tarde la llegada de Jennifer en aquella terraza en que habían acordado encontrarse; incluso estaba absorto escribiendo un poema para ella en su celular cuando la tal Vanessa se le sentó con brusquedad en sus piernas y lo besó apasionadamente en la boca. Lo hizo, sin lugar a dudas, para que Jennifer los encontrara en esa situación, pues ella ya había visto llegar a Jennifer y lo calculó todo, con el mayor detalle, la muy canalla. Emiliano no pudo ya darle a Jennifer ninguna explicación, porque ella salió disparada, se subió a su auto y se marchó a toda prisa.

—Algo así me había sospechado —comentó Abundia—. Pues necesito que todo lo que me has contado lo pongas en una carta para ella y me la traigas mañana mismo aquí a las diez de la mañana. Y no se te olvide darle tu palabra de honor de que todo lo que le dices es verdad. ¿Está claro?

—Muy claro, Abundia, aquí estaré puntual. Tú y yo no podemos permitir que esa bruja se salga con la suya y les destruya la vida, con lo tantísimo que se aman.

A la mañana siguiente, Lorenzo ya estaba allí cuando llegó Abundia. Él le entregó la carta que habían acordado, además de una pequeña bolsa de papel que contenía una tarjeta, un CD grabado y una botella de muy buen mezcal, pidiéndole que se los entregara a Jennifer.

Antes de partir, Lorenzo le recomendó:

—Asegúrate de que Jennifer reciba esto lo antes posible. Y no olvides decirle que Emiliano la adora y que estará siempre con

ella, pase lo que pase.

—Y tú dile al burro de Emiliano que si ya se volvió muy gringo y ya se le olvidó pa' qué sirven las serenatas mexicanas un sábado por la madrugada —comentó Abundia, mientras que le daba una tarjeta en la mano. Se dio la vuelta, caminó apresuradamente y se metió al auto en que la esperaba el chofer de los Howard.

La tarjeta contenía una dirección: “6389 de Castejo Drive, en Muirlands, La Joya”.

Lorenzo se quedó pasmado, leyendo la tarjeta una y otra vez. Estuvo a punto de pegar un grito, de esos de parranda larga que resuenan en las noches más festivas, pero como estaba frente a la iglesia, prefirió contenerse. Era consciente de que las palabras por sí solas no bastarían. La indignación y el asombro se mezclaban en su interior, y sabía que debía actuar con cautela si quería ayudar a Emiliano y Jennifer.

Con la mente llena de pensamientos y planes, Lorenzo se dirigió de regreso a su auto. Tenía que encontrar una manera de resolver esta situación antes de que Vanessa causara más problemas. El amor de Emiliano y Jennifer no podía verse arruinado por la manipulación de una mujer resentida.

Capítulo 28

El mensaje y la parranda

Emiliano se había pasado los últimos días pensando, más o menos borracho, más o menos dormido, de vez en cuando llorando y, eso sí, enteramente triste, muy triste. Cómo que había perdido el rumbo y la razón de existir. Simplemente no podía superarlo. El tiempo transcurría lentamente y él no conocía la fórmula para apresurarlo.

Despertó de su letargo sorprendido cuando vio entrar a su habitación a Lorenzo, gritándole:

—¡Ya levántate holgazán! ¡Báñate! ¡Rasúrate! ¡Perfúmate! ¡Alégrate! que este sábado nos vamos de serenata.

—¡Estás loco! —le reprochó Emiliano. Se dio la media vuelta y se tapó con las cobijas.

Pues estaré loco, mi estimado, pero en la madrugada del sábado, o sea mañana por la noche, tienes que dar una serenata en el balcón de una residencia situada en el *6389 de Castejo Drive, en Muirlands, La Joya*, donde tiene su nueva morada Su Alteza Real, la princesa de tus pesares.

—¡No me digas eso! —grito Emiliano aventando las cobijas e incorporándose como si lo activara un poderoso resorte.

—Pues si prefieres no te digo. Pero te advierto que yo ya quedé, y no me vas a hacer quedar mal, —replicó Lorenzo.

—Cuéntame, ¿cómo lo averiguaste? ¿Quién te lo dijo?, ¿Cómo fue? ¡Apúrate!

Lorenzo le contó con detalle los dos encuentros con Abundia, la escudera y guardiana de Jennifer.

—Y me dijo que te dijera que si ya te habías vuelto bien gringo y se te había olvidado pa'qué sirven las serenatas. Como ves fue ella la de la idea, es claro que es una mujer muy sabia.

Emiliano siguió al pie de la letra las indicaciones de Lorenzo, se levantó, se bañó, se rasuró y se perfumó, y todo lo hizo invadido de una alegría desbocada, y terminó devorando unos succulentos chilaquiles, como primer desayuno decente en mucho tiempo. Dedicó el resto de del día a responder a las numerosas llamadas con respuesta diferida y a ponerse al corriente de los avances de cada uno de los proyectos, al menos de aquellos en que la fundación participaba directamente y mantenía ciertas responsabilidades directas.

—Me reuní con Lorenzo, —comentó Abundia, como si no tuviera la menor importancia.

Jennifer, en pijama y despeinada, continuaba sumergida entre las cobijas, mientras contaba las doce campanadas que emitía el antiquísimo reloj armenio de su abuela.

—¿Cuál Lorenzo? —preguntó amodorrada.

—¿Pues cuál va a ser?, —replicó Abundia— pues el único Lorenzo que conoces, el amigo o hermano de tu Emiliano.

—Tú qué sabes, a lo mejor ya conozco a muchos Lorencos, últimamente he conocido a muchos mexicanos ¿Y qué dice el tal Lorenzo, ese?

—Pues te envió una carta y un regalito.

—Déjalos en el estudio, ya los atenderé cuando tenga tiempo.

—¿Cuándo tengas tiempo? Si tiempo es lo que te ha sobrado en estos días. Sé muy bien que se te queman las habas por leer ese mensaje, pero también sé que te vas a aguantar un buen rato. ¡Si eres bien *rejega*!

—Ya vas a comenzar otra vez con tus “*terminejos*”, —reclamó

Jennifer—y se tapó nuevamente con las cobijas.

Esa tarde, ya después de mal comer, se encerró Jennifer en el estudio y miró sobre la pequeña mesa, aquella carta que la desafiaba y aquella bolsa con un pequeño obsequio y un CD grabado con una selección de canciones rancheras, además de una botella de mezcal del Zacatecano. Se resistió por casi dos horas más.

—Pos qué se pensará este burro, que soy una borracha ¿o qué?

Finalmente se decidió y revisó el CD y leyó la tarjeta adjunta:

»Cuando uno trae atravesado en el alma un amor a la mexicana, querida Jennifer, no hay mejor cura, que unas canciones rancheras y un trago de buen mezcal, porque “Para todo mal, mezcal y para todo bien, también”«

Se sonrió Jennifer y después de pensarlo un minuto, decidió activar el CD en el aparato de música y hojear la carpeta engargolada adjunta con las letras de las canciones seleccionadas.

Y se le dejó venir la gran Sasha con Paloma Negra, justo cuando ella pensaba que le habían arrancado la voluntad de vivir:

»Ya me canso de llorar y no amanece, Ya no sé si maldecirte o por ti rezar. Tengo miedo de buscarte y de encontrarte, donde me aseguran mis amigos que te vas...«

Jennifer escuchó con particular atención la letra de esa primera canción, después de lo cual se decidió a abrir la botella de mezcal y servirse una primera copa, que, a pesar de lo fuerte, le resultó muy reconfortante.

Luego vino Flor Silvestre con Mi Destino fue Quererte, y Jennifer abrió la carpeta y comenzó a seguirla.

»¡Ay! ¡Qué suerte tan negra y tirana es la mía! Al haberte encontrado a mi paso una vez. Tan feliz y contenta que sin ti vivía, cuando yo ni siquiera en tu nombre soñé...«

Y lo que sí ameritó una segunda copa de mezcal, fue brindar

con Rosy Arango, a quien recordaba con gran gusto en aquella noche de "El Grito" y que interpretó para ella: "Por tu maldito amor":

»El día que te encontré, me enamoré. Tú sabes que yo nunca lo he negado. Con saña me lograste enloquecer y yo caí en tu trampa ilusionada. De pronto, todo aquello se acabó. Faltaste a la promesa de adorarnos...«

Le pegó un grito a Abundia y le sugirió incorporarse a la fiesta. Ya muy animadas las dos, se sirvieron la tercera y se siguieron con Tania Libertad y "El último trago":

»Tómate esta botella conmigo y en el último trago nos vamos. Quiero ver a qué sabe tu olvido sin poner en mis ojos tus manos. Esta noche no voy a rogarte, esta noche te vas de a de veras...«

Jennifer lanzó el primero de los gritos muy sentidos que se había aprendido: "¡Y no es que me duela... es que me acuerdo!" Y haciendo dueto con Guadalupe Pineda, cantaron: "Tú solo tú":

»Mira cómo ando, mi amor, por tu querer. Borracha y apasionada, nomás por tu amor. Mira cómo ando, mi bien, muy dada a la borrachera y a la perdición. Tú, solo tú, has llenado de luto mi vida abriendo una herida en mi corazón...«

«Abundia la dejó por un momento con sus canciones y fue a la cocina a prepararle su botana preferida: chicharrón con guacamole. Entró al estudio sin interrumpir y depositó la charola sobre la mesita, volviendo a poner de pie la carta de Lorenzo.

—No se te olvide leer la carta de Lorenzo —le insistió.

—Lo haré más tarde —comentó con displicencia Jennifer—. Si tú piensas que estoy que me muero por saber de Emiliano, estás muy equivocada, chiquita.

—No, claro que no... —dijo Abundia y se retiró sonriendo, justo cuando Jennifer y Lila Downs comenzaban a cantar: "Fallaste Corazón".

»Y tú que te creíste el rey de todo el mundo, y tú que nunca

fuiste capaz de perdonar. Y cruel y despiadado de todo te reías, hoy imploras cariño, aunque sea por piedad. ¿A dónde está tu orgullo? ¿A dónde está el coraje? ¿Por qué hoy que estás vencido, mendigas caridad? Ya ves que no es lo mismo amar que ser amado; hoy que estás acabado, que lástima me das...»

—¡Ay, ay, ay, ay! —gritó Jennifer, probando la botana y sirviéndose una nueva copa de mezcal. Se animó y decidió acompañar nuevamente a Sasha, ahora con "Te solté la rienda":

»Se me acabó la fuerza de mi mano izquierda. Voy a dejarte el mundo para ti solito. Como al caballo blanco le solté la rienda. A ti también te suelto y te me vas ahorita...»

—¡Me estás oyendo, inútil! —gritó ahora Abundia. Y después Rosy Arango otra vez, ahora con "Échame a mí la culpa" y de nuevo una copa de mezcal, acompañada del chicharrón y el aguacate.

»Sabes mejor que nadie que me fallaste, que lo que prometiste se te olvidó. Sabes a ciencia cierta que me engañaste, aunque nadie te amará igual que yo...»

—¡Échamela! ¡Canijo!, es lo último que me faltaba, —gritó Jennifer. Regresó Abundia y, entre mezcal y guacamole, las acompañó Amalia Mendoza con "Paloma sin nido":

»No me importa tu vida pasada. No me importa tu vida presente. Si por ti me jugaba hasta el alma desafiando la vida y la muerte. Ya de plano no puedo quererte; mejor te conviene olvidarte de mí...»

—¡Uy, uy, uy! —volvió a gritar Jennifer, ya un poco mareada y casi disfrutando del dolor, antes de continuar con Flor Silvestre y "Cielo Rojo":

»Solo, sin tu cariño, voy caminando, voy caminando y no sé qué hacer. Ni el cielo me contesta cuando pregunto por ti, mi bien. No he podido olvidarte, desde la noche, desde la noche en que te perdí...»

Y después, "Cuando el destino" con Lucha Villa:

»No vengo a pedirte amores, ya no quiero tu cariño; si una vez te amé en la vida, no lo vuelvas a decir. Me contaron tus amigos que te encuentras muy solito, que maldices a tu suerte porque piensas mucho en mí...«

Y siguió la fiesta con el mezcal, el chicharrón, el guacamole, y con más canciones, como "Pa'todo el Año", con Natalia Aguilar:

»Por tu amor que tanto quiero y tanto extraño, que me sirvan otra copa y muchas más. Que me sirvan de una vez pa'todo el año, que me pienso seriamente emborrachar...«

Y sintiendo maltrecha el alma, se siguió con Chelo cantando: "Yo».

»Ando borracha, ando tomada, porque el destino cambió mi suerte. Ya tu cariño nada me importa; mi corazón te olvidó pa' siempre. Fuiste en mi vida un sentimiento que destrozó toditita mi alma...« —¡Ay, amor... ya me volviste a dar! —gritó Abundia mientras cantaban copa y copa con Tania Libertad:

»Entre copa y copa se acaba mi vida, llorando borracha tu pérfido amor. Que negros recuerdos me traen tus mentiras; como cuesta lágrimas una traición... «

Y se apareció María de Lourdes con "Hay que Saber Perder": *»Cuando un amor se va, qué desesperación. Cuando un cariño vuela, nada consuela mi corazón. Dan ganas de llorar, no es fácil olvidar al querer que nos deja y que se aleja sin compasión...«*

Jennifer gritó: —¡Yo sé que me va a extrañar este cabrón! Se va a arrepentir de haberme cambiado por esa bruja.

—Yo no creo que te haya cambiado —replicó Abundia—. ¿Ya leíste la carta de Lorenzo?

—Ah, cómo jodes con esa carta; ya te dije que no la pienso leer. Mejor escuchemos a Marisela cantar "Amor de los dos" ¡Salud!

»Vivir en el mundo con una ilusión es loca esperanza; sufre el

corazón. Mi vida es tu vida, amor de los dos; tú me haces sufrir, ya lo pagarás, tú no tienes perdón...«

— ¡No tienes! ¡No tienes perdón... canijo! —gritó Jennifer y se dispuso a acompañar a Ana Gabriel con "Me equivoqué contigo":

»Me equivoqué contigo. Me equivoqué a lo macho, como muy pocas gentes se habrán equivocado...«

Y luego siguieron las dos de nuevo con Sasha para llorar y cantar "Por un amor":

»Por un amor, me desvelo y vivo apasionado; tengo un amor..., que en mi vida dejó para siempre amargo dolor. Pobre de mí, esta vida mejor que se acabe, no es para mí...«

Jennifer se abrazó de Abundia, brindaron con otra copa de mezcal y juntas cantaron con Chavela Vargas "La noche de mi mal":

»No quiero ni volver a oír tu nombre. No quiero ni saber a dónde vas. Así me lo dijiste aquella noche, aquella negra noche de mi mal. Si yo te hubiera dicho no te vayas, qué triste me esperaba el porvenir...«

E intentando solapar la súbita inquietud que se le albergó en el sentimiento, Jennifer continuó con Abundia, acompañando a Flor Silvestre en "Cartas marcadas":

»Por todas las ofensas que me has hecho, a cambio del dolor que me quedó. Por las horas inmensas del recuerdo, te voy a dedicar esta canción...«

Sonó el teléfono. Jennifer pegó un brinco y detuvo la reproducción de las canciones. Abundia se levantó y respondió:

—Sí, señora, aquí estamos. Ahora está dormida. Claro, se lo diré. No, no, despreocúpese, todo muy bien.

—Mi madre, ¿no es así? ¡Huy! Sí, debe estar muy preocupada. Jamás le ha importado mucho dónde estoy y cómo estoy. Lo que pasa es que la última confrontación con mi padre fue muy desagradable y seguro está inquieta. ¡Olvídala! —y activó de nuevo la

grabación para escuchar ahora a Ana Gabriel cantar "Que te vaya bonito":

»Ojalá que te vaya bonito. Ojalá que se acaben tus penas. Que te digan que yo ya no existo, que conozcas personas más buenas. Que te den lo que no pude darte, aunque yo te haya dado de todo...«

«Chocaron las copas de mezcal y se dispusieron a acompañar a Lola Beltrán con "Besando la cruz"

»¿De qué sirve querer, con todo el corazón? ¿De qué sirve cumplir el deber respetando un amor? Para mí, todo eras tú; no hubo nadie jamás, eras solo para mí y, besando la cruz, te lo puedo jurar...«

Y siguieron cantando con Tania Libertad: "Declárate inocente":

»Haz a un lado tu orgullo y tus encantos. Yo te voy a querer de todos modos. Porque soy superior con mi cariño al amor que te traigan entre todas«

— ¿Canta conmigo, Abundia? No me dejes solo con tanto penar —y cantaron "Pa' que sientas lo que siento" con Amalia Mendoza, la Tariacuri:

»Pa'que veas lo que se siente. Pa'que sientas lo que siento, te lo juro por mi madre que me las vas a pagar. Que Diosito me perdone este negro pensamiento, pero es que ya no aguanto lo que tú me haces penar...«

Y brindando con Guadalupe Pineda, se bebieron otro mezcal y cantaron "Las rejas no matan":

»Si hasta en mi propia cara coqueteabas mi vida, ¿qué será a mis espaldas y yo preso por ti?. Unos guardias me han dicho que ya tú andas perdido y que ya ni te acuerdas lo que hiciste de mí...«

Y después siguieron con Lucha Villa y "Que se me acabe la vida":

»Que se me acabe la vida frente a una copa de vino, y que te diga el destino que vas a vivir sin mí. Que se me cierren los ojos que fueron tu gran cariño y que se sienta en tu pecho de veras que ya me fui...«

Luego con Amalia Mendoza otra vez y "Te parto el alma":

»¿Te acuerdas cuando éramos felices? Que nada en este mundo nos podía separar. ¿Te acuerdas que nos quisimos tanto? Que cada beso nuestro al cielo iba a parar. Más tarde no sé por qué te fuiste, después por todo el mundo feliz ibas pasando. No, ya no me quiero acordar. Hasta el rezo que es de Dios me sabe amargo...«

Salió Abundia, mientras Jennifer cantaba con Ana Gabriel: "Qué manera de perder":

»Ahora sí ya es imposible el vivir juntos tú y yo. Vete ya por el camino que la suerte te marcó. A mi lado, no lo niegues, fuiste mucho muy feliz, pero eso no lo entiendes porque ya naciste malo y no hay nada bueno en ti...«

Regresó Abundia trayendo en una charola una sincronizada de tortilla de harina, jamón, queso, cebolla, jitomate y aguacate, y al dejarla sobre la mesa le preguntó:

—¿Ya leíste la carta de Lorenzo?

—¡No! Y no la voy a leer; ya sé lo que dice: que yo debo entender que los hombres mexicanos son así, que no lo hacen de mala fe, que él me quiere, pero yo debo aprender a aguantar. ¡Pues no! No estoy de acuerdo. A mí nadie me lo contó. Yo lo vi, con mis propios ojos, besar apasionadamente a esa vieja horrorosa. No la pienso leer.

—Ya, niña berrinchuda, primero lee la carta y después saca tus conclusiones —le insistió Abundia mientras abandonaba el estudio.

Ya habían surtido su efecto los siete mezcales y se quedó seria, moviendo los hombros y mirando la carta. Después de unos

minutos, le pegó un grito destemplado a Abundia:

— ¡Siéntate! —le dijo, y se decidió: abrió la carta y comenzó a leerla en voz alta:

» "Antes que nada, Jennifer, quiero darte mi palabra de honor y jurarte por mi madre que lo que voy a decirte responde a la puritita verdad..." «

— ¿Cómo ves? —preguntó Jennifer.

«—Pues cuando un mexicano da su palabra de honor y jura por su madre, casi siempre es verdad lo que va a decir.

— ¿Bahh! —masculló Jennifer y continuó leyendo:

» "No voy a decirte que Emiliano es un santo, ni nada por el estilo. Desde que llegamos a esta tierra, él siempre ha andado con hartas mujeres, sobre todo gringas. Eso es absolutamente cierto. Pero también lo es que desde que te conoció, él no ha vuelto, no digamos a tocar, ni siquiera a mirar a otra mujer. Les llamó a una por una y les dijo que ya no podrían verse otra vez, porque se había enamorado de ti. Eso exactamente le comunicó por teléfono a la tal Vanessa, yo estaba presente, quien fingió que lo comprendía todo y que le parecía natural. Pero tú sabes muy bien que cuando una mujer madura, que se cree muy hermosa, se siente desplazada por una mujer mucho más bella y más joven que ella, se le acumula el rencor y el resentimiento, y, por supuesto, no perdona. Las otras te conocían más o menos, pero ella te conocía muy bien. Seguro que juró que un día se la ibas a pagar, o se la iban a pagar los dos.

Aquella tarde en que se citaron tú y Emiliano, yo pude ver lo contento que estaba porque te iba a ver. La verdad es que ya nos traía mareados a todos de tanto hablar de ti. Nos contaba varias veces de todas tus cualidades y todas tus virtudes. No hablaba de otra cosa. Solo de ti. Por supuesto que él no sabía que ese canijo día y en ese maldito lugar, la tal Vanessa había organizado un cóctel con el fin de recaudar fondos para apoyar la candidatura electoral de su

marido. Con seguridad, ella te vio llegar y corrió a buscar a Emiliano, infiriendo que te ibas a encontrar con él. Y lo encontró en la terraza, absorto, escribiendo un poema para ti. Y ella planeó todo para que fuera “in fraganti”. Calculó los segundos para asegurarse de que tú los verías, y justo cuando estabas por entrar, se sentó en las piernas de Emiliano y bruscamente le plantó un beso apasionado. Él se sorprendió y pensó por un instante que eras tú, pero solo un instante, pues de inmediato se percató de que no eran tus labios. Y fue en ese mismo instante que los miraste, te diste la media vuelta y corriste hacia tu automóvil para salir volando. Él reaccionó y aventó a la bruja maldita y corrió en tu busca, pero fue demasiado tarde; y desde entonces se derrumbó su vida, ya no quiere vivir y se la pasa acusándose e insultándose a sí mismo. Se refugió en mi casa y no ha salido del cuarto ni siquiera para comer. Aquí la única que ganó, la única que se salió con la suya fue la bruja maldita. Los jodió a los dos y de eso ha de estar muy feliz y muy satisfecha.

Debo reconocer, muy a mi pesar, que Vanessa ha sido mucho más avispada y más astuta que ustedes dos juntos. Quería vengarse, y se vengó, y lo hizo con creces y de la mejor manera: los convenció de separarse para siempre, decidiendo dócilmente, cada uno por su lado, encerrarse por decisión propia en la celda del calabozo de un diferente castillo. No cabe duda de que ustedes son un par de colibries asustados que lloran y lloran, y ella es un gavián ladino que se carcajea y se burla de ustedes.»

— ¡Bruja desalmada! — Gritó Jennifer, aventó la carta y estalló en llanto y sollozos. Abundia se levantó y la abrazó solidariamente. Después de veinte minutos y una copa más de mezcal, Jennifer se incorporó tambaleándose, reactivó la música y se reencontró con Sasha cantando “De los pies hasta la frente”.

»Me agarraste con tus manos y de plano me rendí. Me dejé querer todita, sin respeto y despacito, pa' sentir más el amor. Me miré

en tus lindos ojos, me prendí en tus labios rojos y dejé que me quisieras y me hicieras a tu antojo... «

Le sirvió una copa de mezcal a Abundia y volvió a llorar de rabia justo antes de que entraran ambas a acompañar a María de Lourdes con “Renunciación”

»No quiero verte llorar. No quiero ver que las penas se metan en tu alma buena por culpa de mi querer. No quiero verte sufrir, no soy capaz de ofenderte si sabes que hasta la muerte juré ser sólo de ti... «

El mezcal había hecho ya sus peores estragos y Vanessa y Abundia seguían tomando y llorando mientras cantaban “Volver, Volver, Volver”, con Ana Gabriel

»Este amor apasionado anda todo alborotado por volver. Voy camino a la locura y aunque todo me tortura sé querer. Nos dejamos hace tiempo pero me llegó el momento de perder. Tú tenías mucha razón le hago caso al corazón y me muero por volver... «

—Es que yo lo sigo queriendo Abundia, con toda mi alma, por eso duele tanto. —Y siguieron la parranda con Milena Hernández y “La media vuelta”.

»Te vas porque yo quiero que te vayas. A la hora que yo quiera te detengo. Yo sé que mi cariño te hace falta porque quieras o no yo soy tu dueña...«

—Es que sí es una bruja malvada, Abundia. Vanessa tiene una imaginación diabólica.

—Pues sin duda que es una mujer mala, pero también tiene razón Lorenzo en que ustedes son un par de mentos.

—Tiene razón, pero nos la va a pagar esta bruja canalla. —afirmó Jennifer

—Las palabras ya se les cuatrapeaban y el equilibrio ya no era nada firme. El mezcal cumplía una de sus funciones. Pero ellas querían seguir cantando, así que Jennifer reactivó la grabación para

cantar las dos con Ana Gabriel, “Reconciliación”.

»Quisiera convencerte de que es mentira, que yo te traicioné con otro amor; pero mi orgullo me ha detenido y no podrás gozar mi humillación. A veces por capricho del destino le damos un pecado al corazón, me mortifica volver a verte y darte una segunda explicación...«

— ¡Hay dolor! ¡Ya me volviste a dar!, gritó Abundia, que ya iba por su sexto mezcal. ¡Otra!, ¡otra! Gritaban las dos y entró a complacerlas con “Amor en el alma”, Tania Libertad

»¿Por qué te amargas la vida? ¿Por qué no entiendes mi amor? ¿Por qué pensar en traiciones, si somos un corazón? Amor que brota del alma, como este que en mí brotó tendrá que ser un cariño que solamente lo acabe Dios...«

Y después con Lucha Villa en “La enorme distancia”,

»Estoy tan lejos de ti y a pesar de la enorme distancia, te siento juntito a mí, corazón, corazón, alma con alma. Y siento en mi ser tus besos no importa que estés tan lejos...«

Y finalmente escucharon “Acá entre nos” por Guadalupe Pineda y Tania Libertad

»Por presumir a mis amigos les conté que en el amor ninguna pena me aniquila. Que pa' probarles, de tus besos me olvidé y me bastaron unos tragos de tequila. Les platiqué que me encontré con otro amor y que en sus brazos fui dejando de quererte. Que te aborrezco desde el día de tu traición y que hay momentos que he deseado hasta tu muerte. Acá entre nos. Quiero que sepas la verdad. No te he dejado de adorar. Allá en mi triste soledad me han dado ganas de gritar, salir corriendo y preguntar qué es lo que ha sido de tu vida. Acá entre nos, siempre te voy a recordar y hoy que a mi lado ya no estás no queda más que confesar que ya no puedo soportar, que estoy odiando sin odiar porque respiro por la herida«

¡Ay, ay, ay, ay ay! —Gritaron las dos— Esa canción me

encanta; así es exacto como me siento, —se lamentó Jennifer. —La voy a poner otra vez, —Y la pusieron tres veces más, no sin antes servirse la última copa de mezcal y brindar abrazadas en el sofa del estudio, hasta qué por ahí de las tres de la mañana, las dos se quedaron bien dormidas y bien borrachas.

Capítulo 29

La Serenata

Habían dormido poco más de una hora, cuando las despertó el sonido de las trompetas del mariachi. Al principio ambas pensaron que estaban soñando o que se había reactivado la grabación, pero pronto se percataron de que la función era en vivo. La voz de Emiliano con la canción "*Despierta*" las hizo vibrar. Se incorporaron bruscamente y, sobre todo, torpemente.

— ¡Es él!, es él! — gritó entusiasmada y despeinada Jennifer, quien, segura como estaba de que su aspecto debía ser deplorable, afirmó:

— No puede verme en este estado, por ningún motivo. Todavía estoy bien borracha.

— ¡Silencio!, no hagas ruido, —sugirió Abundia—, vámonos a la recámara, rápido.

Y mientras la serenata continuaba, las dos abrazadas y tambaleándose subieron las escaleras, tapándose la boca con un dedo y susurrando "*tshuhh, tshuhh, tshuhh*",

— ¿Ahora qué hacemos Abundia?, —demandó Jennifer

— Pues, por lo pronto, disfrutar calladitas de la serenata:

»*Despierta dulce amor de mi vida. Despierta si te encuentras dormida. Escucha mi voz vibrar bajo tu ventana. En esta canción te vengo a entregar el alma. Perdona que interrumpa tu sueño, pero no*

pude más y esta noche te vine a decir te quiero»

Era la voz dulce y emocionada de Emiliano, acompañado del muy buen mariachi que contrató Lorenzo, que también lo acompañaba.

»No hace falta que salga la luna. Pa' venirme a cantar mi canción. Ni hace falta que el cielo esté lindo pa' venirme a entregarte mi amor. No encontré las palabras precisas pa' decirte con mucha pasión que te quiero con toda mi vida, que soy un esclavo de tu corazón...«

— ¿Encendemos la luz? —preguntó Jennifer.

— No, todavía no. —respondió Abundia.

— ¿Cómo va a saber que lo estamos escuchando? —insistió Jennifer.

— ¡Tú espérate! — exclamó Abundia

»Deja que salga la luna, deja que se oculte el sol, deja que caiga la noche pa'que empiece nuestro amor. Deja que las estrellas me llenen de inspiración para decirte cositas muy bonitas corazón...«

Y se vino la siguiente canción

»Como el sol le hace falta a la luna pues sin él, no podría darnos luz, como el aire hace falta en el mundo así me haces falta tú. Si algún día quisieras dejarme, por mi madre, que no iba a saber. ni pensar, ni morir, ni vivir, mucho menos llorar o reír...«

Y ambas, con una sonrisa dulce, continuaron escuchando la serenata, sin chistar, nomás pensando, pensando y disfrutando.

»Si nos dejan, nos vamos a querer toda la vida. Si nos dejan nos vamos a vivir a un mundo nuevo. Yo creo podemos ver el nuevo amanecer de un nuevo día. Yo pienso que tú y yo podemos ser felices, todavía «

Las dos pegaron un brinco al escuchar el timbre del teléfono. Abundia contestó apresuradamente.

—¿Quién habla? —Preguntó una voz masculina, en inglés.
—Soy Abundia, —respondió ella. —¿Y usted quién es?— Soy el agente Martínez, de la policía local, —agregó.

—¿Tú eres mexicano, verdad? Cuestionó Abundia

—Pues de origen sí, —respondió el agente.

—Es lo mismo, —masculló Abundia, —Pues tú deberías de saber lo que significa una serenata.

—Por supuesto que lo sé, —se apresuró a decir el agente Martínez.

—¿Pos entonces? —Agregó Abundia. —Esta es una serenata vital. La niña Jennifer se está reconciliando con su novio, ya los dos creían que estaba todo perdido.

—¿Está usted un poco tomada, verdad? Preguntó el agente

—¡No! —dijo ella— no estoy un poquito tomada, estoy un mucho tomada. ¿desde cuándo está prohibido emborracharse en su casa?

—No, no es eso, lo que pasa es que sus vecinos no están muy contentos con esa reconciliación.

—¿Y usted les va a hacer caso a ellos, o al amor?

Conteniendo la risa, el agente Martínez le respondió:

—Al amor, claro, pero solo tres o cuatro canciones más y ya, Abundia.

—No más de seis o siete, de eso puede estar seguro

—¡Ahh, qué Abundia,! —dijo el agente Martínez, antes de colgar.

—¿Cuídate!, le recomendó ella y colgó. Jennifer seguía planeando por la estratósfera.

»Toda una vida, me estaría contigo, no me importa en qué forma, ni dónde, ni cómo, pero junto a ti. Toda una vida, te estaría mimando, te estaría cuidando, como cuido mi vida, que la vivo por ti...«

Y continuó la magia de aquella serenata, cuando Abundia le dijo a Jennifer:

—Ahora sí enciéndete la lamparita.

»Por el día que llegaste a mi vida paloma querida, me puse a brindar y al sentirme un poquito tomado pensando en tus labios, me dio por cantar. Me sentí superior a cualquiera y un puño de estrellas te quise bajar, pero al ver que ninguna alcanzaba me dio tanta rabia que quise llorar. Yo no sé lo que valga mi vida pero yo, te la vengo a entregar. Yo no sé si tu amor la reciba pero yo, te la vengo a dejar...«

Emiliano tenía una voz aceptable para cantar canciones rancheras, pero a Jennifer le parecía una voz celestial.

—Qué bonito canta, ¿verdad Abundia?

»Qué bonito amor, qué bonito cielo, qué bonita luna, qué bonito sol. Qué bonito amor, yo lo quiero mucho porque siente todo lo que siento yo. Ven juntito a mí, quiero que tus manos me hagan mil caricias, quiero estar en ti...«

Y Emiliano terminó la serenata con la canción “Llegando a tí”:

«Poco a poco me voy acercando a ti. Poco a poco la distancia se va haciendo menos. Yo no sé si tú vives pensando en mí porque yo solo pienso en tu amor y en tus besos. Qué bonito es querer como quiero yo. Qué bonito entregarse todito completo. Yo no sé ni pregunto cómo es tu amor, pero a ti, como a mí, no te cabe en el cuerpo... «

—Ya terminó la serenata, ¿ahora que hacemos? Yo quiero verlo, pero no ahora, estoy hecha un desastre.

—Ahora le lanzarás una flor con un mensaje atado. Escribe en esta tarjeta: “*Mañana sábado a las cinco de la tarde en punto*”

Así lo hicieron y Emiliano recibió el mensaje con verdadero júbilo. Le lanzó un beso a su amada y se fue muy contento, tomando del hombro a Lorenzo y casi brincando.

Jennifer se tiró en la cama con los brazos abiertos gritando:

— ¡Lo adoro! ¡lo adoro! ¡lo adoro! ¡lo adoro! Mañana será el día más feliz de mi vida.

Jennifer se levantó muy temprano con un fuerte dolor de cabeza, como era de esperarse, y se encontró en su buró una tasa con caldo de camarón un poco picoso y dos pastillas efervescentes, que le cayeron ambos de maravilla.

»Esta Abundia es una joya« se dijo. No sólo es mi conciencia, sino también mi médico personal«

Como había supuesto, el baño de tina estaba listo. Se levantó muy alegre, como no había estado en mucho tiempo, activó un CD de Armando Manzanero, con algunos de sus boleros mexicanos favoritos, y se sumergió en la espuma y en sus sueños.

Mas tarde, caminó serena por la orilla de la playa y regresó a disfrutar de la piscina de su casa y de los rayos del sol; no quería mostrarse pálida esa gran tarde, quería manifestarse bella y feliz como en el fondo de su alma se sentía. El desayuno en la terraza que le preparó con mucho cariño Abundia fue jugo de naranja doble y unas enchiladas rojas un poco picantes, justo lo que su organismo lastimado demandaba.

Poco después se vistió lentamente con su vestimenta favorita: unos jeans, una blusa blanca muy fina y un blazer azul marino. Jennifer continuaba mirando a cada instante el reloj. El tiempo avanzó muy pausadamente hasta que por fin dieron la cinco en punto de la tarde.

Para su creciente desconcierto y absoluta incomprensión, también dieron las seis y las siete y Emiliano no hacía acto de presencia, ni enviaba mensaje alguno.

Capítulo 30

La expresión de la violencia

Esa noche de la serenata fue una de las más felices para Emiliano en mucho tiempo. Llegó a la casa de Lorenzo y de inmediato, invadido de júbilo, corrió por la pradera. Le regresaba la vida con más potencia que nunca. Era imposible borrar de su rostro esa sonrisa de fiesta y regocijo. Su Jennifer sería nuevamente suya y el amanecer adquirió una nueva dimensión, un encanto renovado.

Después de un desayuno generoso y succulento, Emiliano regresó a su oficina y a su vida de trabajo. Atzimba, su asistente, se alegró al escuchar de nuevo la risa alegre y las bromas de su querido jefe. Le pidió que organizara reuniones con todos aquellos que debía ver y no había visto, pero todo empezaría hasta el día siguiente, porque esa misma tarde, a las cinco en punto, tendría el gran encuentro de su vida.

Llamó a Lorenzo y quedaron en encontrarse para comer en el restaurante Casa Guadalajara, donde departieron muy contentos, conversando exclusivamente sobre Jennifer y del feliz resultado de la serenata. Ahora todo tenía una nueva perspectiva, un verdadero sentido.

—Te debemos nuestra felicidad, Lorenzo; si no fuera por tu iniciativa, nos habiéramos quedado los dos escondidos para siempre, como un par de idiotas.

Se despidieron, quedando en reunirse al día siguiente, ya con Jennifer, seguramente en su casa. Emiliano subió a su automóvil y

se dirigió a su cita esperada en la casa de La Joya, pero quiso antes pasar al Chocolat House para llevarle a su amada una caja de sus chocolates predilectos.

Salió más que contento y caminó con premura, pues no quería llegar tarde a su gran cita. Al cruzar un callejón, se topó con un hombre fuerte, grande y rapado que le gritó:

—No quieres entender, mexicano de mierda, que esa mujer no es para ti.

Sintió entonces que un par de fuertes brazos lo tomaron del cuello, y el hombre de enfrente le asestó un tremendo puñetazo en el abdomen con un puño de acero tipo boxer, que hizo crujir sus costillas. Emiliano se sabía emboscado y trató de zafarse de aquellos brazos que lo asfixiaban, y en los que pudo apreciar en ambos un tatuaje de una suástica y del símbolo del Ku Klux Klan. Bajó su cabeza tanto como pudo y la regresó con la mayor fuerza que en ese momento era capaz de ejercer, golpeando la nariz de aquel hombre con la parte posterior de su cabeza, de la que emergió el sonido de una evidente fractura y un chisguete de sangre.

Los otros tres rufianes, todos ellos armados con sus dispositivos metálicos, se lanzaron sobre él como animales de presa y lo golpearon despiadadamente en el rostro y el estómago, hasta que lo hicieron caer al piso, donde los compinches continuaron pateándolo, también en la espalda, las piernas y la cabeza, con aquellas botas de punta férrea. Fue una golpiza brutal, implacable, sanguinaria, acompañada de insultos de toda índole.

El escándalo fue tal que provocó la llegada de diversas personas y, en particular, de un grupo de jóvenes de fisonomía latina que gritaron:

—¡Hay bronca! Son racistas —y se dirigieron hacia ellos.

—¡Partamos! ¡Rápido! —gritó el líder a su pandilla, y huyeron hacia sus motocicletas Harley Davidson. Antes de marcharse el mis-

mo cabecilla principal sacó una pistola Luger-Parabellum y disparó hacia lo que quedaba de Emiliano, hiriéndolo en una pierna.

Los jóvenes no lograron dar alcance a los agresores, revisaron el cuerpo de Emiliano y trataron de incorporarlo, pero él, después de murmurar algo incomprensible, se desvaneció.

—No lo muevan —gritó uno de ellos—, está muy malherido. Llamemos a la policía y, sobre todo, a una ambulancia.

Pero al notar las enormes dificultades que tenía para respirar, dijo uno de ellos que asumió el liderazgo de la acción:

—No hay tiempo, se está asfixiando; tenemos que llevarlo inmediatamente a un hospital. Mi auto está enfrente, ahora lo traigo. Tú llama a la policía y diles que lo estamos llevando al Midway Medical Center, que está aquí cerca —y corrió por su auto.

Lo subieron entre varios y partió rechinando las llantas. Llegaron en cinco minutos al hospital, mientras Emiliano se debatía entre la vida y la muerte. Llegó tocando el claxon en repetidas ocasiones y gritando por una camilla, la que llegó de inmediato; lo subieron y salieron disparados hacia el quirófano

Uno de los jóvenes latinos había recogido un teléfono celular que supuso pertenecía a la víctima, así que el joven que lideraba el salvamento llamó al número más reciente y le respondió la voz de un hombre diciendo:

—¿Emiliano?

—¿Eres latino?, —preguntó aquel joven

—Sí —respondió Lorenzo—. ¿Quién eres tú?

—Eso no importa mucho. ¡Escucha!: el propietario de este teléfono, cuyo nombre desconozco, acaba de recibir una golpiza salvaje por parte de un grupo de racistas. Lo trajimos hace unos minutos al Midway Medical Center. Llamo a tu número porque es el último que figura en las “llamadas recientes”.

—Pero no puede ser —protestó Lorenzo—, acabo de comer

con él.

—Pues no, pero sí. Mejor apresúrate; no estoy seguro de que lo encuentres vivo. Mi nombre es Rogelio Vázquez.

Lorenzo colgó y salió disparado rumbo al hospital.

—Busco a un hombre muy golpeado que acaban de traer —gritó al llegar corriendo.

—Diríjase a “Urgencias”, por la entrada a la izquierda —le indicó una enfermera muy atareada.

Lorenzo corrió al lugar indicado y preguntó de nuevo.

—Señorita, ¿un hombre muy golpeado que acaban de traer?

—Vaya si estaba golpeado —destacó la enfermera recepcionista y agregó—. Ahora está en el quirófano; están tratando de salvarle la vida, me temo que tendrá que esperar un buen rato. Tal vez mientras nos pueda ayudar con sus datos personales.

Lorenzo estaba perplejo y consternado; les dio los datos y caminó lentamente hacia la sala de espera. En ese momento llegó Rogelio Vázquez. Lo identificó por la expresión de preocupación.

—Soy Rogelio Vázquez, acabo de hablar con usted.

—Sí, claro, yo soy Lorenzo Benavidez. Gracias por llamarme. ¿Eres mexicano? —le preguntó.

—De Michoacán —aclaró Rogelio.

—Pues si se salva, habrás salvado a un paisano; él también es michoacano. Aún no sabemos cómo está. ¿Qué sucedió

—Pues no lo sé del todo; escuchamos unos golpes e insultos, salimos y vimos que cuatro hombres, con facha de neonazis, lo golpeaban brutalmente. Cuando nos lanzamos sobre ellos, huyeron corriendo y uno de ellos le disparó con una pistola; le dio en la pierna. Como tenía serias dificultades para respirar, decidimos traerlo de inmediato al hospital. No sabemos más.

Lo golpearon con furia y un salvajismo inusitado; seguramente lo hicieron con tubos o esos dispositivos metálicos que se llaman

“boxer” y que utilizan mucho los racistas extremos, porque sangraba por todas partes. Estaba totalmente inconsciente, pero casi no podía respirar.

—¡Malditos! —exclamó Lorenzo, y luego pensó para sus adentros: »Joder, Jennifer, seguramente se quedó esperándolo«. Tomó el teléfono y llamó de inmediato. Escuchó de inmediato la voz descompuesta de Jennifer.

—¿Emiliano, eres tú?—No Jennifer soy Lorenzo.

Ella presintió que algo funesto acontecía.

—No te alarmes, pero debo decirte que Emiliano ha sufrido un accidente. Estamos en el Hospital, el Midway Medical Center

—¿Que qué? ¿Cómo está? ¿Está bien?

—No lo sé, ahora lo están atendiendo; todavía está en el quirófano.

Jennifer escuchó aquel mensaje como el presagio de una terrible tormenta.

—¡No es posible! —gritó Jennifer—. ¡Ahora voy para allá! Aventó el teléfono, tomó las llaves y salió corriendo. Abundia la siguió.

El auto arrancó violentamente, mientras Abundia hacía grandes esfuerzos por ponerse el cinturón de seguridad.

—Debes tranquilizarte o todos vamos a terminar en el hospital. Eso no le sirve a él de nada —la reprendió Abundia, quien, por su parte, suplicaba a Dios que interpusiera cualquier poder celestial para que aquello no fuese real.

Jennifer se calmó un poco y disminuyó la velocidad endiablada que había alcanzado. Viajaron en silencio, pero se respiraba incertidumbre y desasosiego. Veinte minutos después, frenó el carro con un fuerte rechinido de llantas, frente a la puerta principal del hospital. Se bajó apresuradamente, corrió y, al ver a Lorenzo, se lanzó en sus brazos.

—¿Cómo está? ¿Dónde está? ¿Qué dice el médico?

La expresión del rostro de Lorenzo habló por sí sola.

—Aún no lo sabemos —respondió—, todavía continúa en el quirófano.

Justo en ese momento se aproximaron dos agentes de policía y un inspector, con una hoja de papel en la mano.

—¿Son ustedes familiares de Emiliano Márquez Vargas?

—Somos sus más cercanos amigos —contestó Lorenzo.

—¿Podrían narrarnos qué es lo que sucedió? Del hospital nos han informado que su paciente sufrió una terrible golpiza e incluso recibió un balazo.

—¿Un balazo? —gritó Jennifer—. No puede ser —y se llevó las manos a la cabeza.

—Un balazo en una pierna —aclaró uno de los agentes, con la intención de calmarla.

—No te preocupes, Jennifer —masculló Lorenzo—. Los indios mexicanos se rozan mucho con la muerte, pero resisten; ya verás que se pondrá bien.

—Nosotros no estábamos ahí; realmente fue el joven aquí presente quien nos llamó del propio teléfono de Emiliano, que estaba en el piso.

—Nosotros estábamos en una taberna departiendo un grupo de amigos —dijo Rogelio Vázquez— cuando escuchamos unos insultos crecientes y unos golpes. Salimos y vimos en el callejón a cuatro hombres fornidos que pateaban entre todos a un hombre que yacía en el suelo. Cuando quisimos aproximarnos y prestar auxilio, ellos corrieron y, antes de abordar sus motocicletas, uno de ellos sacó una pistola y disparó tres tiros en dirección al hombre tirado. Huyeron a toda velocidad. Al percatarnos de su situación, llamamos de inmediato a la policía y, como casi no podía respirar, decidimos no esperar a la ambulancia, y lo trajimos de inmediato en mi auto.

No sabemos más, salvo que los agresores eran cuatro cabezas rapadas, de los llamados neonazis.

— ¿Por qué no esperaron a la policía? —preguntó el inspector.

—No lo sé —respondió el joven Vázquez—, tal vez porque pensamos en ese momento que lo más importante era tratar de salvar su vida. Tenía grandes dificultades para respirar.

— ¿Ustedes no saben de quién pudo tratarse? —preguntó el inspector, dirigiéndose a Lorenzo, Jennifer y Abundia, que permanecía en silencio, con los ojos desorbitados.

—No tenemos la menor idea —aclaró Lorenzo, mientras que las dos mujeres movieron la cabeza, uniéndose a la respuesta.

En ese momento hizo su aparición uno de los médicos, preguntando quiénes eran los parientes o amigos de la víctima.

—Nosotros —dijo Jennifer—. ¿Cómo está él?

—Fue objeto de una paliza salvaje, con seguridad con dispositivos metálicos, y sufrió un balazo en una pierna. Tuvimos que operarlo con urgencia para enderezar dos costillas que estaban opriéndolo el pulmón peligrosamente. Logramos reactivar sus signos vitales y detener la hemorragia. Si llega cinco minutos más tarde, no habríamos podido hacer nada. Tiene además fractura del cráneo y de la quijada izquierda, además de un brazo. Se encuentra en estado de coma y su perspectiva es de pronóstico reservado. Lo tendremos unas horas en observación y, si no se presenta nada más grave, lo llevaremos a una habitación, en la que podrán verlo, pero no podrán hablar con él; aún está y seguirá conmocionado.

Jennifer estalló en llanto y se abrazó a Abundia, que también lloraba.

— ¿Puede facilitarnos la bala? —preguntó el inspector.

—Por supuesto —respondió el doctor y agregó—. Venga conmigo, por favor.

Los tres se abrazaron, mientras uno de los policías indicaba a

Rogelio Vázquez:

—Sígame, por favor; requerimos de su declaración.

Permanecieron sentados en la incertidumbre casi toda la noche y no fue sino hasta las seis de la mañana que les permitieron verlo por la ventana de la habitación. La apariencia de Emiliano era espeluznante. Estaba vendado de la cabeza, entubado y conectado a un respirador. Mostraba un collarín cervical y un vendaje en el abdomen, además de un brazo, una pierna y una mano enyesados. Jennifer y Abundia no cesaban de llorar. Lorenzo secaba sus lágrimas con el pañuelo, pensando que lo único que se requiere para morir es estar vivo.

Los agentes de policía se despidieron simplemente señalando:

—Iniciaremos las pesquisas con la diligencia que nos caracteriza y seguramente daremos con los agresores.

Y así fueron transcurriendo los días. Jennifer permaneció en el hospital con Emiliano; le agregaban por las noches una cama pequeña donde ella descansaba algunos momentos esporádicos, pues en todo momento despierta velaba su sueño y permanecía atenta mirando su rostro, esperando el milagro de que despertara, pero nada; no regresaba del estado de coma. A lo lejos resonaban extrañas llamadas de lejanos pájaros nocturnos en el silencio. El médico lo visitaba continuamente y checaba los aparatos y sus signos vitales, concluyendo siempre con la misma frase: *»Habrà que esperar a que despierte«*

La mañana siguiente llegó Lorenzo y encontró a Jennifer en la sala de espera, con la mirada perdida en ningún lugar. Ella no se percató de su llegada, continuó con su mirada extraviada y una extraña expresión en su rostro. Él se sentó y permaneció observándola por unos minutos. Finalmente, Jennifer regresó de su expedición.

—¡Ah! Hola. Qué bueno que llegaste. Debo ir a mi casa a traer

algo de ropa. No hay novedad, ninguna novedad. ¡Maldita sea! Abordó el auto y, con aquella mirada muy firme, partió rumbo a la casa de sus padres, pero hizo antes una escala en una tienda de aparatos electrónicos. Se sentía todavía muy triste, invadida por aquel pesar al que no había sido capaz de sobreponerse.

—Necesito hacer una grabación de muy alta calidad —le señaló al encargado—, pero debe ser una grabadora muy pequeña. Le mostraron varias y, al final, eligió la que le destacaron como “más fina y de mayor fidelidad”, si bien también era la “más cara”. Pagó con su tarjeta, metió la grabadora en su bolsa y partió decidida.

Ya en su auto pensó: «No hay duda, seguramente fue él, ¡desgraciado!, es un asesino, pero va a pagar por su crimen». Todos los indicios apuntaban a que Jennifer estaba en lo cierto. No le daba el menor pudor admitir que sentía un enorme deseo de venganza. Conforme se aproximaba, el fuego de la rabia se iba apoderando de su capacidad de discernimiento. Entró de manera atropellada a la casa de sus padres y le ordenó a la chica de servicio:

—Olivia, dile a mi padre que me urge hablar con él inmediatamente; lo espero en su estudio.

Activó la grabadora, la colocó dentro de su bolsa y la depositó sobre uno de los sillones frente al escritorio, asegurándose de que nada interfería con el micrófono. Después de unos minutos, su padre entró al estudio con una actitud desafiante y altanera.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó, con un tono hosco y malhumorado.

Ella, que miraba pensativa hacia el jardín por la ventana, se volteó, con una actitud que aceptaba el desafío y una expresión de odio, y le dijo:

—¡Eres un asesino! Sé que no vas a aceptar haber sido el autor intelectual de esta infamia, porque también eres un cobarde. Tú ordenaste que le dieran esa brutal golpiza.

—Pues te equivocas, yo instruí a mis hombres de que lo mataran no que le dieran una golpiza. Era el precio que tenía que pagar por haber puesto los ojos en una mujer que jamás iba a ser de él. Porque tú nunca vas a ser su mujer. ¿Lo entiendes? Nunca lo permitiré. Y vale más que te lo aprendas: ¡jamás serás la esposa de un mexicano!

Ella sabía bien que su padre mentía siempre, aun cuando decía la verdad. Así que lo acusó:

—Pues además de asesino y cobarde, también eres un estúpido, porque Emiliano no ha muerto y estoy segura de que vivirá. Pero si llegara a morir por la paliza que le dieron tus matones, te juro que te meto a la cárcel de por vida, si no es que contigo reactivan la pena de muerte en California.

—No tienes ninguna prueba; será sólo tu palabra contra la mía. Solo te desacreditarás ante la sociedad norteamericana defendiendo a un miserable migrante mexicano contra tu padre. Pensarán que estás loca y nadie, absolutamente nadie, querrá saber nada de ti. Además de que yo personalmente me encargaré de desprestigiarle

—Pues ya verás que sí tengo evidencias, para desgracia tuya y de esa sociedad de mierda a la que yo no quiero pertenecer. Y te informo con gran gusto que no solo me casaré con un mexicano, sino que yo misma cambiaré mi nacionalidad para convertirme en otra más de las mexicanas que tú tanto desprecias.

—¡Lárgate! —le gritó su padre—. Para mí has fallecido; no quiero que vuelvas a pisar esta casa. Si ese miserable no está muerto, ya lo estará muy pronto.

—Ahora que sabes que está vivo, ya te estás muriendo de miedo, como siempre —le respondió Jennifer con una sonrisa plena de ironía y rabia, convencida de que amaba a Emiliano tanto como despreciaba a su padre.

—¡Fuera de aquí! —le gritó una vez más Míster Howard, mientras tomaba bruscamente el bolso de su sillón y se lo aventaba al suelo. Jennifer levantó su bolsa, se dio la vuelta y salió del estudio. Divisó a su madre, que escuchaba de pie a la mitad de la escalera. No cabía duda de que cada día le exasperaba más esa mirada, como esperando siempre, esa actitud sumisa, abnegada y pasiva de su madre. Se miraron a los ojos y quedó confirmado, quizás por última vez, que no tenían nada que decirse porque nunca lo habían tenido antes. Su memoria se remontó a las tertulias de cada tarde de Emiliano con su madre, donde no paraban de hablar y reír, compartiendo recuerdos, reflexiones y sueños. Se acercó lentamente a ella y le dijo, con tristeza y resignación:

—Deberías acompañarme un día a México; te haría bien aprender lo que significa una familia, aunque ya para qué.

Se dio la vuelta y, ahora sí, se largó para siempre.

Nicholas Howard levantó furioso el teléfono de su escritorio y llamó a Jonathan, su esbirro incondicional.

—Quiero verte ahora mismo —le ordenó.

—Estoy en problemas, Míster Howard; tengo una fractura grave en la nariz.

—Me importa un cuerno, te quiero aquí inmediatamente, —gritó el jefe y colgó.

Se derrumbó en el sillón de su escritorio y se quedó meditando. Poco después volvió a tomar el teléfono y llamó a Mark Smith, su administrador de negocios agrícolas y testaferro, y le dijo:

—Supongo que estás enterado de que el día de ayer firmamos un acuerdo con diversas empresas de explotación agrícola, en el sentido de que, por un período mínimo de seis meses, no contrataríamos a ningún trabajador indocumentado, con el fin de apoyar a los candidatos del partido republicano de los estados fronterizos en las próximas elecciones.

—Sí, Míster Howard, estoy enterado, y actuaremos en tal sentido, conforme al compromiso asumido.

—Pues no —protestó Míster Howard—, lo que quiero que hagas es justamente lo contrario. Aprovecharemos que los trabajadores indocumentados no tendrán opciones de contratación en estos meses de cosecha para contratarlos nosotros, sin documentación alguna y con un salario mucho menor que el anterior. Ellos no tendrán ninguna otra alternativa y habrán de aceptar la nuestra. Les pagaremos en efectivo y, por ningún motivo, deberá quedar constancia escrita alguna de que los hemos contratado. Por supuesto, las autoridades laborales no deben conocer en absoluto nada de estas operaciones. ¿Te queda claro?

—Sí, señor Howard, me queda muy claro. Su astucia me sorprende una vez más.

—Debes tener mucho cuidado. Si los demás productores se enteran, tendremos graves dificultades. Si alguien te pregunta, tú debes negarlo; nadie debe saberlo. Es una operación secreta —instruyó, con una expresión de abominable codicia.

—Otro asunto importante: durante lo que resta del año duplicaremos la mercancía que entreguemos al Centro Comercial Hopkins, pero únicamente facturaremos la mitad. ¿Está claro? Ellos harán un depósito mensual directo del diferencial en mi cuenta secreta del Bermuda Commercial Bank Limited. Nosotros haremos un registro fiscal de solo el 50 % de la entrega efectiva. Debes llamar a William Ferson, director financiero del Centro Hopkins, y darle, con la mayor discreción, el siguiente número de cuenta del Bermuda Commercial Bank. Toma nota y destrúyela: BCBNH5930FG23NH. Él ya está al tanto de todo; no necesitas hablar nada más con él. No tengo que decirte que esta es también una operación confidencial. ¿Tienes alguna duda?

—No, señor, todo está muy claro

—Bien —dijo Míster Howard y colgó. En ese preciso momento, entró Olivia, una de las sirvientas, y le anunció:

—Lo busca el señor Jonathan Wilson.

—Hágalo pasar —respondió Míster Howard.

Jonathan entró al estudio, cerró la puerta y recibió el primer torpedo:

—¡Eres un absoluto imbécil y un inútil! —gritó Míster Howard.

—Pero, señor, cumplimos sus instrucciones al pie de la letra. El tal Emiliano está bien muerto.

—¿Bien muerto? Eres un incapaz, un ineficiente; suponía que eras un profesional. Ese maldito mexicano continúa vivo en algún hospital de San Diego.

—No es posible, señor; le propinamos una golpiza de muerte y hasta un balazo le dimos. No puede seguir vivo.

—Pues lo está, inútil —aseveró de forma abrupta—. Tienes tres días para cumplir con tu encomienda; de lo contrario, estás despedido. Y si te atrapa la policía, sábette que no moveré ni un dedo para rescatarte de la prisión. Ahora, lárgate.

Jonathan, que todo lo que tenía de testarudo lo tenía de perspicaz, sabía bien que cuando su jefe decía "Ahora, lárgate", era punto final. Así que se dio la vuelta y abandonó el estudio y la casa, decidido a encontrar a Emiliano en alguno de los hospitales de San Diego, comenzando con los más cercanos.

Capítulo 31

La grabadora portátil

En el primer semáforo, Jennifer buscó la grabadora en su bolsa y, al no encontrarla, detuvo su auto y la vació por completo, comprobando que definitivamente la grabadora no estaba ahí.

»¡Qué estúpida!« pensó, »con seguridad la tiré en la casa; si mi padre la encuentra, estoy perdida«.

Llamó de inmediato a Abundia y le dijo:

—Es vital que hables de inmediato con Olivia y le digas que es muy probable que haya yo tirado una pequeña grabadora en la casa, seguramente en el despacho de mi padre. Es de la mayor importancia que la localice antes que él y que nos avise de inmediato; él no debe escuchar lo que grabé.

—De acuerdo —contestó Abundia—. Lo haré ahora mismo.

Jennifer continuó su viaje rumbo al hospital y llamó a Lorenzo, que no respondió. Le dejó un recado diciéndole que era muy urgente que se encontraran, pues tenía algo muy importante que decirle, que iba rumbo al hospital.

Al llegar, ya la estaba esperando Lorenzo en la puerta; dejó su auto al valet-parking y corrió hacia él.

—¿Sabes algo de Emiliano? —le preguntó.

—Sigue igual; sin embargo, una enfermera me dijo que tuvo la impresión de que despertó por unos segundos. Está en observación.

—Vayamos al café; tengo algo importante que contarte. Se sentaron y pidieron dos cafés. Jennifer comenzó a narrarle

lo acontecido de manera atropellada.

—Lorenzo, fue mi padre; él ordenó a uno de sus sicarios que lo matara.

—¿Qué? ¿Cómo? Pero, ¿por qué lo intuyes? ¿De dónde sacas esa suposición?

—No, no es intuición ni suposición; yo lo acusé personalmente y él lo admitió, el muy cínico. Hace unos días, habíamos tenido un altercado muy serio. Pretendía obligarme a abandonar a Emiliano, incluso me golpeó, después de amenazarme con que le haría daño si él insistía. Fue un rompimiento total. Solo que ahora él suponía que Emiliano estaba muerto y al final me aseguró que, si no lo estaba, lo estaría muy pronto. Insistió en que, si yo lo acusaba, sería mi palabra contra la suya y que yo estaría perdida al carecer de evidencias.

—¿Tú le informaste que está vivo? —ella asintió—. Espera —dijo él, y llamó de inmediato a un amigo, que después le explicó que era un agente de policía de origen mexicano que conocía muy bien y que ya estaba enterado de lo sucedido.

—Hola Arturo, soy Lorenzo, te llamo sobre Emiliano...Sí sigue igual, pero me temo y casi estoy seguro de que tratarán de matarlo, urge que me ayudes a obtener protección...si en el Midway Medical Center...de acuerdo, te espero. —y colgó.

—Dirígete a seguridad en el hospital; te alcanzo en la habitación de Emiliano —y partió corriendo en busca, primero, de la pistola que tenía en su auto.

Jennifer se dirigió apresuradamente a la oficina de seguridad del hospital, pidió de inmediato hablar con el jefe, a quien le manifestó:

—Tenemos sospechas muy fundadas de que alguien tratará de asesinar al paciente Emiliano Márquez, del 801, los mismos que lo atacaron.

El jefe de seguridad se levantó y llamó a dos guardias, ordenándoles:

—Sígueme.

Volteó a ver a Jennifer mientras los cuatro corrían hacia la habitación de Emiliano y le preguntó:

—¿En qué funda su sospecha?

—Alguien me llamó a mi celular y me dijo algo así como “No murió, pero muy pronto estará muerto”. No supe quién era.

Ya estaba en la habitación Lorenzo, y minutos después llegaron con premura dos agentes de policía, encabezados por Arturo, su amigo.

Lorenzo abrazó a Jennifer y le susurró al oído:

—¿Qué le dijiste a los de seguridad? Debemos coincidir en lo que digamos a la policía.

—Que alguien, no sé quién, llamó a mi celular y me dijo “No murió, pero muy pronto estará muerto” —musitó Jennifer.

Lorenzo saludó a los agentes diciendo:

—Mucho gusto; yo soy Lorenzo Benavidez, el compadre del agredido Emiliano Márquez, que sufrió una golpiza brutal y un disparo en una pierna. Continúa en coma. Ella es Jennifer Howard, su prometida, que fue precisamente quien recibió una llamada anónima que decía “No murió, pero muy pronto estará muerto”.

—¿Neonazis? —preguntó uno de los agentes.

—Neonazis y Ku Klux Klan —respondió Lorenzo.

—Estaremos en guardia las 24 horas, en turnos de ocho —aclaró uno de los agentes.

—Nosotros también tendremos uno o dos vigilantes permanentemente —añadió el jefe de seguridad del hospital.

Jennifer le susurró al oído a Lorenzo:

—Debo contarte más; vayamos al café de nuevo.

Ya sentados, ella continuó:

—Debo contarte que en la conversación con mi padre yo activé una pequeña grabadora de alta fidelidad. Todo, incluso su confesión, quedó ahí registrado; el problema es que perdí la maldita grabadora y es probable que lo hiciera en el estudio de mi padre, no sé si él la encontró.

Justo en ese momento entró la llamada de Abundia, quien le informó:

—Jenny, me acaba de llamar Olivia diciéndome que ha buscado por todas partes, en todos los rincones del estudio y de la casa, y que no encuentra nada que se parezca a una grabadora. —Está bien —respondió Jennifer—. Dile que es importante saber si mi padre la encontró, que esté atenta.

Volteó a ver a Lorenzo, diciendo:

—Pues ya escuchaste; la chica que trabaja en la casa de mis padres, de origen salvadoreño y aliada nuestra, ya buscó por todas partes y no encontró nada. ¡Soy una imbécil! ¿Cómo pude haberla perdido?

No fue difícil convencer a Jennifer de que esa noche fuera a dormir a su casa. El hospital admitía un solo familiar por las noches, y era prudente que fuera Lorenzo quien permaneciera con él esa noche. Se quedó ahí sentado, en estado de alerta, sin dormir un segundo, sólo esperando que su habitual suerte pusiese las cosas en su sitio, mientras un viento helado le recorría las entrañas

Jennifer no pudo dormir sino hasta muy tarde, pero a las tres de la mañana se despertó de improviso y se dijo:

»¡Claro! ¡Eso es lo que seguramente sucedió!«

Se levantó con premura y fue al clóset, buscó en varios cajones y, por fin, encontró el pasamontañas negro que acostumbraba llevar consigo cuando iba a esquiar. Se vistió con un pantalón y un suéter negros y bajó apresurada para tomar su auto y dirigirse a la casa de sus padres.

Cuando llegó, eran casi las cuatro de la mañana; aún no amanecía. Se estacionó cerca y caminó con sigilo hasta la puerta principal y, desafiando los linderos de la prudencia, la abrió con especial cuidado con la llave que aún conservaba. Se despojó de sus zapatos, caminó muy despacio rumbo al estudio de su padre, abrió la puerta lentamente y, con la ayuda de la linterna de su teléfono, se dirigió hacia el sillón ubicado frente al escritorio de su padre.

Metió la mano por la orilla del asiento y comenzó a buscar. Estaba por desanimarse cuando su corazón dio un brinco al sentir que su mano tocaba la dichosa grabadora; la sacó con mucho cuidado y, con mucha cautela, hizo todo lo demás hasta salir de la casa y llegar a su auto, al que subió y puso en marcha, sin encender las luces hasta dos calles después. Estaba temblando.

Se detuvo un momento y activó la grabadora, pero no funcionó, pues la batería se había agotado. Era tal su ansiedad que se detuvo en una estación de gasolina y se bajó para comprar una batería de repuesto. De regreso en su auto, colocó la batería y procedió a regresar la cinta hasta el principio. Activó la reproducción y, después de dos minutos, pegó un salto al escuchar la voz inconfundible de su padre, diciendo:

— ¿Qué quieres de mí?...

La fidelidad era perfecta; nadie podría dudar de que no fuera su voz. Detuvo la reproducción; por supuesto, no tenía la menor intención de volver a escuchar aquel encuentro terrible, casi macabro. Solo pensó para sí: »Seguramente, cuando tomó mi bolsa con tal brusquedad y me la aventó, se cayó la grabadora en el sillón, y por fortuna, se escondió«.

Justo a las cinco y treinta de la mañana, entró un mensaje a su teléfono celular que le provocó una de las más grandes alegrías de su vida:

»Despertó y quiere verte«.

—¡Guauuuuuuu! —gritó, aceleró su auto, encendió la radio, subió el volumen y, cantando lo que encontraba, poseída por una terrible impaciencia, se dirigió como una loca al hospital a encontrarse con su amado, su amigo, su pareja, su compañero, su cómplice, su razón de ser, su todo.

Capítulo 32

El chasco del esbirro

Entró corriendo al hospital; las enfermeras, que en su mayoría ya la conocían, se sorprendieron y sonrieron al verla pasar gritando:

—¡Ya despertó! ¡Ya despertó! ¡Ya despertó!...

Le costaba trabajo disimular su júbilo. Entró como un torbellino a la habitación y, al verlo despierto y sonriendo, se lanzó sobre él y lo cubrió de besos y caricias, al grado que el doctor tuvo que contenerla diciéndole:

—Con calma, con calma, Jennifer, apenas está regresando y todavía está débil.

Emiliano se sintió feliz contemplando aquel rostro maravilloso y esa sonrisa de ensueño. Dentro de la habitación estaban Lorenzo y Rogelio Vázquez, que ya era uno más de la familia. Los cuatro escucharon con extrema atención la explicación del doctor. Jennifer no le soltaba la mano.

—Hemos librado el obstáculo más difícil; ya le hicimos todas las pruebas. Su cerebro está bien y en franca evolución, su fortaleza física es increíble, las costillas y sus pulmones han recuperado su vigor, las contusiones han sido superadas. El balazo no causó daños graves, aunque tendrá que recuperar poco a poco la capacidad de caminar. En general, todo marcha bien. En tres o cuatro días podremos darlo de alta para que continúe con su rehabilitación en casa.

—¡Bravo! —gritaron todos y se abrazaron.

—Compadre —le dijo Emiliano a Lorenzo—, tengo ganas de un mezcalito.

Todos soltaron la carcajada y Lorenzo le respondió:

—Ya merito, compadre; ahora sí, ya merito.

En ese instante apareció el inspector de policía y les pidió que lo dejaran solo con Emiliano, pues tenía que hacerle unas preguntas sobre el atentado. Salieron todos.

—¿Qué es lo que recuerda de esa tarde? —preguntó el inspector.

—Pues muy poco, inspector; creo que perdí muy rápido el conocimiento. Lo que sí se me quedó grabado es que el hombre que me aprisionó el cuello tenía un tatuaje en cada uno de los antebrazos. Una suástica y un símbolo del Ku Klux Klan. Yo logré darle un fuerte golpe con la cabeza y pude escuchar el crujir de la fractura de su nariz y sentir el chorro de su sangre sobre mi cabeza. Pero no recuerdo nada más, inspector —respondió.

—Muy bien, esos datos nos serán de gran utilidad. Lo encontraremos.

Mientras tanto, fuera del cuarto Jennifer le hacía entrega con discreción de la grabadora a Lorenzo, diciendo:

—Encontré la grabadora, Lorenzo. Aquí está registrada nuestra conversación; creo que con esto podremos refundirlo en la cárcel.

—Dime una cosa, ¿tu padre confesó que él envió a golpearlo o a matarlo?

—Por supuesto, ya lo escucharás tú mismo.

—Escúchame bien, Jennifer. Es una acusación muy grave. Bien pudo ser que él no tenga nada que ver con el suceso, aunque lo hubiera querido. Podría ser que quienes lo hicieron lo hayan escuchado renegar contra él y, para complacerlo y congraciarse con él, decidieron hacerlo por su cuenta. Quizás él no tuvo nada que ver. Es de fundamental importancia que tu padre no sepa nunca que fuiste tú quien lo grabó. Tú debes tratar de olvidarte de todo esto. Dejarás todo en mis manos, ¿me entiendes? Yo me haré cargo de todo lo

demás y tú tendrás confianza en mí. Tú y Lorenzo se van a concentrar en disfrutar de su vida y se olvidarán por completo de tu padre y de todo lo desagradable que ha sucedido. ¿Estamos?

Jennifer sintió que le retiraban de la espalda y de su alma una gran carga y simplemente asintió, diciendo:

— ¡Estamos!

Sonó un timbre urgente en el teléfono de Lorenzo. El mensaje decía: “Alarma Roja”. Se incorporó como impulsado por un resorte y le dijo a Jennifer:

— Es muy importante que permanezcas aquí en el café. Por ningún motivo te muevas hasta que yo regrese.

— Pero, ¿qué sucede? ¿Está mal Emiliano?

— No, claro que no —respondió Lorenzo—, pero por favor haz lo que te digo y deja el asunto en mis manos. —Y se retiró apresuradamente.

Un día antes se habían reunido los dos agentes de policía, los dos guardias del hospital y Lorenzo, y fraguaron un plan de emergencia, que llamaron “Alarma Roja”, en el que, si llegaba a presentarse algún sospechoso con la probable intención de lastimar a Emiliano, debería procederse de determinada manera y en forma coordinada. En su momento hablaron con las enfermeras de la recepción y acordaron que, si alguien se presentaba preguntando por Emiliano, antes de indicarle que podría pasar a visitarlo, deberían comunicarse con alguno de los cinco e informarles de la llegada del sospechoso. Inmediatamente después, debían permitirle la entrada indicándole el número de una habitación que estaría vacía y en la que introdujeron un muñeco con vendajes en rostro y cabeza, al que conectaron el suero y un respirador artificial, y que daría la apariencia de ser Emiliano. Lo colocaron en la cama bien tapado.

Se había presentado el caso y se reunieron los cinco en la habitación de Emiliano. Lo levantaron y en una silla de ruedas lo in-

trodujeron en el baño de la habitación, llamaron al enfermero, que estaba al tanto del plan, y esperaron el arribo del malhechor.

La enfermera informó al demandante que podía pasar, indicando el número de habitación y señalando que el paciente estaba solo, pero que sí estaba autorizada la visita de familiares y amigos. Jonathan, el sicario de míster Howard, tomó el elevador y buscó la habitación señalada. Caminó por el pasillo y, como portaba un protector nasal postraumático, quien lo veía pensaba que era otro paciente más. Mirando hacia todos lados, abrió muy despacio la puerta de la habitación y, cerciorándose de que estaba solo, se introdujo con cautela, sacó su pistola Luger Parabellum con silenciador y disparó cuatro veces sobre lo que él suponía era el cuerpo de Emiliano.

Guardó la pistola y abrió la puerta con cuidado, con la intención de salir huyendo, llevándose una tremenda sorpresa al encontrarse con cuatro hombres que, con el brazo estirado, le apuntaban a la cabeza. Hizo un intento impulsivo por volver a empuñar su arma, pero se detuvo al escuchar a uno de los agentes diciéndole:

— ¡Cuidado! Si la tocas, eres hombre muerto.

Uno de los agentes sacó sus esposas y le ordenó estirar las manos para colocárselas, comentando al ver los tatuajes en sus brazos:

— Así que NeoNazi y Ku Klux Klan, ¿cierto? Y nariz fracturada, el mismo.

Al salir del baño y escuchar la reflexión del agente, Lorenzo recordó la primera imagen de Emiliano en el hospital. Se acercó y, con tremenda enjundia, saltó como salta un tigre sobre su presa, dándole al tal Jonathan un terrible golpe en los riñones, que le hizo perder el equilibrio y caer de rodillas, con un intensísimo dolor que le dificultaba la respiración.

— No era necesario golpearlo —dijo uno de los dos agentes.

—Me dio la impresión de que intentaba recuperar su pistola —comentó Lorenzo.

—A mí también me dio la misma impresión —destacó el otro agente.

Levantaron al sicario y le pusieron las esposas, mientras uno de los policías le decía lo de siempre:

—Está usted detenido por intento de asesinato. Puede permanecer callado, pero cualquier declaración que usted haga puede ser utilizada en su contra...

Volvieron a instalar a Emiliano y decidieron no interrumpir su vigilancia.

—El granuja que fraguó todo esto ya va en camino a la prisión, compadre. Ya estás completamente a salvo. Puedes estar tranquilo. Voy a traerte a Jennifer para que te acompañe.

—Gracias por todo compadre, —le dijo Emiliano al verlo partir.

Lorenzo llegó al café y encontró a Jennifer angustiada, pero cumpliendo el compromiso de no moverse de ahí. Se sentó y le contó los detalles del plan llamado “Alarma Roja” y todo lo que sucedió.

—Ese tipo ya está anulado —le comentó—, por homicidio en flagrante delito en grado de tentativa no le darán menos de veinte años. La calmó mientras ella no dejaba de derramar lágrimas.

—Quiero verlo, Lorenzo —pidió ella.

Se levantaron y fueron al encuentro. Ya en la habitación, ella se lanzó sobre él; se abrazaron y se besaron con delicadeza y amor manifiesto. Emiliano se limitaba a contemplarla. El tono de sus palabras era para él como un sedante. Tranquilo, observaba embelesado a aquella mujer que le había hecho recuperar el deseo inmortal de sentirse vivo.

—Ya puede estar tranquila —le mencionó sonriendo uno de los guardias del hospital, lo que le confirmaron los dos agentes de policía.

Dos días después, dieron de alta a Emiliano y lo trasladaron a casa de Jennifer, pues ella insistió en que tenía que cuidarlo personalmente.

Una vez que Emiliano abandonó el hospital, Lorenzo se fue a su casa a meditar sobre lo que iba a hacer. Estaba consciente de que tendría que actuar rápido, pero también de manera inteligente, porque si bien él todavía dudaba que el padre de Jennifer fuera el autor intelectual del atentado, si se equivocaba, bien podría mister Howard contratar a otro matón para que concluyera la encomienda frustrada. Se preparó un vodka con jugo de naranja, se sentó en su terraza y comenzó a escuchar con el mayor cuidado la grabación que le entregó Jennifer.

Presto especial atención en cada una de las palabras de aquella ingrata conversación y, en efecto, pudo confirmar que mister Nicholas Howard reconoció expresamente ser el autor intelectual del atentado. Cuando concluyó la grabación con el segundo “lárgate” del padre de Jennifer, Lorenzo se puso las manos en la nuca y pensó que con esa grabación podría enviar a prisión al padre de Jennifer. Se levantó y fue a la cocina a prepararse un segundo vodka, cuando escuchó a lo lejos una voz parecida a la de mister Howard. Regresó a la terraza corriendo y se percató de que aquella voz procedía de la grabadora, que había continuado activa aún después de que Jennifer abandonara el estudio de su padre. De esa manera, se enteró de la conversación con el tal Mark Smith, administrador general de mister Howard, sobre la contratación ilegal de trabajadores y sobre la desviación de recursos hacia un banco en Bermudas, con el propósito evidente de defraudar al fisco. Finalmente escuchó la reprensión de que fue objeto el sicario y matón de mister Howard, con seguridad el hombre de los tatuajes. Aquella recriminación venía a confirmar que, en efecto, el padre de Jennifer era, sin lugar a duda, el autor intelectual de aquel asesinato en grado de tentativa.

Se quedó pensando, sin embargo, en que ahora con la detención de su sicario, bien podría Mister Howard contratar a otro matón o a tantos como fuera necesario para liquidar a Emiliano y, tal vez, hasta la propia Jennifer. Era evidente que ese hombre no tenía muchos escrúpulos. Y aun cuando pudieran refundirlo en la prisión, con sustento en su confesión grabada, podría también, con su dinero y sus contactos, lograr desde la prisión el encarcelamiento o la deportación de Emiliano o que le dieran veinte palizas como la que le dieron o incluso peor, que lo mataran«

Con todos esos elementos, Lorenzo se pasó la noche entera fraguando el plan inteligente que debería liberar a Emiliano y Jennifer de todo peligro. Lo primero que decidió fue que él tendría que estar al acecho y muy atento al devenir de los acontecimientos, y que, en su actuación, no podía ser por ningún motivo negligente.

Al día siguiente, lo primero que hizo fue llamar a Jennifer y decirle:

—Jenny, necesito conocer el número del teléfono celular de tu padre. ¿Me puedes ayudar? No me preguntes por qué ni para qué; recuerda que solo debes confiar en mí.

Jennifer, un poco confundida, le respondió:

—Yo lo tengo, ahora te lo doy.

—Gracias, Jenny. Ahora olvídalo. Debes estar segura de que todo lo que haré será por la seguridad y la felicidad de ustedes dos, mis mejores amigos.

Capítulo 33

Los avances de IDEQ

Se instalaron en casa de Jennifer, donde le prepararon a Emiliano la mejor recámara, la que pertenecía a la abuela, con todas las comodidades que se les pudieron ocurrir a Jennifer y Abundia.

—Joder —reclamó Emiliano dos días después—, si me siguen tratando a cuerpo de rey no voy a querer aliviarme nunca, sino quedarme aquí para siempre.

—Pues para nosotras es perfecto que te quedes aquí para siempre —comentó Jennifer—. Te queremos cuidar como si fuéramos tus geishas o tus odaliscas.

Los días siguientes, durante las mañanas en que Emiliano salía a caminar por la playa y nadaba en la piscina, Jennifer se iba a la Fundación a trabajar en la sorpresa para Emiliano. Fue una semana de actividad frenética. Por la tarde, disfrutaban juntos de todo. Lo mismo veían películas de Cantinflas, Pedro Infante, Jorge Negrete, Joaquín Pardave y otros, que escuchaban todo tipo de canciones mexicanas, o jugaban al cubilete, disfrutando de las cenas succulentas que les preparaba Abundia. Eso sí, todas las noches hacían el amor, pues Emiliano aseguraba que se lo había prescrito el doctor para lograr una pronta recuperación.

Dos días más tarde, visitaron la Fundación, donde encontraron una fiesta organizada por los cinco colaboradores de siempre, además de Atzimba y Lorenzo, que ya dedicaba más tiempo de trabajo a la Fundación que a su empresa, y también Rogelio Vázquez,

quien se había incorporado a la lucha y se había convertido en la mano derecha de Jennifer.

Lo recibieron con globos, banderitas, matracas y música de mariachi.

—Permíteme presentarte —dijo Jennifer a Emiliano—, a Rogelio Vázquez, tu nuevo asistente, quien, además de sus estudios profesionales de finanzas y administración en la Universidad de California, entre diversos antecedentes exitosos, tiene el de haberte salvado la vida.

Emiliano, que ya había sido enterado de los detalles de su rescate, sonrió y le dio un fuerte abrazo, diciendo:

—¡Ay! Cabrón, de veras que te la debo en grande.

Ese mañana, Lorenzo hizo algunas copias, totales y parciales, de la grabación y se trasladó a desayunar a un restaurante cercano, donde pidió que le permitieran usar su teléfono. Marcó el número de Nicholas Howard, quien respondió personalmente, como él esperaba.

—Míster Nicholas Howard, como una excepción voy a aceptar su amable invitación a comer esta tarde a las 14:00 horas en el restaurante de su club de golf, que, si no me equivoco, es el Fairmont Grand del Mar, ¿no es así?

—¿Quién es usted? ¿Está usted loco?

—Eso ya lo sabrá. Dígame, ¿le suena a usted el siguiente número de cuenta BCBNH5930FG23NH del Bermuda Commercial Bank?... A las 14:00 horas, le agradeceré que sea puntual. —y colgó.

Al mediodía, tras la calurosa recepción que todos hicieron a Emiliano, se reunieron en la sala de juntas para escuchar el reporte sobre de los avances de IDEQ.

Jennifer, coordinadora general de facto de la Fundación y que siempre daba a todos su lugar, le pidió a Nora Padilla, una chica nacida en San Diego, de origen guerrerense, que se hacía cargo de dar seguimiento a la evolución de los proyectos, que informara sobre los avances de IDEQ.

—Pues nada —comenzó diciendo Nora—, que el número de proyectos IDEQ se ha incrementado a treinta y dos en catorce estados de la República, con la participación de 6,400 productoras, 700 universitarios y 1,300 jóvenes connacionales aliados radicados en 7 estados de la Unión Americana.

Emiliano abrió los ojos como platos.

—Debo destacar —siguió Nora— que se han constituido 32 sociedades cooperativas de producción y 20 sociedades cooperativas de gestión empresarial. La diferencia se explica porque algunas de estas agrupaciones de universitarios participan en diversos complejos productivos binacionales, es decir, que han concertado acuerdos de cooperación y división del trabajo con más de una cooperativa de productoras, como está previsto en la Metodología. Algunas de las sociedades de universitarios participan en diversas iniciativas de acción conjunta, como compras en común, exposiciones conjuntas, material promocional común, intercambio de compradores, transferencia de experiencias, etc. Además, hemos recibido doce invitaciones para que Emiliano presente IDEQ a universitarios y productoras en doce municipios de ocho estados más de México, y una invitación especial para participar como el primer ponente en la Asamblea Anual de Federaciones de Mexicanos en Estados Unidos, que se llevará a cabo a principios del mes próximo en Chicago.

Nora Padilla agradeció y todos se volcaron en un gran aplauso. Jennifer presentó a María Eugenia Correa, estudiante aun de mercadotecnia, de origen hidalguense, quien se hacía cargo de todo lo relacionado con la comercialización y expuso:

—Se han formado más de 150 unidades de promoción comercial, ciento diez de ellas con enfoque de negocio y cuarenta integradas por paisanas voluntarias. Esto se da en nueve estados de la Unión Americana. A la fecha, se han abierto siete boutiques IDEQ más en California y seis más en otros tres estados de por acá, casi todas en centros comerciales. Ocho más están en proceso de acondicionamiento y se prevé que todas abrirán antes del próximo mes de noviembre.

También me es muy grato informarles que hemos podido organizar un total de 12 bailes del rebozo, 6 de ellos en condados en California, con una asistencia total de 16,000 invitados y veinte mil doscientos rebozos vendidos. Además, tenemos 18 bailes más programados para los próximos tres meses

Todos estaban muy gratamente emocionados. No imaginaban que se avanzaba a tal velocidad.

—También debo enterarlos de que, gracias al programa y al fondo especial de consignación, se han concertado acuerdos de promoción y venta con 140 establecimientos comerciales, como boutiques de ropa elegante, tiendas de regalos exclusivos y artículos del hogar, además de 42 hoteles y 16 clubes sociales y deportivos. En San Diego se activó el primer centro de renta de productos selectos, donde se pueden alquilar productos más elaborados y caros de los proyectos IDEQ, como grandes manteles con bordados extensos, cuadros, lámparas, muebles, vajillas e incluso rebozos con gran trabajo de deshilado.

Fue el turno de una joven de tez morena rozagante, muy guapa, esbelta e inteligente, llamada Patricia Ramírez, que, con formación contable y financiera, se hacía cargo de las finanzas de la fundación.

Patricia y Lorenzo habían conectado desde la primera vez que cruzaron sus miradas, algunas semanas atrás. Al mirarla, Lorenzo la

reconoció de inmediato; si bien no la había visto nunca, era la mujer con la que había querido conversar desde hacía mucho tiempo. La conoció una mañana y, para el atardecer, ya era demasiado tarde. Aquellos ojos color café habían encendido su propio incendio en lo más recóndito de su ser y lo habían cautivado. Ella había aceptado dos invitaciones a comer y habían disfrutado una cena hasta altas horas de la madrugada conversando deliciosamente acompañados de un excelente vino.

Patricia había llegado muy pequeña a San Diego procedente de Pinotepa Nacional, en el estado de Oaxaca, junto con sus padres. Ella estaba muy orgullosa de su origen mixteco y, siendo hija única, también lo estaba de haber cumplido el sueño de sus padres de graduarse en finanzas en la Universidad de California. En la reunión, Patricia comenzó su exposición de esta manera:

—Pues con la noticia de que las finanzas de la fundación van viento en popa, creciendo a pasos acelerados. Todo lo que hemos invertido o prestado lo hemos recuperado puntualmente y con márgenes muy respetables. El Fondo de Contingencia, que se constituyó con la aportación inicial de Jennifer, y se ha acrecentado con aportaciones incondicionales de tres gobiernos estatales, ha dado ya tres vueltas en su rotación y opera sin contratiempos. Gracias a ello, cientos de artesanas han podido multiplicar sus trabajos y les está resultando de maravilla su participación en sus proyectos. Los fondos de competitividad y desarrollo social de todos los complejos productivos se han integrado y operado de manera espléndida y muy eficiente. Algunos de los complejos han consolidado sus adquisiciones de insumos y obtenido términos y condiciones muy favorables.

Con el apoyo de Lorenzo, logramos que la Fundación CEMEX les ofreciera a las mujeres participantes un paquete de materiales de construcción a precios sumamente atractivos para apoyar la remodelación y ampliación de sus casas. Los esquemas de

financiamiento colectivo que contempla la metodología han comenzado a operar para la adquisición conjunta de algunos activos importantes, como máquinas de coser y equipamiento de carpinterías. No sé si venga al caso, pero creo que vale la pena mencionar que se comunicaron con nosotros de la oficina del Gobernador de Michoacán, diciendo que están dispuestos a hacer una donación de 50,000 dólares adicionales al Fondo de Contingencia de la Fundación para apoyar proyectos de michoacanas, aunque no se mencione que es el Gobierno estatal el que aporta los recursos.

Lorenzo, que había colaborado en todos los avances, informó que apenas el día anterior la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo (USAID) había aceptado considerar como elegibles en sus programas de respaldo a minorías las solicitudes de jóvenes binacionales de origen mexicano, para que se les apoye con créditos preferenciales y aportaciones a fondo perdido, con el fin de establecer en la Unión Americana una amplia red de centros de comercialización de productos IDEQ, con enfoque de negocio.

Jennifer terminó la sesión informativa diciendo:

—Hemos ya concertado 42 acuerdos de colaboración con diseñadoras externas, 10 de ellas muy prestigiadas, mediante los cuales han venido aportando muy diversos diseños, sobre todo de prendas de vestir, mobiliario, bolsas, lámparas, calzado y artículos de decoración muy variados. Todos ellos han sido muy bienvenidos por las artesanas y, sobre todo, por los nichos de mercado más atractivos a los que pretendemos acceder con productos de los complejos productivos. Debo mencionar un logro que me parece de la mayor importancia y es que hemos llegado a un acuerdo de colaboración con Rotary International para solicitar a los primeros dos mil de los más de 40,000 clubes de rotarios que operan en el mundo, que se hagan presentaciones de los productos IDEQ en las cenas periódicas que ellos organizan con sus respectivos socios, donde se pasará

un video del movimiento IDEQ y se les pedirá que adquieran productos y promuevan su comercialización en las tiendas exclusivas de su respectivo territorio. Por último, quiero enterarlos de que avanzan muy bien las negociaciones con más de diez gobiernos estatales de México para que promuevan y financien el establecimiento de centros de comercialización de productos IDEQ a lo largo de la frontera con Estados Unidos.

—Bueno —concluyó Jennifer—, creo que por ahora esto es todo lo que tenemos que comunicar sobre los avances de IDEQ.

No podían ocultar todos que se sentían plenamente satisfechos con su esfuerzo y con los resultados que habían rebasado por mucho su expectativa, Aquella desconfianza que sentían al principio se la había llevado el viento.

Estallaron todos en un gran aplauso y se felicitaron entre sí. Emiliano tomó la palabra y les externó lo siguiente:

—Amigos todos, no sé bien cómo expresarles mi especial agradecimiento y mi reconocimiento por lo que todos y cada uno de ustedes ha realizado estas últimas semanas para convertir en realidad lo que no hace mucho no era más que un sueño, un proyecto para respaldar a los menos favorecidos en nuestro México querido y para brindar oportunidades muy atractivas a jóvenes mexicanos de por allá y jóvenes binacionales de por acá. Lo que han logrado ustedes en tan corto plazo es verdaderamente impresionante.

Esta mañana recibí la llamada de los presidentes de dos federaciones de clubes y asociaciones de salvadoreños y hondureños en Estados Unidos, que quisieran explorar la posibilidad de activar una iniciativa IDEQ en sus respectivos países. Solicitan nuestro apoyo y quieren conocer a fondo nuestras experiencias con el propósito de impulsar proyectos similares y respaldar de igual manera a los productores menos favorecidos de nuestros países hermanos. Su esfuerzo y su talento han trascendido las fronteras.

Quisiéramos aprovechar la ocasión para extender a todos ustedes una invitación para acompañarnos a comer esta tarde y para asistir, justo dentro de seis meses, a una boda en la que los principales protagonistas y festejados seremos Jennifer y un servidor.

—¡Bravo! —gritaron todos, y se formó una pasarela para abrazar uno por uno a los novios, que los recibían con una gran sonrisa. Todos estaban felices y contentos. Todos sentían que soplaban vientos favorables en el horizonte. La alegría se propagaba por el recinto.

Solo uno, Lorenzo, mostraba un gesto de preocupación y se disculpó por no acompañarlos, pero tenía que cumplir con un compromiso importante previamente concertado.

—No podré acompañarlos —le dijo a Patricia—, ya te contaré, pero es una cita a la que no puedo faltar. —Entonces yo tampoco voy, —replicó ella.

—No, de ninguna manera, —insistió Lorenzo, hay mucho que festejar y tú vas a festejar por los dos, pero me vas a aceptar una invitación a cenar esta noche en un restaurante italiano que me recomendó Emiliano. Paso por ti a las siete. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, —aceptó ella y le dio un beso en la mejilla.

Capítulo 34

La revancha de un amigo

Cuando Lorenzo llegó al restaurante del Club de Golf, el magnate ya estaba instalado en una mesa de la terraza, vestido con la ropa propia de quien practica ese deporte diariamente. Bebía su bourbon en las rocas y parecía un tanto preocupado; no era para menos, no podía explicarse cómo era posible que un desconocido conociera con precisión su cuenta secreta en un paraíso fiscal.

Lorenzo iba excitado, pues debajo de su sobriedad era un delirante apasionado de las emociones. Identificó al padre de Jennifer, sentado y meditabundo, y pensó: *"En última instancia, la estrategia de contraataque no es mía, sino del propio Emiliano"*. Tragó saliva y se acercó lentamente con aplomo, susurrando: *"Va por ti, Patricia"*.

—Don Nicholas Howard, es un verdadero placer conocerlo en persona... en estas circunstancias —dijo Lorenzo con una desafiante seguridad—. No puede imaginarse el gusto que me provoca verlo a usted, inquieto y desconcertado.

Retiró la silla de enfrente y se sentó.

—Un whisky con soda estará bien para mí —dijo al mesero que se había aproximado.

—¿Alguna marca en particular? —preguntó el mesero.

—Con tal que sea escocés y de malta, no me importa la marca —agregó. El mesero esperaba con discreción el asentimiento de mister Howard, que recibió de inmediato.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¿Por qué me buscó? ¿Cómo es que conoce ese número de cuenta? —preguntó atropelladamente el poderoso empresario de la explotación agrícola y la industria alimenticia.

Las respuestas, sin embargo, eran mucho más complejas y desconcertantes de lo que podía sospechar.

—Son varias preguntas, que iré respondiendo en su debido momento. Tiene usted razón en que le debo una explicación, que, por supuesto, le voy a dar. Mi nombre es Lorenzo Benavides y soy el mejor amigo de Emiliano Vázquez...si ya lo olvidó. le voy a dar un dato para que lo recuerde: es el migrante mexicano, novio de su hija Jennifer, que envió usted a matar recientemente..

Míster Howard hizo el intento de retirarse, pero al recordar el número de cuenta decidió resistir el impulso inicial.

—Quizás debo comenzar por enterarlo de que he estado grabando diariamente sus conversaciones telefónicas y personales durante los últimos tres meses, a partir del 23 de julio, para ser exactos, justo un día después de la fecha en que usted conoció a Emiliano en la cena que organizó en su casa Míster George Crawford... ¡De las cosas que me he enterado desde entonces!... —dijo Lorenzo, saboreando su whisky de malta.

Nicholas Howard estaba atónito, estupefacto, llamó al mesero y le ordenó otro bourbon en las rocas. Sus ojos estaban a punto de salirse de sus órbitas. Solo atinó a decir:

—Eso que ha hecho usted es un delito que, en este país, implica cárcel.

—En este y en todos los países del mundo, Míster Howard, pero aprecio que me lo haya señalado. Siendo usted un experto, un verdadero especialista, diría yo, en cuestiones de delitos que implican cárcel —continuó deleitándose Lorenzo con su whisky de malta.

—Creo que usted se merece conocer al menos una prueba breve de lo que han sido estas grabaciones, aunque sólo sea para que confirme la gran fidelidad de mi equipo, — dijo, sacando una grabadora pequeña de la bolsa interna de su saco, activando el dispositivo y colocándola sobre la mesa.

—Esta es una síntesis de la grabación del último día en que lo hicimos, cuando decidimos retirarnos una vez que estábamos convencidos de que ya no había nada nuevo bajo el sol. Ya no será necesario que busque usted las instalaciones, las retiramos sin dejar huella.

Míster Howard se estremeció hasta la médula y pidió un tercer bourbon al escuchar su propia voz diciendo, con una fidelidad efectivamente impresionante:

“— Pues no, lo que quiero que hagas es justamente lo contrario. Aprovecharemos que los trabajadores indocumentados no tendrán opciones de contratación en estos meses de cosecha, para contratarlos nosotros, sin documentación alguna y con un salario mucho menor que el anterior. No tendrán ninguna otra alternativa y habrán de aceptar la nuestra. Les pagaremos en efectivo y por ningún motivo deberá quedar constancia escrita alguna de que los hemos contratado. Por supuesto, las autoridades laborales no deben conocer absolutamente nada de estas operaciones. ¿Te queda claro?”

—Me pregunto qué pensarán de esto las autoridades del Departamento del Trabajo y los directivos de las empresas que firmaron el acuerdo de no contratación, así como los candidatos del Partido Republicano en los estados fronterizos, —comentó Lorenzo— Es verdaderamente impresionante ofender a tres instancias de manera simultánea con unas cuantas palabras.

Míster Howard estaba pálido y perplejo. Mientras la reproducción continuó con lo siguiente:

—“Otro asunto importante. Durante lo que resta del año, duplicaremos la mercancía que entreguemos al Centro Comercial Hopkins, pero únicamente facturaremos la mitad. ¿Está claro? Ellos ya están de acuerdo y harán un depósito mensual directo del diferencial en mi cuenta secreta del Bermuda Commercial Bank Limited. Nosotros haremos un registro fiscal de sólo el 50% de la entrega efectiva. Debes llamar a William Ferson, Director Financiero del Centro Hopkins, y darle, con la mayor discreción, el siguiente número de cuenta del Bermuda Commercial Bank. Toma nota y destrúyela: BCBNH5930FG23NH. Él ya está al tanto de todo, no necesitas hablar nada más con él. No tengo que decirte que esta también es una operación secreta”.

El supermillonario aun aparentaba tranquilidad, sin capitular todavía. No quería que se viera que ya estaba derrotado, pero en el fondo estaba aterrado y a punto de desvanecerse. Lorenzo detuvo la grabadora y dijo:

—Calma, calma, Mister Howard, no nos vaya a hacer usted un numerito, que todavía no hemos comido y yo tengo un apetito feroz.

Pidió la carta al mesero y, dispuesto a disfrutar de las pequeñas cosas que la vida ofrecía a pesar de todo y ordenó el platillo más caro: un New York Steak a la parrilla y una botella de un muy buen Bordeaux, francés.

El mesero preguntó a mister Howard, ¿qué le servimos a usted?

—De comer, nada, absolutamente nada. Tráigame otro bourbon —respondió, apesumbrado y totalmente descompuesto, sintiéndose en la tesitura de retirarse o de conocer el desafío por completo.

—¿Inapetente? —preguntó Lorenzo—. No se preocupe, yo comeré por los dos. Es natural; debe usted estar pensando en cómo

reaccionarán los del IRS ante todo esto, al considerar además que los jefes son activos militantes del Partido Demócrata.

—¿Cuánto? —exclamó Míster Howard, subiendo la voz—
¿Cuánto dinero quiere?

—Calma, calma, Míster Howard —dijo con tranquilidad Lorenzo, mientras degustaba el insuperable Château Margaux 2019 Premier Grand Cru Classé—. Estos dos asuntillos podrían significar algunos años en aislamiento, pero el siguiente sí podría implicarle algunas décadas en ausencia de la libertad.

Activó nuevamente la grabadora justo donde Míster Howard le decía a su hija:

“—Pues te equivocas, yo instruí a mis hombres de que lo mataran no que le dieran una golpiza. Era el precio que tenía que pagar por haber puesto los ojos en una mujer que jamás iba a ser de él. Porque tú nunca vas a ser su mujer. ¿Lo entiendes? Nunca lo permitiré. Y vale más que te lo aprendas: ¡jamás serás la esposa de un mexicano!”. La grabación editada continuaba con lo que él sentenció después a su esbirro Jonathan, antes de despedirlo:

“—¡Eres un absoluto imbécil y un inútil!

—Pero, señor, cumplimos sus instrucciones al pie de la letra. El tal Emiliano está bien muerto.

—¿Bien muerto? Eres un incapaz, un ineficiente; suponía que eras un profesional. Ese maldito mexicano continúa vivo en algún hospital de San Diego.

—No es posible, señor; le propinamos una golpiza de muerte y hasta un balazo le dimos. No puede seguir vivo.

—Pues lo está, inútil —aseveró de forma abrupta—. Tienes tres días para cumplir con tu encomienda; de lo contrario, estás despedido. Y si te atrapa la policía, sábette que no moveré ni un dedo para rescatarte de la prisión. Ahora, lárgate.”

—Esto sí se trata de un suceso fulminante y deplorable, Míster

Howard, que puede tener efectos muy graves y funestos para usted. Ya no digamos si llega a morir Emiliano, sobre todo tomando en consideración que, según tengo entendido, el jefe del Departamento de Policía y el Fiscal del Estado también son dos prominentes y rencorosos demócratas.

Míster Nicholas Howard estaba totalmente abatido y, ahora sí, derrotado. Se sentía al borde de un precipicio. Esa última grabación fue una especie de estocada a fondo. Los pensamientos no acudían a su mente; estaban aprisionados tras un muro oscuro y tenebroso. Hubiera querido desaparecer como por arte de magia, de manera irreversible.

—¿Cuánto? —repitió—. ¿Cuánto dinero quiere? ¡Le daré lo que me pida! —recalcó a Lorenzo, a punto de colapsar.

—Ay... Míster Howard, usted es de esos estadounidenses que piensan que todo se puede desarreglar o arreglar con dinero. Le explicaré lo que voy a hacer, o mejor dicho, lo que ya hice.

Lorenzo había terminado su exquisito platillo y pidió un cognac Remy Martin, Carte Blanche, antes de continuar:

—Hice varias copias de estas grabaciones, así como de una selección que también hice de lo más comprometedor entre lo que le grabamos durante más de tres meses. En realidad, hice copias de todo y se las entregué a cinco amigos que usted ni nadie podría identificar jamás, con la instrucción irreversible de entregarlas a las autoridades de la Policía, del Departamento del Trabajo y del IRS, pero también a los principales diarios y noticieros de televisión nacionales y de San Diego, a los directivos estatales de los Partidos Demócrata y Republicano y a los directores generales de todas las más importantes empresas de explotación agrícola e industrial alimenticia de los cinco estados fronterizos, que presiento no estarán precisamente molestos con la eliminación de su principal competidor. La entrega

la harán de inmediato si se presenta alguna de las siguientes eventualidades:

»Si se enteran de que Emiliano Márquez, Jennifer Howard o Lorenzo Benavidez, o cualquiera de sus seres queridos, han muerto por cualquier razón o han sido heridos, incluyendo los accidentes de cualquier tipo; si sufren un atentado de cualquier índole; si los hacen prisioneros por cualquier causa o si los secuestran; si se afectan sus negocios y proyectos o si los deportan; si de repente sufren de una enfermedad o cualquier mal incurable. Si se llega a presentar cualquiera de estos casos, deberán actuar de inmediato y difundir las grabaciones. Le reitero que la instrucción es irreversible.

El padre de Jennifer se sintió aniquilado y se imaginó zambullido en el fondo de un pozo, mirando a las puertas del Apocalipsis, y sintiéndose completamente vencido y herido de muerte; como buen cobarde, se estremeció de miedo. Lorenzo se percató y le costaba trabajo disimular su júbilo.

—Como puede apreciar, Míster Howard, el rumbo de su destino no está en nuestras manos, sino en las suyas, aunque debo aceptar que también en las manos del Creador. Así que le convendría elevar, de vez en cuando, algunas oraciones rogando que los tres gocemos de buena salud y que no nos suceda nada malo mientras usted viva.

Nicholas Howard lo observaba con una actitud pasiva y una mirada triste; se sabía totalmente derrotado. Sus delirios de grandeza se habían esfumado de golpe, su petulancia se había desmoronado, pero ordenó otro bourbon más.

—Antes de concluir nuestra reunión, quisiera decirle lo siguiente —agregó Lorenzo—. Si usted decide continuar su guerra contra México y los mexicanos, ya sabe más o menos cuál es el tipo de represalias con las que podría toparse. Si, por el contrario, decide

concluir con esta contienda absurda e inútil, yo me permitiría hacerle tres recomendaciones concretas:

»Primero: buscar reducir el nivel de explotación al que ha sometido a los trabajadores sin documentos de origen mexicano, cuyo único crimen ha sido buscar una oportunidad de trabajo para que sus familias tengan una vida un poco mejor.

»Segundo: Comunicarle a su hija Jennifer que usted ha decidido, por iniciativa propia, terminar con el odio y la guerra contra Emiliano y los mexicanos. Ni ella ni Emiliano saben de las grabaciones y tampoco sabrán de lo que hemos conversado hoy, usted y yo. No pienso enterarlos, a menos de que resulte absolutamente necesario.

Una manera práctica de demostrarles que su arrepentimiento es sincero podría ser efectuar una generosa donación al Fondo de Contingencia de la Fundación Tonatzin, que Jennifer misma ha creado para respaldar a las mujeres indígenas más pobres de México.

»Tercero: Le recomiendo hablar con su pistolero Jonathan, que ya está en la cárcel, por cierto, en proceso por asesinato en grado de tentativa, y pedirle u ordenarle que no intente hacer nada más en contra de Emiliano y Jennifer, pues si desde la prisión intenta cumplir con su encomienda a través de otro sicario, podría desencadenar un proceso que desembocaría inevitablemente en un cambio por completo en su vida.

Míster Howard se sentía acosado como un animal perseguido a muerte. Tuvo la impresión de que escuchaba su sentencia de muerte, y él amaba la vida.

Lorenzo se puso de pie con la clara intención de retirarse, y Míster Howard lo detuvo con la mano, diciendo:

—Espere. Quiero antes hacerle una pregunta —dijo Míster Howard, tratando de controlar el temblor de sus manos, donde se concentraba el pavor que experimentaba en ese momento—. ¿Usted, qué gana con todo esto?

Lorenzo sonrió y le respondió:

—Ver felices a los que yo quiero siempre ha sido para mí motivo de gran alegría. Y en mi México, Mister Howard, para acudir a respaldar en asuntos como este, para eso también están los amigos; además, convertir en amigos a los enemigos de nuestros amigos es también una tarea importante de los amigos.

Nunca había sufrido una derrota de tal envergadura, y el hecho de que hubiera sido a manos de un mexicano era más que humillante; era casi una maldición. Pero le quedaba claro que, en última instancia, había sido su hija quien había puesto punto final a sus prácticas violentas y, sobre todo, a sus canalladas.

—Buenas tardes, Mister Howard. Agradezco su cordial invitación; la comida estuvo exquisita. Estaremos en espera de su decisión.

El padre de Jennifer se quedó mirando fijamente hacia la nada, extraviado en su propio laberinto, quizás pensando que su mundo se había sumergido en una tiniebla gris e impenetrable.

Convencido de que nadie podría reprocharle por no haberse esmerado, Lorenzo se dio la media vuelta y partió, pero antes de irse se detuvo un momento en la caja del restaurante y liquidó la cuenta.

Ya para salir, llamó a un mesero, le dio un billete de veinte dólares y un encargo. Se fue casi corriendo a la cocina y regresó de inmediato con una pequeña bolsa de papel, de la que Lorenzo sacó un bote vacío de cerveza Budweiser. Lo tiró al piso y lo fue pateando desde la puerta del restaurante hasta el estacionamiento del club, como hacía cuando tenía once años y estaba muy contento.

.....



mariolopezspinoso@yahoo.com.mx
@MLEspinoso
525516337094